



SECUELAS

DE UN

*Amor*

SERIE DESTINO

MARCIA AQOVA

# SECUELAS DE UN AMOR

---

SERIE DESTINO

MARCIA AQOVA

## **Secuelas de un Amor**

© Derechos de edición reservados.

Copyright © 2019 Marcia Aqova

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidente son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, locales o personas, vivas o muertas, es una coincidencia.

Este trabajo está registrado y protegido por Safe Creative.

Código de registro: 1903220375516

ISBN: 9781095511558

Diseño de edición: Sandra Bolívar.

Diseño de cubierta: Ira-Rebeca.

Diseño de interior: [Indie Formatting Services](#)

# ÍNDICE

## Otras Obras de Marcia Aqova

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Acerca del Autor

OTRAS OBRAS DE MARCIA AQOVA

**SERIE DESTINO**

[Huellas de un Beso](#)

*Hay amores que solo pueden soltarse*

## CAPÍTULO UNO

---

LONDRES, INGLATERRA. - JUNIO.

—OH, DATE PRISA VAL, QUIERO QUE LO VEAS. Necesito tu opinión.

Solo había puesto un pie en el interior del restaurante cuando la voz de mi mejor amiga viajó hasta a mí. Por la urgencia que transmitía cualquier persona se imaginaría que era una emergencia, como si alguien hubiera tenido un accidente y necesitara RCP, o como mínimo hielo para un golpe. Sin embargo, conozco lo suficiente a Rosé y en específico *ese* tono malicioso de voz como para saber que se trataba de un chico, lo más probable es que fuese su nueva conquista. Llegué hasta la barra de cerezo oscuro dejando mi bolso sobre él. Rosé estaba sentada en el borde de una de las sillas, con un brillo impaciente en sus ojos. Al mismo tiempo lanzaba miradas furtivas sobre su hombro. Ella no sabía disimular.

Con pisadas suaves me acerqué a ella.

—¿Quién es?

Sin extrañarse en lo más mínimo por mi pregunta directa, una sonrisa tímida se dibujó en sus labios mientras señaló con el dedo índice al único chico que estaba sentado en uno de los sofás de cuero del bar. Su repentina timidez me tomó por sorpresa y me descolocó porque es una actitud que no tiene nada que ver con su personalidad avasallante.

No conocía a nadie con tanta autoestima y confianza como Rosé. Era delgada y con curvas pronunciadas en todas las zonas correctas y con su metro setentaicinco, tenía unas piernas de envidia. Su piel oliva, sus ojos rasgados y avellanas combinados con su pelo castaño la convertían en un combo muy,



pero muy exótico. Incluso las revistas y las casas de moda la buscaban. Como si todo eso fuera poco era una mezcla de actitudes entre encantadora e impertinente. Rosé es de esas pocas personas que llegaba a un lugar e inmediatamente la atención se posaba sobre ella. Era guapísima.

—De lejos se ve lindo —dije. Porque bueno, tenía que aceptar que a pesar de la distancia que nos separaba podía notar que el chico tenía lo suyo.

—¿Y? —presionó.

Dudé un momento.

—Nueve —dije con una mueca.

Aún me seguía incomodando darles un puntaje a los chicos como si fueran cachorros en un concurso, pero me reconfortaba el pensar que ellos seguramente hacían lo mismo con nosotras de una forma menos sutil y desde que Rosé se había interesado en el género masculino me obligaba a darle un porcentaje a sus posibles candidatos. Era algo fácil teniendo en cuenta que ella tenía un tipo: guapos. Era una total pérdida de tiempo, no es como si ella estuviera interesada en una relación.

Rosé aplaudió emocionada.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —confirmó. Dejó de lado su timidez con una sonrisa arrogante. Antes de que tuviera la oportunidad de preguntar qué era lo que sabía, ella se explicó: — Es Marco, ya te he hablado sobre él, ¿verdad? Sí, ya lo he hecho. Te dije que nos reencontramos en la universidad. Entonces él vio una foto en la que estamos juntas en el lago ¿recuerdas? Bueno, esa. Y me preguntó por ti, dijo que eras linda. Me sorprendí totalmente cuando me preguntó cómo era tu forma de ser y le dije, “Todo lo contrario a mí” — ¡Ouch! Eso dolió un poco ya que Rosé era genial, vio mi expresión porque dijo—: A él le pareció bien que no nos parezcamos, su flechazo fue tan duro que estaba dispuesto a ir a Paris para conocerte, pero le dije que no era necesario porque te traería de regreso y ha estado esperando pacientemente todo este tiempo. Tú le diste un nueve ¡un nueve, Val! Viniendo de ti eso significa algo, sin mencionar que es raro que él busque a una chica. Supongo que eso también significa algo. Si me preguntas creo que los dos son perfectos el uno para el otro... o algo así.

Terminó su monólogo con una emoción que rayaba la euforia. No creo que ni siquiera respirara mientras hablaba, eso explicaría porque el oxígeno no le llegaba al cerebro y solo escupía estupideces.

Rosé y yo nos conocimos cuando teníamos once años, ambas acabábamos de transferirnos a la misma escuela, lo que nos hacía las nuevas y tan pronto

como nos vimos tuvimos una conexión sorprendente. Al instante corrimos la una a la otra. Desde ese día somos mejores amigas y todo lo que conllevaba esa etiqueta. Somos capaces de conocer nuestro humor con una simple mirada hasta reconocer la pequeña sonrisa tímida que se dibujaba en nuestros rostros cuando habíamos hecho alguna travesura. Esto sucedía más que todo con Rosé que no conocía los límites. También éramos capaces de reconocer el significado de nuestros silencios y apreciar esa lealtad y confianza la una con la otra. Éramos tan unidas que después de terminar la escuela nos tomamos un descanso y huimos a Francia donde pasé los diez meses más extenuantes, Rosé llevándome de fiesta en fiesta para divertirme y yo tratando de seguirle el ritmo, hasta que ella tuvo que regresar para empezar la universidad. Yo me quedé porque seguían sin estar lista para Londres, Rosé odio que nos separáramos, pero al final entendió mi decisión. Éramos esa clase amigas, leales y cómplices.

Así que era mi deber como su mejor amiga decirle que se estaba volviendo loca, ¿cierto?

¿El uno para el otro? ¿Estaba bromeando? ¿Quién era el uno para el otro en estos tiempos? ¿Quién alguna vez fue el uno para el otro?

—Rosé, no creo que sea buena idea —dije.

—Voy a presentarlos. No quiero perderme su cara cuando te conozca.

Ella ni siquiera estaba escuchándome, estaba muy ocupada dándose palmaditas en la espalda para darse cuenta que sus intenciones no funcionarían.

Cuando vio que no iba a ningún lado envolvió su mano en mi muñeca y me arrastró tras ella.

Luché duro con el pánico creciente en mi interior que me producían estas situaciones. No es porque fuera un desastre en las relaciones interpersonales, no, pero no era la clase de persona más comunicativa del mundo y las pequeñas pláticas no era mi cosa favorita de hacer. Pero Rosé parecía dispuesta a ignorarlo con la excusa de que necesitaba por lo menos una relación casual. Lo que para ella se traducía en sexo, solo sexo. Duro, sudoroso y salvaje.

Contuve un suspiro exasperado cuando llegamos hasta la mesa dónde estaba cómodamente sentado su amigo con el celular en mano. Levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Rosé, ella no perdió ni un segundo más para jugar como celestina y presentarnos, porque ella no sabía esperar. Rosé actuaba, después miraba los resultados y sonreía. No importaba si salió bien o

mal, por lo menos lo intentó. Eso es lo que contaba. Para ella, por supuesto. Al resto de los mortales solo nos toca cruzar los dedos para no salpicarnos con el desastre. No por nada era conocida en los medios como “el ángel caído de los diamantes”.

—Ella es Valentina —señaló a su amigo—. Val, él es Marco.

Rosé me regaló una pequeña sonrisa secreta y tomó todo de mí no poner los ojos en blanco.

Me solté del agarre que ella seguía manteniendo en mi muñeca, me giré hacia Marco con una sonrisa estudiada como saludo. Me tomó un segundo darme cuenta que él estaba un poco ocupado con su mirada vagando sobre mi cuerpo. Su escrutinio descarado podría haber puesto nerviosa a cualquier persona y podía decir que esa era su intención, pero un movimiento tan común no funcionaría conmigo. Permanecí quieta hasta que él terminó de repasarme y decidió que era momento de encontrarse con mis ojos nada impresionados.

Marco se deslizó fuera del asiento con una sonrisa bastante desvergonzada.

—Hola, Val —me saludó con mucha confianza.

Me recordé que era amigo de Rosé y aunque en este preciso momento quería enterrarla viva seguía siendo mi mejor amiga.

Mantuve mi sonrisa.

—Hola Marco, encantada de conocerte —saludé, los modales haciendo mella en mí a pesar de mi indignación.

Sin perder el tiempo, él se inclinó sobre mí para besar mi mejilla, sus labios demorándose más de lo necesario sobre mi piel. Cuando se alejó, tomé mi turno para evaluarlo con el mismo descaro. Era bastante guapo con un estilo juvenil, su mayor atractivo eran sus ojos azules y tenía el pelo castaño. Era alto, alrededor de un metro ochenta o quizás un par de centímetros más. Su rostro tenía rasgos suaves y todavía aniñados; y sus labios medianos parecían invitarte a probarlos. *Rico*.

Me tome más tiempo del debido observando esa zona de su rostro porque su boca se curvó con arrogancia. Deslicé mis ojos hasta encontrarme con los suyos expectantes y le di gracias al universo por no ser la clase de chica que se sonrojaba. Estaba claro que él sabía lo guapo que era y se sentía muy cómodo con la atención femenina. Creo que vivía por eso y para eso. Lástima, yo no iba a darle aire para que pudiera inflar aún más su arrogancia.

Con la intención muy clara de dejarnos solos, Rosé anunció que iba a ir por unas bebidas para nosotros.

Marco regresó a su asiento y yo me senté frente a él de la manera más tranquila, demostrándole que sin importar su apariencia de niño popular no me sentía atraída en lo absoluto a él, ni en su delicioso perfume.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Aquí era donde empezábamos con las preguntas. Esto era lo que no me gustaba de las presentaciones. No es como si yo fuera contestarle con algo más que un...

—Bien, ¿y tú?

Me dio una sonrisa extraña, coqueta.

—Ahora que te conozco mi día acaba de mejorar. No, mi vida.

¿En serio había dicho esa tontería?

Levanté mi ceja.

—¿Eso te funciona con las chicas?

—Las chicas funcionan conmigo.

—Lo tengo. La cosa es que si voy a sentirme atraída por alguien esperaré que al menos sea lo bastante ingenioso para tomarse el tiempo de inventar nuevas frases de conquista, ya sabes, solo para no caer en la galantería ordinaria.

Su boca cayó abierta cómicamente, pero se recompuso al instante. Debía darle crédito por eso.

Los ojos de Marco centellaron.

—¿Te gusta innovar en todo? Si es así, voy a ponerme en ello.

Su tono sexual no me pasó desapercibido. Marco se relajó en el asiento y deslizó su brazo por la parte superior del que tenía al lado. Todo en él gritaba “soy sexy y les gustó a todas”; y todo en mí pensaba “eres demasiado predecible y es algo más para que no me gustes”.

—Así que tú eres el misterioso Marco con el que se reencontró Rosé.

Cambié de tema rápidamente. No quería seguirle el juego solo quería llevar la conversación a una zona segura hasta que mi amiga apareciera de nuevo.

—Y tú eres la escurridiza mejor amiga que regresó a la ciudad. Debería dudar de tu cordura solo por aceptar ese escandaloso título.

¿Escandaloso? No era para tanto. Rosé solo era rebelde de forma única.

—Supongo que yo debo prestar más atención a lo que dicen de ti porque hasta donde sé has sido su leal compañero de fiestas. ¿Debo creer que tú también eres escandaloso?

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—¿Eso es un problema?

—No realmente.

—Si todo está claro ¿podemos besarnos ya?

Una risa empapada de diversión brotó de mí. No podía creer que fuera tan descarado, pensándolo detenidamente no era algo que me sorprendiera, si era con quien Rosé estuvo saliendo de fiestas mientras estaba lejos era porque habían congeniado. Al parecer eran igual de directos para decir lo que querían.

Sacudí mi cabeza, divertida.

—Podríamos, pero en ese caso los dos deberíamos querer.

Me observó atentamente por varios segundos.

—Es la primera vez que conozco a alguien a quien no le gusto —dijo consternado.

Seguro era un duro golpe a su hombría.

—Eres guapo —concedí.

—¡Lo sabía!

A mi pesar suelto otra risita. Él tenía mucha confianza en sí mismo.

—Pero no eres mi tipo.

—Rompes mi corazón.

—Dudo que pongas tu corazón en el tablero de juego. Tienes una mirada inteligente. Por favor no me defraudes.

Sonreí con descaro y él me sonrió de la misma forma.

Yo tenía razón, aquí no había corazón que romper. Lo que era una suerte.

Mi resistencia a no estar interesada en Marco no significaba que tenía que ser maleducada porque a pesar de todo no era desagradable. Así que estuve hablando y soportando su coqueteo hasta que llegó Rosé con las bebidas. Después de terminarme la mía esperé a encontrar el momento adecuado para escapar, dejarlos solos y regresar al trabajo. Que ella se entendiera con él. Era su amigo.

El restaurante Browning's había sido abierto dos meses atrás en Mayfair por un chef francés y estaba muy de moda. Tenía una fachada impresionante que intimidaba a los que solo podían mirar desde afuera y los que sí podían entrar estaban acostumbrados al lujo que los rodeaba. Desde las elegantes telarañas en el techo, las mesas sofisticadas y hasta la barra de cerezo oscuro del bar. La terraza tenía una vista increíble de la ciudad, con un ambiente romántico. La verdad era un gran restaurante, no lo decía solo porque fue el único lugar del que me llamarón para una entrevista y posteriormente darme el

trabajo gracias a que Rosé hizo un par de llamadas, no. Es porque tenía un toque de elegancia y sofisticación, a parte era tan exclusivo que tenías que reservar con varios días de anticipación para obtener una mesa. Sin embargo, la zona del bar, un lugar muy cómodo con sofás de cuero, era un lugar abierto al público. Yo trabajaba como ayudante del chef, con una gran paga, un jefe amable y buenos compañeros. Ah, y también Rosé. A veces.

No es que ella trabajara en el restaurante, pero estaba de vacaciones de la universidad y se le había metido en la cabeza que quería hacer algo productivo. No se le ocurrió una mejor idea que hacer una pasantía como *bartender*. Terminó convenciendo al chef, ¿cómo? no tengo idea, pero lo hizo.

Era viernes y había perdido tiempo hablando con Marco. Estaba retrasada con mi trabajo.

—Voy a cambiarme —le dije a Colin mientras pasaba frente al área de trabajo.

Colin era otro de los ayudantes del chef y nos llevábamos muy bien. De baja estatura, pelo negro y un corte estilo romano, no era una persona atractiva a la vista, pero si toda esta cosa de chef no funcionaba podría trabajar en un programa de televisión o en algún circo. Tenía el don de mejorar el humor de las personas y siempre te obsequiaba una sonrisa, entonces sí, un circo funcionaría perfectamente.

—Qué suerte tienes de que Pierre no llegará aún —me gritó cuando estoy internándome en el pasillo.

Se refería a que si nuestro jefe se enteraba de que me había retrasado en mi trabajo por estar conociendo a un chico seguro me despediría sin importar que el restaurante fuera a llenarse en cualquier momento. Él podía ser muy, muy relajado, pero cuando algo le molestaba no dudaba en llamarnos la atención, sin embargo, con ese delicioso acento francés me era difícil tomarme en serio sus regaños. Sabía que él se tomaba en serio el trabajo y esperaba lo mismo de nosotros. También teníamos la suerte de que nos daba algunos beneficios y comodidades que en otro lugar solo soñaríamos.

Unos pasos apresurados se escucharon por el pasillo que daba al vestidor y sabía que se trataba de Rosé. Era la única que caminaba como si viviera en una pasarela. Maldije por lo bajo, pensé que tendría más tiempo antes de someterme a su interrogatorio. Mientras esperaba a que entrara, seguí en el proceso de asegurarme de que mi uniforme estuviera impecable y que ningún mechón de pelo se saliera de mi cola.

—Te gustó —afirmó.

No había terminado de entrar y ya estaba diciendo tonterías, más cuando en vez de afirmar algo, debería haber hecho una pregunta.

Puse mis ojos en blanco.

—No.

Tiró los brazos al aire.

—¡Oh, vamos Val! ¡Es guapísimo! Yo saldría con él, pero somos muy parecidos.

No pude evitar reírme con su comparación.

—Somos amigas, Rosé, confía en mí cuando te digo que ese no es un buen argumento. —Me giré solo para ver que está agarrando un labial de mi casillero y empezando a reírse—. Si es parecido a ti, no es un buen prospecto.

Hizo una mueca para contener una sonrisa. No había peligro de que se ofendiera porque sabía que tenía razón.

—No es un buen argumento, pero sí un buen prospecto. Lo conozco desde siempre y si te dieras la oportunidad de conocerlo un poco sabrías que es raro que él busque a una chica —por amigas como ella es que ponemos toda nuestra confianza en personajes inexistentes como cupido—. No voy a mentirte, Val. No creo que Marco esté interesado en una relación. Me refiero a que no es un puritano que lleva un anillo de castidad, tampoco es de los que tiene novia y sí mucho sexo. No está interesado en los compromisos, pero tú le gustas. Al menos es lo que me dijo él.

Parpadeé volviéndome hacia ella para verla de frente con una mirada de incredulidad. Esa no era una gran introducción para que considerara a alguien como un candidato, aunque tenía que recordarme que ella no dijo nada de un candidato, solo de algo pasajero. De igual forma no era una buena introducción para nada con él.

Me golpeó con su codo en mis costillas para que le de espacio y pudiera verse en el espejo, así ella podía usar mi labial en tono coral.

Solté un bufido ¿Qué más podía esperar de ella?

—Como se lo dije a él, te lo digo a ti. Es guapo, pero no es mi tipo —me lanzó una mirada desde el espejo como diciendo “es el tipo de todas”. Sacudí mi cabeza—. No quiero un niño popular a mi alrededor, yo solo... no lo quiero. Así que deja de buscarme un novio, no tenemos los mismos gustos y ninguno de los que llegues a presentarme en el futuro va a gustarme lo suficiente. Solo déjalo así.

Dicho eso caminé fuera del vestidor, alejándome de la ingeniosa y persuasiva respuesta que seguro me daría.

Rosé haría cualquier cosa para convencerme de darle una oportunidad a su amigo Marco. Estaba cada vez más insistente en que abandonara mi “sequía”, como ella se empeñaba en llamar a mi soltería.

Lo que no entendía o no quería entender es que estaba en un momento de mi vida en que tener una relación romántica no era mi prioridad. Cuando pasas mucho tiempo soltera y pruebas la libertad, es difícil dejarla ir. No tenía que preocuparme de si esa persona especial llamaría, enviaría mensajes o me buscaría. Mis prioridades eran otras, mis tiempos eran otros, si fuera completamente honesta conmigo misma, aceptaría que me había vuelto un poco caprichosa y exigente. No quería conformarme con el primer chico que se me cruzara por mi línea de visión. Había llegado un punto en que el coqueteo de los chicos dejó de impresionarme y empezó a fastidiarme.

No era ingenua, no creía que no fuera a enamorarme nunca más. Después de todo era una chica con hormonas, pero mientras ese momento llegaba no quería apresurar las cosas. No quería tener una relación solo porque tenía miedo de quedarme sola. Que no lo tenía. Tenía diecinueve años. Era joven. Solo quería poder disfrutar todo lo que pudiera de la paz mental de estar soltera.

Me hundí más profundamente en la almohada, tratando de ignorar el ruido que me perturbaba a las puertas del sueño. ¿No acababa de cerrar los ojos? Volví a escuchar el ruido, pero esta vez mi subconsciente me traicionó y traté de prestar más atención para identificarlo.

—Valentina —llamó.

*Mamá*, solo había dicho mi nombre una vez y ya sabía lo que significaba. Tanía que levantarme. No le gustaba que durmiera toda la mañana, decía que no era apropiado. ¡El despertador ni siquiera había sonado y ella se estaba preocupando de lo que era apropiado! Podía dejar que la rebeldía se apoderara de mí, pero eso sería disgustarla y no tenía ánimo para lo que eso conllevaba.

Con movimientos mecánicos aparté las sabanas de encima y me puse de pie. Parpadeé contra la borrosidad de mis ojos mientras me dirigí a la puerta y salí al pasillo. En el proceso golpeé mi dedo pequeño con la esquina de las escaleras. Ahogué un grito de dolor. *Mierda. Joder.* Estas cosas solo me pasaban a mí. Dando tumbos y maldiciendo mentalmente bajé los escalones.

Mi mamá, Elizabeth, me miró sobre su hombro con el ceño ligeramente fruncido.

—Que sea sábado no es excusa para que pases la mañana entera



durmiendo como una completa perezosa —dijo con voz severa, como cada vez que se dirigía a mí—. Y no corras en la casa. No es un parque.

Estaba agotada y aún tenía sueño, pero de igual forma dejé pasar su regaño. La noche anterior las personas parecían haber confundido un restaurante cinco estrellas con una zona de guerra. Pedían ordenes como para un batallón. Por suerte, Rosé ya no insistió sobre Marco y le pidió que se fuera, evitando que me lo cruzara a la salida.

Entré a la cocina y me preparé una taza de café. Luego me dirigí a la sala de estar, me senté en el sofá contigo al de mamá. Ella estaba leyendo alguna revista de salud o algo así. Era muy temprano para prestarle atención a los detalles.

—Este no es el comedor.

Suspiré.

—Solo es café mamá —le dije con frustración.

—¿Eso es algún tipo de excusa? ¡Ni siquiera encontraste una taza decente para preparártelo!

Cerré mis ojos, alejando la frustración y me concentré en la calidez que traspasaba la taza de tamaño plus que había comprado en un bazar artesanal un par de semanas atrás y no en su tono de desdén.

—Es sin azúcar —le respondí como si eso podría llegar a aplacarla, ya que siempre se ha preocupado por lo que comemos. Mi intento falló, por supuesto.

Cuando se trataba de mamá podía llegar a ser muy ingenua.

Mantuve mis ojos cerrados, pero sabía que tenía su mirada clavada en mí, podía sentir como trataba de atravesar mi cráneo para poder averiguar qué es lo que estaba mal conmigo y así poder arreglarlo.

Tomé un sorbo de café, me hundí más en mi asiento disfrutando el calor bajando por mi garganta.

Amaba el café. No podía vivir sin él. Si no tomaba por lo menos una taza al despertarme no funcionaba en todo el día.

Mamá suspiró, a ella siempre le gustaba recordarnos a mis hermanas, y con más frecuencia recordármelo a mí, que era un poco obsesiva con los modales, los detalles y la apariencia que mostraba al exterior. Ella nunca iba a hacer algo que no fuera propio de una “dama”, lo que sea que eso signifique en su diccionario, y nunca diría algo que no fuera socialmente aceptable. No podía culparla, mi abuela la educó de esa forma y ella intentó educarnos con el mismo método. Nunca lo permití. No era algo de llevarle la contraria, era

más que yo me aburría con esas clases de protocolo y etiqueta que nos hizo tomar cuando era pequeña. Corrí tan lejos de ellas como me fue posible. Quiero decir que literalmente corrí lejos de las clases y me escapé a buscar mi propia diversión. También me enviaba a clases de ballet, yo no tenía talento como mis dos hermanas mayores, pero ella insistía en enviarme una y otra vez. Me hacía pasar vergüenza. Nunca tuvimos una gran relación de madre e hija, pero solíamos llevarnos mejor, aunque siempre terminaba decepcionándola por no poder cumplir sus expectativas. Cuando era pequeña al menos me toleraba con esfuerzo. Después que crecí todo lo que hacía lo ponía en el ojo del huracán para ser estudiado, anticipar y alertar de que categoría iba a ser mi siguiente desastre.

Era difícil para mí saber que siempre la decepcionaba sin importar la decisión que eligiera. Y de paso también decepcionaba a mis hermanas.

Parte de ello era mi culpa. Lo sabía y lo tenía asumido, no significaba que fuera más fácil aceptar que me juzgaban todo el tiempo. Incluso en mi propia casa y pese haber estado fuera más de un año toda la relación con mi familia había empeorado. Este lugar cada vez se sentía menos que un hogar.

Vivíamos en el corazón de Little Vince, exactamente en Formosa Street, era una casa de estilo victoriana. Había pertenecido a mis abuelos paternos, pero al morir mi abuela de un infarto al corazón mi abuelo se había trasladado a su ciudad natal en Chester dejándole la casa a papá.

Nuestra casa era bonita, había sido remodelada haciendo las dos salas de recepción más amplias y luminosas, con sus paredes blancas y acabados en madera oscura, amueblada y decorada en un estilo contemporáneo con características de la época. Incluso habían agregado un jardín abierto en el patio trasero. En los pisos de arriba estaba las habitaciones y desde la mía tenía acceso directo a la terraza. Muchas veces había pasado noches enteras observando el cielo, sin importar si estaba lleno de nubes grises o si llovía. Esos detalles solo eran incentivos para desobedecer a mamá que enfurecía cuando me divertía. Era un lugar bastante bueno para vivir, pese a que en nuestra calle todas las casas eran iguales, las entradas muy bien cuidadas, con todos los diminutos jardines pulcramente recortados. Jamás verías una hoja fuera de lugar. Era seguro. Moderno. Monótono. Aburrido.

Bueno, eso último no era totalmente cierto. No era tan aburrido. Las personas serias y centradas de los alrededores se entretenían y divertían con las vidas de los demás. Era terrorífico como lograban enterarse con detalle lo que sucedía en cada casa. Hasta tenían puntos de reunión en un pub y un

estudio de pilates donde se ponían al día con los nuevos chismes. Si alguien no les agrada se volvían peligrosos. Ya habían hecho que una joven pareja recién casada buscará otro piso. Mi mamá no formaba parte del grupo, no le gustaba involucrarse en eso. No es como si le hiciera falta tampoco. Tenía un rostro engañosamente confiable y amigable, de esos que te invitaban a desahogarte. Si los vecinos supieran sus opiniones reales, se guardarían las habladurías. Yo lo hacía. No le contaba nada que no fuera estrictamente necesario.

Después de un rato de solo escuchar silencio en la habitación, mamá se aclaró la garganta.

Me tensé instantáneamente.

—¿Vas a ir a trabajar?

Asentí con la cabeza.

Con su mirada fija en mí, esperó para que verbalizara mi respuesta.

—Sí, mamá —respondí con solemnidad.

—¿Al restaurante? —preguntó con una mueca.

Bien pudo haber dicho a la cárcel por la manera de escupir la pregunta. Después de todo, para ella trabajar en un restaurante solo estaba un escalón arriba de los lugares donde encierran criminales. Sin importar que tan exclusivo fuera este.

Cuando anuncié en casa que iba a trabajar en Browning's pensé que ya lo tenían sumido, quiero decir por algo estudié gastronomía mientras estaba en París. Pero en vez de eso, mamá e incluso Emily y Georgina, mis hermanas mayores, actuaron como si sus peores miedos estuvieran haciéndose realidad. Todas se creyeron con el derecho a opinar si debía o no aceptar el trabajo. Por poco dejé que me convencieran, pero entonces, Rosé llegó a mi rescate y dijo que ella también trabajaría ahí por un tiempo. Ella no lo necesita. Sus padres son, citando a mi mejor amiga: “Asquerosamente millonarios” y ella, la heredera. Pero no quería que yo me sintiera sola, cosa rara porque estuve sola varios meses, pero quién la entendía.

Por supuesto, haber empezado a trabajar fue un acto de rebeldía que causó que mamá apenas me dirigiera la palabra. Cuándo lo hacía solo era porque tenía algo que reclamarme.

—Sí, mamá —repetí.

Me hacía sentir como un robot cada vez que hablaba con ella.

—Ya que decidiste no estudiar una carrera real, por lo menos deberías considerar otro trabajo. ¿Qué crees que piensan nuestros vecinos cuando te

ven llegar a media noche?

Me abstuve de hacer una mueca. Exageraba totalmente, no llegaba a medianoche, pero no quería hacerla enojar subrayándole ese detalle. Con respecto a los vecinos, bueno, no era una sorpresa, ya sabía que eran chismosos. Tampoco lo mencione. En cambio, la observé detenidamente.

Mi mamá era nutrióloga con su propio consultorio, sin embargo, no trabajaba los fines de semana, aun así, estaba arreglada y lista por si tenía que recibir alguna visita inesperada. Vestía un pantalón color vino y una blusa de satín negra, el pelo lo mantenía sujeto en un moño apretado en la parte baja de la cabeza. Estaba sentada con la espalda recta y los hombros relajados. Mamá era el perfecto ejemplo de la elegancia, seguía al pie de la letra todas las cosas que se le habían inculcado. Cuando mamá estaba en casa yo ni siquiera me atrevía a subir los pies en el sofá y cuando me atrevía a empujar demasiado su paciencia, daba miedo.

Pero este era el lugar en el que se supone debíamos sentirnos seguras y podíamos estar cómodas. ¿Por qué ella no podía sentirse de esa forma? ¿Por qué le importaba más lo que pensaban las demás personas?

—No lo sé. ¿Qué es lo que te han dicho que piensan?

—Valentina —advirtió.

Genial. Me despertó temprano y no me encontraba muy lucida para saber las consecuencias que hacerla enojar podría tener.

—Oh, mamá. Tú cara parece enrojecer más a cada segundo. Mi instinto dice que estás a punto de enojarte o quizá ya lo estas. Y yo lo sé, es mi señal para dejarte sola.

Tomé mi último sorbo de café y me levanté.

Mamá alzó una mano para detenerme.

—Estás largas vacaciones que te empeñas en mantener van a tener que terminar. Pronto.

Si ella se hubiera tomado el tiempo para escucharme cuando le dije que de verdad me gustaba la cocina, se hubiera dado cuenta que para mí no eran vacaciones, pero era fin de semana. No estaba dispuesta a hablar para que mis palabras rebotaran en una pared. Seguí mi camino ignorando que sus ojos me estaban taladrando llenos de furia por no responderle.

No podíamos ser más diferentes.

Tal como me gustaba, el silencio y la oscuridad me golpearon cuando entré a mi habitación. No me gusta el sol. No soy de las personas que esperaban con ansias el verano para ir a la playa y broncearse. En cambio, amaba el silencio

que me proporciona la soledad. Quizás tuvo algo que ver que fue la única forma que encontré para rebelarme contra mi familia y poder reclamar mi propio espacio.

Cuando cumplí trece años y la adolescencia empezó hacer mella en mí, colgué un letrero de madera en mi puerta que decía: “No entrar. Chihuahua famélico”. A mamá casi se le cae el pelo del enojo cuando lo vio, dijo que era una ordinaria rebelde sin remedio, pero papá le pidió que respetara mi decisión y ella lo hizo de mala gana. Igual que papá. Él solía pararse en el marco de mi puerta y llamarme *vampi*, porque decía que yo era como un vampiro que huía del sol. Era poco ingenioso, pero amaba cuando él lo decía. Una punzada sacudió mi pecho al recordarlo y alejé ese sentimiento tan rápido como apareció. Como hacía siempre.

Mi celular vibró sobre la mesita de noche en donde lo había dejado cargando, lo desbloqué y en la apantalla apareció un mensaje de un número desconocido. ¿Quién seguía enviando mensajes en esta época aparte de las compañías que me llenaban el buzón con promociones absurdas? Hasta mi mamá que tenía cincuenta años me contactaba por WhatsApp, aunque solo fuera para controlarme.

### **HOLA, ¿CÓMO AMANECISTE?**

Fruncí el ceño por lo tonta que era la pregunta. Amanecí acostada. Obviamente.

Sin embargo, no me molesté en responder. Si fuera alguien conocido sabría que por lo menos tenía que firmar. Me enseñaron a no aceptar dulces de extraños en la calle y mucho menos contestar mensajes sin el nombre del destinatario. Con mi suerte bien podía ser un extorsionista. Mejor prevenir.

Me tiré sobre la cama y con mi espalda contra el colchón me quedé mirando fijamente hacía el techo. Ahí estaban, las estrellas fluorescentes que papá me había puesto después de ir juntos a una feria. No creía que fuera una coincidencia que haya escogido comprarme las estrellas, él sabía que me encantaba la noche y decía que ellas siempre iluminarían mi camino. Papá no podía evitar ser así de romántico.

Él había sido un gran abogado, con un montón de casos importantes y casi siempre estaba ocupado, pero de algún modo sacaba tiempo para estar con mis hermanas y conmigo. Mamá se ponía de buen humor cuando él estaba en casa, parecía feliz y se derretía cuando él llegaba y la sorprendía abrazándola por la espalda. Pero todo eso había terminado hace años. Mi pecho se apretó con culpa. Inevitablemente llevé mi mano al lado izquierdo de mi cabeza, acaricié

con la yema de los dedos la cicatriz que tenía en mi sien. Cerré los ojos con fuerza. Lo extrañaba y extrañaba más como eran las cosas cuando él aún estaba.

Él solía ser el único que sonreía con autenticidad cuando me miraba y yo lo arruiné para todas.

Con todo lo que había sucedido desde que murió, era inevitable no preguntarme si él también estaría decepcionado de mí por las decisiones que había tomado.

Lo más seguro es que así fuera.

## CAPÍTULO DOS

---

ESE SÁBADO todo transcurrió como de costumbre. Mamá no volvió a dirigirme la palabra por el pequeño percance que tuvimos, de lo acostumbrada que estaba a su maltrato silencioso lo dejé correr. Intentar arreglar las cosas seguramente empeoraría todo. Salir de casa rumbo al trabajo y empezar mi turno era como detener el tiempo, era casi terapéutico por llamarlo de alguna manera. Colin y yo estuvimos corriendo sin descanso por toda la cocina, mientras que el chef se mantuvo sacando a Rosé cada vez que trataba de entrar en nuestra zona de trabajo y mantener una plática conmigo. Al parecer lo que sea que tuviera que decirme no podía esperar, pero no llegué a saber lo que era.

En algún momento de la noche, una vez más el chef Pierre hizo gala del sexto sentido que poseía.

—¿Quién era el muchacho de ayer? —preguntó de forma desinteresada.

Pareciendo inocente y desconcertada, miré sobre mi hombro.

—¿Qué muchacho?

Achicó sus ojos, dándome una mirada severa por intentar mentirle.

—El muchacho que trajo Rosé para presentarte, por supuesto.

*Por supuesto.*

El chef Pierre a simple vista parecía una persona intimidante. Tan alto que llegaba a los dos metros, delgado y con panza cervecera. Era una persona sofisticada por naturaleza, sin embargo, cuando llegabas a conocerlo podías ver que era demasiado tierno, como esos abuelos simpáticos con los que te sientas a hablar de todo por horas y horas, pero a veces podía llegar a ser entrometido, sobre todo, cuando tenía alrededor una mala influencia como mi mejor amiga. Lástima que me gustaba mi privacidad. Además, no había pasado

nada más lejos que conocer a alguien nuevo.

Sonreí un poco.

—Se supone que los jefes no deben entrometerse en la vida privada de sus empleados, ni confabular para una emboscada.

Por la sonrisa que él tenía en sus ojos, estaba segura que había participado de alguna forma en los planes de Rosé.

—Tal vez esa empleada debería conseguir mejores amigas para que no le preparen una emboscada.

No lo decía en serio. Él amaba a Rosé.

—Tal vez ese jefe no debería darle mucha confianza a esa supuesta mejor amiga.

—Voy a actuar como tu jefe después que me cuentes cómo te fue.

Entrometido se quedaba corto.

—Era guapo, solamente que no era mi tipo.

Frunció su ya arrugada frente.

—Corrígeme si me equivoco, pero creí que era para que lo conocieras y salieras a divertirme. No para ser tu donador de sangre.

Ante su intento insulso de chiste no podía hacer otra cosa más que reírme, pero no contesté.

Para cuando mi turno terminó estaba cansada y con sueño por haberme despertado antes de lo planeado. Podría quedarme dormida incluso mientras caminaba hacia el vestidor. Tan pronto puse un pie dentro, me encontré con Rosé sentada en una banca de madera pintada de blanco, tenía la cabeza metida en su cartera y estaba revolviendo todo. Me quedé viendo como le dio vuelta cuando no encontró lo que buscaba, todas sus cosas cayeron de cualquier forma, algunas impactaron en el suelo. Me dejé caer junto a ella y su desorden. Al instante Rosé levantó la cabeza con una sonrisa tirando de sus labios y juro que haría temblar hasta el peor criminal de la historia. Menos a mí. Yo conocía perfectamente el significado detrás de esa sonrisa maquiavélica y ese brillo desesperado por diversión en sus exóticos ojos.

Como si alguien hubiera presionado un botón, mi cansancio remitió y mi sueño fueron relegado a modo de espera.

—Solo dame treinta minutos —dije con una sonrisa.

Rosé no se molestó en darme algún tipo de información y yo no me moleste en pedírsela. En París nuestro hábito era salir de improviso y sin ningún plan.

Treinta minutos después había hecho lo mejor que pude y estaba lista. Mientras salía del restaurante comprobé mi reloj de pulsera, eran las diez y



cuarenta y cinco de la noche. Miré de un lado a otro de la calle, muchas personas entraban y salían de los pubs y restaurantes vecinos, parecía como si su noche también estuviera por empezar. No me extrañaba, era fin de semana y Mayfair siempre estaba abarrotado de turistas entusiasmados.

Llevaba un vestido negro entallado que me llegaba a medio muslo, combinado con unos tacones de siete centímetros, mi pelo lo mantuve sujeto en una cola de caballo y había optado por un labial color rojo pasión haciendo resaltar mi boca. Bueno, no necesitaba mucha imaginación para saber lo que parecía mientras esperaba en la esquina del restaurante a que Rosé, que había ido por su coche, pasara a recogerme. Un *Honda* blanco con los vidrios polarizados se estacionó frente a mí. Bajó el vidrio del pasajero.

—¿Cuánto cobras? —preguntó con un tono ronco.

Solté un bufido.

Un grupito de personas que rondaban cerca volvieron sus miradas en mi dirección mientras me acerqué a la puerta del pasajero, abrí la puerta y subí.

—Vamos —dije mientras me ponía el cinturón de seguridad.

Resultó que la fiesta a la que íbamos era en la casa de los padres de Marco, el amigo de Rosé. No, eso no era un problema, me gustaban las fiestas. Pero sí hubiera agradecido que ella dejara de emboscarme con su amigo o por lo menos me diera un poco más de información sobre él. Lo único que sabía es que su casa estaba casi a cuarenta minutos del restaurante, en una zona residencial exclusiva de Surrey. En el camino hice prometer a Rosé que ya no iba a insistir en que sucediera algo entre nosotros, ella aceptó de mala gana con la condición de que me permitiera conocerlo. Con una relación superficial bastaría.

Al bajarme, mis ojos automáticamente viajaron por el mar de todos los otros coches, de gustos y colores diferentes, estacionados de cualquier forma y llenando la larga calle por la que habíamos pasado.

Guao. El chico conocía a muchas personas.

Sorteando algunos coches logramos llegar a la entrada donde se alzaba una mansión en ladrillo rojo con detalles en color blanco, estaba rodeado de ventanales donde se dejaban ver las luces interiores, obsequiándole un toque de magnificencia, y en el centro había un balcón, listo para presentar a *Simba*. Cruzamos la puerta principal y en el interior las cosas no eran muy diferentes, había un enorme vestíbulo con piso de mármol blanco recibiéndonos, a la derecha estaba una sala de recepción con dos sofás de satén gris, colocados uno frente al otro y combinados con almohadas de terciopelo negro, en el

centro había una mesa de vidrio con acabados en negro, al igual que toda la habitación. Encima de la chimenea había unas velas y colgado en la pared un cuadro un poco extraño. Dejé que mis ojos vagaran más allá de la habitación, captaron mi atención, unas escaleras en espiral que venían del subsuelo y ascendían sobre nosotros con elegancia. Una larga lámpara de cristal en forma de cilindro caía desde el techo del segundo piso. Me quedé observándola un poco embobada y al instante me arrepentí, varios puntos negros inundaron mis ojos. Aparté la vista, no sin antes captar una figura en las escaleras.

La casa había sido remodelada recientemente para impresionar, pero he estado en la casa de Rosé varias veces antes y de algún modo se las arreglaba para ser más imponente y lujosa.

—Llegaron —dijo una voz con mucho entusiasmo.

Marco. Con pasos seguros se acercó a nosotras, luciendo una sonrisa presumida. Nos saludó con un beso en la mejilla a cada una. Sin darnos tiempo para responder, él ya tenía mi mano entre la suya y me arrastraba a su espalda. Le lancé una mirada a Rosé, pero ella estaba haciendo mucho esfuerzo para no sonreír. Contuve un suspiro. Entonces me di cuenta que el tacto de Marco era cálido y reconfortante. Se sentía agradable. De mala gana tenía que aceptar que tal vez y solo tal vez, Rosé tenía razón, necesitaba un poco de diversión.

Me dejé llevar por él.

A penas habíamos dado un par de pasos cuando sentí como todos los vellos de mi cuello se erizaron y mis músculos se tensaron. No se debía al calor nuevo envolviendo mi mano, era mi espalda y trasero los que quemaban. Como si alguien me estuviera observando. Volví ligeramente mi cabeza hacia atrás para ver que había llamado mi atención. Solo estaba este grupito de chicos que desnudaban a Rosé con la mirada. No los culpaba. Ella llevaba un vestido azul oscuro de tirantes con un escote en la espalda muy sugerente, sus tacones y su hermoso pelo suelto y estratégicamente desordenado. Ella parecía una modelo. Pero no había nadie más, ni siquiera en la escalera donde había visto a alguien, ahora estaba vacía. Nada fuera de lugar que explicara mi reacción.

Con el ceño fruncido y más allá de confundida, regresé la mirada al frente y seguimos por un pasillo largo. Deslicé mi mano lejos de la de Marco con el pretexto de arreglar mi cola. Cruzamos una puerta de vidrio y llegamos al jardín. El fuerte sonido de la música nos golpeó lleno y algunos murmullos ahogados viajaron hasta nosotros. Viendo la cantidad de personas que estaban en la fiesta podía justificar el montón de coches fuera.

La fiesta estaba en todo su apogeo. A mitad del jardín había varios grupos de personas bailando en una pista, otros rodeaban una barra improvisada, bebiendo y divirtiéndose, cerca de una terraza había una fogata con personas peligrosamente cerca. De todos lados parecían venir carcajadas un poco temblorosas por el alcohol.

—¿Quieren algo de tomar? —preguntó Marco.

Eso se escuchó muy formal y cuando lo miré ya no parecía el popular presumido, sino solo un niño educado.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó Rosé mientras giraba sobre la punta de sus pies absorbiendo todo lo que estaba a nuestro alrededor.

Marco sonrió.

—De viaje —respondió.

Ah, así que esa era la razón por la que estaba tirando la casa por la ventana. Rosé debió haber estado pensando lo mismo porque rodó los ojos.

—Sigues siendo un niño.

—Las partes interesantes son de un adulto. ¿Quieres algo de tomar o no?

—Cualquier cosa menos cerveza —le contestó Rosé sin perder el ritmo—.

A Val no le gusta la cerveza —añadió.

Marco asintió alejándose de nosotras.

Aproveché para darle una mirada de reproche a Rosé.

—Prometiste que no ibas a insistir con él.

Mi amiga se aclaró la garganta.

—Así que no le vas a dar una oportunidad.

Suspiré y sacudí la cabeza.

—¿Por qué no le das tú una oportunidad? Él definitivamente es tu tipo.

—Lo creas o no, es un buen amigo de infancia. No me gustaría perderlo solo por sexo.

—Tal vez quiero que sea mi amigo también.

Ella me miró como si estuviera siendo ingenua.

—Un amigo no se calienta como él lo está contigo —arrugué la nariz, incómoda por esa afirmación. Arqueó su perfecta ceja—. ¿Mencioné que nos parecemos?

Puse cara de asco.

—¿Tú también te calientas conmigo? —pregunté estupefacta.

Rosé se tiró una carcajada ronca y sensual.

—Eres la chica más caliente que conozco, pero eres mi mejor amiga así que no te emociones. Nunca vas a tenerme de esa forma. Deja algo para los

demás.

Ahora yo también estaba riendo.

—¿Alguna vez te has visto en un espejo?

Se quedó pensativa un segundo. Asintió con la cabeza.

—Tienes razón, yo también soy caliente solo que de una forma diferente — dijo. Ya sabía que venía una tontería a continuación, así que me preparé—. Mientras yo soy caliente de forma evidente, tú lo eres de forma más sutil. Por eso somos amigas.

—¿Somos amigas por qué somos calientes?

Rosé volvió a asentir con seguridad.

—Sí. Las señales están ahí. Por ejemplo, Fiore —Fiore era mi prima, pero eras más amiga que familia—. Ella es caliente de forma sensual. ¿Has visto las tetas y el culo que tiene? ¿Y la cara de niña buena? ¡Joder! ¡Es un polvazo! Lo mejor de todo es que es inteligente. Es una chica que no se puede dejar escapar.

Estaba a punto de contestar cuando entendí lo que quiso decir. Cuando ella quería algo no se rendía hasta conseguirlo.

*Mierda.* No lo quería rondándome como un perro en celo.

—Le dijiste que no estoy interesada, ¿verdad?

Me miró con fingida molestia.

—¿En qué momento querías que se lo dijera?

—¡Rosé!

Empezó a caminar lejos de mí con una cara risueña.

—Se lo voy a decir, de verdad. Pero si me preguntas no creo que eso lo detenga.

Creo que solo me estaba molestando, nadie podía ser tan determinado como Rosé. Nadie. En serio. Ni porque fueran parecidos. A los chicos los rechazas una vez y se iban a buscar a otra. Por lo menos los que yo había conocido funcionaban así.

Seguí a mi poco fiable amiga que se acercó a un grupo de chicos. Estaban casi en un círculo sobre una mesa.

Sus amigos.

—Todo el mundo, ella es mi mejor amiga, Val. —Se volvió hacia a mí, su pelo revoloteó en el aire con un gesto teatral—. Ellos son mis amigos de la universidad, Harry, y Josh, y ella es Stella.

Me sentí incómoda cuando pusieron sus miradas sobre mí, había escuchado hablar de ellos, pero al mismo tiempo eran desconocidos. Entonces

todos sonrieron y agitaron las cervezas que tenían en la mano a modo de saludo. Al parecer, acostumbrados a la exageración de Rosé.

A Stella ya la había visto antes por las fotos que subía Rosé en sus redes sociales. Era bastante pequeña, quizás un metro sesenta con tacones. Llevaba el pelo recogido en un moño despeinado y tenía una boca de envidia. Por las miradas que compartía con Harry, evidenciaba que eran más que amigos o quizás a punto de ser más que amigos. Harry tenía un estilo nerd, era delgado y usaba lentes. Era de baja estatura como Stella. Perfecto para ella.

—Pensé que no vendrías —dijo Harry.

Rosé le sonrió de manera dulce.

—No tenía pensado venir, pero Val necesita divertirse.

Bufé. ¿A todo el mundo le diría que necesitaba divertirme?

Josh me dio un vistazo rápido y regresó su completa atención a Rosé. Si no fuera por la mirada de cachorro enamorado que tenía en sus ojos hubiera creído que no le había agradado. Lastimosamente Rosé lo miraba como diciendo “eso nunca va a pasar, cariño”.

—Para Rosé todas necesitamos divertirnos. —Bajé la cabeza para encontrarme con Stella sonriéndome con simpatía, prueba de que ella ya había sufrido lo mismo—. Por lo que he escuchado, tú no necesitas ayuda en eso. Lo estás haciendo bien por tu cuenta.

Bueno, una persona tan pequeñita había logrado incomodarme por segunda vez en la noche. Algo en su tono me dijo que no era un comentario casual y que había escuchado sobre Marco y yo.

—No estoy haciendo nada —dije.

El fastidio iba aumentando en mi interior. Yo no estaba haciendo nada para animar a Marco a hacer algún movimiento conmigo y si lo llegaba a hacer sería influenciado por sus propias fantasías. Realmente esperaba no verme en la posición de ponerle un alto, no tenía muchos amigos y enemistarme con los de Rosé no era buena cosa.

Se acercó un poco más para que pudiera escucharla sobre la música.

—No puedes decirme que no te gusta. Es demasiado guapo para su propio bien.

—Es demasiado mujeriego para el bien de cualquier chica y, además, no estoy buscando una relación.

Sus ojos se iluminaron.

—Es por eso que él es perfecto y corres con ventaja, sabes que no va haber más que sexo casual. No tienes por qué involucrarte.

El entendimiento me golpeó. Rosé definitivamente estaba en mi lista negra. No tenía una, pero si la tuviera ella la encabezaría. Maldición, había dicho que lo dejaría pasar.

—Rosé te reclutó para que me convencieras, ¿verdad?

Amplió sus ojos, luego bajó la cabeza con la culpabilidad escrita por todo su rostro.

—¿Qué me delató? —preguntó con voz suave.

—¿Sexo casual? Es algo que solo ella diría con tanta liviandad.

Una mano con un vaso se interpuso entre nosotras, empujando a Stella a un lado. Ella hizo una débil protesta, pero Marco la ignoró y se presionó junto a mí. Nuestros brazos se rozaron. Le agradecí y me concentré en beber el líquido oscuro, deseando dejar mi mente en blanco para poder ignorar el calor que emanaba Marco. Así pasamos treinta minutos, Rosé y Stella poniéndome al tanto con historias de la universidad y los demás secundándolas. No presté mucha atención, no podía descuidarme en anécdotas que ya había escuchado porque de algún modo, Marco se las arreglaba para acercarse más a mí. Su pantalón estaba acariciando mi muslo desnudo, su brazo casi había rozado el costado de mi seno derecho. Un movimiento más y estaría ahí. Lo miré de soslayo, él tenía una sonrisa traviesa bailando en sus labios.

—Vamos a bailar —le dije de repente.

Si se sorprendió por mi pedido, no lo demostró. Se limitó a asentir con la cabeza y me llevó hacia el lleno jardín. Evité deliberadamente los ojos de Rosé, ella no era mi persona favorita en ese momento.

Varias personas saludaron a Marco y varias otras me daban miradas recelosas. Los ignoré a todos y me concentré en divertirme.

Por varios minutos solo bailamos, desentendiéndome de alguna caricia suelta en mi cintura y al borde de mi trasero por parte de Marco. Algo me quedó muy claro, el mayor atractivo de Marco no eran sus ojos como había creído cuando lo conocí, sino que te hacía reír y provocaba que te sintieras especial con su atención. En ningún momento apartó sus ojos de mí. Pero nada de eso me hizo cambiar de opinión, no quería pasar de ahí. No había nada más que dos personas bailando juntas. Él sintió mi duda, se me adelantó.

—Te envié un mensaje esta mañana para invitarte a la fiesta. Creo que no era tú número.

Mordí mi labio y recordé el mensaje que recibí.

—¿Dónde preguntabas como amanecí?

—Como no recibí respuesta creí que Rosé estaba jugando conmigo.

—No firmaste y tengo una política estricta de no contestar a números desconocido. Nunca se sabe qué loco está al otro lado de la línea.

Asintió, su aspecto juguetón.

Marco puso sus manos en mis caderas y lo dejé acercarme, sus pulgares me rozaron con una caricia. Sus ojos dilatados me miraban como si quisiera besarme. Lo pensé un segundo. ¿Qué de malo había que me dejara llevar? Marco era guapo, divertido y solo quería una cosa. Sexo. No pediría nada más.

Sentí su aliento tibio en mi oreja.

—¿Sabes cuáles son mis palabras favoritas? —susurró en mi oído.

No se sentía mal. No se sentía bien. No se sentía nada en lo absoluto. No estaba ese revoloteo en el estómago. Al instante recordé que dejarme llevar me había traído muchos problemas en el pasado. Entonces, ¿para qué arriesgarme?

—No, pero puedo decirte cuales son las mías. —Alejé sus manos de mí y lo miré directo a los ojos para que no quedaran dudas de que iba en serio—. No estoy interesada. Eres guapo y divertido. A cualquier chica en esta fiesta le gustaría que le prestes un poco de atención. Pero yo no estoy interesada.

Lo había apartado de sus amigos creyendo que podría ofenderse con alguna cosa ridícula de macho rechazado, pero estaba completamente equivocada. Él también era un cínico.

Se encogió de hombros y paso un brazo por mi cuello.

—¿A quién escoges para que pase un delicioso momento conmigo?

Lo miré y me di cuenta de que hablaba en serio.

Negué con la cabeza, incrédula.

—Oh, no. No voy a ser responsables de la desgracia de una chica.

—Nunca nadie se ha quejado de mi desempeño, ni describen sus experiencias conmigo como desgracia. Te lo aseguro. Pero si es tu forma tímida de decir que cambiaste de opinión y quieres jugar esta no...

Lo golpeé en su abdomen, me reí suavemente.

—No se te ocurra terminar esa frase. Tienes demasiada imaginación.

Levantó sus manos como rindiéndose.

—¡Oye! Podeos innovar todo lo que quieras. Yo no voy a juzgar.

Compartimos una sonrisa, como si hubiera insinuado algo puso de nuevo sus manos en mi cintura y me tira hacia él. Por el impulso choqué con mis senos en su pecho, aplastándolos ligeramente y nuevamente no sentí nada. Era una lástima, si tan solo pudiera experimentar alguna sensación las cosas

podrían ser diferentes. Un grupo de personas soltaron ruidosas carcajadas, pero la mirada de Marco me tenía inmovilizada. Esta vez él sí iba a besarme. Estaba decidido. Se le notaba en los ojos.

—¡Hey, Marco!

Todo mi cuerpo se tensó, mi corazón golpeó duro contra mi pecho y mi respiración se aceleró de manera errática. Todo en el mismo segundo y mucho antes de que tuviera la oportunidad de entender lo que sucedía. La mirada de Marco se agudizó al percibir mi reacción. Respiré por mi boca, esforzándome para calmarme y no enloquecer en ese lugar.

No podía ser. Había escuchado mal, solo era una voz similar.

Marco soltó una maldición. Sacó sus manos de mi cuerpo, pero no se alejó. Miró sobre mi hombro a la persona que había dicho su nombre.

Cerré mis ojos y respiré profundo. Reuniendo el valor, me giré lentamente, más para comprobar que estaba equivocada, que mi cerebro estaba jugándome una mala broma. Necesitaba comprobar que esa voz no era de quien yo creía. Abrí los ojos. Y ahí estaba, cara a cara con mi pasado. Frente al chico al que había amado con todo mi corazón. Ethan.

Nuestras miradas chocaron, los nervios me invadieron causando estragos con mi estómago, casi vomité de la impresión de verlo de nuevo. Cada célula de mí estaba malditamente consciente de los hipnóticos ojos color turquesa que me devolvían la mirada. El reconocimiento y la incredulidad tiñeron su rostro. Nos quedamos así, enganchados, contemplándonos, mientras una soga tiraba de nuestros viejos recuerdos, trayéndolos al presente. Una sonrisa comenzó a dibujarse en la comisura de los labios de Ethan, era un gesto que me gustaba porque le marcaba un adorable hoyuelo en su mejilla. Entonces, una voz nos hizo aterrizar de golpe en el mundo real.

—Te buscaba —dijo. Una chica se colgó del brazo de Ethan—. No me dejes sola mucho tiempo —susurró.

Deslicé mis ojos a la recién llegada. Era una morena voluptuosa de piernas largas, pelo oscuro y asombroso, ojos vibrantes llenos de simpatía. Como si eso fuera poco tenía la voz grave con un toque sensual, evidenciando que ella era, de hecho, el jodido sueño húmedo de cualquier chico. No me sorprendía que esa chica fuera la cita de Ethan. Incluso antes de terminar me lo imaginaba con una chica tan hermosa como ella y con tanta confianza.

Pese a todo, la mirada de Ethan seguía clavada en mí. Supongo que ninguno de los dos creía que podríamos reencontrarnos en una fiesta. Porque yo no solía ir a fiestas cuando estábamos en la preparatoria.



Los ojos de Ethan recorrieron mi cuerpo, una chispa de interés brilló en ellos.

—Te ves hermosa, Val.

No me gustaban los cumplidos, nunca sabía cómo reaccionar. Sin embargo, él siempre tuvo la facilidad de hacerme sentir cómoda en mi propia piel. En mí sus comentarios funcionaban como un hechizo y estuve a punto de sonreírle genuinamente, por suerte capté rápidamente la señal que debía alejarme de él. La última vez dejó de hacerme sentir cómoda y tiró un edificio enorme encima de mí del que apenas pude sobrevivir.

—¿Se conocen? —preguntó Marco. Bufó—. Por supuesto que lo hacen.

Ethan frunció ligeramente el ceño. Yo sabía que el comentario le había molestado.

—Sí, lo hacemos.

Algo en el tono de voz de Ethan hizo que Marco dejara caer la mano de mi cintura. Ni cuenta me había dado que me estaba tocando de nuevo. Irritada con mi propia reacción interna, retrocedí un paso. Deseando alejarme de la sospecha que se instalaba en mi cabeza. Por suerte en mi exterior mantenía una estudiada expresión de calma, como si nada podía afectarme. Nadie podría jamás saber lo que me provocaba ver a mi ex.

Me encogí de hombros.

—Estudiamos juntos —dije mirando a Marco—. Voy a buscar a Rosé.

No esperé a que contestaran o hicieran algún otro comentario, menos que Ethan me presentara a la chica que estaba conteniendo la ira por su evidente descaro. Solo me alejé de ellos.

Mi cabeza sufriendo un desbordamiento emocional.

Necesitaba un poco de aire, así que caminé en dirección opuesta a Marco, a Ethan y a los chicos. Me concentré en poner un pie delante del otro, en alejarme todo lo que pudiera y cuando reaccioné de nuevo me di cuenta que me había internado el jardín. Todo el lugar estaba rodeado de una hilera de grandes árboles y me acerqué hasta una zona poco iluminada. Al parecer era demasiado ordenarles a mis piernas que dejaran de temblar.

Las preguntas me invadían una tras otra, pero había tres que lograban sobresalir de las demás. ¿Cuándo había regresado al país? ¿Cuánto tiempo iba a quedarse? Y la que más curiosidad me producía y al mismo tiempo la que más me molestaba e irritaba. ¿Quién era la morena voluptuosa?

Cuando terminamos la escuela me enteré que Ethan regresaría a estudiar a América, dejándome atrás. Le había sentado bien. Demonios, estaba más

guapo de lo que recordaba. Había crecido un par de centímetros, haciéndolo casi tan alto como Marco. Sus brazos me dieron un buen vistazo para saber que había sido constante en las rutinas del gimnasio. Todo con él era abrumador. No debía provocarme sensaciones tan vividas.

Desde algún punto de vista podía parecer que estaba huyendo, pero no era así. No quería a mi pasado rondando a mi alrededor, no lo quería de regreso cuando había logrado una libertad desconocida. Estaba más allá de molesta por dejar que su presencia me afectara de esa manera, cuando lo único que debía provocar Ethan en mí era indiferencia. Respiré profundo y traté de tranquilizarme diciéndome que era normal. Habíamos sido muy unidos, nos entendíamos, por lo menos en algún momento lo hicimos. Un momento que a todas luces había quedado atrás.

Una brisa fresca me acarició el rostro y un escalofrío atravesó mi espina dorsal. Mientras estaba en el restaurante había llovido y me lo perdí, pero aún podía respirar el olor a tierra húmeda. Al menos tenía eso. Miré alrededor. Tenía muchas ganas de quitarme los zapatos y caminar descalza, sentir el suelo frío bajo mis pies. Me encantaba hacerlo, me hacía sentir estable. A lo lejos se escuchaba retazos de la música. Sonreí traviesa. Estaba sola. Sería una lástima no aprovechar el momento y necesitaba un poco de locura antes de volver a la fiesta, buscar a Rosé y fingir que nunca había estado en ese lugar. Que no me encontré con Ethan. Que él no había regresado.

Suspiré.

Me quité los tacones y mis pies tocaron la dureza de las piedras que formaba el camino. Miré hacia atrás, inmediatamente mis ojos fueron atraídos por Ethan hablando con Marco, no había rastro de la chica que lo acompañaba. Parecía una mala broma del destino que ellos fueran amigos y si hubiera incentivado el avance de Marco las cosas hubieran sido realmente incómodas. Con mis zapatos en mano di unos pasos más, alejándome de ellos y entonces, escuché una profunda risa ahogada. Todos mis sentidos despertaron y se pusieron en alerta. Giré sobre mis talones con el pulso acelerado.

No había nadie.

No veía a nadie.

Me mantuve en la zona iluminada por la luna yforcé la vista en la oscuridad que proveía el follaje de los árboles. Podía jurar que alguien me estaba viendo. Tal vez no había sido buena idea alejarme de todos. No conocía a la mayoría de personas ahí y muchos ya estaban más que borrachos. Y...

sentía calientes ojos puestos encima de mí. Estaba siendo observada, muy profundamente.

Un sonido agudo cortó la tranquilidad del lugar, como si estuvieran... no lo sé, ¿rozando algo?

Mi pulso se aceleró más. La oscuridad no me daba miedo, al contrario, me gustaba y me proporcionaba cobijo. A veces se sentía como si fuéramos una y pudiera ser yo misma con ella. Definitivamente era mi zona de confort, pero prefería disfrutarla sola.

No me sentía en peligro, solo curiosa. Se me erizaron los vellos del cuello, di media vuelta. Ahí estaba, una figura debajo del árbol más frondoso.

Me sentí atraída. Como si la figura fuera un imán y yo un metal.

—¿Qué haces lejos de la fiesta y tan sola? —preguntó con voz ronca y profunda.

Era un hombre.

Aturdida observé la silueta del extraño, deseando distinguir algo más.

—Técnicamente no estoy sola, tú estás aquí —respondí automáticamente.

—Tú no sabías que yo estaba aquí.

Por supuesto que no, más cuando no sabía con quién estaba hablando.

Me encogí de hombros esperando que pareciera que no me importaba, pero la verdad es que un hormigueo estaba subiendo por mis piernas hasta mis partes femeninas. Raro.

—Tienes razón, no lo sabía, pero no cambia el hecho de que estás aquí. Lo que significa que no estoy sola. A propósito, ¿quién eres?

—Solo espero que no hayas quedado de encontrarte aquí con Marco para profanar este lugar. No soy voyerista.

Me quedé viendo la silueta escondida en las sombras. Su insinuación de que yo había ido ahí para poder tener sexo con Marco era completamente desagradable. ¿Hacerlo contra un árbol? ¿Cómo siquiera podía pensar eso? No juzgaba a las personas que podían tener relaciones pasajeras, si soy sincera más de una vez paso por mi mente seguir el consejo de Rosé y tener algo de una sola noche con Marco o con cualquier otro de los chicos que me había presentado. Pero él no me conocía y no podía saber que yo no era así, lo que significaba que estaba juzgando.

Respiré profundo antes de contestar.

—Marco solo es un amigo.

Bueno, más o menos.

Y ahí estaba de nuevo, esa risa profunda.

—¿Estás diciendo que no hay nada entre ustedes?

—Exacto.

—Vamos, se la han pasado coqueteando, has permitido que él te toque de forma íntima, lo más lógico sería que terminaran la noche juntos. Pero si lucir adorablemente indignada forma parte de algún plan para tener algo serio con él estás perdiendo tu tiempo. Solo quiere meterse debajo de ese pequeño vestido.

Lo dijo como si yo fuera estúpida. Y no lo era. Yo sabía perfectamente que le gustaba a Marco como le gustaba su vecina y que si lo permitía se metería debajo de mi vestido sin ningún problema ni compromiso. De todos modos, no es como si yo estuviera buscando alguna de las dos cosas. No estaba interesada en Marco y un tipo que se oculta literalmente en las sombras no tenía derecho a opinar. ¡Demonios! ¿Quién se creía que era?

—¿No será que eres tú quien quiere meterse en mi “pequeño vestido”? —pregunté sin poder contenerme.

—Yo quiero arrancártelo y tocar ese culo del que presumes.

Me quedé estupefacta. ¡Era un abusivo! ¿Cómo se atrevía a decirme eso?

—Si fueras algo más que una simple sombra, podría llegar a ser tentador.

—Sería mejor que mantuviéramos el suspenso y nos acariciáramos en la oscuridad. No me gustaría que regresaras buscando más o peor, que te enamores. —Había arrastrado la última palabra. Estaba borracho. Eso explicaba su valentía irrespetuosa—. No te preocupes, a Marco no le va a molestar, le gusta compartir. Pero si te acuestas solo con él sería un completo error.

¡Me estaba tomando por una puta!

No era una persona violenta, pero en este momento me veía capaz de golpearlo. Mi sangre estaba hirviendo, pero no era solo de enojo. No tenía idea del por qué las palabras de ese idiota me golpearon tan fuerte hasta el punto de hacerme enojar.

Bajé mi indignación a un nivel que pudiera controlar y con toda la gracia que pude reunir me calcé mis tacones. Me paré erguida y vacié mi rostro de cualquier emoción.

—No tengo idea de quién eres, ni de lo que dices y menos de por qué te importa. Pero no soy la puta de turno de nadie y si quisiera acostarme con Marco sería mi decisión, no un error —mi voz estaba estable y fuerte—. Ah, y no luzco adorable.

Sin darle la oportunidad a que pudiera darme una respuesta, me alejé de

ese idiota y regresé a la fiesta con la sensación de nerviosismo.

Cuando tenía diecisiete años solicité mi licencia de conducir, me la negaron y dijeron que volviera a intentarlo en unos meses. Después pasaron un montón de cosas y no me preocupé en hacerlo. Por ese desafortunado hecho Rosé se había convertido en mi chofer personal, ella me transportaba de un lado a otro. Pero ni siquiera su exuberante carisma mientras conducía a casa después de la fiesta lograban mitigar la indignación que sentía.

Que un desconocido pretencioso se creyera con el derecho a sacar algún tipo de conclusión sobre mí me molestaba. Y que su opinión me afectara me molestaba aún más.

Si me concentraba era capaz de escuchar su risa profunda que había quedado grabada en mi cabeza y mi estómago se agitaba con una sensación extraña.

Estaba tan metida en mis pensamientos que apenas y noté que llegamos a mi casa. Me despedí de Rosé y bajé de su coche. Ella pasó todo el camino hablando ansiosa sobre alguna cosa de sus amigos. Sabía perfectamente que estaba evitando el tema de Ethan, pero esa noche lo único que me intrigaba era el idiota en la oscuridad.

## CAPÍTULO TRES

---

CUANDO LA PRIMERA ficha de dominó cae empuja la siguiente y así sucesivamente van cayendo todas las demás. Pero es no es todo, cada ficha al caer no solo derriba a una de su mismo tamaño, sino que es capaz de derribar una ficha cincuenta veces más grande. Bueno, no había mejor metáfora para describir mi vida que el efecto dominó. Empezó hace cuatro años cuando papá y yo regresábamos a casa de su oficina, un conductor ebrio chocó contra el coche sacándonos de la carretera, papá recibió el golpe de lleno. Murió al instante. Un accidente del que mi familia no se había recuperado y de una u otra forma, me culpaban a mí. Yo también me culpaba. Había aprendido a vivir con eso y por supuesto, había días en lo que era mucho más difícil sobrellevar la animosidad mal disimulada que recibía.

Debí darme cuenta que las fichas que había logrado poner en su lugar volvían a caer de nuevo.

Esta vez sin mucho ruido.

El día siguiente a la fiesta me desperté a media mañana, solo bajé cuando mi estómago rogó por un poco de comida y me negué a averiguar porque las mariposas que vivían allí se habían despertado de su hibernación. Más enloquecidas que antes. Esperaba que todas las emociones de ayer se debieran a que estaba un poco achispada por el alcohol, lo que no tenía sentido, solo había tomado un vaso de ron con coca.

Me deslicé hasta la terraza dónde estaban mi mamá y Georgina almorzando. Con cuatro años de diferencia Georgina era la segunda de tres hermanas. Entre ella y yo las cosas siempre eran tensas y raras, nunca pudimos llevarnos bien y tener una relación de complicidad, confianza o cualquiera que sea el vínculo que se desarrolle entre hermanas. Por años ella fue la beba de

la casa y después vine yo y tuve la osadía de quitarle el lugar. Eso creó una fricción entre nosotras desde el principio, incluso llegamos a pelearnos por la atención de papá. Después del accidente y de aceptar que él no volvería nunca más comenzó a hacer de todo, esperando recibir algún tipo de aceptación por parte de mamá. Pero ella nunca ha sido una madre devota y solamente estaba pendiente de sí misma. Claro que cuando hacíamos algo que no le gustaba era la primera en hacernos ver nuestro error. Estaba muy claro para mí que ella solo había tenido hijas para complacer a papá, porque lo amaba más que a nadie en este mundo. Pero aun sabiendo esto, Georgina quería ser la hija perfecta y lograr su aceptación sin importar si tenía que tirar a alguien debajo de un tren.

—No esperaba que nos acompañaras —dijo en cuanto me senté.

—¿Por qué no? —preguntó mamá.

Cuando llegué por la noche a casa, Georgina aún estaba despierta. Desde ese momento supe que ella haría cualquier comentario que pareciera inocente para que mamá lo supiera. No se daba cuenta que dejándome en mal provocaba que mamá me prestara más atención de la que yo realmente deseaba.

Me preparé para recibir el empujón y ser arrojada a las vías.

—Porque llegó como a las tres de la mañana y olía a alcohol. Pensé que aprovecharía para descansar todo el día.

Lo dijo con total inocencia que nadie creería que lo hacía adrede.

—Georgina—suspiré cansada—, si vas a ser la comunicadora de mi vida por lo menos no exageres los hechos.

—¿No olías a alcohol?

—Ese no es el punto y lo sabes.

—¿Llegaste alcoholizada a mi casa? —preguntó mamá con desdén en su voz.

Clavé la mirada en mi plato.

Lastimosamente sí olía a alcohol. Poco después del encuentro con el desconocido en la oscuridad y queriendo evitar a Ethan me topé con uno de los invitados que estaba tan borracho que derramó su vaso de cerveza en mi vestido. No fui la única que terminó oliendo a cantina. No era un peso ligero con el alcohol y en mis diecinueve años nunca me había emborrachado, ni tenía la intención de empezar a hacerlo. Pero no tenía sentido perder mi tiempo tratando de explicarme, ninguna de las dos escucharía.

Con una mirada a Georgina me di cuenta que ella estaba satisfecha, hasta

sus ojos brillaban con malicia. Mamá tenía algo más para echarme en cara y ella quedaba como la hija perfecta. Agotada de la actitud de ambas me dediqué a comer, pero las palabras hirientes que mamá escupía se alojaron en algún lugar dentro de mí y las arrinconé como era costumbre. En momentos así me preguntaba si yo era una especie de masoquista por aguantar estos tratos o, si simplemente era mi forma de tratar de menguar la culpa que sentía.

Cuando estuve lista para ir al trabajo casi salí corriendo de casa sin despedirme de nadie. Si lo hacía lo único que lograría sería más críticas de su parte por mi trabajo y no tenía ganas.

Ese domingo tan pronto llegué a Browning's Rosé me preguntó qué era lo que había pasado. Ella era la única que a veces y solo a veces lograba descifrar mi cara de póker. Le conté por encima lo sucedido en el almuerzo y como ya había presenciado uno de los ataques verbales de mamá, me dijo, como muchas otras veces, que empacara mis cosas y me fuera a vivir con ella. Que todas las noches sería como una pijamada divertida y alocada. Pero como siempre hacía, rechacé su propuesta. Ellas eran mi familia y las quería. Su respuesta fue: “cuando estés lista para mandarlas a la mierda, tienes un lugar en mi infierno”. Ella era la mejor amiga en todo el mundo y tenía tanta suerte de tenerla. Realmente no sabía dónde estaría sin Rosé.

También se disculpó porque no sabía que Ethan había regresado a la ciudad, y me preguntó con mucho tacto si me encontraba bien. Estaba bien, pero cuando vi a Ethan fue como regresar en el tiempo donde nada había cambiado, era frustrante, sobretodo porque su regreso me afectaba a tal punto de no tener la menor idea de saber cómo me sentía. Seguía en el limbo de la impresión al verlo de nuevo. Aunque las cosas sí habían cambiado, yo había cambiado. De lo que estaba segura es que no quería que él tuviera ese poder sobre mí. No otra vez.

Cerré mis ojos con fuerza cuando el recuerdo de la primera vez que hablamos se abrió camino en mi mente. Traté de ahuyentarlo. Fracasé.

*Estaba sentada cerca de la entrada de la escuela esperando que Emily, mi hermana mayor, llegara a recogerme. Ella sabía perfectamente a la hora que salía, le había enviado un mensaje para recordarle y había respondido que estaría ahí en cinco minutos. Lo curioso es que ya llevaba quince minutos esperando.*

*Sentí una sombra caer sobre mí como un manto junto con la presencia de una persona, gemí para mis adentro esperando que no fuese alguna maestra intentando llegar a mí con palabras esperanzadoras, diciendo “lo siento” y*



*esperando que echará a llorar desconsolada por la muerte de papá, pero no podía hacerlo, no tenía ese derecho, entonces, cuando se daban cuenta que no habría una muestra de sufrimiento me daban miradas extrañas y me hacían sentir extraña. Realmente odiaba estos días en la escuela.*

*Mirando por el rabillo del ojo vi el uniforme de un alumno. Volví mi cabeza para ver quién se trataba. Mis ojos se abrieron de par en par cuando me di cuenta que era el chico nuevo de mi salón y él me estaba viendo. Hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo, su pelo largo cubriéndole los ojos. Los comentarios sobre mi accidente se detuvieron gracias a su llegada. Los que circulaban sobre él eran difíciles de creer. Supuestamente lo expulsaron de la escuela a la que asistía en América por enredarse con una profesora y sus padres lo enviaron de regreso al país para evitar los escándalos aun cuando ya había pasado un par de semanas de haber comenzado las clases.*

*Me parecía escandaloso y ridículo que un rumor como ese se extendiera porque si fuera cierto sería el secreto mejor guardado, a menos que él lo iniciara a propósito, pero para qué haría eso. De todas formas, me di cuenta que esa era mi oportunidad para saber si eran ciertos, si lo dejaba pasar Rosé nunca me lo perdonaría porque ella estaba segura que lo había visto antes.*

*No perdía nada con indagar un poco.*

*—Hola, eres el chico nuevo, ¿verdad?*

*Oh, ¿En serio? ¿El nuevo? ¿No podía ser más patética? Sobre todo, cuando sí sabía su nombre. Todos lo hacíamos.*

*—Sí, pero me gusta más que me digan Ethan.*

*Sonrió confiado viendo a lo lejos y me abrumó, últimamente casi nadie sonreía a mi alrededor, pero él no lo sabía.*

*—Ethan, sí, eso suena mucho mejor —le di una sonrisa amistosa, pero fue más una mueca. Quizá ese era el problema, últimamente yo no sonreía—. Soy Valentina.*

*—Un placer conocerte, Valentina. ¿Esperas a alguien?*

*—Mi hermana quedó en pasarme a recoger, pero ella es un poco impuntual.*

*—Diría que mi papá también es un poco impuntual, pero me tenía que quedar para recoger algunos trabajos y ponerme al día con las materias.*

*Ahí estaba mi entrada. Tenía que aprovecharla.*

*Evité su mirada.*

—Cambiarle cuando el semestre ya inicio puede ser difícil —murmuré —. Pero supongo que no tenías opción.

—No, no la tenía. Porque papá regresaba al país, no porque tuviera un enredo amoroso con una de mis maestras o porque tenía los amigos incorrectos. Era esta escuela o un internado y estar encerrado no es lo mío.

Me sentí avergonzada. Así que lo había escuchado, era lógico porque nadie fue muy sutil al comentarlo.

—Es un poco decepcionante que no haya nada escandaloso con tu llegada. Ya sabes, solo para entretenernos un par de semanas.

El sonido de su risa fue encantador.

—Ahí llego mi papá y la persona responsable de que sea un chico aburrido.

—Realmente dudo eso, pero fue un gusto conocerte. Nos vemos mañana.

Agarró su mochila, pero no se levantó. Sus ojos se deslizaron de mí a un coche elegante.

—Puedo decirle que espere y te hago compañía hasta que tu hermana llegue. O podemos llevarte.

Deseché su ofrecimiento con un gesto de la mano.

—Pero si quieres, mañana puedes traerme el desayuno —frunció el ceño sin entender—. Me refiero a que probablemente voy a seguir aquí esperando a mi hermana.

No se veía muy convencido, pero sonó el claxon proveniente del coche.

Ethan suspiró.

—Adiós Val.

Acortó mi nombre, pero lo dijo lentamente, como si lo estuviera saboreando.

Al día siguiente llegué a la primera clase y sobre mí pupitre encontré un sándwich y un jugo de cajita con una nota.

TU DESAYUNO

—E.

Las comisuras de mi labio se elevaron mínimamente.

Era la primera vez que sonreía desde el accidente.

Después de esa pequeña charla nos hicimos amigos.

Definitivamente no sabía cómo me sentía, pero había aprendido mi lección. No lo dejaría entrar a mi vida otra vez.

ESTOY LLEGANDO, DAME CINCO MINUTOS.

Leí el mensaje y no pude evitar entornar los ojos.

Cinco minutos era el tiempo que necesitaba alguien de mi familia para llegar a sus citas sin importar la distancia. Como sabía que era un fastidio estar esperando a alguien evitaba llegar tarde a mis encuentros. Si me decían a una hora, yo trataba de llegar un par de minutos antes. Al parecer era la única que era puntual, el resto de mi familia ni siquiera se molestaba en intentarlo. Un ejemplo muy claro era mi prima, Fiore. Quedamos en encontrarnos en la entrada Harronds hace dieciséis minutos y cuarenta y cinco segundos atrás, pero la única señal que tenía de ella era un mensaje.

Maldije por lo bajo. A estas alturas ya debería estar acostumbrada a su impuntualidad, pero yo no quería caer en ese patrón y no creía en llegar “elegantemente tarde”. Era de mal gusto. Ya podía imaginarla diciéndome una excusa ridícula que no se creería nadie porque no sabía mentir.

Eran los últimos días de junio, con el sol iluminando en lo alto del cielo y bañando las calles de calidez, caminé por Brompton Road antes de doblar en Hans Crescent. No era mi clima preferido, pero era perfecto para vestir ligero. Decidí usar unos vaqueros de cintura alta con una rotura en lugares estratégicos y una muy sugerente debajo de la bolsa trasera, combinado con un top blanco muy entallado. Como amaba los accesorios, llevaba algunos collares, un par de brazaletes y varios anillos. Mi maquillaje era natural y, por último, dejé mi largo pelo ondear suelto.

Mientras sorteaba a una persona para no chocar de frente, sentí que mi piel comenzó a picar. Desconcertada porque no era la primera vez que tenía esa sensación, me detuve en seco. Mi estómago se revolvió de anticipación mientras buscaba entre las personas a mi alrededor. Sin perder el tiempo mis ojos fueron atraídos y estampándose con un chico altísimo que caminaba en dirección contraria. Nuestras miradas se conectaron, un escalofrío bajó por mi espalda. En torno a mí todo estaba desdibujándose, la única cosa nítida que permanecía era él bajando sus ojos y repasándome lentamente de pies a cabeza sin ningún pudor, sentía como si me estuviera acariciando mientras se acortaba la distancia entre nosotros.

Retrocedí un paso, mis piernas estaban tensas por el calor que me subió. Lo observé, extrañada porque no era habitual que notara a una persona en la multitud, pero con su metro noventa, hombros anchos y caderas estrechas tenía todo para llamar la atención de cualquiera. Sin perderme de vista se inclinó

para murmurar algo a la chica que caminaba a su lado. Una chica que no había notado hasta ese momento.

Entonces me percaté que me había quedado estancada obligando a las personas a rodearme. Era como si estuviera espiando de forma descarada y actuando como una loca. Con pasos rígidos me puse en movimiento. Entré en la cafetería que estaba en la esquina, ordené un café y una tarta de frutillas. Me dejé caer en una silla en el exterior. No podía dejar de pensar en el chico con el que me había cruzado. Me había sentido cautivada por él, lo extraño de todo, es que nunca antes reaccioné físicamente con un chico y menos con un desconocido que llevaba a su novia al lado. La sensación que me provocó era nueva. No del tipo malo, sino una que me generaba necesidades femeninas. No necesitaba sentir sensaciones de ese tipo por alguien. Y debería dejar de pensar en eso. Ya estaba, solo había sido un momento.

Estaba menos molesta y perturbada que unos minutos atrás con el café que estaba frente a mí. Chequé mi celular nuevamente, los cinco minutos ya habían pasado y esperaba por lo menos encontrarme con un mensaje. Nada. Respiré profundo y me obligué a relajarme. Le escribí un mensaje a Fiore diciéndole dónde podía encontrarme. Habíamos quedado en que la acompañaría a hacer algunas compras y la extorsioné para que después fuéramos al cine como en los viejos tiempos. Mientras sentarme a ver una película era mi pasatiempo favorito, ella no lo disfrutaba tanto, pero no tenía problema en acompañarme. O quizá sí los tenía. Quizá por eso lo estaba arruinando todo con su tardanza. Escuché una risa profunda proveniente del otro lado de la mesa. Al instante me tensé. Era una risa que había escuchado una sola vez antes en la fiesta de Marco y me había atormentado al recordarla. No la confundiría con ninguna otra. Tenía buena memoria.

¿Cuántas posibilidades había de que fuera la persona que se escondió bajo la sombra de un árbol?

Muy pocas, casi nulas, ¿no?

Levanté la cabeza solo para encontrarme con unos ojos azules, eran tan intensos y fríos que no dudaba que pudieran congelar el infierno si se lo proponían. Su risa fue desapareciendo hasta quedar reducida en la nada. Estaba sorprendida. Se trataba del tipo que me había repasado hace instantes, cuando caminaba en la calle y estaba sentado frente a mí, observándome con curiosidad mal disimulada. ¿En qué momento se sentó? No me di cuenta, tenía que dejar la mala costumbre de enfocarme en lo que sucedía en mi cabeza y estar más en sintonía de lo que pasaba a mi alrededor.

Sentí la sangre calentarse en mis venas. Si dijera que guapísimo me quedaría corta porque la verdad es que era más allá de atractivo. Con unos ojos azul cobalto, pestañas largas y espesas, enmarcadas por unas cejas pobladas que hacía sus ojos un cielo antes de oscurecer en los que cualquier desearía perderse. Su nariz recta y sus facciones duras le daban un toque de seriedad muy impropio de su edad, podía apostar que no pasaba de los veinticuatro o veinticinco años. Ya no era un chico en toda regla, sino más bien un hombre. Ahora que estaba tan cerca y podía ver los detalles mis ojos viajaron hasta su boca, sus labios eran de un rosa pálido. Perfectos para ser besados. Algo me dijo que él sabía cómo hacer ver las estrellas con un beso. Cuando nuestros ojos se encontraron de nuevo deseé poder cortar la conexión que sentía y alejar la mirada

Ya no eran fríos, se había instalado un calor abrasador en ellos. Quemándome. Me tomó por sorpresa el remolino de deseo que se formó en mi estómago y descendió hasta mi vientre. Solté el aliento despacio. No entendía muy bien porque me sentía tan atraída a él, de repente el día estaba más caliente. Mi subconsciente gritaba urgido que me alejara lo más rápido de ese lugar. De él.

Era peligroso.

Con esfuerzo arranqué mis ojos de los suyos y los clavé detrás de él, tan lejos como me fue posible.

—Volvemos a encontrarnos —susurró.

*Así que sí era él. ¿Quién más sino?*

*¿Tanta mala suerte podía tener en un día?*

Fingí que no sabía de lo que hablaba.

—¿Perdón?

Mi voz se escuchó un poco rara, ronca por la agitación del momento.

—Sé que no es de noche, no estamos solos y no llevas un vestido provocador, pero no trates de fingir que no sabes quién soy. Yo te reconocía al instante.

Hice una mueca al recordar lo que había dicho esa noche, como sacó conclusiones precipitadas sobre mí al tomarme como una chica fácil.

—No estoy fingiendo, no sé quién eres y me refiero a qué no sé tu nombre. Si no recuerdo mal creo habértelo preguntado, pero parecías más interesado en obtener algún servicio de mí.

Revisé de nuevo el celular. Nada. ¿A qué horas pensaba aparecer? Porque ese sería un excelente momento. *Creo que ni me enfadaría con ella si*

*apareciera en los próximos cinco segundos.*

—No quise ofenderte con lo que dije, ¿sabes?

Me encogí de hombros, un gesto que esperaba pareciera despreocupado. No me importaba.

—¿Cómo iba a ofenderme si solo eras una sombra parlante? Está bien, me trataste de prostituta y pretenciosa sin conocerme. Pero nada grave. No eres importante.

—Tienes razón, no te conozco. Esa noche fui un idiota.

Miré de nuevo hacia él y vi que tenía las cejas juntas pareciendo contrariado.

Permití que una sonrisa maliciosa se formara en mis labios.

—Míranos, dos desconocidos, encontrándonos de casualidad por segunda vez y ya tenemos algo en común —empujé lejos la atracción por él y lo miré divertida—. Los dos pensamos y estamos de acuerdo en que eres un idiota.

Se le onduló la esquina de la boca en una media sonrisa, tiró la cabeza hacia atrás y soltó una grave carcajada. Parecía estar disfrutando, cosa extraña porque no me consideraba una persona divertida. Lo más probable es que se estuviera divirtiendo a mí costa. Había un grupo de tres chicas y una pareja de mediana edad sentadas en las otras mesas, algunas personas entraban y salían del café, la mayoría simplemente caminaba viendo las vitrinas de las tiendas, pero su risa fue como un hechizo que atrajo todas las miradas. Me fijé que no le afectó tener algo de audiencia, estaba acostumbrado a ese efecto. Las chicas que estaban más cerca ampliaron sus ojos, asombradas al ver al hombre. Pero él no me perdió de vista ni un segundo. No me gustó tener que admitir que era atractivo y que por su culpa no podía respirar con normalidad.

—Me lo tenía merecido —sus ojos brillaron con regocijo antes de ponerse serio—. No te tomé por una prostituta, solo por una chica que caminaba descalza en la oscuridad, pero no debí hablarte de esa forma.

Asentí restándole importancia.

—No fue nada. Noté que el alcohol tuvo su influencia.

—No es excusa. Lo siento.

Así que era atractivo y sabía disculparse. Lo estudié un momento para saber si de verdad lo sentía, él me sostuvo la mirada. Decidí que era sincero. ¡Un punto para él!

—Está bien —dije.

—Por cierto, me llamo Christopher —confesó.

—Es un lindo nombre.

Me golpeé mentalmente por no mantenerme callada, lo único que faltaba era que pensara que me derretía por él. Y no era el caso.

Christopher deslizó los dedos a través de su pelo castaño, desordenándolo más de lo que estaba. Aparté la mirada. Está bien, podía aceptar que era atractivo, pero nada más.

—¿Cómo te llamas?

Oh, no. No iríamos ahí. No quería darle información sobre mí.

—¿Por qué pensaste que iba a acostarme con Marco?

Era consciente que las cosas que dijo fueron porque estaba ebrio, pero no podía negar que algunas de sus palabras me llegaron y molestaron. Teniendo en cuenta que él era un desconocido, claro. Al no recibir respuesta aventuré una mirada bajo mis pestañas, entonces me di cuenta que tenía la vista clavada en mí. Solo llevábamos unos minutos compartiendo el mismo aire, pero eran suficientes para decir que Christopher tenía un don para hacerme sentir cómoda e incómoda al mismo tiempo. Estaba mirándome con una cuidadosa intensidad, como si quisiera descifrarme. Para mi horror parecía de esas personas a las que no se les escapaba nada, de las que son capaces de ver a través de cualquier máscara. No era algo bueno.

Tomé un sorbo de café solo para tener algo que hacer.

—No lo sé, lo supuse por el coqueteo entre ustedes. ¿Por qué te importa? —preguntó suavemente.

Mis alarmas internas se activaron. Por lo general las personas creían que era fría y distante porque bajo cualquier situación mantenía mi rostro sin emociones. Nadie era capaz de leerme realmente. Pero Christopher parecía estar viendo otra cosa y no me gustaba. Él ya había sacado conclusiones demasiado rápido, me había juzgado sin conocerme. Tenía mucha de esa mierda con mi familia como para salir a buscar más. Pensándolo bien lo mejor era no tener ningún tipo de relación con él. No lo conocía, ni quería conocerlo.

—No lo hace.

No pareció que me creyera, pero lo dejó pasar.

Colocó los brazos sobre la mesa, inclinándose hacia adelante.

—¿Te haces la misteriosa para despertar mi curiosidad? —preguntó. Estábamos en un lugar público, pero él lo hacía sentir íntimo con su voz baja y ronca. Quizá por eso no entendí su pregunta—. ¿Cómo te llamas? —repitió.

Ah, mi nombre. Dudé un momento, no quería darle mi nombre, cuando se lo dijera algo cambiaría, estaba segura, pero no hacerlo me haría maleducada. Finalmente dije:

—Valentina.

Christopher asintió. Una burbuja nos envolvió apartándonos del resto. No hablamos. Cada uno mirando al otro directamente, como si fuéramos capaces de comunicarnos con los ojos. Me fijé que tenía unas motas plateadas adornando sus ojos que combinaban perfectamente con el azul cobalto y que, a su vez, contrastaban con su piel ligeramente bronceada. Era injusto por parte de la naturaleza darle todo eso. Ya tenía suficiente ventaja con su atractivo para obsequiarle un toque extravagante también. Casi sentía lástima por las chicas que habían sido víctimas de esa mirada cautivadora. No era mi intención, pero me pareció notar una chispa de interés de su parte. Mis pezones se irguieron en respuesta y presionaron contra mi sostén. Luego Christopher sonrió y claro, el mundo se detuvo. No por su gesto, sino porque de un momento a otro se llevó la taza de café a los labios y bebió un sorbo dejándome con la boca abierta.

Existían dos cosas que no compartía en esta vida, una eran los chocolates y la otra, el café. Fruncí mi ceño, sintiendo como el calor lujurioso se transformaba en instinto animal defendiendo lo que era mío. Saber nuestros nombres no significaba que nos conociéramos. Nunca lo haríamos. Idiota. Pasé mi mano por mi cabeza, tirando a un lado mi pelo. Christopher siguió el movimiento.

Arqué mi ceja.

Christopher seguía relajado en el sofá, dándome la mejor vista de su abdomen plano. Apostaba que debajo de esa camisa negra había puro músculo bien marcado, delicioso al tacto.

—Aparte de prejuicioso, idiota y abusivo —le di una mirada significativa a *mi* café en su mano—. ¿Qué más eres, Christopher?

Me miró con inocencia.

—¿Caliente? ¿Simpático? —Lo miré aburrida— ¿O te refieres a algo superficial?

—No te preocupes, lo acabo de descubrir por mi cuenta.

—¿Y qué es? —preguntó fingiendo curiosidad.

—Ególatra.

Escondió su sonrisa detrás de *mi* café. Mientras tomaba otro sorbo, hizo una mueca. Dejó la taza sobre la mesa.

—Es solo seguridad nena —dijo mientras le ponía azúcar a *mi* café.

Lo miré atónita. No podía creerlo. Prefería el café amargo y fuerte, y ahora ya no iba a poder tomármelo.



*Idiota, idiota, idiota.*

—Es Valentina, no nena.

Christopher sonrió como un niño de cinco años mostrando todos los dientes.

—Nena. Valentina. ¿Qué más da? En ti los dos se sienten calientes.

Bufé dejándome caer en el respaldar de la silla, fingí relajarme y miré atrás de él. La rubia que había estado con Christopher acababa de aparecer en la esquina con celular en mano, miró hacia los lados como si estuviera buscando a alguien. Seguramente a su novio que estaba importunándome. No sería un mal movimiento ponerle correa para que no se le escapará a molestar a los demás.

Viendo mi oportunidad para deshacerme de él me volví hacia Christopher, pero lo atrapé viendo fijamente mi escote. No había mucho que ver, la naturaleza no me dotó de exuberantes curvas, pero no me quejaba, las pocas que tenía eran suficientes, firmes y acordes a mí cuerpo. Sintiendo mi mirada, levantó sus ojos encontrándose con los míos, pero oh sorpresa, sorpresa, no se veía nada arrepentido. Al contrario, se encogió de hombros y siguió tomándose mi café. Era un idiota y un cínico que me provocaba un hormigueo.

Indignada y acalorada en el mismo nivel de intensidad, me crucé de brazos.

—Te recuerdo que acabas de disculparte por faltarme el respeto y lo estás haciendo de nuevo mirándome de esa forma.

—Tengo unos ojos impresionaste, puedo admirarte con ellos —torció la boca en una sonrisa sexi y se atrevió a deslizar sus ojos a mi pecho otra vez—. Creo que te gusta que lo haga.

No tenía que bajar la mirada para ver que mis pezones se notaban a través de mi blusa.

—No me gusta Christopher, me incómodas.

—¿En qué parte te incómoda más, nena? Apuesto a que es una interesante.

Oh, mierda.

—*Va te faire foutre, connard pervers !* —escupí antes de poder detenerme.

El timbre de un celular sonó en el aire evitando que me respondiera con algo subido de tono, porque se notaba que esa era su intención.

Al mismo tiempo que Christopher se removía en su asiento, una sombra se cernió sobre mí. Ahí estaba Fiore junto con su empalagoso perfume de vainilla, murmurando en mi oído disculpas difíciles de entender. Se apartó de

mí con la sonrisa encantadora que siempre la sacaba de apuros.

Me preparé para escuchar su excusa, pero sus ojos volaron al idiota frente a mí, las mejillas de mi prima instantáneamente se colorearon de un rojo intenso. Entendía la reacción. La impresión de verlo por primera vez. Yo había pasado por lo mismo.

Fiore estaba vestida con una falda de mezclilla y una blusa de tirante, ella sí tenía un gran escote para admirar, pero al ver a Christopher, este solo le estaba obsequiando una sonrisa jodidamente caliente. Nada más. Ni una mirada lujuriosa. Me pareció extraño, pero no tanto como el picor de envidia. A mí no me había sonreído así.

—Hola —saludó Christopher a mi prima.

—Hola —respondió Fiore.

Al otro lado la chica rubia nos observaba con los brazos cruzados.

*Genial. Drama a la vista.*

Me levanté lista para arrastrar a Fiore lejos de esos hipnóticos ojos azules antes de que nos metiera en problemas. Detestaba con todo mi ser esa clase de situaciones y me mantendría alejada tanto como me fuera posible.

—Vamos —dije, agarré el brazo de Fiore.

Cuando escuché una maldición susurrada proveniente de Christopher, me volví en su dirección para ver qué había pasado, cruzando los dedos para que se hubiera quemado la lengua. Sería una buena venganza por tomarse mi café. Pero yo no tenía suerte y él era un hombre descarado. Contuve un suspiro. La chica rubia estaba solo a unos metros de distancia y Christopher permanecía muy entretenido viendo el agujero en mi trasero.

Me estremecí con un escalofrío de placer.

Solté un bufido, exasperada y enojada. A mi cuerpo le gusta su atención.

—¿No te terminarás tu café?

*Respira Val, no puedes matarlo. Simplemente no puedes.*

Puse una mano sobre la mesa, reclinándome sobre él. Mi rostro a la misma altura que el suyo, pero quedé más cerca de lo que había planeado porque podía sentir su respiración acariciando mi mejilla. Christopher aprovechó para prestarle atención a mis labios y lo más probable es que solo fue mi imaginación, pero juro que lo vi tragar saliva.

—Qué tonta, creí que era tuyo y que yo solo estaba aquí para que me devoraras con tus ojos.

—Hueles bien —susurró.

Me tomó un momento procesar sus palabras. Yo... no llevaba perfume. En

cambio, él... Demonios, su olor era embriagador.

—Tú también hueles bien —dije sin poder evitarlo.

Nuestras miradas encontraron otra vez. Y ahí estaba, la chispa que había visto antes. Sus ojos se estrecharon con apreciación caliente y me dio esa sonrisa arrogante que me dejó sin aliento.

—La próxima vez deberíamos quedar para un café. Tengo que compensarte.

¿La próxima vez? No habría una próxima vez entre nosotros. Encontrarnos solo era parte de una broma que el *destino* me estaba jugando.

Me enderecé y le sonreí como el gato que se había comido al ratón.

—No tienes que compensarme nada Christopher, serás tú quien pague la cuenta.

—De todas formas, va a haber una próxima vez. Te lo aseguro.

Iba a responderle, pero por el rabillo del ojo vi que la chica se acercaba y tenía la sensación que discutir con él no serviría de nada. Mejor dejarlo creyendo que había tenido la última palabra. Yo sabía que no era así.

Le di la espalda y con pasos largos, me alejé arrastrando a Fiore conmigo.

—¿Qué...? —Empezó Fiore.

—No preguntes.

La corté porque yo tampoco sabía que sucedió, ni porqué mi estómago estaba agitado.

Mientras me alejaba estaba muy consciente de la mirada de Christopher clavada en mi espalda, deslizándose hasta mi trasero.

Era un idiota.

## CAPÍTULO CUATRO

---

LAS COSAS se ponían cada vez más extrañas. Ayer mamá me pidió que la acompañara a recoger a Anthea, mi sobrina, de su clase de pintura. Lo que logré entender de la poca información que soltó es que Emily iba a celebrar su aniversario de bodas con su esposo, Jhon. Al parecer saldrían toda una semana fuera de la ciudad. Así que mi sobrina se quedaría con nosotras. Era una niña muy traviesa, el primer día de estar en casa la encontré sentada sobre la cómoda del baño común comiendo pasta dental, de esas adictivas que tienen sabor a chicle. Ella me vio entrar y por el espejo vi reflejado sus enormes ojos oscuros abiertos de par en par, la inocencia que solo una niña de siete años podía tener quedó en evidencia cuando escondió sus manos en la espalda. Pudo haber sido un gran escondite si yo no hubiera estado atrás y ella no tuviera un letrero con la palabra “culpable” colgando de su cuello. Sonrió entre nerviosa y aliviada al ver que era yo y no mamá, porque yo la cubriría. No era buena con los niños y niñas, pero Anthea era mi debilidad y ella me consideraba su tía favorita.

Que ella se quedara con nosotras significaba que una risa estaría corriendo por la casa, llenándola de vida, pero tenía una ventaja adicional, acapararía toda la atención de mamá. No la tendría todo el tiempo sobre mí juzgando todo lo que hacía. Era un gran punto a mi favor. Más o menos, mamá se quedó trabajando desde casa y me ordenó que antes de irme bañara a Anthea, no es que ella no pudiera hacerlo sola, pero al hacerlo dejaba un reguero a su paso que no le gustaba a mamá. Entonces me retrasé en mi rutina y llegué tarde al restaurante. Fueron solo unos minutos, pero el chef me llamó la atención y estuve malhumorada todo el turno, como en casa siempre tenían algo de lo que quejarse de mí evitaba esas situaciones fuera. Me costaba desprenderme del

sentimiento de haber hecho algo mal.

Estaba arrastrándome en la autocompasión cuando Rosé irrumpió como un vendaval en la cocina gritando emocionada y dando saltitos sobre la punta de sus pies. Los primeros días que ella llegó al restaurante muchos o todos se preguntaban cómo es que éramos mejores amigas siendo tan distintas. Ella era una ruidosa canción de rock y yo una tranquila canción de cuna. En pocas palabras, nos complementábamos. Pero en poco tiempo todos se acostumbraron a las impertinencias de Rosé que ya no le prestaban atención.

—¡Oh, Val! ¡Oh, Val! ¿Adivina quién está en el bar?

—No soy buena adivinando —le dije.

Rosé bailó por la cocina hasta llegar cerca de dónde estaba yo. Tenía una enorme sonrisa adornando su rostro. Me intrigó un poco por quien la hubiera puesto así de eufórica. No había necesidad de preguntarle, me lo diría solita. Quien sea que era, lo compadecía.

—¡El hermano de Marco! —gritó.

Si el hermano era tan guapo como Marco, podía entender su entusiasmo, pero no lo compartía.

Una sospecha comenzó a crecer. Me tensé. Cerré los ojos.

—Por favor, Rosé, dime que no lo invitaste tú para presentármelo —pedí.

No podía volver a pasar por lo mismo. ¿Cuándo entendería Rosé que no quería conocer a nadie en ese sentido ni en lo sexual?

Suspiró.

—Yo no lo invité, vino con sus amigos. Y quizá yo lo quiera para mí —dijo a la defensiva. Resoplé, ni ella se lo creía. Leyó mi cara, tiró su cadera a un lado—. Definitivamente tendría sexo con él. Es muy caliente. Confía en mí, tener un poco de guerra con él sería una experiencia épica.

Sacudí la cabeza, incrédula. Pobre chico. Ni porque era el hermano de su amigo se salvaría.

—Me parece bien. Ya es hora de que te consigas un novio y dejes este papel de celestina exasperante.

Me guiñó un ojo.

—Por algo somos amigas Val. Nadie me gusta lo suficiente como para mantenerlo mucho tiempo —dijo antes de salir de la cocina.

¿Entonces por qué se obsesionaba en que yo tuviera a alguien? He estado soltera por casi dos años, sin ningún chico para tontear ni nada, pero así estaba bien. No me hacía falta un novio ni quería uno. Como ella.

Para el momento en que la noche terminó estaba completamente cansada,

había gastado todo mi arsenal de miradas de advertencia en Rosé cada vez que se asomaba a mi zona, asegurándome que no planeara nada que me incluyera a mí con el hermano de nadie. Si ella quería tener una noche divertida con él, por mí no había ningún problema. Me cambié y salí para encontrarme con Rosé, estaba esperándome en la entrada del restaurante.

—Te voy a presentar a alguien —dijo burlándose.

Mirándola de reojo pude notar que está esforzándose por no reír.

—No es gracioso. Desde que regresé has estado muy intensa con el tema. Pero si tú quieres tener algo con él, solo dímelo y llamo un taxi. Jamás arruinaría tus noches, lo sabes.

Ella me tomó del brazo, apretándolo sin querer. Sus exóticos ojos estaban enfocados en algo delante de nosotras y no me estaba prestando atención.

—Tienes razón Val. Todo juega a mi favor. Mira, ahí está.

Alejé mi brazo lejos de sus manos. Me había lastimado y no pareció darse cuenta.

—¡Ay Rosé! —reclamé. Sobé mi brazo mientras la miraba— ¿Quién está ahí?

—Te lo dije. El hermano de Marco. El chico es increíble, es terriblemente guapo, simpático y tiene un cuerpo que debes que tener sobre ti por lo menos una vez en la vida. Cuando lo conocí era una niña, en seguida tuve un pequeño enamoramiento con él y al crecer tuve ganas de tirármele encima, pero cuando terminó con su novia de verano me di cuenta que el tipo despechado le restó un poquito de atractivo y resultó muy extraño pensar en él de esa forma porque era lo más parecido a un hermano mayor que alguna vez he tenido. Las cosas son absolutamente diferentes ahora, no nos hemos visto en mucho tiempo y según Marco, sigue soltero. Lo que es perfecto.

Me tiré una carcajada. No podía creerlo y lo que daba miedo es que tampoco me sorprendía. Cuando alguien le interesaba no se ponía ningún freno y no era sutil. Rosé no esperaba que las oportunidades se le presentaran, ella las provocaba.

—¿Le preguntaste a Marco sobre su hermano? ¡No tienes límites Rosé! ¡Es su hermano!

*Vaya, sí que debía gustarle.*

Vi en la misma dirección que ella para ver por quién se había tomado tantas molestias. La calle estaba abarrotada de coches, pero no era muy difícil encontrar lo que estaba llamando su atención. Un Ferrari LaFerrari y un Jeep, ambos negros. Estaban estacionados a unos tres metros de distancia y un grupo

de personas estaban reunidos cerca formando un grupo. Un hombre alto recostado sobre el LaFerrari con uno de sus pies cruzados frente al otro llamó mi atención. No lograba ver su rostro, en parte por las sombras de la noche y otra parte porque él tenía la cabeza inclinada al frente y el pelo lo cubría mientras estaba revisando su celular. Se veía confiado y caliente. No lo reconocí, de verdad no lo hice. Pero mi subconsciente lo reconoció al instante. Mi cuerpo no se quedó atrás, todas esas sensaciones viscerales cobraron vida de un fuerte golpe que me dejó sin aliento.

Christopher.

Me giré con brusquedad a modo de darle la espalda, no sin antes ver como él levantaba la mirada encontrándose con la mía, como si se hubiera sentido observado. Fue solo medio segundo, así que dudaba seriamente que él pudiera reconocerme, pero era mejor no tentar al destino, necesitaba esconderme debajo de una piedra. No quería encontrármelo otra vez. Él me hacía *sentir*.

¿De todos los restaurantes en la ciudad tenía que venir a Browning's? Pero Browning's era definitivamente un restaurante al que él vendría, teniendo en cuenta de dónde lo conocí.

¿Eso significaba que también era amigo de Ethan?

*Por favor, no.*

—Le pregunté precisamente porque es su hermano. Aunque si no lo conociera de antes, igualmente hubiera puesto mis ojos en él. Es imposible no verlo, ¿cierto?

Así que Christopher era hermano de Marco, el chico que Rosé me había presentado hace unos días y con el que coqueteé en una fiesta. Genial, simplemente genial. Todo mezclado. Bueno, no era así. Yo no tenía ninguna relación con ninguno de los dos. En todo caso sería Rosé. Mi estómago se revolvió de una forma desagradable al recordar como ella habló de él, si quería a Christopher no había nada en el mundo que pudiera impedirlo. Por una razón que no me atrevía a aceptar, imaginarlos juntos no me gustó.

Había visto a mi mejor amiga con muchos chicos, pero imaginarla con él, ellos dos juntos... no, no me gustaba la idea.

—Es tarde, deberíamos irnos —intenté persuadirla.

Automáticamente me sentí mal por querer alejarla de su ligue.

Ella negó frenéticamente con la cabeza.

—Absolutamente no. Viene hacia acá y quiero saludarlo, no pude hacerlo antes.

*Fue solo medio segundo, no pudo reconocerme.* Tampoco significaba que

se acercara por mí. Si era como el hermano mayor de Rosé lo más lógico es que se saludaran. A menos que para él las cosas también hubieran cambiado.

—No puedes hacerlo —dije, tratando de llegar a su sentido común. Me miró como si estuviera loca. Me sentía loca. Crucé mis brazos—. ¿De verdad quieres acostarte con el hermano de Marco, tú amigo? —la reprendí.

¿A qué demonios estaba jugando yo? ¿Qué me importaba si dormía con él? Entonces recordé a la chica rubia con la que lo había visto. Ella parecía su tipo, quizá era su novia y Marco simplemente no lo sabía. Aunque para ser justa, Rosé parecía ser más su tipo. Los dos todos guapos y tan descarados que se complementarían bien, y el rollo de una noche parecía combinar con el estilo de ambos. Y no había nada malo en eso. Por supuesto que no.

—¿Por ese hermano te refieres a mí?

Me estremecí con el susurro en mí oído. Maldije a la estrella oscura bajo la que nací por estafarme y darme como don la mala suerte.

¿Por qué tenía que escucharme decir eso?

Ya que Rosé quería hablar con él pensé seriamente en quitarle las llaves de su coche y huir de ese momento, pero me pareció un poco inmaduro. Si lo hacía Christopher podría pensar que yo había estado hablando sobre él. Que no era el caso. Ni le había contado a Rosé que me lo encontré en un café... ni lo sucedido en la fiesta. Ya podía imaginarme contando todo con detalles explícitos unas cien veces hasta satisfacer su infinita curiosidad.

—¡Oh, por supuesto! Jamás osaríamos en hablar de otra persona que no fueras tú. Nadie más vale nuestropreciado tiempo —escupí con brusquedad.

Sin parecer afectado, se instaló a mi lado.

—Me imaginaba que te sería imposible dejar de pensar en mí —se burló. Entonces, puso una mano en mi cabeza y me revolvió el pelo de forma mimosa — Deberíamos dejar de encontrarnos de esta manera. A no ser que me estés siguiendo. ¿Me estás siguiendo?

Aparté su mano de un manotazo brusco, porque me sentía brusca. Mi cabeza quedó hormigueando por su toque. *Genial*. Lo único que faltaba era no poder controlarme a su alrededor.

—¿Por qué iba a seguirte? ¡Es ridículo! —protesté.

—¿Ustedes dos se conocen? —Preguntó Rosé con voz de sospecha — ¿Por qué se conocen si yo no los presenté? ¿De dónde se conocen?

Solo estaba preguntando para hacerme sentir incómoda, por mi actitud, ella conocía la respuesta.

—No nos conocemos —aclaré.



—Sí lo hacemos —contradijo Christopher.

Los dos nos miramos, desconcertados por las respuestas contradictorias. Christopher tenía el ceño fruncido, pero yo también.

Esta era una de esas preguntas que no tenía respuesta correcta. Nos habíamos encontrado dos veces antes, sí, pero no nos conocíamos. No como Rosé y yo lo hacíamos. No como dos conocidos pueden hacerlo. En realidad, solo nos habíamos cruzado, éramos dos extraños que sabían el nombre de la otra persona. Nada más.

Rosé me miró con picardía y elevó sus cejas a modo de pregunta.

—Nos hemos visto una vez... —empecé.

—Dos —corrigió Christopher.

Lo ignoré.

—... pero no nos conocemos. Solo sé su nombre —Terminé.

Asintió despacio, conteniendo una sonrisa malvada. Ella me conocía mejor.

—¿Y no me contaste por qué...?

Me encogí de hombros, esperando que fuera un gesto de indiferencia.

—No lo sé, no había nada que contar. Supongo que no fue memorable.

Fue más que memorable, que es seguramente por lo que no se lo conté. Si lo hubiera hecho ella habría insistido en investigar a todos los que asistieron a la fiesta para dar con él y dado que Christopher era hermano de Marco, no hubiera sido tan difícil.

Aún seguía sin poder creer que ellos dos eran hermanos, pero si lo pensaba detenidamente, tenía sentido. Los dos tenían los ojos azules y la piel ligeramente bronceada. Los ojos de Christopher eran mucho más azules, intensos e impresionantes, pero eran parecidos. Ambos eran altos y con facilidad para coquetear. Pero solo uno me erizaba la piel. Desde que me crucé con Christopher por primera vez, sentí una electricidad recorriéndome y recordándome como mi cuerpo cobraba vida al sentir algo por otra persona, y había algo adicional, era una atracción puramente física. Para mí era nuevo.

*¡Oh, Christopher me vio coqueteando con su hermano!*

Rosé, actuando como ella misma, ladeó la cabeza y repasó a Christopher de con apreciación. Una lenta sonrisa se extendió en su cara.

—Sí, nada memorable —ronroneó—. Es justo lo que pensé la primera vez que lo vi.

No lo hacía a propósito, el coqueteo era algo inherente en ella que solo afloró aún más con la estúpida sonrisa provocativa que Christopher le lanzó.

Intenté ignorar la punzada que sentí. Él nunca me había sonreído así. Con todo eso, él no la repasó como lo había hecho conmigo, se limitó a mirarla con un brillo cariñoso en los ojos.

—Yo también pensé que no eras nada memorable —dijo Christopher con una sonrisa—. Embarrar con caviar la cara de Marco y golpearlo en la espinilla solo por decir que tu vestido se parecía al de otra niña es algo que se ve todos los días.

Rosé río.

—No fue por comparar vestidos, sino porque era la primera vez que papá me llevaba a un evento social, no conocía a nadie y Marco fue el único niño que se acercó a hablarme. Que se fijará en alguien más cuando estaba conmigo me molestó y no intentes dejarme mal parada porque él no se quedó atrás, me arrojó coñac en la cara.

Esa historia nunca la había escuchado. De hecho, no había escuchado sobre Marco y su familia hasta que se reencontraron en la universidad. Ella hablaba muy poco sobre sus vacaciones de verano, que era cuando sus padres la obligaban a pasar tiempo en familia.

—No sabía eso —murmuré.

—Fue un episodio sin importancia cuando teníamos cinco años.

—Si hablar por semanas sobre la niña problemática que había atacado al adorable de Marco es sin importancia, entonces sí, fue solo eso. —Rosé tiró su pelo hacia atrás y alzó la barbilla, demostrando que no estaba arrepentida. Él le sonrió—. Para que sepas, me divertí mucho acostado de mi hermanito después de ser golpeado por una niña.

Entonces para mi horror, ellos se sonrieron, acercaron y besaron en la mejilla. Todo en un parpadeo. Rosé paso sus brazos por el torso de Christopher y se apretujó contra él. Inesperadamente, una bomba de celos explotó en mi pecho. Miré a un punto lejano de ellos, buscando una distracción de su momento.

Parpadeé la bruma y traté de parecer indiferente, aburrida incluso. Fruncí mi ceño. No tenía que tratar de parecer indiferente, yo tenía que ser indiferente a sus expresiones de afecto público. No tenía por qué afectarme. Al contrario, podía ser beneficioso para mí, mi mejor amiga pasaría un rato ocupada en su aventura y me dejaría tranquila.

Dos chicos que trabajaban en el restaurante pasaron cerca de nosotros, no se detuvieron, solo se despidieron de lejos, pero no fue suficiente distracción, necesitaba más. No quería quedarme viendo cómo Christopher besaba

dulcemente la cabeza de Rosé antes de separarse. Se notaba que le tenía cariño. Lo que sabía es que estos últimos meses Rosé pasó mucho tiempo con la familia de Marco, pero no con Christopher. Aun así, había un vínculo de confianza entre ellos dos.

—¿Dónde se conocieron? —preguntó mi ex mejor amiga.

—El viernes, en la fiesta que dio mi hermanito —Christopher reprimió una sonrisa—. Ella escapaba de todos para caminar descalza por el jardín.

Rosé que me conocía bastante bien, podía imaginarme fácilmente en esa situación. Sonrió.

—Ella siempre hace lo mismo, caminar descalza por lugares abiertos es una de sus aficiones extrañas, pero hacerlo bajo el cielo nocturno la vuelve una rareza romántica. Ella es romántica. Así que no la juzgues.

¡¿Qué?! No era rara, ni romántica.

Christopher me miró curioso.

—¿Lo eres?

—¿Qué?

—¿Romántica?

Bufé.

—No.

No estaba mintiendo, no era romántica. Ya no. Me había desecho de esa vulnerabilidad afectiva que solo sirvió para romper mi corazón y herirme de forma casi irreparable. Nos miramos fijamente, él trató de descifrar si le decía la verdad, pero se topó con un muro que bloqueó su intrusión. Su mirada cedió y le dio paso a una mirada más cálida. Nuestros ojos se entrelazaron y noté mi corazón golpear duro contra mi pecho.

Me pregunté si alguna vez dejaría de ser todo tan intenso con él.

Rosé carraspeó y nos devolvió de golpe al mundo real, por lo menos a mí. Se volvió en mi dirección con un brillo travieso titilando en sus ojos.

—Chris sí es romántico —informó Rosé. Él la miró arqueando la ceja—. Es lo que dice Marco y yo también lo creo.

—No estoy seguro de lo que significa para ustedes dos ser romántico, pero voy a tomarlo como un cumplido. Me gustan los cumplidos.

Rosé lo miró directamente por un segundo o dos y sentí miedo. Los vellos de mi cuello se erizaron.

—A mí también me gustan los cumplidos y aun no has dicho nada sobre lo hermosa que estoy —hizo una mueca de decepción—. Es tarde y aún tengo un par de cosas que hacer. No voy a poder llevarte.

Eh.

—¿De qué hablas? —pregunté sin entender.

No tenía sentido, hace unos minutos estábamos casi en camino.

—Tampoco deberías irte sola. ¿Puedes llevarla tú? —le preguntó a Christopher con toda la confianza del mundo.

Me limité a mirarla incrédula. No podía hablar en serio. Se suponía que ella quería enrollarse con él.

Una sonrisa de complicidad pasó entre ellos, aunque esta vez yo no sentí nada.

No. No, no sentí nada. De verdad que no.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? —le rogué con los ojos.

Como respuesta me dio un beso en la mejilla dejándome paralizada. Ella no podía simplemente irse y dejarme con Christopher. Está bien, era hermano de Marco, pero ni a él lo conocía. Y Christopher tenía el mal presagio de erizarme la piel. Él bien podía ser un asesino en serie, un secuestrador o un traficante de blancas. O aun peor, él bien podría gustarme. Tenía toda la apariencia que me afectaba más que otros chicos. Con el tiempo esa atracción disminuiría hasta desaparecer por completo, lo sabía, pero mientras tanto no quería sentir como mi cuerpo se despertaba con su sola presencia.

Viendo que Rosé realmente se estaba yendo, me dispuse a seguirla. Un fuerte brazo me rodeó por los hombros antes de poder dar un paso, reteniéndome en el lugar. Me giré entorno a Christopher dispuesta a pedirle que me dejara ir, pero algo en sus traviosos ojos me dijo que desistiera porque no iba a dejarme ir. Negué con mi cabeza, no podía dejar que él me llevara a casa.

¿Dónde estaba la distancia que quería?

—Rosé está en una etapa de negación y no entiende razones. No tiene nada que ver contigo. No te preocupes, no tienes que llevarme a casa, voy a pedir un Uber.

Saqué mi celular al mismo tiempo que entró un mensaje de la traidora de mi ex mejor amiga. Alguien no iba a recibir regalo de cumpleaños.

CHRIS NO SE PARECE EN NADA A MÍ Y SIGUE SIENDO COMO MI  
ARDIENTE HERMANO MAYOR.

Puede que ella no tuviera planeado eso, pero había que darle crédito, sabía

improvisar. Su mensaje junto con el emoticón que guiña un ojo me dio escalofríos. Con rapidez y los dedos tensos de lo enojada que estaba, le respondí de vuelta.

NO HABLARÉ CONTIGO NUNCA MÁS.

Era tan obvio lo que estaba haciendo que me producía vergüenza. Dejarnos solos como si fuera a pasar algo entre nosotros. Sin mencionar que me dejaba como si yo estuviera interesada en él.

—Quiero llevarte a casa —dijo Christopher.

Lo miré sorprendida. La forma rápida de decirlo me sugería que no mentía, pero negué con la cabeza.

—No tienes que llevarme.

Si Christopher podía llegar a gustarme más que los otros chicos, entonces lo quería tan lejos como fuera posible. No quería en mi vida todo ese drama que viene con las relaciones. Tampoco sé si yo le gustaba, esperaba que no, así no tendría que alejarlo. Rechazar a ambos hermanos sería un duro golpe para sus frágiles egos.

Traté de tranquilizarme con la creencia de que él era como Rosé y Marco, coquetean con todo lo que se cruzaba en su camino. Una vez pusiera un alto, se alejaría solo.

Eso de que Christopher era romántico solo fue propaganda por parte de Rosé de la que él no dudó en aprovecharse.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—¿No estás con tus amigos? —pregunté devuelta.

Le restó importancia con una mueca, atrayendo mi atención a su boca.

—Ellos sobrevivirán una noche sin mí. —Me regaló una lenta, malvada y retadora sonrisa que hizo a mi traidor corazón agitarse—. ¿Vamos?

El desafío se filtró en sus palabras.

Me consideraba una chica educadamente indiferente, pero desacostumbrada a lucir intimidada, solo sonreí dulcemente atrevida. Valió la pena encerrar en una habitación insonorizada y con llave en lo más recóndito de mi cabeza a esa voz que me decía que si iba con él estaría entrando en un juego peligroso y del que tenía todas las de perder, solo por ver un parpadeo de sorpresa.

—Está bien. Voy a darte el placer de llevarme a casa, acompañarme hasta

la puerta, pero no sueñes que voy a invitarte a tomar el té.

Estampo esa enorme sonrisa de niño en su cara y sus ojos se iluminaron.

—No soy de los que pide té.

Colocó su mano en mi espalda baja instándome a caminar, me removí por el calor que emanaba su mano a través de mi ropa. Christopher debió sentir mi propio calor porque la apartó tan rápido como si se hubiese quemado.

Debí haber escuchado a mi cabeza porque creo que en vez de sangre era fuego lo que me corría por las venas y las llamas estaban amenazando con consumirme lentamente.

Reprimí la tentación de mirarlo para saber si él también estaba afectado.

¿Por qué mi cuerpo reaccionaba así con él?

## CAPÍTULO CINCO

---

PRIMROSE HILL se caracterizaba por ofrecer fantásticas vista a la ciudad con sus edificios y monumentos. De pie en la cima de la colina tenía la sensación que era la única persona en el mundo, desde esa distancia nada podía llegar a tocarme. Era así hasta que prestaba atención a las luces que brillaban en las sombras de la noche recordándome que, de hecho, no estaba sola. Que había más personas ahí afuera y una de esas personas estaba parada a mi lado. Absorbiéndome con su porte imponente, quemándome con su presencia e intoxicándome con su perfume.

Christopher y yo estábamos de pie, él se mantuvo mirándome como si supiera exactamente lo que cruzaba por mí mente. El lado derecho de su boca se elevó en una sonrisa, satisfecho.

Por cuenta propia decidió no llevarme directo a casa, en vez de eso se le ocurrió que debía compensarme por tomarse mi café el día anterior, pensé que eso era lo más justo y nunca digo que no a un café. Nunca. Pasamos por un restaurante de comida rápida, creí que por eso se había desviado del camino y con toda inocencia pensé que después me llevaría directo a casa, pero terminó arrastrándome a una caminata nocturna a uno de los lugares más turísticos de la ciudad y como ya se estaba mal acostumbrando, me retó a subir.

Christopher señaló una banca en el que podíamos sentarnos.

—Este lugar tiene las mejores vistas, ¿verdad?

Me dejé caer en el banco junto a él.

—No estoy segura de eso, pero es tranquilo. Me gusta lo tranquilo — empezó a sonreír arrogante—. Eso es porque nadie sensato viene aquí a esta hora de la noche.

Aunque no lo aceptaría en voz alta para no darle la satisfacción, esto era

fabuloso. Una de las cosas que realmente disfrutaba era una noche significativamente fría, la brisa de verano despeinándome y mi pelo arañando mis mejillas, sin que lo peinara ni atara. Mi pelo tenía derecho a mostrarse salvaje. Era su forma de expresarse.

—Vamos, Valentina, es muy aburrido ser sensato —golpeó su hombro con el mío en modo jugueteón—. Un gran lugar y un café es lo mejor que puedo hacer para compensarte, y así tachar de la lista lo... ¿abusivo? ¿Era eso?

—Sí, abusivo. Pero no voy a tacharla de la lista porque una cosa no cambia la otra y aunque es común, prefiero el London Eye. Me gusta esa sensación de vértigo.

Había dejado esa afición atrás, como muchas otras cosas.

—¿Le tienes miedo a las alturas?

—No. Mi estómago sí.

Sus atractivos ojos brillaron con diversión.

—Entiendo —dijo—. Pero me esforcé para que lo disfrutarás.

Me lanzó una sonrisa infantil bastante encantadora. Oh él sabía cómo sonreír y hacerte babear por ello.

—No tenías que esforzarte demasiado, el café te convierte mi héroe.

Me congelé tan pronto las palabras abandonaron mi boca, me había deslumbrado su sonrisa que no controlé lo que paso por mi mente. ¿Por qué había dicho semejante estupidez? Sintiendo mi malestar, Christopher me sorprendió dándome una salida fácil.

—Eres simple de complacer. Voy a anotarlo para la próxima vez. —Levantó su mano, deteniéndome antes de siquiera poder abrir mi boca y replicar que no habría una próxima vez—. Antes de que digas algo, este es un lugar especial para mí y ahora lo comparto contigo que te atreves a menospreciarlo. Eso hiere profundamente mis sentimientos. Lo menos que puede hacer es compensármelo con una próxima vez, nena.

Alejé las mariposas revoloteando abruptamente por su apelativo cariñoso.

—Guao chico, ¿cómo es qué con un comentario pusiste todo en mi contra?

—Christopher puso la mano en su pecho. Sacudí mi cabeza—. No lo he menospreciando en ningún momento, tiene una gran vista y todo. ¿Qué lo hace tan especial para ti?

Christopher posó la vista en la distancia mientras tomaba de su cappuccino. Parecía estar considerando si responderme o no. Después de un momento se dio por vencido y soltó un suspiro pesado. Mantuvo la vista fija en el horizonte y pregunto:



—¿Sabes guardar un secreto?

Mantuve mis ojos lejos de él. No quería darle mucha importancia a todo lo que me contaría, seguramente iba a decir algo frívolo. Era lo más seguro.

—Sí —respondí.

Con mis propios secretos había tenido mucha práctica para guardar los ajenos, así que sí, era muy buena guardando silencio. No es que me importara en lo absoluto los de él, pero si me quería contar entonces no había problema. Tenía curiosidad. Tampoco es como si él fuera a contarme algo escandaloso y oscuro, ¿verdad? Uno simplemente no anda repartiendo munición a las personas que acaba de conocer porque corres el riesgo que después exploten en tu cara.

El silencio nos envolvió por unos segundos. Esperé con mi curiosidad muy bien camuflada a que él comenzara a contar.

—Cuando era adolescente, todas las personas que me conocían decían siempre que era muy maduro para mi edad y en parte, tenían razón. Siempre supe lo que quería y cuando lo quería, no importaba si en un principio parecía fuera de mi alcance, yo hacía que sucediera. Por lo general, las cosas se me dan fáciles —no lo dudaba—. Pero me gustaba tener las cosas en control. Cuando iba a fiestas no me emborrachaba, más por precaución. Porque si quería tener algo con alguna chica quería estar lucido. No quería arrepentimientos ni sorpresas al día siguiente.

» Pero un día no solo bebí todo lo que encontré a mi paso, sino que estaba tan borracho que decidí conducir. No tenía idea de adónde iba, solo quería mantenerme en movimiento. Mi vista se nubló, me dejé ir en el carril equivocado y aceleré mi coche hasta donde me permitía, cuando me fijé y tomé consciencia, un coche venía en mi dirección, intenté frenar, pero ya era tarde. Perdí el control. Terminé estrellándome de lleno contra un árbol. Justo ahí, en la carretera —lo escuché suspirar—. Por suerte la persona a la que me hubiera pasado llevando terminó siendo una mujer muy habilidosa con el timón y logró esquivarme lo suficiente para que nuestros coches solo se rozaran. Como si no la hubiera puesto en peligro, corrió a socorrerme. Por lo menos eso creo porque la escuchaba golpear frenéticamente el vidrio de la ventana, cuando comprobó que yo estaba a salvo su enojo surgió. Ella estaba tan molesta que su voz se elevó hasta que terminó gritándome “si estás enojado y quieres matarte, lo único que tienes que hacer es buscar una forma en la que nadie más que tú salga herido, no conducir como un loco para llevarte a alguien contigo. Eres un irresponsable”.

» Entonces fue cuando supe que me había creído el cuento de que era una persona madura que siempre tomaba las decisiones correctas, nada más alejado de la realidad. Tomo malas decisiones todo el tiempo, solo no dejo que trasciendan. Como sea, creo que lo que más enojaba a la mujer era que la única evidencia del accidente sería un fuerte dolor de cabeza por el golpe. Era una suerte, porque ni siquiera estaba usando el cinturón de seguridad. Verás, está mujer no llamó a la policía, pero igual me sacó una buena cantidad de dinero con la excusa de que no me fuera sin una consecuencia. No estaba en mis cinco sentidos, pero me quedó la lección que a la mínima oportunidad cualquier persona se aprovecharía. Lo aprendí de forma dura y no volvería a cometer el mismo error dos veces.

No pude evitar que un estremecimiento me bajara por la espalda. De todas las cosas que podía contarme nunca pensé que sería algo con lo que me identificaría. En realidad, llegué a creer que me contaría alguna experiencia sexual en público con una chica, donde los habían atrapado o algo por el estilo. Para presumir. Lo miré de reojo. Christopher tenía la mirada fija en el horizonte. Había contado todo de forma distante, como si eso le hubiera pasado a otra persona, pero podía intuir por el tono de su voz que había más detrás de esa historia de lo que él había dicho.

Siempre hay más.

—Lo que ella me dijo me hizo pensar —continuó—. Yo no quería matarme ni nada de eso, pero ese día estaba tan enojado al de enterarme de... de algo. No podía pensar con claridad y la única escapatoria que encontré fue emborracharme. En ese entonces tenía veintidós años. Yo ni siquiera tenía que estar en la ciudad, sino en la universidad de Oxford. Como no quería que nadie de mi familia se enterará de lo que estaba pasando conmigo porque entonces harían preguntas y mi mamá se preocuparía, caminé por los alrededores, esperando que mi cabeza se despejara para evitar tener otro accidente. Así fue cómo terminé aquí. Hasta esa noche, nunca antes había venido a este lugar. Sé que va a parecerme un poco cursi, pero subí la colina y observé todo por primera vez, pero con otros ojos. Con esta vista me di cuenta que no importa cuán oscuro este todo, siempre va haber una luz iluminando por ahí.

Christopher era este hombre que se hacía notar en medio de una multitud, demandando tu atención. Rezumbaba masculinidad. El mundo le pertenecía. A primera vista no solo era atractivo, sino también intimidante, no porque tuviera una cara de culo permanente, sino porque estaba rodeado de una

energía especial que hacía que las personas lo vieran de reojo, pero cuando cruzabas un par de palabras con él, las cosas inevitablemente cambiaban. Sí, era un idiota, aun así, te mantenías a su alrededor.

La percepción que tenía de él era que nadie podía lastimarlo, así que por más que intentaba no podía imaginar que algo pudiera enojarlo tanto hasta el punto de perder el control, tener un accidente y consecuencia de eso, terminar con pensamientos profundos. No me parecía el tipo de persona que se dejaba llevar por sus emociones. ¿Qué había sido tan malo para descontrolarse? ¿Quién tenía el poder de hacerlo enojar?

Quería preguntarle quién era la persona que lograba afectarlo, pero si satisfacía mi curiosidad dejaba la puerta abierta para que él también satisficiera la suya. No existía posibilidad. No me gustaba ser cuestionada.

A pesar de todo, ahora entendía porque este lugar era especial para Christopher. Una calidez me invadió porque lo había compartido conmigo. No pensé por qué lo hizo o si había una intención oculta, solo disfruté el momento. Pensándolo mejor, si ignoraba el hormigueo entre mis piernas y mis pezones adoloridos por estar aprisionados, podía decir que Christopher había dejado de hacerme sentir incómoda a solo cómoda... y natural.

Nos terminamos nuestros cafés en silencio. En la ciudad había cada vez menos luces brillando, mis ojos fueron adaptándose a la oscuridad y era capaz de distinguir la silueta de los edificios.

Respiré profundo y me acomodé en el silencio, pensé que este sería un lugar al que yo también escaparía de noche cuando necesitara estar alejada de todos. Me sentaría ahí a observar la ciudad y respiraría, profundo.

De repente el aire se volvió pesado e incómodo. Estaba sola con un chico caliente que se había abierto conmigo, necesitaba decir algo. No sabía muy bien qué, pero sabía que era mi turno de hablar.

—Te equivocas en una cosa. Lo último que dijiste no me parece un poco cursi, sino que *es* muy cursi. Rosé tenía razón, pierdes atractivo.

Me complació ver que sus ojos brillaron con diversión.

—Rosé es la única persona que conozco que no cambia.

—No me digas que tú también la ves como la hermana que no tuviste porque confía en mí, ella cambió. Mucho.

—Cuando la conocía era una niña adorablemente impertinente y con mucha actitud que no dudaba en mandar a la mierda a las personas desagradables.

Me miró como diciendo: “¿enserio crees que ha cambiado?”.

—Su personalidad se arraigó —concedí de mala gana.

—Eso pensé.

—Pero ya no es una niña —él tenía que aceptarlo y darme la razón.

Quería escucharlo decir que Rosé era la chica en la que alguien como él se fijaría.

Christopher tiró la cabeza atrás soltando una carcajada.

—Por lo que he escuchado, la ciudad entera tiene claro que ya no lo es, pero no es a mí a quien tienes que hacérselo ver —puso una mano en mi cabeza antes que pudiera hacer mi pregunta sobre quién estaba hablando—. Ah, eso tienes que averiguarlo por tú cuenta. Pero no nos desviemos del hecho que me encuentras atractivo.

Suspiré dramáticamente.

—Nada que no haya visto antes.

Aparentemente hombres como Christopher no se perturbaban al ser comparados con otros hombres porque sabía que llevaba las de ganar.

*Idiota, arrogante.*

—Mentirosa.

—Lo que tú digas.

—Vamos, las chicas como tú se hacen las difíciles, pero siempre terminan pidiendo “más rápido”, “no te detengas” y mi favorita “por favor”.

Su tono era de broma, él definitivamente estaba bromeando, pero sus palabras eran como un cuchillo cortando fibras muy íntimas.

—Tú no sabes como soy yo —dije con un tono filoso que lo hizo retroceder.

Me arrepentí al instante, pero era inevitable para mí reaccionar de mala forma a sus bromas sexuales. Aunque se trataba de Christopher, no se ofendió, solo sonrió de forma torcida y sexi.

—Cuando tenía siete años iba a haber un campamento de los niños exploradores, pero yo estaba enfermo y por supuesto mamá no me dejó ir. Ella es muy sobreprotectora. Todos mis amigos de ese entonces iban a asistir y yo no me lo quería perder. Así que fingí enojarme con ella y me encerré en mi habitación. —Los ojos de Christopher me miraron traviosos y yo me sentí agradecida por el cambio de tema—. Pero no pienses que estaba haciendo un berrinche o algo parecido. Soy una persona madura que no se da por vencido ¿recuerdas? Bueno, era una estrategia que se me ocurrió en el momento para escaparme de casa e ir al campamento. El mayor problema de mi plan era que yo no tenía idea de donde era el dichoso campamento ese, solo salí de casa con mi bolso. Después que se sintió que había caminado mucho tiempo me di

cuenta que me había perdido. No reconocía nada. Entonces terminé en una gasolinera asustado y llorando porque estaba solo. Además, me sentía mal físicamente.

Imaginarme a un mini Christopher todo lloroso y asustado me dio tanta gracia que no pude evitar soltar una risa.

—No te rías, pudo haberme pasado algo peor que perderme. ¡Pudieron robarme!

Mordí mi labio para evitar más risitas.

—¿Y quién iba a querer robarse a un niño que lloraba?

—Desde pequeño era guapo. Todo el mundo me quería.

—Cree todo lo que te haga sentir mejor.

—¿Todo?

Me estremecí por su pregunta implícita. Habían vuelto los susurros roncros y seductores.

Sacudí mi cabeza.

—¿Qué pasó después?

—Mamá tenía la costumbre de poner tarjetas con información de contacto en nuestras mochilas, creo que con Peter aún lo hace.

—¿Quién es Peter?

—Mi hermano menor —Así que había otro hermano. Con él ya eran tres seduciendo al mundo—. El señor encargado de la tienda de la gasolinera la llamó y ella llegó como mi salvadora. Realmente la vi llegar como una heroína con capa. Pero estaba tan asustada como yo y olvidó regañarme. Solo quería a su pequeño de vuelta.

La forma cariñosa en la que hablaba de su mamá dejaba muy claro que la quería. Para mí siempre era extraño ver como otras personas tenían una buena relación con sus madres.

—¿Entonces eras un niño rebelde?

Christopher y yo estábamos muy cerca, nuestros hombros alcanzaban a rozarse. Nos miramos fijamente. A la luz de la luna sus ojos eran más hermosos. Magnéticos.

Negó con sus ojos muy abiertos, como si lo que preguntaba era impensable.

—Era un niño hiperactivo al que le gustaba comer dulces. Me volví un poco rebelde en mi adolescencia, pero nada grave. Solo era un chico más en una edad difícil tratando de encontrarse así mismo —aclaró.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Veintitrés años. Muy bien vividos, por cierto.

En alguien más esa afirmación se hubiera escuchado presuntuosa, pero en Christopher solo era seductor. Yo no quería nada seductor entre nosotros, ya tenía suficiente con que me dejara sin aliento cada vez que me miraba. Necesitando una excusa para evitar el momento enrarecido saqué el celular de la bolsa mi de chaqueta para ver la hora: una y treintaicinco.

*Mierda.*

No sentía que el tiempo hubiera pasado. Me la estaba pasando demasiado bien que no quería irme. Pero debía hacerlo.

—Creo que debemos irnos.

—Bien, pero dime ¿cuántos años tienes tú?

Me lo merecía, yo había hecho las preguntas primero.

—Diecinueve.

Christopher asintió con la cabeza y se levantó. Con una de sus manos sacudió su jean como si los estuviera limpiando de algo invisible. Me quitó el vaso vacío de café y lo puso con el suyo. Descendimos de la colina con pasos pausados, reticentes, como si ninguno de los dos quisiera terminar la noche. Cuando llegamos a bajo, los tiró en un basurero que estaba cerca de donde estacionó su coche.

Cuando me recogió en el restaurante le pedí que encendiera el aire acondicionado y que lo pusiera a máxima potencia para sentir el aire frío, bueno, esa vez él lo hizo sin que yo tuviera que perderselo. Era tonto, pero su detalle me abrumó. Demonios, él hacía que las cosas fueran fáciles. Existían pocas personas con las que podía disfrutar el silencio y, curiosamente, Christopher estaba incluido en esa lista. Todo el camino hasta mi casa el único sonido fue la música sonando de fondo en el coche.

Estaba acostumbrada y me gustaba caminar desde la parada de autobuses hasta mi casa. Entonces le pedí a Christopher que me dejara a unas cuerdas. Me ignoró.

—Puedes dejarme aquí —pedí por segunda vez.

—¿Qué pasa Valentina? Estoy empezando a pensar que no quieres que sepa dónde vives.

Resoplé frustrada al verlo girar hacia la avenida Warwick. Muy cerca de mi casa.

—Es parte del misterio.

La realidad era que si mamá me veía llegar con él estaría respirando en mi cuello por siempre. Ella llegaba a ser muy cruel cuando se lo proponía. No era

algo en lo que quería atorarme nuevamente cuando no vería a Christopher de nuevo.

Detuvo el coche esquina opuesta a mi casa.

Ah, Christopher no perdía oportunidad para dejar salir una sonrisa y encandilar a todos. Como lo estaba haciendo en ese momento. *Idiota.*

—No eres tan hermética como crees.

Estaba en el proceso de quitarme el cinturón cuando su comentario me hizo elevar la cabeza para lanzarle una mirada cautelosa. Nuestros ojos se enredaron por un momento. No me gustaba ser evaluada.

Tragué saliva.

—Voy a admitirlo. Esta fue una divertida coincidencia.

—¿Qué te hizo pensar que fue coincidencia?

*¿Qué?*

¿Qué otra cosa podía ser? A menos que él fuera un acosador.

—¿Estás siguiéndome? Si es así la próxima vez tus lindos ojos probaran el gas pimienta.

Elevó sus pobladas cejas.

—Por más divertido que suene, dudo que te atrevas a arruinar mi mayor atractivo.

—Es demasiado triste que consideres tus ojos como el mayor atractivo. Prefiero tu sonrisa —susurré.

Me di cuenta tarde que mi voz salió un poco más que melosa. Parecía que estuviera coqueteando. Qué no lo hacía, porque no sabía cómo.

—La otra vez quedé endeudado contigo al comportarme como un abusivo. No me gusta dejar una mala impresión en las chicas, así que pensé en compensarte el mal rato, pero no tenía como contactarte —sonrió de medio lado—. Quería encontrarte y te encontré.

No estaba muy convencida con esa explicación, nadie se tomaba tantas molestias solo para no dejar una mala impresión. No pude evitar que me invadiera una sensación de desconfianza. La realidad era que no importaba cómo Christopher llegó al restaurante. Fue agradable dar un paseo por la noche y la compañía me gustó más de lo que me gustaría admitir.

Era un maldito encantador de serpientes.

Christopher se había disculpado de alguna manera por sacar conclusiones precipitadas y ya me había invitado a un café. Estábamos en paz. No había ninguna excusa para volver a encontrarnos. Cada quien seguiría por su propio camino.

—Supongo que tengo que agregar la palabra acosador a la lista que te define.

—¿Trabajas todos los días?

Podía culpar a mi brumoso cerebro por la falta de control de mi boca.

—No, los domingos y lunes son mis días de descanso. ¿Qué haces tú?

—Regresé hace un par de meses de Shanghái donde estaba haciendo una pasantía y estoy tomándome lo que resta de este año sabático antes de empezar a trabajar en la empresa de mi familia. —La luz de una casa vecina se encendió—. Mi comida preferida es el sushi.

Me encogí de hombros sin entender realmente a donde quería ir con eso.

—¿Y?

—¿Lo prepararás alguna vez para mí? Si lo haces podría enamorarme de ti, nena.

Con horror sentí como mi corazón hizo una voltereta y amenazó con salirse del pecho donde tenía que mantenerse protegido para no conseguir ninguna otra cicatriz. Aunque las anteriores ya no dolían, no creo que podría con una más en la colección. Hace tiempo que nadie me gustaba lo suficiente para sentir el peligro de salir herida. Christopher no podía ser la excepción y estaba comprobado que era un completo idiota. “Enamorarse” no era una palabra fuerte que debía ser usada en una conversación casual.

El aire frío se enrareció y se volvió muy pesado. Hacía difícil algo tan esencial como respirar. Tenía que salir de ahí.

—Tengo que irme.

Sonríó. Él parecía saber que yo estaba escapando.

—Dame tu celular.

Me tomó un par de segundos hacer lo que me pidió y poner mi celular en la palma de su mano. No lo mantenía con contraseña, Rosé siempre se las ingeniaba para averiguarla, entonces no le veía el caso. No pensé que mi pereza le serviría alguien más. Christopher pasó los dedos por la pantalla del celular mientras sonreía como si estuviera haciendo la peor travesura del mundo.

Sus sonrisas eran muy versátiles, pasaban de sensuales a tiernas en un parpadeo.

Todavía confusa del por qué me había pedido el celular no le di importancia cuando el suyo se iluminó y sonó.

Con una mueca en sus labios me regresó el celular.

—Ahora ya tengo tu número —susurró con voz ronca.



Compartimos una larga y significativa mirada. Fui yo quien la cortó.  
No estaba haciendo fácil mantenerme alejada de él.

—Qué suerte la mía.

Le di una sonrisa un tanto forzada y abrí la puerta del pasajero.

—Lo sé —dijo con mucha arrogancia.

Antes de que pudiera bajar puso su mano en mi cabeza y me revolvió el pelo a modo de despedida.

Recostada en mi cama me removí incómoda. Estaba cansada, pero si las últimas noches era un presagio, esta también era una en la que me sería imposible conciliar el sueño sin importar cuanto lo intentara. Esa madrugada era diferente, había algo más, me recorría una energía extraña por el cuerpo. Todo mi cerebro estaba turbado por los pensamientos que se arremolinaban juntos. Solo tenía cuatro días de conocer a Christopher y ya me estaba descontrolando mi vida de una manera violenta. Si me hacía sentir así de confusa, de verdad tendría que poner distancia real entre nosotros.

Aunque no lo quisiera.

Él no me permitía pensar con claridad y terminaba en la cima de una colina a mitad de la noche.

Christopher era muy peligroso para mí.

Resoplé molesta con la vibración de mi celular, vi el nombre en la pantalla. Al parecer Christopher se había autoguardado en mis contactos y me había enviado un mensaje.

**Dulces sueños, nena.**

A mi pesar, una sonrisa se estampó en mi rostro.

*Mierda.*

## CAPÍTULO SEIS

---

EN MI PRIMER año de preparatoria estuve sugestionada a decidir qué carrera elegiría cursar en la universidad. Mamá quería que estudiara derecho, para ser una abogada, justo como papá. Pero en los últimos meses de escuela todo cambió, tuve muchos altibajos emocionales, un corazón roto y una depresión con la que me costó lidiar y de la que apenas pude salir. Pero para mamá nada de eso tenía relevancia cuando se trataba de mantener buenas calificaciones, así podría entrar en la universidad en la que estudio papá. Ella brillaba con un orgullo presuntuoso cuando le preguntaban que estudiaría su hija menor.

Hubo un tiempo en el que me imaginé seguir los pasos de papá, cuando era pequeña me gustaba sentarme a su lado mientras hojeaba los expedientes y se preparaba para algún caso, le hacía docenas de preguntas y él las respondía con paciencia. Estuve un poco obsesionada. En ese tiempo era una niña ruidosa, él decía que era muy buena debatiendo y tenía un don para salirme con la mía. Pero lo que mamá no quería aceptar es que solo fue una fase. No podía seguir los pasos de papá. No sabía cómo.

Cuando me gradué me di cuenta que no era lo que quería, hice a un lado mi carta de aceptación y dejé de llorar para averiguar qué hacer con mi vida. Así fue como, junto con Rosé, terminé en Francia. Sus abuelos vivían en Paris y su padre tenía un apartamento para cuando iban de visita. Creo que después de todo lo que sucedió ese año, que yo estuviera lejos de casa era el mayor atractivo veía mi familia y no protestaron.

De la sala de una corte en la que todo el mundo pensaba que iba a estar, terminé trabajando en un restaurante como chef. No me arrepentía de estudiar el arte culinario. En algún momento quería abrir mi propio restaurante, ser mi propia jefa. Por ahora solo tenía diecinueve y no quería ese tipo de

responsabilidad. Antes quería viajar lo más que pudiera. Quería disfrutar de lo que tenía en ese momento. Sin arrepentimientos.

Logré cerrar los ojos a primera hora de la mañana, pero a los pocos minutos estaba despierta y en pie. Después de mucho tiempo tenía la leve sensación de sentirme feliz, era capaz de conquistar al mundo con mi buen humor. No sabía con exactitud a qué se debía, pero tenía una leve sospecha ya que las mariposas en mi estómago también se habían despertado conmigo.

Tarareando una melodía que no sabía cuál era, pero que asociaba a una canción que había escuchado en el coche de Christopher, bajé las escaleras y me encontré con mi sobrina que desde temprano estaba sentada frente a la televisión. Me acerqué y me dejé caer a su lado con una enorme sonrisa que ella me devolvió cuando le hice cosquillas en su estómago. Su risa divertida llenó la sala, sorprendiéndome. Guao, desde que regresé no había escuchado que alguien se riera con tanta espontaneidad en casa. Era una locura. Anthea me golpeó accidentalmente con su codo en las costillas. La solté dejándola ir.

Me levanté a medida que le preguntaba:

—¿Quieres algo para desayunar?

Anthea asintió y regresó la vista a los dibujos animados.

Así de sencillo, desaparecí para ella.

—¿Qué quieres?

Volvió a asentir sin mirarme. Maldición, se obsesionaba con los programas y ya no prestaba atención a nada. Con ambas manos tomé su cabeza y delicadamente la giré en mi dirección, que se diera cuenta de que estaba ahí haciéndole una pregunta.

—¿Puedes responderme con palabras?

Esa vez fui completamente ignorada. Ella seguía viendo la televisión con el rabillo de sus ojos sin darse cuenta de mi presencia. La solté para que siguiera entreteniéndose con... no tenía la menor idea del programa que estaba viendo, pero supongo que era divertido porque a ella se le escapó una risita encantadora. Era una época no se podía competir con la tecnología por la atención de la mayoría de personas y mucho menos por la atención de una niña.

Anthea era empalagosamente encantadora. Cuando Emily estaba embarazada me puse un poco celosa porque papá estaba emocionado y tendría que compartir su tiempo con alguien más, pero cuando Anthea nació y la cargué por primera vez simplemente me derretí. ¿Cómo no hacerlo? Era tan pequeña y frágil que despertó mi instinto de protección. Ahora que había

crecido un poco era una niña con el pelo corto estilo elfo y su flequillo grueso, lucía inocente; sus enormes ojos oscuros, brillaban y su sonrisa alucinante hacían que le cumplieran todos y cada uno de sus caprichos. Y vaya que tenía caprichos. Pero lo que más me gustaba es que en ella podía ver una chispa traviesa que ya no estaba cuando me veía en el espejo.

Me aseguraría de que la mantuviera.

Parecía que ese día nada podía salir mal ni empañar mi humor, así que al final decidí darme un gusto dulce y me incliné por preparar waffles, bañados con mucho chocolate. Era mi desayuno favorito. A mamá no le gustaba que los comiera, decía que teníamos que cuidar nuestra figura porque, aunque nuestros genes eran favorecedores, todas las harinas podían arruinarnos la vida o alguna mierda parecida. Cada vez que ella mencionaba algo de la comida me abstenía de poner los ojos en blanco. Ya quisieran muchas chicas veinteañeras tener su esbelto cuerpo. Era una de las cosas en que mis hermanas y yo podíamos agradecer parecernos a ella. En mi caso solo en la figura. Por suerte. Creo.

Mientras preparaba la masa mis pensamientos rebeldes volaron a Christopher, su estúpido mensaje contribuyó a que no pudiera conciliar el sueño. Me tranquilicé diciéndome que me sentía un poco más atraída a él porque era inusualmente atractivo y sorprendentemente agradable. Me gustaba su actitud arrogante, pero como cada vez que pensaba que un chico me atraía más de lo acostumbrado con el tiempo quedaba relegado a la categoría de guapo y eventualmente se convertían en uno más del montón. Nunca avanzaba. Eso era todo.

Seguiría repitiéndomelo.

Anthea entró en la cocina. Sonreí al darme cuenta que ella prefería andar descalza por la casa, como yo. Si mamá la veía seguro le llamaría la atención, ella llevaba mucho tiempo queriendo formar parte de su educación. Anthea tenía tanta suerte de que su papá marcara un límite, no dejaba que mamá interviniera más de lo necesario y apenas dejaba que se acercara a mi abuela. Esa anciana era de miedo. Recordar las veces que me quedaba en su casa me daba escalofríos.

—¿Ya están, Pal?

—Ya casi.

Le revolví el pelo como siempre hacía. Me encontré pensando en el idiota de Christopher. Otra vez.

A pesar de que mi buen humor estaba por las nubes, los días siguientes

pasaron realmente lento. El jueves llegué al restaurante treinta minutos antes de mi hora de entrada, aprovechando para adelantar algunas cosas para el día siguiente mientras escuchaba a Colin hablar sobre una de las meseras que al parecer le gustaba. El viernes hubo un evento privado. El organizador era un amigo personal del chef y tuvimos que quedarnos después de la hora de cierre. James, el barman, y Rosé tuvieron la noche más movida. Al final emprendieron una campaña para probar quien tenía más resistencia con el alcohol, intentó emborracharnos logrando que algunos de nuestros compañeros terminaran contando intimidades que era mejor no saber, incluso llegó a mencionarse algo sobre una enfermedad de transmisión sexual. Asco. Mientras esperábamos el Uber, Rosé mencionó que eso era lo único que necesitaba saber para nunca tenerlo en su lista. Lo agradecía internamente. Ella era una chica muy liberal, pero cuidadosa al respecto.

Al contrario de los días anteriores, el sábado pasó en un abrir y cerrar de ojos. Esa rapidez no hizo nada con la ansiedad que me había invadido de repente. Era una ansiedad que me negaba a aceptar porque la conocía perfectamente bien. No me abandonó ni siquiera en mis días de descanso por más que me mantuve en movimiento y con mi mente ocupada. Hasta llegué a ofrecerme a acompañar Anthea a una fiesta infantil. ¡Una fiesta infantil! ¡Yo no soporto a los infantes!

*Un niño estaba golpeando la piñata tan fuerte que con tres golpes la reventó y los dulces cayeron al suelo. Todos y cuando digo todos me refiero a los niños, niñas y también algunas madres se lanzaron de cabeza por los dulces. Los que nos quedamos aparte fuimos testigos del panorama completo. Unas manos intentaban agarrar todos los dulces que les fuera posibles, otras manos incluso arrebatan los dulces de las ajenas. Pero mi amada sobrina solo agarró un dulce y se sentó en medio de todo el alboroto, luchó para quitar el envoltorio para después quedarse comiéndolo sin agarrar más. Y claro no hicieron falta las invitadas que se derritieron con su actitud.*

*—Oh, se sentó a comérselo y la dejaron sin dulces.*

*—Es un amor la pequeña, voy a guardarle estos dulces.*

*—Es la niña más dulce que he conocido.*

*Si escuchaba un “dulce” más refiriéndose a Anthea vomitaría.*

Para el día que regresé al trabajo traté de mantenerme concentrada, en casa me porté lo suficientemente bien para no molestar a nadie, cosa que no sucedió, por supuesto. Mi sola presencia era una molestia para los miembros

de mi familia. Los siguientes días fueron más normales, para cuando llegó otra vez el sábado la ansiedad que había estado sintiendo llegó a un punto irreal. Desesperante. Me picaba la piel. Evidentemente estaba esperando algo que no llegaría. Mi buen humor se había ido de viaje sin boleto de regreso.

Cuando terminamos nuestro turno, Rosé propuso que fuéramos a un bar de la zona para despejarnos. No lo dudé. Necesitaba relajarme.

Con dos martinis en la mesa estábamos sentadas cerca de la barra, pero lo suficiente alejadas para conseguir algo de privacidad. La falta de palabras, la falta de coquetería y la seriedad de Rosé, me dijeron que quizá yo no era la única que necesitaba tomarme un respiro. Esa actitud pensativa había estado patente toda la semana en ella. Cosa rara, ella era despreocupada y dejaba ir todo con facilidad. Molesta conmigo por ser una terrible amiga al no darme cuenta antes, pregunte:

—¿Qué es?

Ella levantó sus exóticos ojos sorprendidos, mantuvo su mirada con la mía por dos segundos y la desvió hacia la mesa de unos chicos que la habían estado observando. Se echó el pelo hacia atrás y les sonrió descarada. Percibiendo que eso no iba a hacerme retroceder soltó un fuerte suspiro antes de volver sus ojos a mí. Casi me caigo de la silla con su mirada llena de... ¿era culpa? No estaba segura, pero sabía que ella me necesitaba.

Abrió y cerró la boca un par de veces y disparó abruptamente.

—Mi familia, solo mi familia.

Esas palabras eran una clave entre nosotras que significaban “todavía no estoy lista para hablar”. Pero la cosa era que podía ser realmente su familia. Tenía un tema con ellos que la preocupaba.

—Está bien.

Me quedé intrigada, con ganas de presionar. La amistad con Rosé era lo único bueno que me quedaba de la escuela. La única persona que evitó que me sintiera sola cuando mi mundo se derrumbó. La única que fue paciente y se quedó conmigo ayudándome a recoger mis pedazos. Ella significaba tanto para mí que me mordí la lengua para no interrogarla. Quería saber lo que le pasaba, sin embargo, parte de nuestra amistad consistía en respetar los silencios de la otra.

—¿Entonces toda la cosa con Chris va bien? —preguntó cambiando brutalmente las preguntas a mí.

Maldije la adrenalina que creció en mí con la simple mención de su nombre.

¿Cuándo se volvió eso posible?!

—No hay ninguna cosa con él.

Se recostó en el respaldo de su silla y tomó un sorbo de su bebida. Estaba considerando lo que había dicho. Su interrogatorio llegaría tarde o temprano, pero tardó toda una semana. Indicio que lo que ocupaba su mente era importante y quise ser valiente y preguntar.

Pero no lo era.

Rosé ladeó la cabeza, entrecerró los ojos.

—Antes que contestes a mi siguiente pregunta, me siento con el deber de recordarte que te conozco y no puedes mentirme —se inclinó hacia adelante sobre sus codos—. ¿Qué es lo que sucedió?

Las dos habíamos estado tan metidas en nuestras cosas que ella no había preguntado sobre la noche en que Christopher me llevó a casa.

—Nada, eso es lo que sucedió. Nada.

Exasperada por mi falta de elocuencia, apretó los dientes y susurro:

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que esa noche no sucedió nada —asintió, dando a entender que era lo que esperaba de mí. Claro, ella me conocía—. Después no volvió a enviar un mensaje. No supe nada de él. Así que, nada. Nada de nada. ¡Nada!

Quise que mis palabras salieran sin emoción, pero la ansiedad terminó colándose.

—Sólo para estar segura, ¿no sucedió *nada*?

—No te burles de mí.

Se tragó su risa y me miró fijamente.

—No volvió a enviar un mensaje. Significa que tú no le contestaste el que envió —Afirmó. Acto seguido sonrió picara—. Ahora entiendo porque has estado revisando tu celular de manera compulsiva.

Sentí un escalofrío propagarse sobre mí por la verdad de sus palabras. El día después que Christopher me llevó a un paseo nocturno estuve de muy buen humor, pero como no recibí ningún otro mensaje de su parte, el pensamiento de que solo se trataba de un café con una grandiosa vista no me hacía sentir muy bien. Todo era muy confuso porque se suponía que debía estar más allá de feliz que hubiera una distancia entre nosotros. En el fondo sabía que no importaba lo agradable que fuera Christopher, era mejor así. Yo no quería tener ninguna clase de conexión con nadie.

Estaba oficialmente loca.

—El viernes pasado Marco estuvo en el restaurante y preguntó por ti. —

Me atraganté, cerré la boca para no escupir mi bebida—. Pensé que como saliste con Chris no era necesario mencionarlo.

Ella esperó que lo asimilara, pero estaba esperando en vano. No podía asimilar algo así. Rosé me había presentado a Marco y yo terminé saliendo con Christopher, su hermano, quien me atraía mucho más que él. Todo era muy enredado. No, era yo quien enredaba todo. En mi defensa, a Marco le había dejado las cosas claras tan pronto como tuve la oportunidad y con Christopher, bueno, con él no había hablado más.

Eso lo compensaba.

Supongo.

—No es necesario mencionarlo porque no me gusta. Rosé, no es diferente a los chicos que me arrojaste antes.

Como si le hubiera dado la respuesta correcta sonrió abiertamente.

—No te preocupes, Marco lo sabe. No sabe cuándo darse por vencido, pero eso es asunto de él. Si me preguntas ya sé cuál es la reticencia que tienes con Chris.

—¿Cuál?

—Fácil. A diferencia de todos los chicos anteriores. Christopher te gusta, pero no quieres aceptarlo. Escucha, no es grave. Es lógico porque él les gusta a todas las chicas.

—Es como tú solo que en masculino.

Sacudió dramáticamente su cabeza.

—No, no es ni remotamente parecido a mí. Yo hechizo con buen sexo y camas calientes por un tiempo limitado. En cambio, si a Chris le ofrecen una noche placentera y la chica le gusta va tomar y dar todo lo que puede. Y te aseguro que se quedará hasta el amanecer para despertarla con una taza de té recién hecho. Porque es así de caballero, le enseñaron que el género femenino no está ahí para usar y tirar. Pero no significa que esté interesado en algo mucho más profundo o que vaya a repetir. Es por eso que Chris se asegura antes que la chica lo tenga claro. Y es por los detalles que se enamoran de él.

—¿Tú y él...? —dejé la pregunta sin terminar. No era necesario. Ella sabía lo que me refería.

Tenía mucha información privada, podía ser por qué, bueno, es Rosé y ella es capaz de averiguar hasta los secretos mejor guardados de su Majestad si se lo proponía, o porque ellos estuvieron juntos. No es que Christopher quisiera algo conmigo, pero sería rastrero de su parte.

—¡Infiernos, no! —dijo rápidamente—. Conozco a los Holland y soy la



amiga de su hermano menor. Puedo asegurarte que Chris no es así. *Él* no es así en lo absoluto. Dejarse enredarse en su encanto es fácil, pero no te estoy diciendo que te tires a sus fuertes brazos ni que tengas una relación formal con él. Tal vez una amistad o algo así. Solo digo que es alguien con el que puedes divertirte y jugar un rato. Ya sabes, ver a donde te lleva la marea mientras disfrutas la travesía.

Había llegado a pensar que mi mejor amiga solo decía tonterías, pero me di cuenta que la mitad no lo eran y que quizá ella tenía un punto válido. Había coqueteado con la amistad de Christopher por un momento y no tan sorprendentemente me había divertido.

—No lo sé Rosé, da igual. Él no volvió a comunicarse —dije insegura.

Christopher no había mandado ningún mensaje y un orgullo que se hacía presente en los momentos más inoportunos me impedía enviarle uno yo.

—¿Por qué vas a esperar a que él de el primer paso? ¡Eso es tan anticuado! Tú envíale un mensaje. Así tienes el control de la situación.

*Ella leía la mente.* Rosé siempre encontraba las palabras para tener razón, no conocía a alguien más con esa habilidad.

—Eres tan cercana al diablo que puedes saber lo que pienso y ponerlo en mi contra.

Se encogió de hombros.

—No soy cercana al diablo. Él es mi sirviente.

Lo dijo con extrema seriedad que no pude contenerme, solté una risa fuerte que rebotó en el pub provocando eco. Varias personas se giraron a nuestra mesa, pero no me importó, tenía la amiga más loca del jodido mundo. Si alguien podía poner al diablo de rodillas, definitivamente sería ella.

Rosé se unió a mi risa. La contemplé. Esperaba que ella supiera que no importaba por lo que estuviera pasando, yo siempre estaría con ella.

Ese era el trabajo de una mejor amiga.

Recostada en el sofá pasaba los canales intentando encontrar algún programa, pero al parecer todos los canales se habían puesto de acuerdo para pasar comerciales. Era una pena pasar un domingo encerrada en casa, sin ningún plan.

—¡Paaal!

El grito de Anthea me sacó de mi somnolencia, seguido de su peso cayendo sobre mí. Me dejó sin aire.

—Anthea —gruñí entre dientes, quitando su brazo de mis senos. Tenía la facilidad para siempre atinar en esa zona.

—¿Qué estás viendo?

Oh, ahí vamos. Esta era su forma de preguntarme si podía dejarle la televisión, cosa que no era necesario porque ella ya había tomado el control remoto.

—Nada bueno peque, puedes ver algo si quieres —respondí con sarcasmo.

Le revolví el pelo dejándole el flequillo de punta. Sonreí con un poco de pesar, ahora cada vez que le hacía eso me recordaba a Christopher, que me recordaba a que no me había contactado, que me dejaba frustrada. No por primera vez pensé en seguir el consejo absurdo de Rosé y ser yo quien le enviará un mensaje. Pero no lo hacía, sería muy desesperado de mi parte.

Fui a la cocina donde estaba Emily dejando las bolsas de la despensa. Ella era más parecida a la familia de papá con su baja estatura, pero era muy atractiva, con su pelo rubio oscuro y pómulos pronunciados. Hermosa de un estilo caliente. Inteligente y vegana; la única de la familia, las demás amábamos la carne. Tenía treinta años y se puede decir que mi sobrina fue una sorpresa para ella y su ahora esposo. Él viajaba mucho fuera de la ciudad, pero me agradaba y era muy valiente al entrar en esta familia por voluntad propia.

—¿Vas a quedarte a comer? —pregunté.

Rebusqué en las bolsas de la compra porque siempre que iban al supermercado Anthea me compraba chocolates, sino hacia un berrinche.

—Sí, solo para cenar. Pero Anthea quiere quedarse a dormir aquí.

Eso no me sorprendía mucho, la pequeña se había hecho amiga de la hija de la vecina. Se volvieron inseparables.

¡Oh, las primeras amistades!

—¿Cuál es el problema? ¿No quieres que se quede?

Ella me miró cansada.

—Antes de salir de vacaciones la maestra se quejó conmigo porque les había puesto un trabajo para hacer en el salón de clases, pero era en grupo. Una de las compañeritas de Anthea quería unirse a su grupo y ella le dijo: “Si hay algo peor que una gorda, es una gorda queriendo ser tu amiga”.

—¡NO!

Anthea no era así. Ella hacía amigos en todos los lugares a los que iba. Lo único que le importaba era jugar. No podía creerlo.

Una arruga se había formado en la frente de mi hermana.

—Sí, y sabes de quién son esas palabras ¿verdad?

*Oh, oh. Mierda.* Mamá volvió hacer de la suyas. Era la única que sería

capaz de llenarle la cabeza con prejuicios estúpidos a una niña de siete años.

—Mamá —adiviné—. ¿Le dijiste algo a ella?

—A diferencia de ti, no soy aficionada a pelearme con mamá.

Escupió las palabras, me disparó dagas con los ojos como si mi relación con mamá era el problema. Todas sabíamos que nuestra relación era un desastre, eso no estaba en discusión aquí, si no como mamá era capaz de influir en Anthea. Yo no era culpable de eso. No me iba a hacer cargo.

¡Vaya estupidez!

—A diferencia de mí, eres *tú* la mamá. Tienes la responsabilidad de educar a *tú* hija.

—Las dos sabemos que mamá quiere educar Anthea para corregir el error que cometió contigo. No sé por qué eres tan rebelde.

¿*Error?*

Resoplé enojada. Era más fácil culparme a mí por esa tontería que reclamarle a mamá. Si lo hacía, corría el peligro que se desquitará con Anthea o que le dijera a Emily que no fuese más a casa. Pero yo era el error.

—Entonces habla con ella para que juegue el rol que le toca, tiene que entender que es su abuela. No me culpes a mí por no ser capaz de pararle los pies. Si fuera mi hija no dejaría que se acercara, solo hay que ver el desastre que hizo de nosotras. Una más insegura que la otra, incapaz de ser completamente felices por temor a que ella se enojé.

No la vi mientras salía de la cocina y subía las escaleras, pero sentía la mirada de odio que tenía Emily sobre mí. Lo peor que podía hacer alguien que no te gustaba es que tuviera razón, y yo la tenía.

—Tú tienes la culpa que ella sea así. No lo olvides —dijo con rencor.

Cerré los ojos. No lo olvida. No me permitían hacerlo.

Entré en mi habitación, me tiré sobre la cama y busqué con la mano el celular que estaba debajo de la almohada. No tenía ni un mensaje. De nadie. ¿Tan mal estaban mis relaciones sociales?

## CAPÍTULO SIETE

---

SIENTO MI MANO VIBRAR DESESPERADA. Instintivamente la alejé de lo que amenazaba con despertarme. La vibración se hizo menos intensa, pero permanecía insistente, empujándome a la brumosa consciencia. Intenté abrir mis ojos, se sentían pesados. Gruñí en voz baja. Había cerrado los ojos, aprovechando que el sueño que me estuvo esquivando me invadió. No sé en qué momento me quede dormida, pero se sentía como muy pocos minutos. Necesitaba más. Un dolor se disparó por mi cuello cuando rodé por la cama, mi brazo estaba entumecido por quedarme en una posición incómoda. Abrí un poco mis ojos cuando esa molesta vibración se sitió de nuevo. Busqué con mi mano el celular, colocándolo frente a mi cara y cerrando inmediatamente los ojos. La luz brillante lastimó mi vista impidiéndome ver algo, pero sabía que era una llamada. Atentas deslicé mi dedo para contestar. En mi cabeza se formaban toda clase de maldiciones para la persona que se atrevía a despertarme.

—Hola.

Por una vez no me hubiese importado sonar violenta, peligrosa incluso, que la persona del otro lado de la línea se enterara que en ese momento su llamada no era bienvenida y debía detenerse, pero solo logré que mi voz sonara adormilada.

—¿Estás dormida?

La voz masculina y divertida me hizo enojar.

—Tal vez solo no quiero responder.

Una risa grave resonó por el celular, mi estómago se tensó en reconocimiento.

Christopher.

—Estoy a fuera de tu casa —dijo. Me desperté por completo, dejando de mover mi brazo izquierdo para que la sangre circulara otra vez—. Date prisa porque tu vecina me está viendo desde su ventana. Me siento acosado.

¿Qué?

¿Por qué esta aquí?

¿De verdad estaba aquí?

Solo eran unas de las preguntas que se agolpaban en mi cerebro. Levantándome rápido de la cama, corrí las gruesas cortinas y observé por la ventana. No veía ningún coche estacionado fuera, ni a Christopher. Sólo la calle activada por el tráfico y los transeúntes. Alivio recorrió por mi cuerpo, me estaba tomando el pelo. Entonces recordé que pudo haberse confundido. Podría estar en la otra calle, donde le pedí que me dejara la noche pasada para evitar cualquier encuentro desagradable. Mi curiosidad tomó el control. Lo importante era averiguar si estaba ahí o no. Tendría que salir.

—¿Qué haces aquí? —susurré con la adrenalina subiendo en mi sistema.

—No hagas preguntas, sal de una vez.

—Teniendo en cuenta que me despertaste de lo que pudo haber sido un sueño reparador tengo derecho a hacer todas las preguntas que quiera y tú estás en la obligación de responder. No puedes solo decirme que hacer.

Cinco minutos más tarde estaba bajando por las escaleras intentando ser lo más sigilosa posible para que Anthea no quisiera acompañarme. No sería bueno que ella conociera a un hombre guapo y mandón, no sabía guardar un secreto. Mi hermana se enteraría y eventualmente mi mamá. Y entonces sí, independizarme ya no iba a ser una opción. Estaba segura que me desterraría dejándome solo con lo puesto. Después de mi último novio, mamá me prohibió que llevara a algún otro chico a casa. Así que estaba actuando como toda una ladrona profesional. Saliendo de casa sin dejar rastro.

Llegando a la puerta principal eché un vistazo hacia atrás para cerciorarme de que nadie me veía escabullirme y cerré lo más suave posible. Caminé hasta la esquina de mi calle donde me había dejado Christopher la semana pasada. Resulta que no estaba en el término literal fuera de mi casa, porque aún no la conocía, que era una suerte, pero sí estaba ahí.

¿Cómo se le ocurría aparecer de la nada después de que nunca llamó?

Caminé delante de la casa que siempre mantenía las persianas abiertas, alcancé a ver la sombra de una mujer dibujándose en el interior, contuve una maldición. Lo mejor que podía hacer era actuar con naturalidad. Vivía en una zona donde todos se conocían entre sí, mañana todos estarían enterados de mi

aventura subiendo a un lindo coche deportivo.

El aire frío mezclado con un sutil olor a menta me golpeó, era refrescante. No había estado la primera vez.

Me acomodé en el asiento del pasajero.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con desconfianza.

—Es bueno verte de nuevo, nena.

Miré por la venta. Que no me diera una respuesta real me molestaba, pero no iba a creerme eso.

Le doy una rápida mirada a Christopher. *Idiota.*

Como si hubiera leído mi mente Christopher dejó salir una carcajada que golpeó directamente el botón que libera adrenalina a todo mi sistema. A pesar de ello, no dijo nada más. El delicioso sonido del motor del LaFerrari llegó a mis oídos cuando arrancó, aunque le dije muchas veces que no podía ir con él. Por muchas razones. La principal, no estaba vestida para ir a ninguna parte. Ni siquiera sabía cómo me había atrevido a encontrarme con él así.

Mientras avanzábamos y nos alejábamos de mi casa, lo miré de soslayo. Apoyé mi cabeza en la ventana. Estaba siendo muy consciente de todos y cada uno de los movimientos de Christopher. La forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración, la manera suave, pero firme de sostener el volante o como sus piernas se movían con elegancia cuando presiona los pedales. Sólo que había algo que era diferente. Yo. Nunca antes en mi vida había sido tan consciente de mi propio cuerpo. En cómo mi chaqueta era lo único que ocultaba que no llevaba sujetador y que mis pezones estaban rígidos debajo de la camiseta. Siempre me he preocupado por mi apariencia, pero con mi propio estilo y que me hicieran sentir cómoda en mi propia piel. No me daba miedo vestir. No me vestía para impresionar a ningún hombre.

Sin embargo, sentada al lado de Christopher eso ya no era tan cierto. Quería saber que pensaba de mí. No era una belleza exótica como Rosé y no me parecía a ninguna de las chicas calientes que seguramente orbitaban alrededor de él. Con mi metro sesenta y nueve era un par de centímetros más alta que el promedio, senos pequeños, cintura definida, tenía unas bonitas y delgadas piernas, y un trasero más que proporcionado para mi cuerpo. Sí, los genes de mamá eran geniales, podía comer todo lo que quisiera sin preocuparme por subir de peso.

Mis ojos eran de un aburrido verde claro, enmarcados por unas cejas delgadas, pero eso sí, tenía unas pestañas de envidia; pobladas, largas y con un rizado natural. Con un buen rímel parecían postizas. Mis labios carnosos y

con el arco de cupido bien formado haciéndolo lucir un poco sexis. Más de un chico los había alagado, con ellos estaba satisfecha. Increíblemente, a mi parecer, mi mayor atractivo era mi pelo. Lo mantenía largo, más allá de la cintura. Lo había tinturado de un rojizo intenso con un sub-tono anaranjado, pareciendo casi cobrizo intenso. Podía llevarlo suelto cuando quisiera porque tenía un ondulado natural y lucía sedoso sin mucho cuidado, también hacía que mi piel se tornará un poco bronceada.

Yo no me consideraba fea, pero tampoco una modelo de portada de revista. De verdad, lo único que me hacía resaltar del resto de chicas era mi pelo. Nunca antes me había preocupado tanto como lucía al lado de alguien y eso me molestaba más que un poco.

Como ya parecía ser costumbre entre nosotros, el silencio cómodo nos envolvió. Como si con la sola presencia del otro ya nos sintiéramos a gusto. Por lo menos en mi caso.

—¿A dónde vamos? —pregunté sin emoción.

Tal vez así me respondía.

—¿Eso importa?

*Si, a mí me importa.*

Pero me quedé en silencio, giré la cabeza otra vez a la ventana. Christopher seguía conduciendo, no tenía idea de dónde íbamos solo sabía que estábamos saliendo de Londres por la autopista M4. No saberlo, lo hizo más excitante. Me puse rígida, obviamente cualquier cosa o gesto que él hiciera me emocionaba y me asustaba al mismo tiempo.

Christopher era peligroso para mí.

¿Lo había mencionado antes? ¿Sí? Bueno, él lo era.

No reconocí el lugar en el que nos detuvimos, no lo hubiera hecho, aunque lo intentara.

Sentí unos dedos fríos rozando mi mentón, sujetándolo. Me giró gentilmente mientras me encontraba con esos intensos y asombrosos ojos azules. Mordí el labio cuando fui incapaz de aspirar un poco de aire, su mirada se deslizó hacia mi boca. Me pareció inevitable estremecerme cuando su dedo pulgar rozó parte de mi labio inferior hasta que dejé de morderlo. Su mirada se estrechó con cautela y Christopher se apartó rápidamente, como si se hubiera quemado.

Yo estaba que me incendiaba. Mi labio hormigueaba con necesidad.

Me regaló una sonrisa infantil, de esas que me estaban empezando a gustar.

—¿Lista, Valentina?

No era la primera vez que me tocaba de esa forma lenta y después se alejaba con esa actitud de “aquí no ha pasado nada”. Como si no pudiera soportar tocarme de ningún modo.

No sabía cómo sentirme con eso. Lo mejor sería no sentir nada, cabía la posibilidad de que solo estuviera sucediendo en mi cabeza.

Había pasado un largo tiempo desde la última vez que decidí salir con alguien del sexo opuesto. Soy una persona que piensa demasiado, me es realmente difícil confiar en los demás. La principal razón era que había desechado la idea de salir con una persona atractiva que no me hiciera sentir nada. La palabra clave era: *sentir*.

Christopher era diferente. Cortarme la respiración, jugar con las mariposas en mi estómago y calentar mi sangre era el inicio, una clase de señal de que algo estaba cambiando en mí, que estaba cada vez más cerca de reavivar las emociones que mantuve congeladas durante mucho tiempo. No estaba enamorada de él ni mucho menos, pero me gustaba más que el resto. Llegaba un momento en la vida donde tenía que elegir vivir con intensidad, recordar que la vida era un juego y a la vez una guerra. Aventurarme fuera de la tranquila soledad.

Lo que estaba pasando entre Christopher y yo no llegaría a nada más que una agradable amistad y no quería perderme nada de lo que pudiera hacer en mí. Él era como un soplo un aire frío golpeándome en el rostro. A mí me gustaba el frío.

No confiaba en él, no creía algún día llegar a hacerlo, pero me hacía reír. Lo que era sorprendente porque en los últimos quince meses solo me había reído con Rosé. En contadas ocasiones. Así que, por el momento, era suficiente.

Sí, Christopher tenía que gustarme más que el resto. Lo suficiente como para acompañarlo al British Grand Prix. Era el circuito de la F1 en Silverstone. Al parecer un amigo de Christopher estaba corriendo. La verdad no le presté mucha atención a lo que me explicaba porque estaba tan atraída a lo que sucedía a mi alrededor. La chica traviesa en mí resurgió con el sonido de los motores rugiendo en mis oídos, entendía perfectamente porque la multitud se volvía loca, con gritos eufóricos cada vez que un monoplaza rebasaba a otro, demasiado cerca para ser seguro. Faltó muy poco para que mi corazón saliera volando de mi pecho cada vez que veía las maniobras de los conductores.

Mis celos se activaron salvajemente. Me daba perfecta cuenta como las



chicas devoraban con la mirada a Christopher. Llegué a pensar que era capaz de dejarme ahí para irse a revolcar con alguna de ellas. Porque eran lindas, divertidas y ruidosas. Pero sucedió todo lo contrario. Yo no estaba vestida para ir a un lugar así. Al salir de casa solo me puse un short negro demasiado corto debajo de la camiseta blanca con estampado de Arctic Monkeys que usaba para estar en casa porque era tres tallas más grandes. Ah, y sin sostén. Traté de disimularlo ese percance dejando que mi pelo cayera suelto.

Un hombre con la mano demasiado larga me tocó el trasero mientras íbamos caminando a nuestros lugares después de conseguir una bebida, como Christopher venía detrás de mí lo vio todo, le dijo “mantén tus manos lejos de ella si quieres conservarlas.” No fueron las palabras más originales para defender a alguien, pero la mirada intimidante que le lanzó hizo retroceder al tipo. Después de eso no dejó que me alejara más que un par de centímetros y cuando me levantaba por la emoción, se aseguró de mantener una mano en mi espalda baja. Todo el rato estuve excitada.

El amigo de Christopher, Edward, era muy buen piloto. Según el chico de los ojos azules su amigo era bastante temerario, por eso había incursionado en esto de las carreras, entre otras cosas. Básicamente amaba los deportes extremos y siempre que podía iba tras ellos. Sonaba divertido y salvaje. En ese momento me sentía eufórica que sin pensar le comenté a Christopher que deseaba hacer algo igual de loco, donde todos mis sentidos estuvieran despiertos y fuera capaz de sentir la sangre correr a través de mis venas. Él solo sonrió.

Faltó muy poco para que mi corazón se detuviera por completo cuando tres competidores iban demasiado juntos, tratando de rebasarse, uno de ellos Edward. En un segundo, dos monoplazas chocaron entre sí. Algo salió volando, humo y un poco de fuego, pero Edward esquivó el accidente con facilidad siguiendo su propio camino.

Me giré rápidamente a ver Christopher para saber si él también se había preocupado, pero no. Él tenía una sonrisa presumida, como si supiera que su amigo no quedaría en medio de eso. Me pregunté cómo es que él no tenía miedo después de pasar por algo parecido. Para el final todo se había vuelto más arriesgado y temerario. Parecía placentero. Edward quedó en tercer lugar. Cuando todo terminó estaba tan emocionada que quería conocerlo para asegurarme de que de verdad tuviera todos los huesos en su lugar, pero Christopher dijo que me lo presentaría otro día. Llegar hasta él sería complicado, estaría rodeado de chicas y como yo no quería que Christopher

también se viera rodeado, no insistí.

De regreso a Londres nos detuvimos en un restaurante, mientras comíamos nuestras hamburguesas le comenté que no me habían aprobado mi licencia de conducir por algún tecnicismo. Después de burlarse de mí como por veinte minutos y diciendo que no podía ser tan mala, se ofreció a darme algunas clases de manejo personalizadas. ¡Me dejó manejar su LaFerrari! Me lo tomé en serio hasta que vi como se drenaba todo el color de su cara mientras me aventuraba por la autopista. Secretamente me divertía verlo sufrir cada vez que pisaba el acelerador y rebasaba a algún coche negándome a devolvérselo. También estaba esperando esa sensación de miedo abrumador que te hela la sangre y así obtener material para que la pesadilla se formara en mi cabeza. Estaba cansada de solo tener recuerdo de una luz brillante y cegadora. Quizá esa era la diferencia entre Christopher y yo ante un hecho similar, él tenía respuestas mientras yo solo preguntas.

No sucedió, Christopher me hacía sentir segura.

Llegó a mis oídos una canción que jamás esperé escuchar en el coche de Christopher. Estaba tan sorprendida que no me atrevía a mirarlo, pero sentí como se encogía en su asiento. Entonces empezó el estribillo con la voz sexi de Charli XCX en “*So Over You*” y no pude más, estallé en una risa a medida que subía el volumen haciendo que nuestros oídos dolieran.

—¡Ten cuidado! —gritó Christopher cuando esquivé otro coche. Como respuesta, canté la letra a todo pulmón y por primera vez le presté atención, había una parte que me llegaba al corazón, estrujándolo con un recuerdo. Oh, sí chica, rómpeme tú también—. Vamos, baja la velocidad —repitió y lo hice.

«...secrets kinda suck to burn...»

— ¿No vas a inventar alguna historia de por qué esa esa canción está en tu repertorio?

Paso los dedos por su pelo y elevó ambas cejas.

—Te habrás dado cuenta que no es el tipo de música que suelo escuchar, pero esa canción me gusta. No voy a negarlo.

«...My tears, they cried...»

Debí imaginarme que tenía la autoestima por los cielos y que no se avergonzaría con algo así.

—Entonces cuéntame otro secreto sucio.

—Ese no es un secreto sucio —viniendo de él, estaba segura que no—. Oye, no entiendo por qué te negaron la licencia.

Su sarcasmo me hizo reír de placer. Me había reído tanto ese día que ya no

me sentía extraña haciéndolo.

—Ni yo. Nunca lo entendí. Ahora que lo pienso probablemente fue porque no le agradaba a la instructora.

—¿En serio? No me imagino que no le agrades a alguien, hasta cuando te enojas eres divertida.

—Que tú te burles de mí no significa que sea divertida.

Christopher soltó una fuerte carcajada. Después de unos segundos que le sirvieron para tranquilizarse, dijo:

—Estamos perdiendo el tiempo aquí, ¿cierto?

—Claro que estamos perdiendo el tiempo aquí, tú eres un mal instructor. —Moví mi mano para enseñarle la carretera—. Esto parece más una pista para quemar tus llantas, realmente es inevitable para mí no acelerar.

Volvió su mirada al frente tratando de ignorarme como siempre que insinuaba poner en peligro a su “bebé”. Se veía tan tierno que me derretía por dentro.

—¿Te gusta la adrenalina?

Pensé en su pregunta por un segundo. ¿Me gustaba la adrenalina?

—Hmm la única adrenalina real que he experimentado es cuando no encuentro café en la mañana —mi expresión sin una pizca de diversión mientras lo miraba fijamente—. Juro que siento como mi estómago empieza a hundirse.

Christopher me devolvió la mirada seria, tratando de averiguar si era verdad lo que acababa de decir, acto seguido resopló y empezó a reír. Incluso con el techo removido su risa ronca llenó el coche con su diversión. Golpeé suavemente su brazo para intentar que dejara de burlarse de mí, pero lo único que conseguí es que se convirtiera en una carcajada. Imitando su resoplido, puse mis ojos en blanco. Mordí mi labio intentando disimular una risita. Estaba entre encantada de tener el poder de hacer reír al intimidante de Christopher e indignada de que se divirtiera a mi costa.

La manera en que sus ojos brillaban junto con el sonido de su voz ronca lo hacían lucir tan jodidamente caliente. Me hacía agua la boca.

Sentí que podría llegar a hacer cualquier cosa para escucharlo reír por siempre.

—Que malo eres Christopher, no deberías de reírte de mí —dije.

Puse cara de indignación mezclada con tristeza, ojos de cachorro y un puchero infantil antes que él se girara para asimilar mi expresión. Inmediatamente se detuvo. Me miró abatido. Siempre funcionaban. Nuestras

miradas se entrelazaron y se quedaron trabadas. El aire a nuestro alrededor se condensó hasta que él apartó la mirada. Me dejó sintiéndome loca por imaginarme cosas que realmente no estaban pasando.

Tenía que detenerme de maquinar cosas porque no había nada peor que terminar encaprichándose con alguien que no estaba interesado.

—Eres encantadora, nena.

Si había algo que yo no quería ser para Christopher era encantadora.

—Eres un idiota.

Todavía era capaz de sentir la diversión brotando de sus poros cuando puso una mano en mi cabeza y revolvió mi pelo tratando de tranquilizarme.

—Solo digo que debiste advertirme que eras un peligro al volante.

—¡Oh, detente ahí! Es justamente como me llamó la instructora y sigue ofendiéndome. No soy peligrosa.

—Yo creo que sí —murmuró. Christopher enredó un mechón de pelo en su dedo y lo dejó ir. A continuación, enredó toda su mano acariciando cada hebra con lentitud de una manera que lo sentí zumbiar en todo mi cuerpo—. Me gusta tu pelo.

Frené de golpe.

Él no parecía darse cuenta de lo que me provocaba, que me era difícil mantenerme indiferente.

Mi corazón dio un vuelco.

—Gracias —susurré.

—Me gusta mucho el color —lo miraba fascinado—. Es diferente.

¡Diferente!

—*Siéntate aquí querida —dijo la peluquera señalando una silla vacía frente a ella.*

*Acarició mi cabeza con cariño. Examinó mi pelo mientras me observaba por el espejo. Ella parecía estar abriéndose paso por el desastre que era mi interior.*

*El desastre que él había dejado.*

—*¿Qué quieres hacerte?*

*Elevé mis hombros. Había sido arrastrada por Rosé hasta ese lugar, era un cambio de imagen o un tatuaje, y no estaba lista para sentir más dolor. Mirando a la mujer a través del espejo contuve mis lágrimas. ¿Qué era lo que yo quería?*

*Quería que Ethan no hubiera sido tan cruel para restregarme a su nueva novia en la cara.*

*Quería nunca en la vida haberlo conocido.*

*Quería no ser tan tonta de haberme enamorado de él.*

*¿A quién demonios quería engañar? Esas eran las cosas que se supone debería querer, pero yo solo deseaba con todo mi corazón que Ethan llamara. Que me dijera que había cometido un error y que lo perdonara por todo. Entonces lo haría, lo perdonaría porque a pesar de todo yo lo seguía amando.*

*Y con eso, las lágrimas empezaron a caer empapando mis mejillas.*

*Era tan patética.*

*A lo lejos escuché que la peluquera decía algo de rojo, pero no le preste atención. Dejé que por lo menos una de las dos se divirtiera y la otra se revolcará en los recuerdos. Para cuando ella me avisó que todo había terminado y que podía ver el resultado, me tomó cinco segundos lograr ver a través de la borrosidad que dejaban las lágrimas.*

*Ahogué un grito. Casi no reconocía la imagen que reflejaba el espejo. Mi imagen. Estaba pálida, con el maquillaje corrido y mi pelo. Oh, demonios, mi pelo antes castaño oscuro ahora era rojo. Se veía genial.*

*Yo me miraba diferente. Salvaje. Atrevida. Problemática.*

*Mientras miraba mi nueva imagen me percaté de que una pequeña sonrisa intentaba muy duro dibujarse en mis labios.*

Con el pulso acelerado, parpadeé empujando al fondo de mi cerebro el recuerdo.

Últimamente los recuerdos venían cada vez más seguidos, sabía por experiencia propia que no era bueno dejar que mi pasado me alcanzara. Terminaría ahogada y mi cuerpo pagaría las consecuencias de permitirlo. Todo lo que había pasado con Ethan fue hace tanto tiempo que no tenía importancia en mi presente. Había crecido. Me había hecho más fuerte.

Respiré profundo.

—Sí, es diferente —farfullé—. Creo que debería volver a casa.

No esperé su consentimiento, puse el coche en primera y empecé a avanzar. Sentí como mi pelo se deslizaba de su mano hasta quedar fuera de su hechizo.

—No aceleres demasiado ¿está bien?

—¿Algo más?

—Mantén los ojos fuera de mí y puestos en la carretera. No quiero que te pongas nerviosa.

Asentí con la cabeza, pero dudaba que lo hubiera visto. Fue apenas un

movimiento leve.

El silencio era absoluto. Si me esforzaba un poco era capaz de escuchar la respiración rítmica y pacífica de Christopher. Cruzaba los dedos para que él no fuera consciente de mí, si lo hiciera, podría escuchar a mi corazón latir como una locomotora.

No quería prestarle atención a su respiración, ni de cómo mantenía su pelo desordenado en las zonas correctas por pasar sus manos por su cabeza. No quería ser consciente de él. Ni de mí cuando estaba con él.

*¡Basta Valentina! Si no quieres eso, simplemente deja de pensar.*

Me removí en el asiento, relajándome. Al menos intentándolo. El recuerdo todavía seguía corriendo por mi sistema, contaminando mi sangre con un poco de pánico.

Como Christopher me pidió, conduje despacio hasta llegar a mi casa. Detuve el coche a un lado de la calle, una precaución innecesaria. Dudaba que mi escapada quedara en secreto. Christopher tenía su cabeza apoyada en el respaldo de su asiento con los ojos cerrados, su respiración lenta. Parecía que estaba teniendo un agradable sueño sino fuera porque tenía el ceño fruncido. Tomó todo de mí no pasar mis dedos para alisarlo. La comisura de su boca se elevó en una sonrisa arrogante.

Idiota. Sabía que lo estaba observando.

—No creo que la orilla de la calle sea un buen lugar para quedarte a dormir —le espeté.

Me quité el cinturón de seguridad.

—¿Estás invitándome adormir contigo? —preguntó con una sonrisa.

¿Eh?

Tragué saliva.

Ni siquiera fue mi intención mencionar algo como eso. Aunque él no podía verme rodé los ojos y abrí la puerta del conductor. Antes que tuviera la posibilidad de poner un pie fuera, Christopher me tomó del brazo, reteniéndome.

Poniendo una expresión en blanco, me giré hacia él.

—Si te envió un mensaje vas a contestarlo, ¿verdad? No puedes hacerte de rogar por siempre, es aburrido —susurró de forma seductora.

Le di mi mejor sonrisa de disculpa.

—No vi tu mensaje hasta el día siguiente y estaba ocupada. Después olvidé responder.

Me encogí de hombros despreocupada.

Christopher estaba haciendo esa cosa de observarme fijamente, ver a través de mí. Bajé la mirada antes de que encontrara lo que sea que estuviera buscando. No quería que él se topara con todos los fantasmas con lo que cargaba en mi interior. Sentí aire caliente en el inicio de mi pelo.

—Pregunté si ibas a contestarlo.

—Si no lo hago, ¿vas a desaparecer otra vez?

—¿Eso quiere decir que me extrañaste?

Christopher todavía me retenía del brazo, podía sentir el calor de su mano traspasando la manga de mi camisa. Estaba demasiado cerca.

¿A qué estaba jugando conmigo?

Levanté la mirada.

—Voy a contestar —susurré para no cortar el momento.

Revolvió mi pelo a modo de despedida.

## CAPÍTULO OCHO

---

ACOSTADA VIENDO las estrellas pegadas en mi techo, sopesé la idea de quedarme en la cama y dormir más tiempo. Al final mamá se enteró de mi escapada con Christopher, pero el único comentario que hizo fue sobre mi vestimenta. La conocía mejor que eso, se guardaría su reclamo como munición para más adelante. Por el rabillo del ojo vi como la puerta de mi habitación era abierta, un borrón corrió directo a tirarse sobre mí. Gruñí al sentir el peso de los huesos aplastarme.

—¿Cómo es posible que aún sigas durmiendo?

Empujé el peso para que cayera al otro lado de la cama. Fiore era la única de la familia que no respeta la advertencia de no entrar en mi habitación.

—No estoy dormida —me quejé—. ¿Qué haces aquí de todos modos?

—Estoy con mamá, vino a dejarle unas cosas a Georgina.

Asentí con la cabeza, pero no me importaba en lo absoluto. Solo me parecía extraño que mamá no viniera en persona a despertarme porque cuando teníamos visitas le gusta que estuviéramos todas aparentando ser una familia feliz. Un frente unido. Incluso frente a su hermana.

Levanté la sabana para que Fiore se colara dentro, así una de nosotras podría dormir. Ni una protesta salió de su boca, en vez de eso se quitó los zapatos. Me abrazó por la cintura. Nunca había conocido a alguien más aparte de ella que pudiera dormir donde fuera y a la hora que fuera. Fiore era tres años mayor, pero desde pequeñas hemos sido unidas, con una complicidad única. Nos queríamos un montón. Pero nos veíamos poco, en parte por mi trabajo y otra gran parte porque ella no podía estar soltera. Era la clase de chica que siempre tenía que tener un novio rondándola. En momentos así, aunque me fastidiaba mucho, me tocaba compartirla.



Tenía que aprovechar para ponernos al día ahora que había terminado con su novio de turno. El chico era un perdedor que lo mejor que sabía hacer era emborracharse hasta perder la conciencia. Ella definitivamente podía hacerlo mejor.

—Rosé me contó sobre el chico misterioso.

Las tres formábamos un grupito de amigas, pero había algunas cosas que no le contaba a Fiore. Ella no era la mejor guardando secretos. Más de una vez se había ido de boca frente a mamá.

—No hay ningún chico misterioso.

Christopher no era algo misterioso ni nada parecido. No quería hablar sobre él porque entonces la atracción que sentía sería real.

—¿Por qué no me has hablado de él?

*Porque no quería que Christopher se convirtiera en un tema de conversación.*

—Ya lo conoces. Es el chico que estaba tomando un café conmigo cuando fuimos al cine —cerré los ojos—. Pero no hay nada que contar. Sólo es un extraño cercano.

No mentía del todo. No conocía a Christopher.

—¡Lo sabía! Pero no creo que no pase nada. Él te miraba mucho.

¿Me miraba mucho?

No lo creía.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te *miraba*. Ya sabes... como si le gustaras. —Puse la cara mi mejor cara de: ¿Qué mierda estás diciendo? Christopher jamás me había mirado así—. Lo más acertado sería decir que te miraba con lujuria.

—Confía en mí. No hay nada de lujuria en la mirada de Christopher. No conmigo.

Había quedado demostrado con el hombre abusivo de la carrera. La actitud de Christopher había sido protectora, no de celos ni nada parecido.

—Así que Christopher. ¿Te gusta?

Sabía que esa era su siguiente pregunta, pero de igual forma me tomó desprevenida.

—Es muy atractivo —acepté.

Y aun así me quedaba corta. No podía describirlo. Más que físicamente, me gustaba por cómo me hacía sentir.

—¡Está bien! Espérame en la entrada. —Quién sea que estuviera al otro lado de la línea tenía a Rosé al borde—. Si no estás ahí dalo por perdido.

¿Quién era la persona que la puso tan molesta? De un momento a otro la sonriente Rosé fue reemplazada por una Rosé muy, muy enojada. Cualquier persona que se cruzara con ella creería que solo estaba seria o pensativa, pero yo la conocía mejor. En ese momento ella era gasolina contenida en un exótico empaque con una fuga y peligrosamente cerca de una chispa de fuego que la encendería. Era capaz de incinerar todo a su alrededor.

Yo era lo único a su alrededor en ese momento.

—¡Ni que fuera importante! —gruñó.

Rosé terminó la llamada tirando su celular. Cayó en mi lado y rodó bajo el asiento.

Pisó el acelerador. El coche iba a toda velocidad. Contuve el aliento cuando hizo un giro en U para regresar por el camino que habíamos recorrido.

Soltó un suspiro dramático.

—Tengo que pasar por la casa de Marco. ¿Quieres que te vaya a dejar a tu casa primero?

Esa fue su única explicación. Un poco corta.

—Voy a ir contigo. Para minimizar los daños.

Por lo general después del restaurante me tomaba un par de horas para distenderme, pero realmente estaba preocupada por Rosé. No era el estereotipo de la chica rica, guapa y prepotente. Un poco malcriada, sí, pero no les hablaba mal a las personas, a no ser que realmente se lo merecieran. Estaba tratando de entender qué había ocurrido para que estuviera de tan mal humor sin tener que preguntar.

Cuando me enteré de la historia de sus padres, la real, la que mantenían oculta del ojo público, me di cuenta que nuestras familias no eran tan diferentes. Les gustaba proyectar *la* imagen perfecta, a puertas cerradas todo era más que un desastre. Ya que sus padres parecían no estar en su vida me había vuelto un poco sobreprotectora con ella. Las personas a veces solían aprovecharse de su actitud desenfadada y amistosa, más cuando la reconocían de las campañas publicitarias que había hecho. Así que iba a darle un par de días más para que decidiera contarme que era lo que le estaba pasando en su vida, sino iba a tener que hacerlo difícil para ambas. Iba a hacer las preguntas.

Llegamos a la casa de Marco, había un par de coches alrededor. No tantos como la única vez que estuve ahí.

Sentí mi estómago revolverse como si fuera a vomitar en cualquier momento. Esa era la casa de Christopher. No quería cruzarme con él. Algo me decía que no era un buen momento.

—¿Otra fiesta? —pregunté dudosa.

—Eso parece —escupió.

Rosé bajó del coche, al segundo metió la cabeza por la ventana buscando su celular con la mirada. Lo puse en su mano después de que lo recogí, me dio un guiño de agradecimiento al mismo tiempo que hacía una llamada. Si es que era posible, su rostro se endureció aún más cuando no le respondieron.

—¡Maldición! —Me lanzó una mirada de disculpa que no llegaba a sus ojos—. Voy a tener que entrar. Espérame aquí. No tardo.

Negué con la cabeza frenéticamente.

—Con lo enojada que estás eres capaz de incendiar la casa y cerrar la puerta con todos ahí dentro —salté fuera del coche—. ¿En algún momento vas a decirme que es lo que pasa? ¿Por qué tienes esa aura asesina?

Un trueno resonó en el cielo.

Sí, se supone que iba a darle un par de días más para que me lo contara por sí misma, pero mis nervios enloquecieron de un momento a otro, así que simplemente no podía esperar. Tenía que ocuparme de algo.

—No tienes que venir, es mejor que me esperes aquí.

—¿Por qué? ¿Pasa algo entre Marco y tú?

Sus ojos brillaron infelizmente, ahí estaba la culpa de nuevo.

—Creí que pasaba algo entre Christopher y tú —dijo, tirando la pelota a mi lado.

Entendió todo al revés y estaba actuando extraño. Hasta parecía que estaba nerviosa.

—Te he contado todo. No pasa nada con Christopher.

—Mejor así. Christopher es guapo, divertido y es un gran partido, pero hay muchísimos chicos así regados por el mundo. Él no es el único. Puedo presentarte a un amigo.

Hace unos días ella prácticamente me restregaba a Christopher por la cara y ahora quería presentarme a otro amigo.

—¡Por favor no! ¡No quiero que me presentes a nadie más! —dije con demasiada rapidez—. No lo entiendo Rosé, estás irritante. Tengo la sensación de que me estoy perdiendo de algo. ¿Es así?

Rosé hizo una mueca.

—Oh, Christopher te gusta.

—No.

Dio un paso delante de mí, deteniéndome. Cruzó los brazos por delante de su pecho.

—Sí, lo hace. No tienes que tratar de negarlo conmigo. Lo entiendo ¿está bien? Christopher es encantador —se encogió de hombros soltando un sonoro suspiro—. No es el indicado para ti.

—¿Por qué no? ¿Tiene una novia por ahí? ¿Muchas? —bromeé. Quería saber las respuestas a todas ellas. Pero no quería admitirlo—. No estoy aceptando que me gusta o algo parecido, solo tengo curiosidad de saber que te ha hecho cambiar de opinión. Está claro que me estás ocultando algo.

—Estoy molesta porque Marco llamó para decirme que un chico le había mostrado unas fotos mías.

*Por favor que no sea lo que estoy pensando.* Los chicos podían ser jodidamente crueles cuando se trataba de presumir delante de sus amigos. Tenían juegos absurdos.

—¿Comprometedoras? —pregunté. Ya maldiciendo al chico si era así.

Rosé enlazó su brazo con el mío incitándome a caminar.

—Al parecer sí.

—¿Pero...?

—No me lo creo. ¡Vamos! Nunca dejaría que un chico me tomara fotos después de tener sexo. Pero si es así. Bueno... espero que sepa cómo esconderse. No querrá que pongas mis manos sobre él.

Si hacía algo tan rastrero dudaba que tuviera algún instinto de supervivencia como para esconderse. Seguramente andaba por ahí enseñando las fotos de mi mejor amiga. Nadie se merecía pasar por eso, menos Rosé. Mataría a ese chico cuando lo atraparé.

—¿Él está aquí? ¿Por eso vinimos?

Negó con la cabeza.

—Ya no. Marco lo sacó de la fiesta cuando se las mostró a él. —No podía ser cierto. Fue un movimiento estúpido sacarlo ¿cómo iba a saber si era verdad? —. Pero se quedó con el celular, por eso me pidió que viniera ¡Ah! —Rosé tiró las manos al aire—. Estoy tan molesta. Si alguien va a hacer circular una foto mía desnuda, voy a ser yo.

Si tuviera la mínima sospecha que fotos mías de ese tipo estuvieran por ahí, hubiera enloquecido al instante. Pero Rosé estaba molesta porque alguien se le adelantó.

—Prefiero que no lo hagas —susurré.

Rosé me miró como si yo fuera aburrida y nunca permitía que tuviera ningún tipo de diversión.

—Claro que sí Val, sucederá. Será algo grande.

Ojalá estuviera jugando conmigo, pero no. Si quería hacerlo, lo haría. Nadie podía detenerla.

Me resigné a algún día ver a mi mejor amiga desnuda en alguna red social. Podía imaginarme los titulares en los periódicos.

Sacudí la cabeza intentando borrar la imagen.

—Solo llama a Marco para decirle que estás aquí.

¿Por qué se le ocurrían cosas así? Sabía perfectamente por qué lo hacía. Llamaría la atención de sus padres.

—No voy a perder mi tiempo con eso. Estoy segura que si no contestó antes es porque tiene sus manos ocupadas en algo más que su celular. Así que encontrémoslo rápido y salgamos de aquí.

Llegamos al jardín encontrándonos con lo que parecía una reunión relajada con muchos amigos. La música estaba a un nivel bajo, accesible para que pudieran mantener una conversación. El jardín estaba iluminado con lámparas estilo vintage, una fogata estaba encendida con personas a su alrededor, riéndose. Lo más destacable era que todos parecían sobrios. Por el momento.

Rosé movió la cabeza de un lado a otro, buscando a Marco y todo su cuerpo se tensó. Estaba en el proceso de ver qué pasaba cuando algo o mejor dicho alguien llamó mi atención.

—Espérame aquí, creo que lo vi —dijo Rosé cerca de mi oído con la ansiedad brotando fuera de ella, sus pasos resonaron apresurados mientras se alejaba.

Sin embargo, yo no lograba prestarle atención. Una punzada aguda en mi pecho me dejó momentáneamente paralizada, sin aire. Así era más fácil sentir como mi estómago empezaba a hundirse. Finalmente, ahí estaba la confirmación de lo que yo había supuesto. Las chicas que rodeaban a Christopher eran jodidamente calientes, lindas y atrevidas. Toda la atracción que sentí entre nosotros en realidad solo venía de mi parte.

Me lo había imaginado, pero comprobarlo se sintió decepcionante.

Christopher deslizó su brazo por el respaldo de la silla en la que una chica rubia de un prominente escote estaba sentada, ella se dejó caer relajada, con total familiaridad mientras permitía que él se acercara. Christopher le susurró algo al oído que la hizo reír. Maldición, ella tenía una sonrisa dulce, de esas que hacían a un chico mirar dos veces. Y da la casualidad que era la segunda vez que vía a la rubia. Era la misma chica de la otra vez. Como si necesitara que estuviera más claro, ella colocó una mano en el muslo de Christopher inclinándose sobre él. Accidentalmente rozó sus senos en el fuerte

brazo de Christopher, los labios de la rubia se movieron diciendo algo que lo hicieron reír antes de soltar una carcajada.

Mirándolos bien, ellos encajaban perfectamente.

No podía decidir si estaba enojada o decepcionada, pero de algún modo me sentía traicionada. No podía evitarlo. Era gracioso. No tenía derecho a sentir nada, así que era mejor no hacerlo. No permitir que me afectara. Enderecé mi espalda, giré sobre mis talones para hacer mi camino de vuelta al coche de Rosé.

Me negaba a ser de esas personas que se quedaban de pie viendo hasta donde llegaban, corriendo el riesgo de ser descubiertas espiando. Tal vez en el fondo eso era lo que querían. Que las notaran. Yo no. No quería quedar como una completa estúpida que pensó que había algo entre nosotros. Porque eso era. Una estúpida. Christopher solo había sido agradable conmigo. Nunca había insinuado nada más que un coqueteo inocente y eso fue solo al principio, después adoptó una actitud protectora. Era yo la que sentía una atracción por él. Había dejado que mi cabeza creara historias fantasiosas sin ningún tipo de fundamento. Lo único bueno de esto es que iba a tener la distancia que quería.

Porque era lo que quería, ¿no?

No podía haberme encaprichado con alguien en solo unos pocos días. No había posibilidad.

¿Es qué el mundo estaba en mi contra?

Solamente había dado un par de pasos lejos del jardín para terminar colisionando de frente con Ethan.

Él era el otro motivo por el que no debí haber entrado a esa casa.

—¿Val? —preguntó. Era demasiada mala suerte encontrarnos otra vez por casualidad—. No sabía que venías.

Me dio una mirada sorprendida antes que una hermosa sonrisa se desplegara en su cara. Parecía realmente feliz de verme. El sentimiento no era mutuo. El chico que vi por última vez era tan engreído que seguramente pensaba que estaba ahí por él. Que estaba propiciando esos encuentros.

—No lo hice. Estoy acompañando a Rosé que necesitaba hablar con Marco. Pero no estoy aquí.

Lentamente su sonrisa se borró.

Asintió con la cabeza.

—Hace un buen rato que no lo veo —parecía tan incómodo que se mantenía evitando mi mirada—. Probablemente esté un poco... ocupado.

Era extraño como Rosé casi nunca se equivocaba. Tal vez tenía un radar

que le permitía saber cuándo alguien estaba teniendo sexo.

—Debería avisarle que no va a poder encontrarlo fácilmente —di un paso atrás, alejándome de él.

—Voy contigo.

—No, no me voy a perder.

Pareció dudar un momento, pero sus ojos me inmovilizaron. Justo como antes.

—Quiero acompañarte de todos modos. Ponernos al día —dijo.

Empezó a caminar asumiendo erróneamente que iba a seguirlo. No pasaría. No caminaría con él. No iba a jugar ese juego, ni con él ni con nadie. Estaba exhausta para encontrarlo divertido. Mantuve mi expresión en blanco, mi voz sin una gota de sentimiento, mirando su espalda dije:

—Es mejor que tú la ayudes a encontrar a Marco y dile que la espero fuera.

Giré sobre mis talones y me alejé de él.

No debía sorprenderme encontrar a Ethan ahí. Marco y él era amigos. Si había una fiesta era lógico que asistiera. Estaba intentando muy duro no pensar en él. Cada vez que su nombre se colaba lo barría tan rápido antes de que se adhiriera a alguna parte de mi cerebro.

Un coche empezó a moverse, me detuve para decirle que tenía las luces apagadas. Las palabras quedaron atoradas en mi garganta cuando me di cuenta que no estaba yendo a ninguna parte. El movimiento que hacía era lento y rechinante, pero el coche no avanzaba. Un gemido llegó a mis oídos. Casi me caí de espaldas. No era amortiguado, no venía de dentro del coche. Oh, maldición. Había una pareja teniendo sexo. No había nada de malo en tener sexo a la intemperie. Quiero decir, un par de veces me topé en esa situación con Rosé, pero por lo menos ella buscaba un lugar oscuro, no debajo de una lámpara donde cualquiera podía verla. Era más cuidadosa. Por eso no estaba tan preocupada por lo de las fotos, realmente dudaba si quiera que existieran.

Un gemido. Una maldición. Unos gemidos combinados.

Debía estar avanzado, pero estaba ocupada conteniendo mi risa. Tampoco tenía a donde ir. El coche de Rosé estaba a dos metros de distancia, desde su posición ellos seguramente podrían verme. Pero regresar a la casa no era una maldita opción.

Respiré profundo y caminé lejos de las personas urgidas. Me puse de espaldas para darles algo de privacidad. A riesgo de que me tomaran por una voyerista, prefería quedarme ahí a entrar y quedar como una chica patética.

¿Pero qué demonios me pasaba? Supongo que escuché mucho a Rosé, me dejé llevar por la situación. Si lo pensaba detenidamente, mi atracción por Christopher se debía a que él me había sacado de mi zona de confort. Me provocaba una vibración adecuada. Lo nuevo siempre captaba la atención. Con Ethan todo era más simple, no quería tener nada que ver con él. Mantenerlo lejos era lo más saludable que podía hacer.

Una voz femenina diciendo “súbeme la cremallera”, seguido de unas risitas me sacó de mis pensamientos. Al parecer habían terminado. Mentiría si dijera que no me moría de curiosidad por verles la cara a las dos personas que no pudieron esperar hasta encontrar una habitación.

¿Cuán caliente debía estar alguien para llegar a ese extremo?

—¿Vienes? —preguntó la chica a mi espalda.

No escuché la respuesta de él, suponiendo que era un él. A continuación, tacones tambaleándose se alejaron del lugar. Miré sobre mi hombro, encontrándome con una chica caminando hacia la casa mientras intentaba arreglar su pelo.

No pude ver su cara.

Demonios, era una entrometida.

—Hola Val.

Me giré hacia el sonido de la voz. Un Marco con el pelo todo revuelto me sonrió como un imbécil. Ni siquiera me sorprendió que fuera él quien estuviera teniendo sexo detrás de un coche.

—¿Terminaste? —pregunté.

El descaro en su cara era insuperable.

Elevó ambas cejas.

—Ella terminó también.

Arrugué la nariz. Mucha información.

—Es bueno saberlo.

Por lo menos se preocupaba que la chica también disfrutará, muchos ni siquiera tenían esa decencia. Punto para él.

Marco rodeó el coche sentándose a mi lado. Su olor a cerveza mezclado con cigarro me golpeó, junto con otro olor que no quería identificar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Lo miré con una ceja arqueada, él me devolvió la mirada sin entender. Claro, tenía las manos ocupadas y se olvidaba de todo. ¡Hombres!

—¿Recuerdas algo sobre un chico y unas fotos? Bueno, Rosé te está buscando dentro para que le des el celular.



El entendimiento iluminó su rostro y palideció, creo que hasta llegó a estremecerse. Me fijé en sus ojos, eran de un azul más claro que los de su hermano y no brillaban tanto. Físicamente también eran parecidos, pero Marco en vez de ser atractivo era solo... guapo.

*¡BASTA! Deja de pensar en él. Ya pasó.*

—No creí que vendría, pero realmente está aquí.

—¡Por supuesto! No le dices a una chica que hay fotos de ella desnuda esperando que no haga nada. ¿Dónde tienes el móvil?

Extendí mi mano. Necesitaba que me lo diera así me aseguraba de eliminarlas y Rosé no pasaría por ello.

Marco me miró con pánico.

—¡No existen esas fotos! Le dije eso como excusa para que viniera.

—¿Le mentiste? ¿Eres estúpido? No tienes idea de lo enojada que esta.

—¡No digas eso! ¿Sabes lo loca que puede llegar a ser?

Dejé que lentamente una sonrisa malvada se extendiera por mi rostro. Rosé era capaz de pasar el coche encima de Marco, una y otra vez hasta que no quedara nada de él. No había chance de que saliera ileso.

—Por supuesto. Voy a estar en primera fila para verlo.

—¡Joder!

—¿Por qué mentirle?

—Yo... Fue una broma. No creí que me creería. Voy a buscarla.

Dicho eso, Marco salió corriendo casa adentro. Una lástima, le duró muy poco el desahogo que acababa de tener. Rosé no lo iba a dejar pasar. Igual tenía la sensación que me estaba perdiendo de algo con él también.

Estaba agradecida de que una sombra nocturna estaba cayendo en mi rostro, así pude esconder fácilmente mi expresión de sorpresa cuando Ethan se deslizo a mi lado.

—No vi a Rosé, pero Marco está buscándola. Es cuestión de tiempo para que se encuentren.

Un rayo cruzó el cielo, levanté mi cabeza a tiempo para ver como se iluminaba y apagaba en menos de un segundo. Había un montón de nubes grises.

—Creo que va a llover —dije, más para mí que para él.

Era una buena forma de mejorar la noche.

—¿Te sigue gustando mojarte con la lluvia?

Inevitablemente sonreí.

—A ti no. Deberías entrar.

Cuando estábamos juntos me gustaba quedarme sentada bajo la lluvia, dejando que me empapara, después corría hacia Ethan y lo abrazaba. Él enredaba sus brazos en mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo a pesar que odiaba que su ropa terminara mojada.

—Aún no me creo que tú y Rosé sigan siendo inseparables —dijo después de un largo silencio.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo?

Ethan y yo éramos *la* pareja de la escuela, cuando terminamos se generaron algunos rumores desagradables. Él terminó quedándose con mis amigos. Menos con Rosé. Ella era mía. Todos lo sabían, así que no entendía su comentario. Lo miré de reojo. Parecía que nada había cambiado para él. Qué nuestra relación no significo nada. Pero lo hizo. Para mí.

—No digo que sea algo malo, me parece bien que sigan siendo amigas. ¿Entramos?

*No.*

—Prefiero esperar a que llueva o que vuelva Rosé. La tormenta que llegué primero va a estar bien para mí.

Ethan levantó la palma de la mano extendida al frente.

—Creo que va a ser la menos peligrosa.

Tenía razón. A lo lejos se escuchaba un ruido acercándose con rapidez. Una gota cayó en mi cara. Esperaba que eso lo hiciera entrar. No lo hizo. Esa noche todo estaba planificado para que me saliera mal. Ethan se acomodó a mi lado.

—Washington está bien, pero extrañaba estar en casa. Lo creas o no, también el clima.

Todo lo que sucedió entre nosotros había sido hace mucho tiempo, tal vez no el suficiente para estar olvidado, pero había hecho un gran esfuerzo por dejar todo atrás. Ethan ya no tenía ningún tipo de poder sobre mí, no existía nada que me uniera a él. Ese dolor punzante que sentí con su ausencia no estaba más, lo había congelado por completo. Para siempre. ¿Entonces por qué no ser civilizada con él?

Las gotas golpeando contra el pavimento y los coches era el único aviso de la tormenta acercándose.

—¿Por qué regresaste? —pregunté.

Cuando Ethan no respondió, giré mi cabeza hacia él. Tenía su mirada clavada en mí. Sus ojos color turquesa siempre lograban atraparme, hipnotizarme. Ya no más.

—No sé, solo quería volver —se encogió de hombros.

Él sabía que me encantaba la lluvia porque me conocía. Yo sabía que me estaba mintiendo porque lo conocía.

Me recosté sobre el capot del coche dejándolo con su misterio. Cerré los ojos, dispuesta a disfrutar las gotas de lluvia cayendo sobre mí, helándome. Me encantaba la sensación de picor cuando golpeaban sobre mi piel desnuda, era incomparable. La manera en que el frío se colaba hasta llegar a mis huesos dejándome entumecida.

Sentí a Ethan acercarse más a mí, sin tocarme. Su presencia estaba ahí, acompañándome y en silencio escuchando la lluvia.

## CAPÍTULO NUEVE

---

ME SORPRENDIÓ que decidiera quedarse conmigo hasta que la lluvia cesó, entonces él tomó mi mano deslizándose sobre el capot hasta quedar sobre mis pies. Sin dudarle un segundo entrelazó nuestros dedos, hicimos nuestro camino a la parte trasera de la casa. La familiaridad de su tacto fue como un disparador para mi cerebro. Un recuerdo golpeó con fuerza y se desarrolló en cámara lenta. Algo en ese momento se sintió bien. Me detuve de golpe y tiré mi cabeza hacia atrás en una carcajada. Un par de pequeñas gotas de lluvia se filtraron directo en mi boca provocando que me atragantara y comenzara a toser. Aun así, la diversión me llenó por completo. Escuché la risa de Ethan, me encontré con su mirada. Podía deducir que él también lo recordó.

Como si la lluvia hubiera lavado las heridas, después de muchos meses, Ethan y yo nos reímos juntos. Estancados en lo bueno de nuestro pasado.

*Estábamos en un restaurante muy lindo comiendo. Ethan me había hablado sobre una película en que los protagonistas se iban sin pagar. Le dije que lo intentaríamos, que sería divertido. Teníamos todo planeado y calculado. Cada vez que llegaba un camarero yo sonreía sin poder contenerme, sentía que tenía escrito en mi rostro la travesura que estábamos pensado llevar a cabo. Ethan me pedía que dejara de hacerlo porque nos delataba, pero el impulso era más fuerte que yo. Estaba emocionada y nerviosa.*

*Con él todo era emocionante. Incluidas las mínimas cosas.*

*Cuando la puerta de entrada quedó despejada era el momento perfecto para salir, pero de los nervios me dieron unas ganas terribles de ir al baño. Ethan me pidió que aguantara, pero insistí y cuando ya estaba en la puerta del baño de mujeres me regresé porque había muchas chicas esperando.*

*Entonces pensé que quizá no íbamos a volver a tener una oportunidad como esa para ser fugitivos.*

*Vi la camisa negra de Ethan cerca de la entrada y no me detuve a comprobar nada. Caminé directo hacia él tomándolo de la mano. Sentí que puso un poco de resistencia así que tiré más fuerte de él. La puerta estaba frente a mí. Era el momento. Me tranquilizó un poco que estuviera lloviendo, si alguien se daba cuenta que nos estábamos escapando no saldría detrás de nosotros, a casi nadie le gustaba mojarse. Caminé con convicción de que no estaba haciendo nada malo mientras pasábamos más allá del vigilante de seguridad. Con mi mano bien sujeta en la muñeca de mi novio, sorteamos a una pareja de ancianos, pero mantuve mi objetivo firme. Alejarnos lo más rápido posible del restaurante.*

*—Maldición, Ethan, date prisa antes que alguien se dé cuenta. —Estaba haciendo fuerza, prácticamente lo estaba arrastrando. Me giré hacia él con el ceño fruncido y justo ahí vi a un chico con toda su ropa empapada. Un chico que no era mi novio. Viéndolo más de cerca me di cuenta que era uno de los clientes. Lo había visto con un grupo numeroso de personas—. Lo siento, te confundí.*

*Lo dejé ir. El chico me miró con el ceño fruncido, se notaba que se estaba mordiendo la lengua para no vaciar sobre mí todas las maldiciones que se arremolinaban en su cabeza. Detrás de él, Ethan apenas era capaz de poner un pie frente al otro, su risa no le permitía avanzar con rapidez.*

Mi risa se desvaneció lentamente cuando ese familiar aleteo en mi estómago se hizo presente. El hormigueo entre mis piernas se puso a jugar conmigo. Tenía la plena seguridad que no se debía a la persona que mantenía un agarre cálido en mi mano. No, definitivamente no era por él. Una voz femenina se filtró por el pasillo, el tono de voz aumentando a medida que se acercaban a nosotros.

Excavar en el baúl de los recuerdos fue la peor cosa que pude hacer. Era peligroso para mí. Teníamos muchos recuerdos juntos, de los buenos, los que me hicieron suspirar y fueron mi consuelo cuando me dejó sola. Parpadeé dándome cuenta que estábamos frente a una habitación y Ethan tenía la puerta abierta. Invitándome a entrar.

Las sirenas de advertencia empezaron a sonar enloquecidas en mi cabeza. El muro de hielo que había construido se elevó al instante, defendiendo el lugar frío en el que me mantenía segura. Miré fijamente sus ojos que me encantaban. Cuando Ethan me miraba yo simplemente dejaba de existir, pero

con el pasar del tiempo se convirtió en un arma sin filo. Así como así, corrí fuera del sueño hipnótico. Todos los buenos recuerdos se esfumaron dándome la oportunidad de pensar con la cabeza fría.

Cualquier persona con conocimiento de lo que fue nuestra historia sabía que sería como un suicidio fingir que podíamos ser algo más que viejos conocidos. Estaba siendo un poco contradictoria porque de algún modo alenté este acercamiento por un recuerdo inoportuno, pero él me había roto por dentro. No lo quería cerca de mí. No en ese momento. No nunca.

—Vamos a tomar prestado algo de ropa de Marco —Ethan hizo una seña para que entrara.

Con una mueca, alejé mi mano gentilmente de la suya. Di un cauteloso paso hacia atrás. Todo lo que había hecho desde que él apareció otra vez en mi vida era retroceder. Un paso, otro paso y otro paso. No podía permitirlo. Iba a negarme, diciendo que no era necesario hasta que una profunda voz se me adelantó cortando no solo mis palabras, sino también mi respiración.

—No es necesario Ethan. Yo voy a prestarle algo de ropa. No queremos que se resfríe.

Me giré de golpe hacia la voz de Christopher. Un poco sorprendida por como escupió con desagrado el nombre de Ethan. Quizá no le gustaba que estuviéramos allanando su casa. Pero el hecho de que sus ojos parecían estar taladrándome fríamente después de repasar mi aspecto y el de mi acompañante mientras mantenía cerca de él a la rubia caliente, me hizo enojar. Que nosotros nos conociéramos no le deba el derecho a juzgarme. Escondí mi reacción y mantuve mis ojos fríos. Mucho más que los de él. Nuestras miradas se sostuvieron un par de segundos.

Mis ojos desobedecieron y cedieron a la curiosidad deslizándose en mi interior. Observé a la rubia caliente. Con ojos entrecerrados y escrutadores, ella me devolvió la mirada. La repasé con discreción. El pelo rubio y lacio combinaba a la perfección con su linda cara de niña inocente, adornada con hoyuelos adorables, unos senos grandes que hacían maravillas con su escote. Parecía una rubia muy sexy y engañosamente simpática. Mi mente empezó a dar vuelta tratando de encontrar sentido a la imagen que tenía frente a mí de ellos dos juntos. No había que tener mucha imaginación. Saltaba a la vista. Estábamos en el piso de las habitaciones y ellos parecían venir de una.

Me concentré de nuevo en el idiota de Christopher. Si era posible, su mirada era más fría que hace unos segundos atrás, intentando camuflar algo en las profundidades. Me estremecí interiormente. No dejaría que mis propios

fantasmas de inseguridad levantarán las cabezas intentando salir a luz. Incliné la cabeza hacia la chica, dije:

—No es necesario. No quiero interrumpir tu diversión.

*Por una razón que no entiendo quiero matarte.*

Sus ojos se estrecharon un poco, apareciendo una pequeña chispa de culpabilidad por olvidar a su... ¿cita? ¿revolcón de la noche?

—Ya estamos aquí y a Marco no va a importarle —intervino Ethan.

Christopher apretó su mandíbula con fuerza contenida, pero se mantuvo enfocado en mí y creí que se iba a quedar ahí parado sin decir nada.

Estaba equivocada.

—Se inteligente. Puede que funcione para ti, pero no para ella —dijo Christopher, las palabras con autoridad—. Vamos Valentina.

Me quedé helada viendo su espalda alejarse con largas zancadas por el pasillo alfombrado. Me planteé seriamente desechar su ofrecimiento, pero no podía quedarme con la ropa mojada. Estupefacta lo seguí sin mirar atrás, donde estaba Ethan en más de un sentido.

Entré en la habitación a la que me condujo Christopher. Todos mis sentidos estaban agitados. La mirada de complicidad que me lanzó la rubia cuando pase junto a ella era algo que no me había esperado. Ojalá me hubiera aguantado las ganas de verla de cerca para comprobar que era muy linda.

Christopher estaba apoyado con ambas manos sobre el escritorio. Su postura era notablemente rígida, pero en ese momento no tenía mucha relevancia. No para mí. Su poderoso agarre exhibía a la perfección sus musculosos, fuertes y bronceados brazos, su ancha espalda y esa posición me daba una gran vista de su apretado trasero. Era fabuloso. Para morderlo.

*¡Suficiente!*

¿Qué demonios me pasaba?

Azorada con mi línea de pensamiento, me aclaré la garganta. Un pobre intento de controlarme.

Al instante, enderezó su alto, lujurioso y caliente cuerpo, se giró en mi dirección con los ojos cerrados, las manos en puños cayendo a sus costados. Toda la postura casual y relajada que me había mostrado parecía haber caído por un acantilado. Todo lo que quedaba era un aura peligrosa tratando de mantenerse en control. Mi instinto de conservación me gritó que no debía estar en ese lugar. Rápido.

Estaba literalmente empapada, mi ropa escurría mojando el piso de granito blanco, cuando di un cauteloso paso atrás mis zapatos hicieron el suficiente

ruido para llamar su atención y reaccionara. Los ojos de Christopher se abrieron de golpe clavándome en el lugar. Toda la energía oscura que emanaba de él era nada en comparación con su mirada furiosa. Sus hermosos rasgos estaban ensombrecidos con dureza. Parecía estar librando una batalla interior. No sentía miedo alguno, solo tenía el presentimiento que algo había cambiado y no estaba segura de estar lista de saber qué era. Pasó ambas manos por la cara con frustración, como si ninguna de las opciones que estaba barajeando era la correcta. Le siguió un fuerte suspiro, me lanzó una mirada iracunda, provocándome una sensación de culpa.

¿Qué jodida mierda le pasaba?

Confundida por su ataque visual, me negué a parecer intimidada. Él no era el único que no podía controlar sus emociones. Estaba enojada conmigo por haberlo seguido sin reparos después de darme una maldita orden. Ni siquiera podía regodearme al saber que después tendría problemas, a su cita no pareció importarle. Si no hubiera levantado mi muro cuando aún estaba con Ethan probablemente me hubiera puesto a llorar o algo por el estilo. Nunca había visto a alguien tan enojado. Lastimosamente para él, esa máscara en la que se había deslizado no funcionaba conmigo.

Me crucé de brazos y le lancé una mirada desafiante.

—Nadie me da órdenes —siseé.

Christopher se estremeció con la frialdad en mi voz, pero eso no lo amedrentó ni mucho menos. Lo satisfizo.

—Solo te dejas arrastrar.

No entendí a qué se refería, pero él no lo sabía.

—No hago nada que no quiero.

—¿Qué hacías con Ethan entonces? —preguntó entre dientes.

—¿No te llegó el memorándum de: *no* es asunto tuyo?

Su aura oscura aumentó de tamaño. Desafiarme no era tan buena idea. El aire en la habitación se espesó mientras su mirada se agudizaba haciéndome su blanco. No hubo tiempo para pensar o decidir, yo simplemente me quedé parada en el mismo sitio mientras con sigilo él se movía más cerca de mí. Con sus intensos ojos azules parecía una pantera a punto de atacar.

Todo en él era depredador. Yo su presa.

Fui consciente de todo lo alto que era, creo que me pasaba como por unos veinte centímetros. Cuando entre nosotros lo único que quedó fue lo mínimo que se consideraba “espacio personal” tiré mi cabeza hacia atrás para poder mantener mi vista enredada con la suya.



Maldije lo pequeña que parecía frente a él.

Me dio una tardía mirada de advertencia antes de bajar la cabeza, decidiendo estrellar su boca contra la mía. El impacto hizo que me tambaleara hacia atrás. Retrocedí un pie para intentar estabilizarme. Christopher rozó con dureza su boca con la mía, exigiendo. Me quedé congelada con los ojos abiertos dejándolo hacer. Las mariposas en mi estómago parecieron darse cuenta antes que yo de que Christopher estaba besándome, y con toda la brusquedad, sus labios se sentían cálidos. ¡Oh, me está besando! Mi corazón se aceleró rápidamente, podía sentir como cada latido golpeaba más fuerte que el anterior contra mis costillas, él hormigueo ya no era solo excitante, sino que asustaba todo en mí. Cerré mis ojos con fuerza, perdiendo lentamente el aire que me quedaba en los pulmones.

*Mierda. Mierda. Por favor, ahora no.*

Con mis manos en puños me sostuve de la camisa de Christopher. Moví mis temblorosos labios con los suyos, luchando por ralentizar mis latidos. Christopher tomó mi pánico momentáneo como una invitación y pasó un brazo por mi cintura, acercándose a él sin importarle que lo que necesitaba era espacio. Lo único que quería era respirar con normalidad. Deslizó la yema de los dedos por mi brazo, dejando una estela caliente todo el camino hasta llegar a mi cuello. Lo sostuvo, presionando de más para intensificar el beso.

No había dejado que nadie me tocara así en mucho tiempo. En ese punto ya no sabía si iba a tener un ataque de pánico o si simplemente él me hacía sentir demasiado. Para comprobar, me pegué más a él para que cargara con mi peso, permitiéndome disfrutar de su cercanía. Su brazo encerrándose en un abrazo casi doloroso, sus labios apesurados y el sabor a whiskey me enviaron al abismo de la inconsciencia.

Me olvidé del pánico momentáneo.

Me olvidé de dónde estábamos.

Me olvidé de quiénes éramos.

Una voz en mi cabeza me decía que todo eso era un error. Que si desataba esa tormenta no saldría con vida.

Puse una mano en su pecho, empujándolo lejos. Ambos estábamos jadeando, nuestros alientos mezclándose y nuestras miradas nubladas por lo que acaba de pasar. Nos miramos fijamente, el deseo era innegable, pero no estaba segura de querer que me empujaran al borde de mis límites. Aún había motas de enojo en él. El corazón me dio un vuelco por el poder que tenía de descontrolar a un hombre como Christopher. Me dio otro vuelco porque él

tiene el mismo poder sobre mí.

Hasta ese momento no me di cuenta lo buena que era ocultando lo que sentía.

Christopher sin apartar la vista de mí, mordisqueó suavemente mi labio inferior.

—He querido probar tu jodida boca desde que te vi por primera vez —gruñó molesto—. Realmente me gustas, Valentina.

Sus palabras murmuradas en mi boca destilaban sinceridad, consumiendo mi capacidad de pensar y verbalizar alguna palabra. No es como si tuviera algo que decir. Hace un momento parecía la persona más iracunda del mundo y ahora estaba diciéndome que le gustaba. No, dijo que realmente le gustaba. Para mí suponía una diferencia, probablemente se debía a que quería encontrar algún punto de quiebre entre nosotros. Una esperanzadora ansiedad se instaló en mi pecho. Alejé la mirada de la suya sintiéndome abrumada por la situación. Me estremecí de placer y miedo.

—Dijiste que me conseguirías algo de ropa —dije con voz ronca.

Se quedó estático, aun sosteniéndome por la cintura. Esperando. Me mantuve evitando su mirada, un mensaje explícito que no había nada que decir.

Lo escuché tomar aire para decir algo más. Bajé la mirada al suelo, negando con la cabeza. Pidiéndole que se detuviera. Lo hizo. No sin antes deslizar sus manos por mi cara, besándome con ternura en la frente.

Vi a Christopher perderse por unos minutos detrás de una puerta y resurgir de nuevo. La máscara de tipo serio había vuelto a tomar el lugar en su rostro. Si era posible, parecía más indestructible que la anterior.

—Toma —me dio un puñado de ropa con su mano extendida. Con la cabeza señaló una puerta—. Puedes cambiarte ahí.

Con una sensación extraña por la indiferencia que había reemplazado el enojo anterior en la mirada de Christopher, entré al baño. Me saqué la ropa mojada y me sequé con una toalla que había en la encimera. Supongo que yo también actuaría indiferente si después de decirle a alguien que me gusta no recibiera ninguna respuesta. Para mí defensa todo eso me tomó por sorpresa. Estaba confundida. Lo peor de todo es que tenía un millón de preguntas rondando en mi cabeza, por ejemplo: ¿Me había besado estando su cita bajo el mismo techo?

Me sentía mareada.

Un tsunami de emociones estaba amenazando con arrasarme conmigo, revolcarme y ahogarme en el proceso. Después terminaría arrojada

nuevamente.

Mi atracción por Christopher no tenía intenciones de llegar muy lejos. Nunca me imaginé que algún día nos besaríamos. Ni siquiera me imaginé que pudiera atraerle de la misma forma. Vamos, él era el tipo de chico al que no le gustaban las chicas. No realmente.

Observé mi reflejo en el espejo del baño. Estaba pálida, sin una gota de maquillaje, pero mis ojos tenían un brillo especial. Deslicé la mirada hasta mis labios aún palpitantes, suspiré, podía sentir su boca devorando la mía. Me había besado como si no pudiera controlarse. No podía mentirme, me había encantado su arrebato desesperado. Más cuando había sido rechazada antes.

Respiré profundo.

Está bien, aquí venía la parte difícil.

Christopher era guapísimo, atractivo e intimidante, con las demás personas. A cualquier chica con ojos le gustaría. Tampoco podía seguir ignorando el hecho que sentí mis entrañas retorcerse de forma desagradable cuando lo vi con otra chica. Había sido una clara manifestación de celos, que era justo lo que más me asustaba. Dejar entrar a alguien significaba que podía salir lastimada, otra vez. Hasta ese momento, Christopher no había enviado ninguna señal clara de que se sentía atraído por mí, al contrario, había sido cuidadoso conmigo. Nunca una caricia de más, ni palabras con doble sentido. Si lo hubiera hecho hubiera corrido en la dirección opuesta.

Lo hizo a propósito. La primera vez que nos vimos las caras, él apenas había podido apartar la mirada de mí pecho y el coqueteo evidente en sus palabras. El muy idiota me había leído lo suficiente para saber cómo llegar a mí. No había otra explicación. Bueno, sí que la había. No quería considerarla.

Christopher me gustaba mucho, sí, pero ¿me gustaba lo suficiente para poder confiar en él?

Si algo tuve que aprender a las malas fue que en las relaciones de cualquier tipo no existían garantías. A veces te decepcionaban y otras veces también. No quería sentirme decepcionada de él.

Tenía el horrible presentimiento que un corazón roto por Christopher era irreparable.

Ugh. El dolor de cabeza empezó a intensificarse.

Tenía que salir y dar la cara. No quería perder mi refugio al tener que enfrentarme a unos ojos indiferentes. La verdad era que tenía solo dos opciones. Confiar y arriesgarme a salir herida o dejar que mis miedos tomaran el control y salir corriendo lo más rápido de esa casa.

*Mierda. ¿Por qué no me di cuenta antes?*

Entendía por qué Christopher había actuado de esa manera, era más allá de frustrante tomar una decisión que cambiaría todo. Él se arriesgó. No podía haber estado enterado que me sentía atraída a él. Que una vez hubiera sido capaz de ver la superficie no significaba que pudiera navegar en lo profundo constantemente. No era una persona tan descuidada como para permitírselo. Aunque me era absolutamente difícil confiar en las personas, había dejado todas mis inseguridades atrás. Se suponía que lo había hecho. Era una persona completamente diferente. Nunca me plateé tener algo con alguien otra vez, pero no tenía opción, Christopher me gustaba.

Lo más importante, Christopher no era como Ethan. No lo era en absoluto.

Christopher yacía con el torso recostado en la cama y los pies firmes en el suelo. Todos sus músculos en tensión. Seguramente estaba maldiciendo el haberse arriesgado. Esa imagen que ofrecía me distrajo por completo, era un espectáculo sensual. Tenía su fuerte brazo sobre sus ojos azules bloqueando la luz. Observarlo con descaro era la única maldita cosa que podía hacer. Podía devorarlo sin correr el riesgo que se enterara. Su camisa gris ajustada permitía que todo sobre él se viera firme, mis ojos devoraron la pequeña porción de piel expuesta de su abdomen plano y duro. Christopher estaba hecho para comérselo. Lentamente bajé más la mirada hasta la cinturilla de su vaquero, al borde de sus caderas y más abajo... aparté rápidamente la mirada. Una onda de calor se disparó por mi torrente sanguíneo, concentrándose debajo de mi abdomen.

Me removí incómoda.

Nunca antes mis reacciones por alguien del sexo opuesto habían sido tan intensas. Mi cuerpo no era de los que respondían de forma visceral. Pero con Christopher sí. Todas las sensaciones que él había sacado a luz en ese momento eran nuevas para mí y no sabía qué hacer con ellas.

Arrastré mis piernas hasta la cama. Me recosté a lado de Christopher imitando su postura. No fue una gran idea, todas las cosas nuevas que él me producía solo se intensificaron cuando, accidentalmente mi hombro rozó el suyo. Su calor corporal me invitó a relajarme sobre él.

Suspiré.

—Guao. Esta vez sí que me has sorprendido —susurré.

—No tienes que decir nada. Entendí el mensaje alto y claro. Muy mierda, pero lo tengo.

Su abrupto comentario casi me envió al abismo del pánico, pero me

recordé que él tenía el mensaje equivocado.

—No supe qué hacer.

—Me di cuenta.

Algo nuevo. Él sabía cómo ser un idiota. A propósito.

—Realmente me hubiera gustado tener algún tipo de señal y podía haber sido diferente.

—No pasa nada.

¡Maldición!

—¿Puedes dejar de ser un idiota condescendiente? Estoy tratando de decirte que creo que también me gustas.

Ahí estaba, lo había dicho. Que le cayera el puto mundo encima. Por lo menos así tendría una mínima idea de cómo me sentí con su movimiento inesperado.

Podía jurar que dejó de respirar y se mantuvo en un inquietante silencio. No sabía cuál era la reacción que esperaba de él, pero definitivamente no era que se mantuviera en su posición sin hacer nada. El silencio normalmente no presagiaba nada bueno. La duda estaba colándose por las grietas de inseguridad en mi cabeza. Tal vez me había precipitado en decirlo. ¿Y si Christopher no quería escucharlo?

—¿Crees? —preguntó con incredulidad.

Entonces, entendí. “Creo”, no era la palabra que él esperaba.

Giré mi cabeza para poder verlo de perfil y reuní todo el valor para decir lo siguiente:

—Tal vez deberías besarme otra vez, así podría... confirmarlo.

Christopher apartó el brazo de sus ojos, me arrojó una mirada brillante.

—¿Confirmarlo? —sonrió.

La arrogancia había vuelto a él de golpe.

*Idiota.*

—Sí, solo para...

Antes de que pudiera decir algo más, Christopher rodó quedando sobre mí. Nuestras miradas se enredaron al instante en que se encontraron. Sus ojos parecían aliviados, mi corazón se encogió de emoción. Estábamos tan cerca que podía ver las motas plateadas decorando el azul de sus ojos. Tenía toda la apariencia de que iba a terminar mal, pero ahí estaba esa extraña conexión entre nosotros. Era como si una energía magnética nos rodeara, atrayéndonos de forma natural. Sintiéndome aturdida por la intimidad del momento, hice algo que había querido hacer desde que lo conocí. Levanté mis manos y las

enredé en su pelo, lo acaricié sintiendo la suavidad, entonces lo acerqué a mi boca y lo besé. Si era posible, el beso estaba cargado de electricidad, cada una de mis terminaciones nerviosas chisporrotearon al mismo tiempo. El beso era salvaje. Duro. Húmedo. Eléctrico.

Era alucinante, casi que podía ver luces destellando detrás de mis parpados. El cuerpo de Christopher se presionó más profundo con el mío, instintivamente levanté mi pierna, permitiéndome sentir mucho mejor el bulto que al parecer crecía en su pantalón. El calor se había apoderado de mí. Lo que era muy improbable ya que era solo un beso.

Como respuesta su mano se coló debajo de la camisa que estaba usando, gemí en su boca cuando lo caliente de su tacto contrastó contra la fría piel de mi abdomen, acariciando con diligencia mis costillas. Sus labios abandonaron los míos y empezaron un descenso hasta mi cuello, todo el camino dejando pequeños besos cariñosos. Aparté mi pelo a un lado para darle más acceso. Aproveché para respirar. Christopher sabía cómo hacer que una chica se derritiera para él, no era capaz de hilar ningún pensamiento coherente de todo lo que me hacía sentir. Tiré de su pelo cuando su lengua se deslizó por la vena de mi cuello enviando escalofríos por mis hombros. Mis pezones se pusieron en punta. Su mano libre se resbaló hasta mi cadera, apretándola con fuerza. Pidiéndome más. Moví mis caderas, lo áspero de su jeans y la firmeza de su miembro rozaron deliciosamente mis partes íntimas. Estaba toda erizada y el hormigueo entre mis piernas era casi insoportable. Deseaba que de algún modo pudiéramos estar aún más cerca.

Los dedos de Christopher empezaron a jugar con la costura de mi sostén, escurriéndose hasta rozar mi pezón duro, evidencia de lo excitada que me encontraba. Las banderas rojas se alzaron enseguida. Por mucho que no quisiera que interrumpiera su toque adictivo, sabía que tenía que detenerlo.

—No —jadeé con los ojos cerrados.

Se detuvo.

Nos hizo rodar por la cama y terminé a horcajadas encima de él. Dándome el mando de la situación, dejó caer la cabeza sobre la cama con un fuerte suspiro. No puedo evitar preocuparme por si había arruinado algo que ni siquiera había empezado. A los chicos no les gustaba que los cortaran a medio camino.

Christopher arrastró con pereza la mano fuera de la camisa y enredó sus brazos en mi cintura. Escondí mi cabeza en su cuello sin protestar, yo tampoco quería perder todo el contacto con él. Más que eso, no quería que se percatara

lo cerca que estuvo de hacerme perder el control.

Me gustaba Christopher, pero no quería cruzar esa línea con tanta rapidez.

—Lo siento —susurró en mi pelo—. Me deje llevar.

Asentí con la cabeza. Para asegurarle que todo estaba bien le di un pequeño beso en el cuello y ronroneé en su oído:

—*Realmente* me gustas Christopher.

Repetí sus palabras esperando que no tuvieran el mismo efecto de pánico en él.

Me acurruqué y me permití relajarme profundamente mientras Christopher jugaba con mi pelo. Los vellos de mi cuello se erizaron con su tacto. Se sentía bien estar entre sus brazos. Hasta ese momento no me di cuenta que había estado alejando a todos los chicos porque en el fondo seguía teniendo miedo que alguien se acercara lo suficiente para permitirle acariciarme.

No sabía cuánto tiempo nos quedamos así, pero mis parpados se sintieron pesados. En cualquier momento podía haberme quedado dormida.

—Estás húmeda nena.

## CAPÍTULO DIEZ

---

TRATÉ de no hacer ninguna clase de movimiento que evidenciara mi reacción interna con su comentario, pero mi mente se desvió por un camino totalmente nuevo. Me pregunté cómo se sentiría la mano de Christopher subiendo lentamente por mi pierna hasta llegar a mis lugares correctos, acariciar mi clítoris y penetrarme con sus dedos. Follándome lentamente. Mis caderas respondiendo automáticamente.

Abrí mis ojos de golpe. Colando mis manos a los lados de su cabeza, me impulsé hacia arriba. Conseguir un poco de espacio parecía lo más sensato. En el proceso de levantarme golpeé accidentalmente a Christopher en su entrepierna, demasiado cerca de su amigo. Él hizo un gesto de dolor y puso su mano en... Aparté inmediatamente la mirada. No necesitaba más estimulantes para que mi imaginación creciera. Divagué un par de disculpas. Al menos esperaba que fueran unas disculpas porque no comprendía las palabras que salían de mi boca. Demonios, su insinuación me había descolocado, arrastrándome a lugares nuevos, ardientes y llenos de deseo.

Christopher me agarró del brazo, deteniendo mi paseo por la habitación. Entonces, una vez más, hizo esa cosa de mirarme fijamente con cautela, estudiándome. Juró que vi exactamente el momento en que sus ojos brillaron con entendimiento y chispearon de diversión. Achiqué mis ojos en su dirección. El muy idiota sabía que actuaba de esa forma porque imágenes lujuriosas con él como protagonista invadieron mi mente. La vibración de su risa me hizo cerrar los ojos con fuerza, mortificada y realmente avergonzada, también muy enojada por no poder ocultar mi reacción.

Bajé la guardia con él.

Odiaba la facilidad con la que era capaz de ver a través de mí y sacar sus



propias conclusiones.

—No te preocupes, no me importa ser el pensamiento sexual con el que las chicas se divierten —dijo riéndose.

Abrí mis ojos y él tenía una mueca en su apetitosa boca haciendo un patético esfuerzo para no reírse.

Él no hacía nada para ayuda.

—Solo si se divierten con tan poco. Idiota.

Su sonrisa se ensanchó como si le hubiera hecho un cumplido, su mirada viajó hasta mis pechos.

—Fue suficiente para estimular tu agitada imaginación. Porque yo me refería a tu sostén. Deberías quitártelo —bajó la voz a un murmullo—. Está húmedo.

Apreté mis piernas.

No lo hice antes porque no me atrevía a estar desnuda en la ropa de Christopher.

Me solté de su agarre, puse un poco de espacio entre nosotros, tal vez así podía recuperar mis neuronas.

—No pasa nada, mis defensas son altas —en todos los sentidos son altas—. Tengo que buscar a Rosé, seguramente está preocupada por mí.

Por un momento su mirada me absorbió, su sonrisa muriendo en los segundos que duró el repaso. Me sentí desnuda. Tan desnuda como podía estar con una camiseta celeste y un short rojo de rugby, al que tuve que dar tres vueltas para que no se deslizara por mis caderas. Cuando su mirada regreso a mi rostro, los ojos de Christopher estaban imposiblemente dilatados. El calor reptó desde la punta de mis pies invadiéndome todo el cuerpo.

Negó con la cabeza.

—Voy a buscarla por ti. No deberías salir vestida así.

No protesté. Si con eso conseguía que dejáramos de estar en la misma habitación, por mí estaba bien.

Cuándo salió me dejé caer sobre la cama, solo para levantarme con rapidez. Le lancé dagas de hielo con la mirada como si tuviera la culpa de cómo me sentía. Demonios, era total y absolutamente ridículo sentir toda esa atracción por alguien a quién solo conocía desde hace unas semanas. No creía en el amor a primera vista, ni en el destino o alguna otra tontería que predijera un amor épico. Esas cosas se daban con el tiempo y trabajo, pero entonces, ¿por qué sentía esa conexión con él? ¿Por qué reaccionaba físicamente? Caminé al otro lado de la habitación para abrir la ventana, el aire fresco de la

lluvia me golpeó directo en el rostro, fue como un balde de agua fría. Mi imaginación nunca había volado tan lejos y nunca me hizo desear tanto estar desnuda y expuesta para alguien. Era una perversa.

Me concedí un par de minutos para calmarme y tomar control de mis emociones antes de observar con ojos curiosos la habitación de Christopher. Un portarretrato ubicado sobre un escritorio al lado de la ventana llamó mi atención. Un mini Christopher sentado sobre el césped jugando con un camión de bomberos me devolvía la mirada. En la foto él tenía la cara embadurnada de turrón, sus grandes ojos azules llameaban con inocencia y felicidad, ¡oh por favor!, tenía unos cachetes enormes que te incitaban a apretujarlos y querer morderlos. Como si fuera poco, me derretí con la enorme sonrisa infantil adornando su adorable rostro. Era una sonrisa que seguía manteniendo y que sabía usar.

Era un encanto.

Borré la sonrisa tonta de mi rostro ante el sonido de la puerta advirtiéndome que ya no estaba sola. Christopher dio un paso al frente. Había que concederle que tenía unos buenos genes. Como niño había sido adorable y como un adulto era caliente; de esos hombres que con la edad se ponían mejor, como el vino. Estaba segura.

Me pregunté si había visto mi sonrisa por la foto que aún mantenía en mi mano. Solo faltaba que me viera babear para que aumentara su ego.

Era una chica duro, no podía permitirlo.

Christopher caminó en mi dirección, pero mantuvo la distancia entre nosotros. Se lo agradecí con una sonrisa.

—Rosé está con Marco, pero no quise molestarlos. Me pareció que tenían mejores cosas que hacer. Juntos.

Su voz maliciosa me confundió por un segundo o dos hasta que leí entre líneas. No tenía esa mirada divertida porque me hubiera atrapado babeando por él, sino por lo que Rosé y Marco estuvieran haciendo “juntos”. Vaya, Rosé si se tomaba en serio eso de divertirse, pero no me imaginé que terminaría sucumbiendo a Marco. Aunque era algo que se veía venir. Apenas podían ocultar la energía sexual que brotaba a borbotones de ellos. El problema era que tendría que quedarme esperando en la asfixiante habitación. Desde que Christopher había puesto un pie en ella el aire había desaparecido como por arte de magia.

Me senté en la orilla del escritorio. Necesitaba cambiar a un tema más seguro que no estuviera asociado a besos, abrazos o sexo.

—¿Cuántos años tienes aquí?

—Cinco.

—Eras muy tierno.

—Ahora soy caliente.

Christopher sonrió, las mariposas en mi estómago se alborotaron provocándome sensaciones muy intensas. Me estaba cansando de eso.

—¿Quién era la rubia *caliente* de antes?

Estaba claro que el oxígeno no llegaba a mí cerebro. No tenía la intención de preguntar por ella, no quería que pensara que estaba celosa, pero era mejor tener las cosas claras, ¿no?

Deslizándose una silla, se sentó frente al escritorio.

—¿Estás celosa?

Lo pensé detenidamente y sí, había estado celosa, pero no era la razón de mi pregunta.

—No soy una persona celosa, pero sí muy observadora. Me di cuenta en la forma que se miraban y ya sabes, parecían divertirse.

*Y encajaban.*

Desde el lugar en el que estaba, me estudió.

—No es nadie.

Solté un bufido, elevé una ceja como diciendo “¿en serio?”

—Bien —dije.

Pero no estaba bien y él se dio cuenta.

Puso los codos sobre sus rodillas, inclinándose hacia adelante, mantuvo los ojos en mí.

—Tenemos una relación desde hace varios años —me quedé sin aliento, maldiciéndome por haberme dejado llevar con él—. No esa clase de relación, es mi mejor amiga. Desde la infancia. —Un lado de su boca se elevó en una media sonrisa sexi—. Hace tiempo dejé los compromisos, no tengo ningún tipo de relación con ninguna chica, no te hubiera besado si fuera de otro modo. No soy un hijo de puta. Te dije que me gustas y lo dije en serio.

Había algo haciendo ruido en el trasfondo de su voz, diciéndome que había algo más.

—Ya sé, también me gustas. Más me gusta saber el lugar en el que estoy parada —me crucé de brazos, a la defensiva—, y no me gusta compartir.

Sus ojos se oscurecieron, llegando a un nuevo nivel de intensidad que prometía congelar a cualquiera que se acercara demasiado. En mi caso, me quemaba con solo mirarme.

Era como me había sentido la primera vez que nuestros ojos se cruzaron.

—Sabía que por algo me gustabas. No a cualquier persona le permito que maneje mi coche. Solo para dejarlo claro, a mí tampoco me gusta compartir. Por eso voy a preguntar otra vez. ¿Qué hacías con Ethan entrando a una habitación?

Tragué saliva.

—Iba a darme algo de ropa para cambiarme.

—¿De dónde lo conoces?

—Estudiamos juntos.

No sé por qué no mencioné que también habíamos sido novios, supongo que era algo que Christopher no necesitaba saber. Las consecuencias de mi relación con Ethan eran algo que había dejado en el pasado.

El tiempo de aclaración ya había pasado, porque él asintió.

Coloqué la palma de mi mano en el escritorio y me apoyé en ella.

—¿Por qué tu habitación se ve como la de un hotel sin personalidad?

Toda su decoración era muy cómoda, pero fría. Podía ser de cualquiera. No había posters pegados en las paredes, nada que sugiriera que hacía algún deporte, ningún recuerdo aparte de la fotografía en solitario. Nada. Todo era prolijo y sin personalidad.

—Mamá es fanática de la redecoración. Cuando me fui a la universidad aprovechó para quitar todas las cosas que no le gustaban y hacerlo a su gusto.

—Pero regresaste.

—No vivo aquí desde que me gradué de la escuela y cuando volví de viaje ya me había acostumbrado a tener mi propio espacio —se encogió de hombros—. Me mudé a Londres.

Había visto pocos lugares de la casa y cuando la atravesé con Ethan vislumbré una escalera que descendía, así que estaba segura había por lo menos un piso subterráneo. No se cruzaría con nadie sino quería. ¿Qué más espacio necesitaba?

—Esta casa es enorme Christopher.

—Sí, pero esta es una casa antigua. Heredada de generación en generación. Mi abuelo era un hombre de negocios, pero principalmente de familia y con algunas creencias modernas. No creía en eso del primogénito se queda con todos los privilegios. Entonces cuando murió les dejó esta casa y las empresas a sus dos hijos en partes iguales. Técnicamente es una casa para albergar a toda la familia y cuando todos se reúnen, se quedan aquí y ya no parece tan grande. —Acomodé mi trasero hasta que quedé completamente

sentada sobre el escritorio—. ¿Qué hay de ti?

Parpadeé. Estuve absorbiendo la información completamente, no esperaba que me lanzará una pregunta tan rápido.

—No hay mucho que contar —dije con voz plana.

—¡Vamos chica misteriosa! No me decepciones, suelta la bomba.

Inevitablemente iba a decepcionarlo.

Las bombas ya las había lanzado y me explotaron en la cara.

—Solo puedo decirte que pertenezco a una pandilla femenina donde abundan las reinas del drama. No hay esqueletos en el armario. Al menos hasta donde yo sé, pero estuve un tiempo fuera y las cosas pudieron haber cambiado fácilmente. Aunque si no estuve presente no hay chance de que me enteré —hice una mueca de impotencia—. Los escándalos se arreglan a puertas cerradas.

Básicamente se finge que nunca pasaron y seguimos adelante. Pero no iba a decirle eso.

Christopher acarició mi pantorrilla.

—¿Qué hay de los hombres?

Los hombres de la pandilla se enamoraron perdidamente de las chicas Evans y viceversa.

Sonreí maliciosa.

—Son adornos muy adorables —bromeé.

Christopher arqueó la ceja, sonriéndome con la mirada.

—¿Qué hay de tú papá? ¿Él también es un adorno adorable?

Sus palabras fueron como una patada en el estómago que me hizo perder el aire. Mi sonrisa se esfumó.

—Murió cuando tenía quince años.

Pena se abrió paso en sus ojos, su mano voló y rozó mi mejilla.

—Lo siento mucho —dijo sinceramente.

Me alejé de su toque.

—Está bien fue hace mucho.

No me gustaba hablar de eso. Con nadie. ¿Cómo explicar que sí, a veces lo extrañaba, pero no sentía ninguna clase del vacío que se supone que debía sentir después de perder a alguien que amaba, sin sonar como una autentica perra? Las personas no lo entenderían, ni yo era capaz de entenderme.

Christopher atrapó la señal en el aire, dejándolo correr.

—¿Qué hay de tu mamá? —subió y bajó las cejas en un gesto pícaro —Soy bueno con las mujeres mayores. Estoy seguro que voy a agradarle.

Pasé por alto su insinuación y me tiré una carcajada profunda. Fue inevitable.

Así que a veces podía a ser un ingenuo. *Anotado.*

—Oh, no. A mamá no le agradarías en lo absoluto —irguió la espalda, como si estuviera listo para aceptar el reto y comprobar que me equivocaba—. No es por ti, no dudo de tu facilidad de encanto. Tú y yo solo somos amigos, así que no te arrastraría a pasar un mal momento donde ella pincharía tu globo con una mirada, dejándote inseguro para siempre. No, no, no. Me gusta lo idiota que eres. Ella es un poco difícil, más cuando tiene que ver conmigo. Para ella yo siempre tomo las peores decisiones, en todo.

Aparté la mirada, eso había sido mucha información innecesaria. Cualquier persona inteligente sabría leer entre líneas, sin mencionar que Christopher tenía la capacidad de abrirse paso en mi cabeza.

En un movimiento que no vi venir, me bajó del escritorio sentándome en su regazo. Su mano viajó a mi cabeza, enredando su mano en mi pelo me sostuvo con fuerza y pegó su boca a la mía. La charla había terminado, dándole paso a la sesión de besos con tintes salvajes. La temperatura aumentaba a cada segundo. Él besaba tan bien que me hacía olvidar.

Agradecí que no hiciera más preguntas.

Faltaban un par de kilómetros para llegar a casa, la carretera, los árboles y las edificaciones pasaban como un borrón. La adrenalina de la noche estaba empezando a disiparse. Desde que habíamos salido de la casa familiar de Christopher, Rosé había estado mortalmente callada. Eso ya era preocupante, pero además tenía el ceño fruncido y la mirada perdida. Por lo que Christopher había insinuado, podía imaginarme la razón.

—¿Vas a contarme? —pregunté.

Siguió manejando como si yo no hubiera hecho ninguna pregunta. Su silencio fue largo, llegué a pensar que no iba a responder.

—No hay nada que contar.

Fruncí mi ceño.

—¿Nada? ¿No te divertiste un rato con cierto candidato que se supone era para mí?

Me miró de reojo, preocupada.

—Dijiste que no estabas interesada en él.

—No lo estoy —aseguré. ¡Otra vez!

Alivio se extendió por su rostro y sonrió.

—Marco es mi amigo, uno bueno. A pesar de lo patán que puede llegar a

ser, es alguien en quien puedes confiar. Creo que cometí un error. Él es un buen chico. Yo lo arruiné —soltó un suspiro—. Siempre arruino lo que más me importa.

Me sorprendió que hablara así, ella no tenía problema en vivir su vida sexual al máximo y nunca había presenciado arrepentimiento después de un revolcón casual con alguien. A veces la envidiaba un poco por lo segura que podía ser.

—Estoy segura que él participó bastante.

El rostro de Rosé se ensombreció.

—Después de que terminamos él sonrió.

—¿No es algo bueno?

—Si hubiera sido una sonrisa que dijera “Oh, sangriento infierno, fue buenísimo”. Entonces estaría bien, pero en cambio fue “Oh, por fin paso”.

Estaba más perdida.

—¿Cuál es la diferencia?

—¡Esperanza! ¡Esa es la maldita diferencia! Quiero demasiado a Marco, pero que él por un segundo creyera que podía existir algo más entre nosotros me dice que jodí las cosas. No soy buena para él. No quiero lastimarlo. No es bueno tener sexo con tu amigo porque después las cosas se ponen raras. Lo sabía y aun así lo hice. Soy una egoísta.

—Sino te conociera diría que me estoy perdiendo parte de la historia, pero como te conozco, sé que estás agrandando la historia.

Lo de Marco le había afectado más de lo que creí que algo le afectaría alguna vez. Ella no era de las que se revolcaban en la autocompasión y se quejaba por la suerte que le había tocado. Era toda chispas y explosiones.

Rosé sonrió con tristeza.

—¿Te encontraste con Ethan?

—Lo hice.

Otro largo silencio. Más cargado.

El coche estacionó frente a mi casa, agarré mi cartera, con mis zapatos en la mano bajé despidiéndome de Rosé.

Cuando estaba por entrar, ella me gritó por la ventanilla del coche.

—Mañana me cuentas porque estás sonriendo como tonta y con detalle por qué no llevas tu ropa.

Con eso Christopher se volvió a apoderar de mis pensamientos. Nos habíamos besado casi sin parar, sus manos vagaron por mi cuerpo sin pudor hasta que Rosé llegó tocando la puerta como loca e interrumpiéndonos.

Prácticamente me sacó corriendo de la habitación y de la casa, no tuve tiempo de cambiarme de ropa. El idiota de Christopher bromeó con no poderme prestar la suya y quizá debía irme desnuda. Por un segundo creí realmente que no era del todo una broma, pero lo besé y salí cerrando la puerta en su cara con una sonrisa.

Llegué a mi habitación y aún con su ropa puesta me metí en la cama, cerré los ojos, confiando en que sería una buena y reparadora noche de sueño. Pero como me sucedía últimamente, mi mente no podía dejar de navegar por el pasado.

*No es que fuera a asaltar un banco, solo iba a faltar a clases, pero era la primera vez que lo hacía y aunque no tenía problema en que la escuela se enterara, sí iba a tener muchos problemas con mamá, sin embargo, saber que podía ser atrapada solo aumenta mi emoción.*

*Vi una motocicleta estacionarse en la acera, levantándome de la banca en la que estaba sentada atravesé la plaza a paso rápido y sin dudar hasta Ethan. Se quitó el casco y desplegó su hermosa sonrisa, automáticamente le sonreí de vuelta.*

*—Hola, Val.*

*Se acercó para darme un beso en la mejilla como saludo, desde un tiempo atrás ese gesto hacía que mi mejilla cosquilleara.*

*—Hola —lo saludé. Con rapidez me ayudó a ponerme el casco. Me subí a la motocicleta cuidando que la falda del uniforme no se levantara y mostrara demás. Nunca antes me había subido a una moto y no podía evitar estar asustada—. Vas a ir despacio, ¿verdad? ¿Vas a tener cuidado?*

*Vi sus hombros moverse en una risa silenciosa, acarició mi rodilla en un gesto protector.*

*—Conmigo siempre vas a estar a salvo, no te voy a perder. Confía en mí.*

*Confiar en él era la cosa más fácil del mundo. De otra forma no estaría haciendo locuras.*

*Abracé fuerte a Ethan cuando empezamos a alejarnos de la plaza, pero no cerré los ojos porque quería ver con lo que iba a chocar. Sin previo aviso aceleró y maldije en voz baja. Me pegué más a Ethan en un intento de sentirme segura, pero no funcionó. Estaba enfocada en lo rápido que sorteábamos los coches y como la motocicleta se inclinaba hacia los lados hasta que nos detuvimos en un semáforo en rojo. Nuestras miradas se encontraron en el espejo. Los dinosaurios en mi estómago empezaron a jugar con mis sentimientos. Me guiñó un ojo con malicia y sabía lo que iba*



*a hacer. Si antes habíamos ido a una velocidad excesiva, esa vez íbamos a volar. Cerré mis ojos confiándole mi vida.*

*Llegamos a un parque que por la hora estaba vacío, fui la primera en bajarme con una sonrisa nerviosa.*

*—Fue divertido, pero casi muero.*

*Me reí, creo que estaba temblando un poco. Lo vi tomar su mochila al mismo tiempo que extendió su mano hacia a mí, permitiendo que nuestros dedos se entrelazaran y caminé a su lado.*

*Se sentía raro, pero un raro agradable. Era seguro.*

*Me gustaba.*

*—Te dije que ibas a estar a salvo.*

*Caminamos en silencio hasta llegar a un lugar aislado, nos sentamos sobre el césped. Ethan abrió su mochila, sacó un termo y un recipiente con dos sándwiches. Una sonrisa tonta se dibujó en mi cara, no creía que fuera una coincidencia. Era una señal de que él recordaba nuestro primer cruce de palabras.*

*—¿Esto es un picnic? —pregunté.*

*—Esto es solo tú y yo comiendo algo.*

*¿Tú y yo?*

*Ethan no era el chico más guapo de la escuela, pero desde que llegó él era el único que me gustaba y según había escuchado, yo también le gustaba. Por eso cuando me pidió que nos saltáramos las clases ni siquiera me paré a pensarlo. Estar con él era lo único que me sacaba una sonrisa.*

*Vi con curiosidad el sándwich que me había dado, por alguna razón, ya no tenía hambre y me daba pena comerlo delante de Ethan.*

*¿Era normal?*

*No. Era ridículo.*

*—Si no te comes todo el sándwich no te voy a dar el postre y no quiero presionarte, pero hasta donde sé, podrían ser tus chocolates favoritos.*

*Estaba sorprendida, ¿cómo sabía él cuales eran mis chocolates favoritos?*

*—¿Por qué me trajiste aquí?*

*Mordí mi labio cuando me di cuenta que lo había dicho en voz alta. Nuestras miradas se encontraron. Sus ojos eran tan hipnóticos que podría quedarme viéndolos por siempre y para siempre. Deslizó su sándwich a un lado y sacudió sus manos para quitar cualquier miga. Se acercó hasta a mí.*

*—Creo que ya sabes que me gustas —dejé de respirar. Él lo había dicho,*

*lo había confirmado. Respira Val, no te desmayes ahora. Ethan alargó su mano y apartó un mechón de pelo de mi cara— ¿Quieres...? —aclaró su garganta— ¿Quieres ser mi novia?*

*Por primera vez desde que lo conocí se veía inseguro y expectante, pero, aunque quisiera aliviar esa inseguridad no podía hablar, sentía que si abría la boca iba a gritar como loca de la felicidad que sentía. Él ya no iba a querer ser mi novio después de eso. Estaba por alejarse cuando atine a asentir.*

*Lo nervios se propagaron en mí porque no sabía besar. No correctamente. Mi primer beso lo había dado a los trece años jugando un tonto juego de la botella que no me dio la experiencia necesaria. Ajeno a mis divagues internos, se acercó lentamente sin despegar sus ojos de los míos. Me relajé un poco cuando noté el propio nerviosismo de Ethan. Estábamos tan cerca que su aliento jugaba con mis labios y cuando no pude más, fui yo quien junté nuestras bocas, sus labios era suaves, y el beso lento y tierno.*

*Justo como debía ser con mi primer amor.*

## CAPÍTULO ONCE

---

TENÍA una emoción que rayaba la euforia y sabía perfectamente quien era el responsable. No podía ser indiferente y negar la sensación dentro de mí de que algo estaba comenzando a agrietarse. No estaba muy segura de que fuera algo bueno. Me dejaría expuesta. Estaba sintiendo demasiado. Tenía mis emociones junto con mis sentimientos en una olla a presión amenazando con explotar y salpicarme en cualquier momento. Me asustaba jugar con fuego y terminar quemándome, otra vez. Pero una parte de mí quería empujar el miedo a un lado, pasar corriendo lo más rápido posible y arriesgarme a intentarlo.

Solo una vez más, quería intentarlo.

*Intentarlo*, esa era la palabra clave.

De todos modos, no es que hubiera algo concreto que intentar. Ambos más que confesar, aceptamos que nos gustábamos y nos besamos. Mucho. Eso no significaba que existía algo entre nosotros, ni que estábamos juntos. Para mí era más como pasar el rato. Porque pasar el rato sonaba mucho más seguro. Eso podía manejarlo.

—¿Llamaste un taxi? —preguntó Rosé.

Acabábamos de terminar nuestro turno en el restaurante.

—No.

Christopher me había mandado un mensaje en la mañana diciéndome que pasaría por mi cuando saliera de trabajar, como era sábado no tenía ningún problema en llegar tarde a casa, aunque sí tenía un problema con que no me preguntara.

—¿Regresaste con Ethan?

Una pregunta más que fácil de contestar, pero me sorprendió el tono de seriedad que ella utilizó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Marco dijo que ustedes estaban juntos ayer por la noche, ha pasado el tiempo y tienes una debilidad por Ethan —me señaló con el dedo—. Y esta esa sonrisa tonta que nos puedes borrar.

Es verdad estaba sonriendo sin poder contenerme.

No habíamos tenido tiempo de hablar, pero ¿pensar que yo podía volver con Ethan? ¿Qué seguía siendo débil frente a él? ¡De ninguna manera! Eso era una completa estupidez. Mi corazón ya no latía por él.

—Deberías buscar mejores fuentes antes de insinuar algo como eso. Ethan está fuera de mí radar —la miré por debajo de mis pestañas—. Es Christopher, va a pasar por mí.

Rosé abrió tanto sus ojos que faltó poco para que se salieran de sus orbes, mientras tanto, su cerebro maquinó, haciéndose una idea de la situación.

—Él parecía muy convencido, dijo que hasta estaban riendo. Asumí que ustedes dos —se encogió de hombros— estaban juntos otra vez.

—Absolutamente no. Sí nos reencontramos y hablamos un rato, pero nada más. Yo no podría regresar con él, lo sabes.

Sus rasgos se ensombrecieron con cautela.

—Es verdad —dijo, como si se acabara de dar cuenta de algo—. Ayer estabas con Christopher en su habitación y ahora él pasará por ti. ¿Estás segura de eso? Tal vez no es lo más conveniente que te involucres con él.

—¿Por qué no? Christopher dijo que no estaba viendo a nadie.

Una sensación desagradable se asentó en mi estómago, Christopher pudo haber mentido. Ella debió notarlo.

—Si Christopher lo dijo debe ser así. Él no es de los que miente para conseguir algo —sacudió su cabeza—. Es un gran chico, de verdad que lo es. Es solo... ve despacio, no te encariñes rápido, ¿está bien?

Ella debía dejar de preocuparse por mí.

—Rosé si tienes algo que decirme hazlo de una vez.

—De algún modo tú terminaste usando su ropa ¿Eso significa que tú y él...?

Dejó la frase en el aire. No pude evitar reírme. Ella se estaba armando en su cabeza una película no apta para todos los públicos.

—No te imagines nada. No, no pongas esa cara azorada, apenas nos conocemos. Sí, nos besamos. Eso es todo.

Sus ojos se vidriaron y brillaron con emoción, tuve que movilizarme al instante para tapar su boca con la mano y amortiguar su grito. Sabía que ella

iba a actuar de esa manera por eso quería contárselo en un lugar privado, pero ya no podía contenerlo más. Necesitaba decírselo a alguien y bueno, ella era mi mejor amiga. Tenía que ejercer su papel y escucharme.

Apartó mi mano de su boca.

—¿Por eso tienes los labios hinchados? —instintivamente llevé una mano a mis labios. Ella era tan exagerada, no estaban hinchados—. ¿Cómo besa? ¿Metió lengua? ¿Te gustó? ¿Lo hicieron? ¡Oh, apuesto a que fue malditamente caliente! Christopher tiene la apariencia de saber lo que hace. ¡Tienes que contármelo todo! ¡Necesito conocer todos los detalles!

Después de eso fui yo la que tuvo que controlarse para no gritar como loca. Vamos, estaba más que emocionada. Christopher besaba como... diría que, como un dios, pero nunca he besado a un dios. Así que no tenía como probar mi teoría. Había que dejarlo en que besaba como un mortal que era capaz de hacerte ver las estrellas.

Asentí con mi cabeza.

—Sí, sí y no —contesté en orden sus preguntas—. Fue caliente y salvaje, casi llegando a lo desesperado. Era como si no pudiéramos detenernos, cuando lo hicimos fue para tomar aire.

La dos soltamos risitas tontas.

—Oh, mi pequeña está creciendo.

—Deja de decir tonterías, no es mi primer beso. No exageres. Somos dos amigos que se besaron. Punto. Solo fue el momento, no hay garantías de que pase de nuevo.

—Bueno, después de despertar de tu larga siesta de abstinencia en la boca de Christopher, me parece más extraño que en “el momento” no te lo hayas devorado.

Negué con la cabeza, exasperada, parecía tener la idea clavada en su cerebro. No todo giraba alrededor del sexo.

A través de la venta vi a Marco caminar con paso decidido hacia la entrada principal del restaurante.

Le sonreí a Rosé con maldad.

—Nunca he dudado de tus encantos, pero me sorprende que fueras capaz de poner de rodillas a Marco. No me parece que sea de los que se impresiona fácilmente y aun así está dispuesto a dejar su orgullo de lado para venir a buscarte. Hablando de eso... ¿Qué te pasa? —pregunté confundida.

Las palabras no habían terminado de salir de mi boca cuando Rosé se escondió detrás de una mesa, colocó un dedo en su boca para silenciarme a

pesar de que nadie podía oírnos.

—Mira hacia otra parte —susurró tan bajo que tuve que esforzarme para escucharla.

Aparté la mirada de ella y como buena amiga, salí al encuentro de Marco para que no entrara al restaurante y evitar que atrapara a Rosé escondida con los ojos cerrados. Porque si tú no puedes ver a nadie, nadie puede verte, ¿cierto?

—¡Val! —saludó Marco cuando nos encontramos en la calle.

Me regaló una sonrisa espectacular.

—Marco, ¿cómo estás?

Le devolví la sonrisa un poco forzada. Lo que quería era reírme por el momento tan incómodo que pasaría si nos atrapaba en esta chiquillada. Sabía que Rosé no estaba lista para encontrarse con él, pero jugar a evitarlo me parecía demasiado.

—¡Fantástico! ¿tú?

Deslizó una mano alrededor de mi cintura, me tiró a él para besar mi mejilla, muy cerca de mi boca.

Cuando lo conocí esa actitud segura de sí mismo me gustó, ahora me hacía sentir incómoda. La noche anterior había estado besándome con su hermano y él había tenido sexo con mi mejor amiga. No deberíamos estar así de juntos.

Retrocedí.

—Bien.

Marco miró detrás de mí con el ceño fruncido, parecía confundido. Lo primero que vino a mi mente fue que había descubierto a Rosé en su escondite y ella tenía que dar una explicación por su actitud infantil. Estaría bien presenciar algo como eso, solo que era imposible porque estaba viendo en la dirección equivocada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marco.

Miré sobre mi hombro encontrándome con Christopher, una sonrisa se dibujó en mi rostro, para mi alivio, él también parecía emocionado de verme. Enroscó su brazo alrededor de mi cuello y me pegó a su pecho. Dejó un suave beso en mi pelo.

—Hola, nena —susurró.

—Hola.

Sintiéndome un poco decepcionada por no recibir uno de sus adictivos besos, me volví hacia Marco con otra sonrisa forzada. Él estaba mirándonos con sospecha, sus ojos siguieron la mano de su hermano que hacía su recorrido

hasta mi cintura y me estrechó contra su duro cuerpo. Sus cejas se elevaron un poco, supongo que no le había escapado que no me había alejado de Christopher como me alejé de él.

Me desvinculé del estupor en el que me encontraba por el gesto posesivo de Christopher.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Marco, aunque ya lo sabía.

—Sí. ¿Qué demonios haces aquí Marco?

El tono serio de Christopher hizo reír a su hermano menor quién levanto las manos en señal de rendición.

—Tranquilo Chris, solo vine a terminar lo que empezamos, ¿verdad Val?

El brazo que tenía Christopher en mi cintura se tensó, me arrinconó más a él. Estaba claro para mí que Marco solo estaba bromeando, pero al parecer a Christopher no le hacía gracia.

Decidí seguirle el juego.

—Supongo que estaba borracha porque me perdí el inicio, pero tranquilo, no es culpa tuya que seas funcionalmente promedio como para dejar una *marca*.

Él se ríó fuerte, cuando iba a contestarme, Christopher lo detuvo.

—Marco.

Marco suspiró.

—Entendí Chris. Mantenerme alejado de tu chica. ¿Desde cuándo te gustan las pelirrojas? —Esa era una excelente pregunta. *Vamos Christopher, contesta* —. Yo tenía entendido que las castañas eran...

—Marco —volvió a advertir Christopher.

Ni siquiera tuvo que levantar la voz para silenciar a su hermano que cerró la boca inmediatamente. Tenía la sensación que ese tono lo utilizaba cuando quería ordenar algo sin dejar margen a que le hicieran preguntas. Lástima, quería saber qué era lo que iba a decir Marco, aunque no era necesario que terminara la oración, la idea quedaba implícita. A Christopher le gustaban las chicas castañas.

Marco me dio una mirada de desconfianza.

—Oye, yo solo vine a buscar a Rosé. ¿La has visto?

Aturdida por su cambio de actitud me quedé sin ideas para mentir.

¿A qué venía esa mirada?

—Ella sigue a dentro.

—Entonces voy a esperarla aquí.

Marco pegó su espalda contra la pared del restaurante, cruzó los brazos.

¡Estaba acomodándose!

*No, no, no. No podía quedarse ahí.*

Escarbé en mi mente en busca de algo que hiciera alejarse a Marco, no podía dejar que Rosé se quedara escondida toda la noche. No fue muy difícil dar con una.

Señalé un callejón a un costado del restaurante, ahí estaba la puerta del personal y donde descargaban los pedidos.

—Puedes entrar por ahí, sigues el pasillo y la primera puerta a mano izquierda está el vestidor. Ella seguro sigue ahí.

Marco ni siquiera se molestó en ocultar la emoción por la palabra “vestidor”.

—Manos a la obra, entonces. —Le lanzó una mirada burlona a Christopher y se acercó a mí. Pensé que iba a besar mi mejilla, en vez de eso susurró tan bajo en mi oído que solo yo pude escucharle—. ¿Debería decirle a mi hermano sobre Ethan?

Lo vi alejarse después de darle un asentimiento de cabeza a Christopher. Supongo que él también pensó que había algo entre Ethan y yo. Cosa que no era así. No importaba si ellos eran amigos, estuvo muy mal de su parte mencionarlo cuando su hermano podía escucharlo y malinterpretar las cosas.

Así fue como ya no me sentí culpable por mentirle.

Con mis nudillos, golpeé suavemente la ventana de cristal.

—Se fue —avisé cuando Marco salió de nuestra vista.

Si Christopher se sorprendió de ver a Rosé aparecer como un fantasma tuvo el buen gusto de ocultarlo.

—¡Pensé que nunca iba a irse! —dijo Rosé.

Ya conocía la respuesta a mi siguiente pregunta, pero no me importaba incomodarla.

—¿Por qué te escondiste?

—Ahora no Val —con su celular en mano, miró a ambos lados de la calle—. Tengo que conseguir un taxi.

—¿No pediste uno ya?

Asintió con la cabeza.

—No me voy a quedar aquí a esperarlo.

—Podemos llevarte —se ofreció Christopher.

Lo miré fijamente. No parecía perturbado por el comportamiento de Rosé, es más, una sonrisa tiraba de su boca. Supongo que conocerla desde que es una niña hace que te acostumbres a sus arrebatos.



Rosé negó con la cabeza, empezó a alejarse, entonces se detuvo. Giró en redondo con el rostro serio.

Señaló a Christopher con su dedo.

—Si alguna vez le haces daño —sacudió su cabeza, pareciendo frustrada—. Te quiero mucho, Chris. Pero si la haces llorar, aunque sea solo una vez, no te vayas a sorprender de encontrar tu lindo coche en un vertedero. Y eso es solo lo que se me ocurre en este momento, pero seguramente habrá más represalias.

Con eso dicho, se apresuró por la calle y le robó el taxi a un grupo de chicas.

¿Era la noche de las insinuaciones?

Christopher soltó una profunda carcajada. Nada parecía afectarle o no se tomó muy en serio la amenaza. Lo que era un error. Rosé lo haría.

—Salgamos de este lugar antes que mi hermanito se dé cuenta que le mentiste.

Le di un golpe suave en su abdomen.

—No le mentí a propósito, estaba ayudando a una amiga. ¿No deberías mejor preguntarte porque una chica se esconde de tu hermano?

—Lo haría si fuera otra chica y no hubieran dormido juntos la noche anterior —*buen punto*—. Además, es divertido ver a Rosé retroceder por primera vez.

Me lanzó una mirada divertida. Sí, era divertido.

Christopher unió nuestras bocas en un beso suave y rápido. Eso fue suficiente para que los desastres naturales en mi interior se agitaran.

Caminamos hasta su coche, lo miré sobre el capot.

—No corregiste a Marco cuando dijo que era tu chica. ¿Eso significa que lo soy?

Me había costado muchísimo preguntar, pero era mejor que quedarme con la duda.

—Solo si eso significa que soy tu chico.

*Encantador.*

—¿En qué me beneficiaría yo de eso?

Con su mirada llena de reproche se subió al LaFerrari, lo imité. Nos alejamos del restaurante en silencio. La expresión pensativa que tenía en el rostro era un indicio de que quizá estaba pensando en lo que le dije. Había sido un comentario para quitarle un poco de seriedad al momento, no había pensado que se lo tomaría en serio. No era una interesada.

El ático de dos pisos entre Montpelier Walk y Cheval Place que tenía Christopher era alucinante. Rodeado de ventanales modernos que llegaban desde lo alto techo al suelo, persianas grises colgaban de ellas. La mayoría estaban corridas, permitiendo entrar la luz de la luna. El piso de madera oscura, contrastaba la alfombra en forma de ovalo gris oscuro, en medio de la sala, robándose el protagonismo, estaba un largo sofá de cuero negro y sillones a juego. Todo muy cómodo para sentarse a ver la televisión que tenía en frente. En el otro extremo estaba el comedor negro, Las paredes estaban pintadas con colores blancos y grises, y las lámparas colgaban del techo. Todo el espacio estaba impregnado con el olor de Christopher y era como Christopher. Elegante. Sofisticado. Masculino.

Estando de pie en medio de su sala me sentía muy expuesta. No encajaba del todo.

Mis ojos volaron a Christopher cuando se aclaró la garganta.

—¿Quieres algo de tomar? —preguntó desde la amplia y moderna cocina.

Todo el camino resistí la tentación de mirarlo y hacer de nuevo la pregunta, pero me sentí demasiado insegura para hacerlo. No poder expresarme por el miedo a la respuesta no era un sentimiento agradable. No me gustaba. Si no podía hablar con él significaba que algo no funcionaba. Era una mala señal.

Asentí y me acerqué a él.

—¿Qué quieres? ¿Agua? ¿Café?

—Sorpréndeme.

Fue lo que hizo cuando tomó una botella negra mate de licor, sino que había una estantería llena de ellos.

—¿Tienes algún problema con la bebida?

Levantó los ojos.

—No —dijo riendo al ver mi expresión de sorpresa-espanto—. Es una afición de papá, supongo que me llegó inconscientemente porque no dudé robar algunos de él y hacerlos míos.

Me tendió un vaso de cristal con un líquido caoba, mis ojos se desviaron a sus los largos dedos. Tenía unas manos elegantes y masculinas.

—Es brandy —informó.

Algo fuerte parecía la idea más acertada para aplacar mis nervios y el deseo de ser acariciada por esas fuertes manos. Acepté y acerqué la bebida a mis labios. Su intenso y elegante olor golpeó mis fosas nasales mientras que el sabor amaderado un poco dulzón se abrió paso por mi garganta, el calor se

extendió por mi pecho. Brandy.

—Prefiero el whisky —dije.

Él asintió y sonrió abiertamente.

—Lo imaginaba.

—Mentira.

—Sí es mentira, pero entonces tengo que llevarte a la cava de papá. Tiene una amplia variedad, también muchos de colección, podrías elegir el que quisieras.

—¿quieres emborracharme?

Acarició mi mano con la yema de sus dedos, un escalofrío bajo por mi espalda.

—No lo necesito —dijo.

Bufé.

—Eres tan engreído,

Pero tenía razón.

Tiró de mi mano y me arrastró a la terraza envolvente en la azotea que se iluminó de repente. Tenía una privilegiada vista panorámica a la ciudad, desde ahí podía ver el Brompton Oratory. Nos dejamos caer sobre el sofá de Rattan sintético, cada uno reclamando su propio lado.

—Mírame. Soy agradable, divertido, inteligente, alto y tengo unos ojos impresionantes —se encogió de hombros—. Soy un sueño hecho realidad. ¿No es suficiente beneficio para ti?

El muy idiota había pasado todo el viaje repasando su lista de egolatría, lo peor de todo, es que era todo eso y más.

—En tu lista superficial faltaron las características más importantes, como, por ejemplo: idiota, arrogante, creído... —Me quedé a medias cuando su cuerpo se sacudió en una fuerte risa. Todo su rostro se iluminó.

—No soy ninguna de esas cosas, ni ninguna otra que aún te falta mencionar para difamarme. Soy una persona segura de sí misma —su mirada se posó en un cuadro colgando en la pared—. Y te gusta. Más de lo que quieres admitir.

Ignoré su supuesta confirmación de alfa egocéntrico.

—Dejémoslo en que eres un idiota atractivo, pero idiota al final.

Había una distancia entre nosotros que se sentía como kilómetros. Ninguno de los dos se atrevía a acortarla. ¿Cómo es que todo se había puesto incómodo? Me gustaba estar con Christopher porque él me miraba a los ojos y me tomaba el pelo. Me prestaba atención las pocas veces que decía algo. Me sonreí cuando estamos en silencio. Pero esta vez el aire que nos rodeaba se

mantenía cargado con una pregunta sin responder y era muy incómodo. Asfixiante.

—Escucha, ¿sobre lo de antes? Te dije que me gustabas, no creí que necesitabas una confirmación de ello. Lo creas o no, no voy por ahí diciéndole a todas las chicas que me gustan. Ya sin eso terminan enamoradas de mí ¿te imaginas si las besara? No, no lo hagas, porque yo no quiero hacerlo. Me asusta. Pero el beso que nosotros compartimos dijo mucho más de lo que los dos fuimos capaces de expresar en voz alta. Para mí eso dejó claro que estábamos juntos. —Me dio una mirada profunda que traspasó todas mis defensas—. Creo que hay algo aquí entre nosotros que vale la pena intentar. Entonces voy a hacerlo formal y pedirlo.

Me quedé anonadada viendo el atractivo rostro de Christopher. Con su mirada trasparente puesta en mí, pude darme cuenta que le costaba decir todo eso. No era por mí, sino por a esa cautela que te da una mala ruptura. Por muy retorcido que fuera, eso me dio una tranquilidad. En ese sentido los dos estábamos en igualdad de condición. Entendí que esas palabras eran las mejores que nadie alguna vez me había dicho. No había promesas implícitas en ellas, solo estaban llenas de algo inexplicable. No necesitaba que hiciera una pregunta o siguiera algún protocolo para confirmar lo que de algún modo ya habíamos dicho.

Estábamos juntos.

Christopher separó sus labios para decir algo más, pero lo que sea que quisiera decir quedó ahogado en mi boca cuando me lancé a él y lo besé. Lo tomé por sorpresa, pero enseguida se recuperó profundizando el beso.

Con ese beso estaba depositando un poco de mi confianza en él. Dándome la oportunidad de sentir algo por un chico nuevo. No existía palabra que describiera el temblor que sentía por dentro, decir que era miedo sería un eufemismo.

Esperaba no arrepentirme en el futuro.

Nos separamos unos centímetros para tomar un poco de aire, sus ojos brillaron con una intensidad que me dejó sin aliento. Él iba a volverme loca, más de lo que ya lo hacía. Apartó un mechón de mi pelo depositándolo detrás de mi oreja.

Travieso dijo:

—Ahora eres mi novia.

—Y tú eres mi novio.

## CAPÍTULO DOCE

---

TRAS DECIDIR INTENTAR algo real y exclusivo con Christopher, las siguientes dos semanas las había estado viviendo como en un sueño. Me sentía saltar de una nube a otra. Claro que no todo era tan blandito, mis inseguridades se hacían presentes, más de una vez tuve que empujar al rincón más lejano de mi mente los viejos recuerdos. El pánico apareció con el sentimiento de que estaba perdiendo un poco de control sobre mí alrededor de Christopher. Era como que todo estaba cambiando con demasiada rapidez, me sentía mareada. Nunca lo aceptaría en voz alta, pero a veces me encontraba sonriendo genuinamente y también se debía a Christopher.

Cada vez que nos era posible tratábamos de pasar el tiempo juntos, pasaba por mí al restaurante cuando salía de trabajar y ese tiempo había servido para conocernos mucho más. Como ya me imaginaba era una persona transparente, tenía unos ojos muy expresivos, me sorprendía que permitiera que su estado de ánimo se filtrase por ellos. Pero cuando quería se colocaba una máscara de póker, volviéndolo imposible de leer. Sucedió una vez cuando después del trabajo me encontró hablando James.

A sus veinticinco años. Era un hombre muy guapo. Cuando Rosé entró a trabajar lo puso en su mira, pero él tenía novia y la respetaba muchísimo. No alentaba ningún coqueteo, decía que nunca llegarían a nada porque ya estaba enamorado. Era dulce y leal. Todas las personas merecíamos a alguien como él en nuestras vidas, que nos respetara aun cuando no estábamos presente. Pero Christopher no sabía eso y sacó a jugar a su alfa interior e intimidó tanto a James que prácticamente salió corriendo. Fue entonces que me di cuenta de su lado posesivo, le gustaba marcar territorio. Me asustó. A los veintitrés años la mayoría de personas quieren divertirse, experimentar y toda esa clase de

cosas, pero no Christopher. A él no le gustaba andar con juegos. Nuestra relación era importante para él. Para mí también.

—Llegamos —anunció Christopher.

Solté un suspiro de alivio.

—¡Por fin, Christopher! Creí que me mantendrías dando vueltas por toda la ciudad.

Su risa ronca resonó cerca de mi oído, envió un escalofrío por mi cuello. No saber lo que estaba sucediendo me ponía nerviosa y lo odiaba, aun así, acepté que me vendara los ojos. En realidad, Christopher me manipuló con una de sus sonrisas que me derretían. El idiota ya lo había notado y no dudó en usarlo en mi contra. En mi defensa nadie era capaz de resistir al efecto seductor que solo él poseía, estaba segura que su sonrisa lo había sacado de problemas más de una vez. Sin embargo, lo que me convenció fue que él lucía muy emocionado por lo que tenía en mente. Jugó con mi ansiedad prometiendo que me gustaría. Entonces había confiado en él. Otra vez.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí frenéticamente con la cabeza. Lo único que sabía es que estábamos al aire libre, podía sentir la brisa mimando mi piel.

Enterró la cabeza en mi cuello y me besó.

A él le gustaba hacer eso.

Christopher deslizó la venda fuera de mis ojos, cuando volví a adaptarme a la luz me quedé sin respiración. Parpadeé un par de veces para asegurarme que era real lo que tenía frente a mí. El escenario no cambió. Mi corazón dio un vuelco. Todo a nuestro alrededor estaba cubierto de oscuridad excepto por pequeños focos colgando en zigzag de grandes árboles, había velas colocadas estratégicamente dándole al escenario un toque acogedor; un montón de sábanas de aspecto suave se extendían esparcidas por el suelo adornadas con cojines. A un lado estaba dispuesta una mesita de madera con una canasta de picnic y una laptop, al otro lado estaba un proyector y en el centro de todo había una pantalla.

Mis ojos volaron a Christopher. Estaba sin palabras. Mordí mi labio, bajé la mirada sintiéndome un poco tímida. Él había hecho todo esto para mí y a mí no se me ocurría decirle más que obviedades. Todo era... perfecto. Romántico.

Por suerte había un lenguaje que los dos hablábamos a la perfección. Me puse de puntitas y me tiré hacia sus labios, besándolo. Inmediatamente envolvió los brazos alrededor de mi cintura, pero dejó que yo llevara el ritmo.

Con un beso lento y dulce traté de transferir todo lo encantada que me sentía. Me separé un poco de su boca, sonreí burlona.

—Es lindo —dije.

Su sonrisa arrogante y satisfecha me dijo que era justo la reacción que esperaba de mí.

—La segunda vez que nos vimos ibas a ver una película.

Mi corazón hizo una voltereta porque él aun recordaba eso.

—Para mí fue la primera vez que te vi y es romántico de tu parte que aún lo recuerdes.

Negó con su cabeza travieso.

—Más que romántico es porque no puedo sacar de mí cabeza el jeans que llevabas puesto ese día. Joder, a veces sueño con eso. Todos miraban ese agujero provocador. Yo principalmente.

Su ronroneo me excitó. Cuando nuestras miradas se encontraron pude ver la verdad en sus ojos. Sí, mi jeans le gustó para cachondearse, pero no era por eso que había armado todo esto, sino para mí, porque me encantaba a ver películas.

Y él lo notó.

Lo abracé pegando mi mejilla a su pecho.

—Si no les he dicho nada sobre nosotros es porque justamente quería evitar lo que pasó. —Sus brazos se tensaron en mi cintura. Mierda, esas palabras podían tener muchos significados—. No me malinterpretes, no es que no les quisiera decir —que no quería—, es solo que ya sabía la forma en la que actuarían. No tiene nada que ver contigo, de verdad que no. Quería evitarte el mal rato.

Cuando Christopher pasó a recogerme a casa tenía todo planeado para que no tuviera que cruzarse con nadie de mi familia. Por una horrible casualidad, se encontró con Georgina que estaba saliendo de la casa de nuestra vecina.

Lo abracé más fuerte al recordar la mirada que ella le dio.

*Salí de casa y me lancé a los brazos de Christopher. Sin dudarlo nos fusionamos en un beso, uno pequeño. Se alejó mientras la emoción brillaba en sus ojos azules y su sonrisa iba más allá de traviesa. Había insistido en pasar a recogerme a casa, no podía seguir evitando que la conociera. Me aseguré de que la hora en que me recogería no coincidiera con la llegada de nadie. Me aseguré de los horarios al preguntarles y tuve que lidiar con la bola de hostilidad con la que me respondieron. Valió la pena porque había conseguido lo que quería. Pero no quería tentar a la suerte y quedarme más*

*tiempo frente a la puerta. Nadie mejor que yo conocía mi mala suerte.*

*—¿Val?*

*Aparté la mirada para que Christopher no pudiera ver el pánico en mis ojos cuando escuché la voz de Georgina llamándome. Eso no debería estar pasando. Me alejé de los brazos de Christopher, giré a enfrentar a mi hermana. Vi cómo sin perder el tiempo sus ojos ya estaban puestos en Christopher, ojos que no ocultaban su juzgamiento. Finalmente, se concentró en mí, su mirada de superioridad me puso en alerta. En unos pocos segundos había conseguido munición para utilizarla como mejor le gustara.*

*Me congelé con el pensamiento de que mamá iba a enterarse de Christopher por Georgina, que no se guardaría su percepción de él. En su postura podía notarse que no era para nada positiva.*

*Sintiendo el ambiente tenso, mi dulce novio puso una mano por mi cintura, me puso a su costado en un gesto protector. Georgina vio ese acto y se le hizo una mueca de desaprobación en la boca.*

*—Hola, soy Christopher —se presentó y extendió su mano libre a modo de saludo.*

*Georgina la miró como si estuviera infestada del peor virus de la historia, luego me lanzó una mirada mordaz.*

*—¿En serio? Creí que tu viaje de superación había servido para algo —agitó una elegante mano hacia Christopher—. Pero entiendo porque no nos has hablado de él. Solo hay que verlo para saber que es como tu último novio. Un perdedor.*

*Fruncí el ceño.*

*—No lo es —susurré.*

*Georgina dio un paso al frente.*

*—Tal vez él no lo sea. Pero tú sí eres una auténtica perdedora.*

*—Oye. Detente ahí —dijo Christopher con voz oscura.*

*Perdía el tiempo, Georgina no era de las que escuchaba.*

*Dio otro paso al frente.*

*—¿Abrieron una tienda donde compran neuronas y las vendiste todas?*

*—Qué ingeniosa. ¿Es lo mejor que tienes? —le replicó Christopher.*

*Contuve la respiración. ¿Qué estaba haciendo? Lo mejor era dejar que ella terminara de descargarse, de lo contrario su veneno se volvería letal.*

*Georgina levantó la mirada hacia Christopher.*

*—¿Cuánto tiempo vas a quedarte alrededor? —dio otro paso más cerca y otro más hasta que estuvo frente a nosotros. Tocó mi pelo con desagrado—.*



*Porque ella sí es lo suficientemente ingeniosa como para divertirme, pero muy estúpida para mantenerla cerca mucho tiempo, ¿no es así? —preguntó con una sonrisita burlona—. Porque no veo cómo las cosas puedan ser diferentes con ella esta vez. A menos que tú seas un acéfalo y no te importé que lo arruiné todo.*

*Después de insultarnos se giró de manera digna y entró a la casa.*

*Christopher no hizo ningún comentario, pero un millar de preguntas se reflejaron en sus ojos.*

No quería que tuviera la idea equivocada de que se debía a él, porque todo se debía a mi falta de capacidad de tomar buenas decisiones.

—Está bien.

—¿De verdad?

Me tomó de la barbilla, elevó mi cabeza hasta que nuestras miradas se entrelazaron.

—Me gustas valentina. Estoy contigo, no con tú familia.

Ese fue su único comentario antes de que sus labios cálidos rozaran los míos. Quizá era la emoción de la primera etapa del noviazgo en la que todo parecía perfecto y dulce. Sus besos tenían la capacidad de elevarme al espacio y todas las cursilerías que he escuchado se estaban convirtiendo en algo real con él.

La verdad es que cada vez que nos besábamos Christopher lograba desterrar todos los pensamientos de mi cabeza, mi corazón aporreaba mis costillas dejándome sin aliento. Era una sensación agradable descansar de todo lo que mi cabeza maquinaba.

Nos separamos y tomados de la mano caminábamos hasta lo que había preparado.

Christopher había pensado en todo. En la canasta de picnic había un par de paninis de roast beef, una caja de chocolates, un termo con café, y como no podía faltar también había palomitas de maíz y sodas. Todavía estaba un poco abrumada por todo cuando tiró de mí contra él mientras empezaba la película.

Ahogué una risa.

—¿Titanic? —pregunté.

—¿No te gusta?

Asentí rápido.

—Sí, sí me gusta.

—¿Pero...?

Me reí un poco, me puse sobre mis rodillas mientras alcanzaba el panini.

Era tan considerado de su parte armar todo esto para mí, nadie lo había hecho antes, pero no era una chica de películas románticas. Me encontré con su mirada llena de interés, casi me arrepentí de decirle, pero era mi novio y tenía que saber sobre mis gustos.

—Prefiero las de acción.

Negó divertido, su pelo cayendo sobre su frente.

—¿Por qué eso no me sorprende? Eres muy violenta.

Fingí molestarme con su comentario, me giré hacia la pantalla un poco alejada de él.

—Oh, sí. Veamos cómo ser egoísta y dejar a tu alma gemela morir congelado es romantizado para las masas impresionables.

Por el rabillo del ojo vi a Christopher tirar su cabeza hacia atrás y reírse. Deslizó su brazo sobre mis hombros para llevarme a su lado. Podía sentir la vibración de su risa mientras me acomodaba en su pecho y miraba la pantalla donde estaba Jack corriendo hacia el *Titanic*. Me hubiera encantado gritarle “quien se enamora, muere ahogado” pero los personajes tenían la mala costumbre de nunca escuchar y complicarlo todo.

Mordí el panini mientras aceptaba para mis adentros que en sus primeros años Leo era un chico muy guapo.

Lo bueno de tener un novio alto y fuerte es que su pecho parecía un buen lugar en el que recostarse mientras sus brazos te rodean como si no fuera a soltarte nunca. Desde que estábamos juntos, se sentía como si él no pudiera mantener sus manos alejadas de mí. Jugaba con mi pelo, me daba besitos cariñosos en el cuello, que al parecer se había vuelto su lugar preferido, me tomaba de la cintura, tocaba mi rodilla cuando estábamos en su coche y muchas más cosas parecidas. Pero siempre, siempre tenía que tener una mano puesta sobre mí. Mentiría si dijera que no me gustaba, aunque no terminaba de acostumbrarse.

Para cuando la película terminó ya me había comido todo lo que había en la cesta, no solo yo, claro. Christopher se comió casi todas las palomitas, tuve que robarle unas cuantas, pero no había compartido mis chocolates con él porque dijo que los había comprado especialmente para mí. No discutí.

Los créditos salieron en la pantalla, miré a Christopher.

—Definitivamente eres una persona muy romántica.

Rozó sus dedos por la curva de mi cintura.

—Nunca nadie me ha acusado de eso.

Estaba más que sorprendida. Las personas no hacían cosas como esas a

menudo.

—¿En serio?

Asintió con su cabeza.

—Creo que para ser considerado romántico tendría que pintarte desnuda, con todo ese montón de pelo sería una pintura bastan...

Cubrí su boca con mi mano antes de que terminara la oración. Sus comentarios subidos de tono me hacían sentir cohibida. Cuando me aseguré que no iba a decir nada más retiré mi mano, me acomodé a su lado.

En un movimiento él me sentó en su regazo.

Ahí estaba, contacto físico.

—No sabes pintar, ¿o sí?

Negó con la cabeza.

—Pero podría aprender solo para pintarte a ti —pasó su dedo por mi brazo lentamente —Tienes que aceptar que sería un cuadro que muchos quisieran ver.

—¿Sería sin ropa?

Sus ojos oscurecidos me recorrieron, comiéndome, devorándome.

—Por supuesto.

—¿Y no te importaría que me vieran desnuda?

—Ni siquiera un poco —tomó el último chocolate que quedaba, me lo ofreció. Abrí mi boca y mordí, un poco del relleno de cereza se deslizó por mi babilla. Me regaló una media sonrisa traviesa como si ese hubiera sido su plan, deslizó su lengua para lamerlo—. Al final del día, soy el único que puede acariciarte y disfrutarte todo lo que quiera —susurró cerca de mi oído.

Su boca vagó por mi cuello de forma sensual. La sangre en mis venas se aceleró con el tacto de su mano jugueteando bajo mi blusa, acariciando mi abdomen y subiendo un poco cada vez. Pasé mis manos por su pelo. Con cada segundo que pasábamos juntos la temperatura aumentaba más y más. Cada vez se me hacía más difícil controlarme. Era cuestión de tiempo para que perdiera la cabeza.

Se detuvo de repente, me miró con el ceño fruncido.

—¿De verdad crees que soy romántico?

Me hubiera reído, pero estaba muy ocupada manteniendo a raya la imagen de estar desnuda frente a él.

—No dije que fueras un dulce con músculos y abdominales, sino que tienes tus momentos. Tus exnovias te lo habrán dicho antes, ¿verdad?

¿Qué estaba haciendo? Yo no quería saber sobre sus exnovias, quería que

me besara.

Por suerte Christopher evitó la pregunta.

—¿Piensas que soy tonto? No voy a contestar, mejor sigamos con lo que estábamos haciendo —eso no era evitar la pregunta—. No vuelvas a decir que soy romántico, arruinas mi reputación.

Bufé.

—Lamento informarte que todo esto no ha sido solo romántico, sino más allá de romántico mezclado con tierno.

Sus dedos rozaron la base de mi sostén.

—Lamento informarte que no lo hice solo, Rebecca me ayudó.

Traté de no tener una reacción física, esperé hasta estar segura que mi voz iba a sonar calmada.

—¿Quién es Rebecca?

Supe que Christopher no había querido mencionarla cuando su cuerpo se tensó. Después de unos segundos lo vi soltar el aire por la boca.

Me atrajo más hacia sí.

—Conociste a Rebecca en la fiesta.

—La rubia caliente —dije antes de poder evitarlo.

Colocó ambas manos en mi espalda, me fijó con su mirada, dejándome sin escape para evitar la conversación.

—No es lo que tú piensas. —Encogí mis hombros en un gesto que esperaba se tradujera en “no me importa” porque él no podía saber lo que yo pensaba, ni siquiera yo sabía lo que pensaba—. Te dije que Rebecca ha sido mi mejor amiga desde siempre y sí, ella puede llegar a ser muy cariñosa, pero nunca hemos mantenido una relación romántica. No voy a mentirte, una vez nos besamos. No, fui yo quien la beso por razones equivocadas y fue como besar a la hermana que no tengo. Ella siempre ha estado ahí conmigo, es muy importante para mí. Esa vez crucé la línea porque acababa de terminar una relación y besé a Rebecca para desquitarme de mi ex que siempre estuvo celosa de mi amistad con ella. Me comporté como un idiota. Eso fue todo. No tienes que preocuparte, solo somos amigos. De verdad.

Acababa de descubrir dos cosas, la primera es que con Rebecca tenía una gran amistad, por lo menos eso es lo que decían sus ojos brillosos llenos de afecto, y que sus novias siempre estuvieron celosas de ella. Nadie podría culparlas, la chica es como una Barbie. Lo segundo es que, para arriesgarse a arruinar una amistad de siempre, su exnovia tuvo que ser muy importante.

Mi piel empezó a picar.

Rompí mi regla de no hacer preguntas.

—¿La querías?

Durante varios segundos solo se mantuvo observándome.

El aire se llenó de palabras no dichas.

—¿De verdad quieres saber? —su voz era amarga.

—Solo si tú quieres contarme.

Christopher tiró la cabeza hacia atrás y soltó un fuerte suspiro. Hacía ese gesto cuando estaba frustrado, que generalmente pasaba al hablar con su hermano.

Lo mejor era que él no quisiera contarme, no estaba tan deseosa de saber.

Me estampó un rápido beso.

—Bien —dijo con delicadeza. Entonces supe que lo que fuera a decirme no me gustaría nada—. Estaba en el segundo semestre en la universidad y en una de mis clases conocí a una chica, se llamaba Naomi. Al principio no fue una relación formal, pero sin darnos cuenta nos volvimos exclusivos. Estuvimos juntos por dos años y medio. Hasta que un día —desvió la mirada en un punto alejado detrás de mi cabeza—. Un día la abracé pasando mi mano por su cintura y ella se apartó de mí quejándose, como si le doliera, como si la hubiera lastimado. Resulta que tenía un padre abusivo que la golpeaba a ella y a su mamá. Cuando me lo contó me volví loco, no me pare a pensar en nada y fui a buscarlo —cerró sus hermosos ojos y enterró sus dedos en mi espalda—. Por desgracia él estaba en casa. No pensé, lo único que podía ver era a Naomi sufriendo, estaba tan enojado lo golpeé. Duro. Soy una persona grande y desde pequeño practicaba artes marciales, de lo enojado que estaba no medí mi fuerza y no paré de golpearlo hasta que se encontraba tirado en el suelo, inconsciente. Él terminó en el hospital y yo detenido. Papá tuvo que pagar una gran fianza para sacarme sin que nada se supiera. Hice servicio comunitario por un par de semanas y un curso de control de ira.

Su rostro estaba crispado de dolor por... ¿Naomi? No lo sé, no tenía palabras. No podía creer que existieran personas que maltrataban a sus hijos y no podía creer que él confiara en mí para contarme algo tan personal.

Pero no debería sorprenderme, lo había hecho antes.

Pasé mi mano por su pelo, me pegué más él en un abrazo. Entendí lo que hizo porque en ese momento yo no quería verlo sufrir.

—Me dolió que ella no confiara en mí y me lo contara antes, hubiera hecho todo para evitar que la lastimaran. Nunca más he vuelto a golpear a nadie y ya no practico ningún deporte de contacto —sus palabras escocieron un poco—.

Éramos jóvenes, ella tenía veintiuno y yo veintidós. Para mí ella era perfecta. Estábamos enamorados. Nos comprometimos.

Perfecta.

Enamorados.

Comprometidos.

Me quedé abrazada él, tratando desesperadamente de no hacer ningún movimiento que pudiera demostrar que sus palabras me molestaban.

—¿Qué pasó? —me obligué a preguntar.

—Poco después de lo sucedido con su papá y aprovechando que lo habían detenido, se ausentó de la universidad un par de semanas para mudar a su mamá de regreso a Londres con una tía. Cuando tuve el primer momento libre vine a visitarla y de paso aprovechar para presentarle a mi familia. Ellos no la conocían, ni siquiera papá que fue a ayudarme. No quería que el primer encuentro entre ellos fuera así. Pero cuando llegué a donde vivía su tía la encontré con... otro en la cama. Nunca le dije nada, ni le reclamé. Yo solo terminé con ella.

Todavía sentada sobre él, mientras nos abrazábamos, repetí en mi cabeza lo que acababa de escuchar. Ya había intuido que Christopher la había pasado mal en una relación, pero estaba el hecho de que él no terminó con Naomi porque hubiera dejado de amarla, sino porque lo engañó. Quizá nunca la enfrentó porque tenía miedo de no ser elegido y alejarse parecía mucho más fácil. Por primera vez en mucho tiempo me sentí celosa por una chica a quien no conocía y que la había pasado tan mal.

¿Cómo es que la noche había pasado de ser perfecta a eso?

## CAPÍTULO TRECE

---

*CHRISTOPHER HABÍA estado enamorado y comprometido.*

¡Sí, comprometido a los veintidós años! No estaba juzgando, estaba muy sorprendida y tratando de actuar lo más normal posible. Era una tarea difícil porque no para de pensar en su confesión. Ayer por la noche quizá había estado celosa. Más que celos fueron mis inseguridades. Sabía que Christopher no era una persona tramposa, estaba conmigo sin importar si antes existió una Naomi en su vida. Me sentía mal por lo que tuvo que pasar su exnovia y también estaba resentida con ella por lastimar a alguien como Christopher. Tenía sentimientos encontrados con respecto a ella y definitivamente me sentía mal por mi novio. No tenía idea de que la había pasado tan mal.

Como él lograba ver a través de mí, quizá pensaba que su confesión me había afectado de alguna manera, que no lo hizo y nadie me iba a hacer pensar lo contrario, estaba más cariñoso y la sesión de besos fue mucho más intensa. Por un momento pensé que Christopher quería fusionarse conmigo, al segundo siguiente pensé que solo estaba conmigo porque Naomi lo había engañado. Sentimientos encontrados. Pensamientos enrevesados. Cuando la temperatura entre nosotros empezó a subir otra vez, me recosté sobre él con la intención de ver otra película, aunque esa vez de acción. Su pecho era tan cómodo y sus brazos acogedores que para mí fue inevitable quedarme dormida.

Pero en la vida nada es para siempre y lo bueno dura poco. Christopher me despertó con el plan de que fuéramos a ver el amanecer juntos. No creía necesario que tuviéramos que abandonar la comodidad en la que estábamos, después de todo, estábamos al aire libre. Sin embargo, no pude negarme a su gesto romántico porque me sentía un poco culpable de haber hecho que recordara malos momentos.

A mí no me gustaba recordar.

Por mi falta de carácter y su manipulación de besos me encontraba a casi doce mil pies de altura con cinco personas más y el piloto del helicóptero, que instantáneamente se convirtió en mi mejor. No quería dejarlo solo. Nunca.

Me consideraba una persona aventurera, bueno, lo justo y necesario para no tener una vida aburrida. A pesar de ello, tirarme en paracaídas no estaba en mis planes cuando no había vivido por lo menos cincuenta años. Agradecí tener un novio tan considerado que no insistió cuando lo propuso por primera vez y me negué a saltar. Culpo totalmente a la competitividad femenina por estar vestida con un mono caqui y un arnés en mi espalda. Cuando me enteré que la aventura no era solo para nosotros, sino que también iba a conocer a sus mejores amigos, incluida Rebecca, quien estaba muy emocionada por saltar, yo no pude quedarme atrás. Para terminar de completar mi estupidez me enteré tarde que Julian, un chico con mirada seria y de complexión musculosa, era el novio de Rebecca. Me quería morir porque ya había abierto mi boca frente a todos diciendo que había cambiado de opinión y que iba a intentarlo.

Christopher apenas podía contener su diversión, hacía un esfuerzo para no explotar en una carcajada.

Estaba metida en un peligroso lío por unos celos que no tenían fundamento.

Edward, al que fuimos a ver correr en Silverstone, frotó sus manos, ansioso, y con una sonrisa de loco que me ponía los pelos de punta.

—Vamos a hacerlo —dijo eufórico.

No fui muy buena en ocultar mi pánico.

—No te preocupes, es divertido.

Rebecca me quiso tranquilizar con una sonrisa, pero no funcionó.

—Si muero quiero que me organicen un funeral irlandés.

Christopher que no me había perdido de vista ni un segundo, elevó sus cejas hasta el nacimiento de pelo.

—¿Por qué irlandés?

—Porque vas a necesitar mucho whiskey para ahogar la culpa de proponerme hacer esto.

Los nervios en mi interior iban en aumento.

—Mejor guarda el whiskey para celebrar —dijo Edward con una sonrisa pícaro.

Al segundo que nos habían presentado, Edward me había devorado con la mirada sin ningún reparo. Fue completamente lascivo, como si me estuviera quitando la ropa prenda por prenda. Hizo falta una palabra de advertencia de



parte de Christopher para que alejara su mirada de mí. Pero ya me había desnudado.

—Levántate nena.

—¿Para qué? —pregunté rápido.

Me sentía segura estando sentada.

—Nosotros vamos a saltar primero —dijo con voz suave y tranquilizadora—, y quiero asegurarme que todo esté bien con tu arnés.

De mala gana tomé la mano que me ofrecía.

Empezó a comprobar que todo estuviera bien, después enganchó su arnés con el mío. Ese era mi primer y único salto, tampoco había recibido un curso antes, tenía que ir acompañada de una persona experimentada.

Quise decirle a Christopher que ya me había arrepentido, estaba segura de que no le molestaría. En realidad, era como si lo estuviera esperando, pero no quería darle el gusto. Tampoco quería hacer una escena cuando había insistido en saltar. Era plenamente consciente que estaba siendo evaluada y juzgada por sus amigos quienes habían sido amables y amistosos.

Supongo que para estar con él tendría que pasar por el radar de ellos. No me gustaba nada, pero iba a intentarlo.

Cerré mis ojos cuando sentí que estábamos cerca de donde debería ir una puerta. No estaba siendo buena en ocultar mi miedo porque Christopher pasó un brazo por mi cintura, me apretó contra él, giró mi cabeza en un ángulo en que nuestras bocas pudieran tocarse y me besó duro. No me importó que sus amigos estuvieran ahí. La horrible sensación que ese bien podría ser nuestro último beso hacía que me olvidara de ellos. No era una exageración, sentía que mi estómago estaba en mi garganta.

Según lo poco que había escuchado, el papá de Julian era del ejército británico, entonces ellos habían hecho esto desde los quince años. Intenté girarme para profundizar el beso, pero ya estaba enganchada a él. El vello de mi cuello se erizo, mi sangre se heló en mis venas. Todas las banderas rojas se alzaron al instante cuando me di cuenta que estaba siendo persuadida.

Demasiado tarde, Christopher me había llevado con él.

Caímos al vacío.

Todo pasó tan rápido que no me quedó tiempo para reaccionar. Su experiencia era innegable. En el mismo segundo Christopher cortó el beso, bajó los lentes protectores que estaba usando como visera y se tiró al vacío conmigo, sin contar hasta diez como habíamos quedado cuando me estaba dando las instrucciones básicas del salto.

—¡AAAH!

El grito desgarrador quedó a medias cuando la presión del aire entró por mi boca ahogándome. Quemando mi garganta. Mantuve mis ojos cerrados mientras Christopher empujaba mi cabeza hacia atrás para que pudiera respirar. Mientras caía más, más, más y más. La adrenalina me estaba invadiendo de una forma que no podía considerarse agradable del todo. Entonces que sentí un jalón brusco.

Mi corazón dejó de hacer su trabajo.

En ningún momento de la caída libre abrí mis ojos, no tengo idea de cuánto duró y mucho menos en qué momento aterrizamos. Me había quedado con la mente en blanco, el estómago tenso de dolor.

—¿Estás bien?

La voz de Christopher me hizo volver en mí. Estaba acostada en el suelo boca arriba.

—Vete a la mierda, Christopher —mi voz chillona por el miedo que aún me recorría.

Me hubiera ido yo, pero no creía poder levantarme. Tenía el cuerpo tembloroso y mis piernas débiles. Estaba tan sensible y asustada que en cualquier movimiento podía ponerme a llorar.

—Fue divertido, pero tenemos que quitarnos de aquí.

Abrí mis ojos incrédula. ¿En serio acababa de decir que fue divertido? ¿Divertido?! Yo estaba tomando decisiones impulsivas debido a él o a mis celos, que venía a ser lo mismo porque los producía él. Todo porque el día anterior me había dicho que había estado enamorado de la dichosa Naomi esa.

¿Con ella también se había lanzado en paracaídas? ¿Le había organizado una noche romántica de películas? ¿Ella era divertida?

En mi fuero interno sabía que estaba exagerando, mezclando todo y siendo injusta, pero en ese momento necesitaba drenar el miedo y el pánico de mi sistema. Era mejor hacerlo con una persona que veía a través de mí, que al final me entendería sin ofenderse. Christopher había sido el de la idea loca de ver el amanecer. Que se aguantara mi berrinche infantil.

Me temblaron las piernas cuando me levanté.

—¿Divertido? Demonios, Christopher no esperaste a que contara y estuviera lista. Simplemente saltaste sin cerciorarte si el arnés estaba bien enganchado al tuyo. Sé que eres una especie de experto en esto, pero yo iba contigo. No sé... pudimos habernos matado.

A lo mejor elevé la voz más de lo necesario, pero en ningún momento

grité.

No, yo no lo hice.

—Por supuesto que me cercioré que estuvieras asegurada con mi arnés. Yo nunca te pondría en peligro.

Lo dijo con una dureza como si con solo insinuar que había sido irresponsable fuera un insulto. Con eso salí de mi estupor.

Bufé. Pateé el suelo como una niña caprichosa. Me crucé de brazos mientras disparaba miradas enojadas hacía él. De repente sintiéndome tonta por culparlo de algo que no tenía sentido. Eran mis nervios los que estaban hablando.

—Lo sie...

—No lo hagas —me cortó Christopher. Un lado de su boca se elevó en una media sonrisa caliente—. Siempre supe que dentro de ti había una fiera.

Él siempre encontraba la forma de coquetear.

—Yo solo quiero esto sea divertido para ti —confesé.

—Para los dos.

Lo miré debajo de mis pestañas, agradecida.

—Sí, para los dos, pero prométeme que nunca vas a dejar que te siga de nuevo en tus locuras.

Como me imaginé, hablarle suave era su debilidad. Se puso de pie, su mirada llena de ternura.

—No puedo prometer eso. Me parece jodidamente sexi que confíes en mí.

Era incorregible, pero tenía razón al asumir que por un momento yo había confiado en él. Mi estómago se retorció mientras luchaba con la ansiedad que me producía esa verdad. Yo solo había depositado la confianza de estar con él no de seguirlo, eso simplemente salió de lo más profundo de mí. Salir corriendo asustada parecía lo más apropiado, en cambio, lo abracé con fuerza.

Confiar en una persona siempre deja abierta la posibilidad de que te fallen.

Ese era mi peor miedo.

Unos segundos después, cerca de nosotros aterrizó Edward con un grito de júbilo. A mi parecer era un grito más de psicópata. Detrás de él venían Julian y Rebeca, todos parecían tener la euforia a cien. Sus carcajadas invadían el aire.

—Hay que hacerlo otra vez —propuso Edward.

Hundí mi cara en el pecho de Christopher, negué con la cabeza. Era una experiencia de la cual no estaba lista para probar de nuevo. Era muy pronto.

—No tienes que hacerlo —murmuró en voz baja.

Mis ojos se vieron atraídos al helicóptero que estaba descendiendo, supongo que eso de saltar otra vez iba muy en serio. Julian era quien llevaba la batuta en la situación, se acercó a hablar con unos hombres vestidos con el uniforme militar.

Me aparté de él, le di una mirada seria.

—No cometo el mismo error dos veces.

Lo despedí con la mano.

Según mi signo zodiacal era una chica terrenal, pese a eso, nunca antes me había sentido tan segura con los pies sobre la tierra sólida como en ese momento. Estaba esperando ver como los chicos saltaban cuando Rebecca se acercó a mí, extendió su mano ofreciéndome una botella con agua. No tenía nada de lo que estar celosa, era muy obvio para mí que Christopher y ella solo eran amigos. Julian y ella era otra historia, se les notaba a metros de distancia lo enamorados que se encontraban. Además, Rebecca era simpática.

—Le gustas —declaró Rebeca.

Me puse rígida.

Me produjo una ola de respeto hacia ella por ir directo al punto y dispuesta a hacer el trabajo sucio. Cuando ella anunció que esperaría conmigo, supe enseguida que era para indagar un poco sobre mí. Sus ojos ansiosos la delataron.

—Me gusta también.

Ella desechó mi comentario con un gesto de la mano.

—Me refiero a que realmente le gustas. Veras, es mi mejor amigo. Tenemos mucha confianza, me cuenta todo. Sé que llamaste su atención desde que te vio, pero para él la familia es importante. Puedes hacerte una idea porque estuvo reacio a acercarse a ti después que te vio con su hermano.

Alejé la mirada de ella deseando muy fuerte no tener esa conversación. Estaba enterada de que me había visto con Marco, aunque nunca pasó nada entre nosotros, podía entender porque eso le incomodaba.

No quería desagradarles a los amigos de Christopher, de igual forma, no quería tener que justificarme ante ellos.

—No sabía que estuvo reacio a acercarse a mí, no me sorprende porque yo también tuve mis reparos. De todos modos, no tuve nada con Marco.

—¿Y con Ethan?

No sabía cómo contestar a eso, ¿por qué iba a decirle a Christopher con quien salía antes de conocerlo? ¿Por qué iba a hablar de Ethan con él? ¿O con

ella?

—Sin ánimos de ofender, no es asunto de Christopher. Menos tuyo.

Rebecca se hecho hacía atrás, su mirada se agudizó.

Creo que eso no era lo que ella esperaba oír. No era lo que yo esperaba decir.

—Sé que Christopher tiene toda esta apariencia de mujeriego que no toma en serio las relaciones. No estoy diciendo que nunca ha tenido sexo por diversión. Lo ha hecho, un par de veces, pero siempre ha sido en mutuo acuerdo y dejando claro que nada más va surgir de ese momento —esa información era algo que yo no quería escuchar—. He visto como la mayoría de personas tienden a hacerse ideas preconcebidas de él, como las chicas lo persiguen solo porque es atractivo y un buen partido. Eso ha provocado que sea consciente de lo atractivo que es, se volvió arrogante, engreído y orgulloso.

» Nosotros hemos sido amigos desde siempre, estuve ahí cuando transitó la etapa de niño tímido incapaz de mantener una conversación con el sexo opuesto. Aunque no lo creas porque siempre lo ves sonriendo, ha pasado por muchas cosas difíciles y eso sirvió para que él entendiera lo que es realmente importante. Lo que estoy tratando de decir es que Christopher nunca antes se esforzó tanto para pasar una noche con una chica, las cosas se le dieron fáciles. Pero en el fondo es un romántico. No va por ahí buscando algo casual. Yo no quiero verlo sufrir otra vez. Si puedo evitarlo, lo voy a hacer.

Mi pulso se aceleró cuando vi un punto en el cielo empezando a caer, no podía estar segura si era Christopher. Aparté la mirada. Solo quería ver a Christopher cuando pudiera abrazarme.

Me giré hacía Rebecca.

—¿Lo dices por Naomi?

Ella se encontró con mi mirada, sus ojos abiertos de par en par. La había sorprendido otra vez.

—¿Christopher te habló sobre ella?

*¿Quién más iba a hacerlo?*

—Sí, dijo que lo... sí, él me lo contó.

Me imaginaba que si todos ellos eran amigos conocerían la historia completa, pero no estaba segura si conocían los detalles.

Ella exhaló un fuerte suspiro, su rostro pintado de incredulidad.

—Vaya, Christopher no habla sobre ella, ninguno de nosotros lo hace. Yo no le gustaba, ¿sabes? Me refiero a Naomi, no le gustaba que fuera amiga de

Chris y no le gustaba vernos juntos, pero ella no era mala persona o eso creí. Por eso insistí a Christopher que no se preocupara por mí y que nos viéramos lo menos posible, eso no era muy difícil, estudiábamos en diferentes universidades y pasábamos muy ocupados.

No sabía porque me decía todo eso.

—¿No estabas saliendo con Julian en ese momento?

—Sí, por supuesto. Así que no entendíamos de dónde venían sus celos, pero a ella no le gustaba que fuéramos cercanos. A ti no parece molestarte.

Casi me reí por eso. Me había tirado en paracaídas por la forma en que a Christopher se le habían iluminado los ojos al verla y ella se tiró sobre él. En su momento sí que me había molestado, pero yo no iba a decirle eso.

—No.

No estaba mintiendo, ya no me molestaba.

—Bien, porque lo que ella le hizo fue cruel y cobarde. No voy a volver a alejarme de él solo porque no pueden entender que somos amigos, tengo que cuidarlo. Que Chris hablara de ella contigo solo confirma que le gustas más de lo que él cree. —Una pequeña sonrisa nostálgica se formó en sus labios y colocó una mano gentil sobre la mía—. No lo lastimes, Valentina.

Me quedé en silencio, totalmente inmóvil con la sensación de querer alejar su mano de mí. Ella estaba equivocada. Christopher era el dios de los chicos atractivos, así que la única que corría peligro de salir lastimada era yo.

—No tienes que alejarte de él sino quieres.

Ella me miró expectante, pero eso era lo único que conseguiría de mí.

Por un rato me dediqué a observar a través de la tenue luz solar del cielo nublado. Ese habría sido un buen día para quedarme acurrucada en la cama con una taza de café. Las revelaciones de Rebecca me abrumaban. Él debió hablar con ellos sobre mí y tenía curiosidad que les había dicho. Por otro lado, aunque fueran un poco invasivos, me alegraba que Christopher tuviera amigos que se preocuparan por él. Me alegraba que tuviera eso en su vida.

¿Qué quería decir Rebecca de que yo le gustaba a Christopher más de lo que él creía?

¿Qué significaba eso?

El pánico jugó conmigo cuando vi a los tres amigos acercarse a nosotras. Mi novio era muy perceptivo y se daría cuenta que algo estaba pasándome. No sabía cómo actuar.

¿Qué significaba? Porque “más” era bueno, ¿verdad? Pero, ¿cuánto más? ¿Lo suficiente para quedarse conmigo?

Oh demonios, estaba pensando como Georgina. Era preocupante.

*Respira, Val. Piensa en algo más.*

—¿Hace cuánto salen Julian y tú? —pregunté.

Rebecca sonrió con un nivel de intensidad avasallante.

—Hace tres años. Al principio ninguno de los dos había querido aceptar tener una relación porque no queríamos arruinar nuestra amistad, ni que los chicos se sintieran incómodos. Ya sabes, ¿y si no funcionaba?

¿Y si no funcionaba? Esa era una excelente pregunta que yo también me hacía.

—¿Estás contando como comenzó su relación? ¿Otra vez?

Edward se escuchó cansado, como si ya estuviera harto de escuchar la misma historia. Julian lo golpeó en la cabeza.

—Déjala, ella puede contarlo las veces que quiera. ¿Tienes algún problema con eso?

—Tengo un problema en que lo cuente ¡otra vez!

Se dijeron un par de insultos mientras volaron un par de golpes, si algún día peleaban de verdad creo que Julian ganaría sin problemas.

—Eso es algo que deberías saber, cuando los tres se juntan pueden más inmaduros que tres chicos peleando por el mismo juguete —dijo Rebeca antes de caminar y abrazar a Julian.

Un fuerte brazo se enredó en mi cuello.

—Lo siento, ¿Rebecca te molestó demasiado?

Me giré en redondo, encontrándome con un Christopher con el pelo más despeinado de lo normal. Era tan injusto, si yo alguna vez estuviera así de despeina me vería como una loca, pero en él se veía caliente.

*Idiota.*

—¿Sabías que iba a interrogarme? Pudiste haberme avisado.

—No lo supe hasta que estábamos despegando —se defendió— Julian no puede controlarla.

Pasó una mano por su pelo y yo seguí el movimiento, babeando.

—Eres inteligente, así que creí que ya lo sabías, porque todo el mundo lo sabe. Supongo que la parte arrogante de ti se niega a aceptar el hecho de que ningún hombre puede controlar a una mujer.

—Tengo mis formas para controlarte.

Mi corazón volvió a la vida con su insinuación, me encontré con su mirada derretida en deseo. Sintiendo su calor traspasarse hasta mí me removí incómoda por todo lo sexual que me producía. El sonido de su celular rompió

nuestra conexión, lo sacó de su pantalón y rozó accidentalmente mi cadera. Me estremecí. Sonrió con mi reacción y se alejó para contestar.

—¿Ya podemos celebrar? —preguntó Edward.

Ese chico tenía un estilo bohemio muy llamativo.

—¿Celebrar qué?

Ya temía lo que iba a decir, solo esperaba que no estuviera involucrado algún otro deporte extremo.

—Qué vas a unirte a nosotros cada vez que saltemos —dijo Julian. Claramente burlándose de mí.

—Eso no va a suceder.

—Debiste saltar conmigo, lo hubiera hecho tan entretenido que hasta hubieras olvidado que estabas cayendo. Pero ahora podemos aprovechar, tomarnos ese whisky que propusiste y conocernos más —guiñó un ojo en mi dirección—. Las partes divertidas están incluidas, por supuesto.

No tenía estaba segura de sí estaba jugando o no, pero lo mejor era no contestar.

—No quiero estar aquí cuando Chris te escuché diciéndole eso.

Julian sacudió su cabeza como si no pudiera con la estupidez de Edward.

—¿Tienes una amiga para presentarle? —preguntó Rebecca—. Es guapo, alto y... es guapo y alto.

Nos reímos de Edward a quien no parecía ofendido porque nos divirtiéramos a su costa.

Iba a contestar que sí tenía una amiga, pero entonces llegó Christopher con un aura sombría y preocupada.

—Tenemos que irnos.



## CAPÍTULO CATORCE

---

LAS LLANTAS CHIRRIARON sobre el asfalto cuando Christopher pisó el freno en el último segundo para detenerse en un semáforo en rojo. Después de la llamada misteriosa y el anuncio de que nos teníamos que ir cuando se supone que iríamos a desayunar, nos metimos en el coche. Estaba conduciendo como si fuera una carrera contra el tiempo, rebasando coches y presionando el claxon. No me había dado ninguna explicación y su silencio era inquietante. No sabía que había sucedido, pero parecía asustado.

Nunca lo había visto así.

—¿Christopher?

Parpadeó, me miró como si hasta ese momento se estuviera dando cuenta que estaba ahí con él. Con su rostro pálido y sus ojos azules apagados de preocupación.

Se aclaró la garganta.

—Lo siento, ¿te llevo a tu casa?

Fruncí mi ceño, no quería dejarlo solo, quería que me dijera que había cambiado. Mordí mi labio debatiéndome entre preguntar o no. La noche anterior había roto esa regla y la respuesta me cayó peor de lo que quería admitir, pero esto parecía mucho más serio.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó?

Apretó su mandíbula mientras tamborileaba los dedos en el volante. Estaba ansioso.

—Mi prima acaba de ser internada en el hospital.

El semáforo cambio de rojo a verde y empezamos a avanzar, esa vez más despacio. Después de un momento los dos hablamos al mismo tiempo.

—¿Tienes tus cosas en el piso?

—¿Quieres que te acompañe?

Fueron los segundos más incómodos, los dos teníamos ideas distintas.

Yo solo quería hacer las cosas más fáciles para él y si no estar ahí lo haría, entonces estaba bien.

—¿De verdad quieres acompañarme?

Le resté importancia.

—Solo si tú quieres.

Sus hermosos ojos abandonaron el camino para posarse en mí. Asintió lentamente con la cabeza. Mi corazón tartamudeo porque él no quería presionarme y yo no quería dejarlo solo.

—¿Quieres que maneje?

Una mínima sonrisa se asomó en sus labios.

—No te ofendas, nena, pero quiero llegar al hospital, no estar en el hospital.

Christopher me arrastró con él mientras esquivaba a las personas que se cruzaban en nuestro camino para llegar a la sala de espera. El brillo travieso al que me había acostumbrado a ver en sus ojos le cedió el paso a la preocupación. Si fuera posible, Christopher parecía haber envejecido unos diez años, lucía tan exhausto que me producía la necesidad de hacer cualquier cosa para levantarle el ánimo. Una inquietud se instaló en mí, habíamos estado saliendo por dos semanas y la internación de una prima era una situación familiar. No sabía quién era su prima, él nunca me habló de ella, vamos, apenas sabía quién era Marco.

Me detuve en seco, la mano con la que Christopher me sostenía me tiró un paso adelante, más que eso ya no pude moverme. El corazón aporreó mis costillas con tanta fuerza, juro que sentí que iba a salirse de mi pecho. Caminando de un lado a otro y con el celular pegado a la oreja en la sala de espera estaba Ethan. Su expresión era la de una persona que se aferraba al enojo para no colapsar.

Una terrible idea estaba tomando forma en mi cabeza, pero no podía ser verdad. Simplemente no podía.

—¿Tu prima es Alexa? —pregunté con un nudo en mi garganta.

Porque era mucho mejor preguntar eso a preguntar si Ethan era su primo.

—Sí —escuché que decía.

Con esa simple confirmación mi mundo se tambaleó a un lado. Mi cerebro seguía sin creérselo del todo. Ellos no podían ser familia. *Mierda*. Nunca se me había pasado por la cabeza de que podían ser primos, pensé que solo era

un amigo cercano de Marco. Entonces recordé como me había llevado por la parte trasera de la casa y con mucha confianza había subido hasta las habitaciones. ¿Cómo es que no lo vi?

*Mierda, mierda.*

*Estaba en una relación con el primo de Ethan.*

*Había tenido una relación con el primo de Christopher.*

—¡Mierda, es tu hija! —gritó Ethan—. ¡¿No merece que dejes tus putas vacaciones?!

Ethan estampó con fuerza su puño en la pared. Las personas que estaban cerca lo miraron extrañados y se alejaron. No podía decir que era la primera vez que lo veía explotar de esa forma, pero sí la primera vez que sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Nuestras miradas se encontraron y mi pecho se comprimió por el dolor en sus ojos. Todavía me sentía un poco sensible y un viejo sentimiento aprovechó para salir a flote. Clavé mis uñas en la palma de mi mano, camuflando la tentación de correr y abrazarlo.

—¿Cómo está Alexa? —preguntó Christopher llamando la atención de los dos.

*Oh, Christopher.* Su mano se sentía pesada en la mía. Como si él estuviera sintiendo lo mismo, me dejó ir. Creo que hasta se alejó de mí.

—No sé, Chris. No sé. Nadie me dice nada.

El miedo se filtraba en su voz, soltó un suspiro tembloroso mientras jugaba con sus pulseras de cuero, pero no alejaba su mirada de mí.

—Pero, ¿qué pasó? —urgió Christopher.

Su voz más tensa que antes y recordé que estaba aquí para acompañarlo, no para hacer las cosas más difíciles.

Aparté la mirada de Ethan.

No podía evitar lo que estaba sintiendo. Pero, ¿qué mierda estaba sintiendo?

—Cuando llegué a casa fui a buscarla a su habitación, no respondió y creí que seguía dormida. Pero entré porque papá quería hablar con ella —tragó saliva— y ella estaba inconsciente en el suelo. Llamé a una ambulancia y la trajeron aquí. No me han dicho nada más.

La voz de Ethan se quebró al final y mi corazón casi se quebró con él.

*Esto no se trata de ti, Valentina.*

Me mantuve al borde de la situación sin hacer ningún movimiento, mientras ambos trataban de mantenerse fuertes o por lo menos parecerlo. El universo sí que debía odiarme para divertirse de esa forma conmigo y

empeorarlo aún más al involucrar los hospitales, no me gustaban. Realmente iba más allá de no gustarme. Era como si después de las dos veces que estuve en uno, la tristeza y desesperanza no solo estuvieran asentadas en las paredes blancas, sino también en mi interior.

En cualquier momento iba a vomitar, estaba segura. Los recuerdos enterrados estaban golpeando fuerte el baúl en el que los mantenía encerrados en el fondo de mi memoria. No podía dejarlos salir. No ahora, no nunca. Apreté mi estómago y exhalé despacio el aire por la boca.

Me tambaleé hacia atrás cuando el sonido de un celular resonó en el aire.

Christopher sacó su celular de bolsillo de su jeans y miró a Ethan y luego a mí. Toda su postura tensa me dijo que él ya se había dado cuenta que entre su primo y yo había existido algo más que solo ser compañeros de clase.

Me sentí tan culpable.

—Quédate aquí, ya regreso —escupió Christopher sin ningún sentimiento.

Lo vi alejarse a paso rápido. Me quedé ahí parada sintiéndome de repente muy vacía y sin saber qué hacer. Deseaba correr fuera de ese lugar.

Desde que soltó mi mano Christopher no me había vuelto a tocar.

—¿Val? —La voz de Ethan me hizo apartar la mirada del camino donde se había ido Christopher—. ¿Qué haces aquí? —preguntó.

Sí, era lo mismo que estaba empezando a preguntarme.

Sacudí mi cabeza.

—¿Cómo estás?

La mirada que me dio me dijo que me conocía, que sabía que estaba evadiendo la pregunta. Sin embargo, su cara pálida me dio la respuesta antes que él contestara.

—No sé, Val. Ayer fuimos almorzar y ella estaba pálida, nerviosa. Le pregunté si le pasaba algo, pero solo dijo que no había dormido bien. Debí saber que algo estaba mal —su mirada llena de remordimiento—. Me fui por más de un año. Solo fueron catorce meses, pero me mantuve en contacto. Lo hice. Aun así, es como si ella fuera otra persona, no habla conmigo, creí que era algo de la edad, pero no es así. Ahora ya no tengo idea de qué pasa con ella.

Ethan se estremeció visiblemente. Una ráfaga de dolor por todo lo que le estaba pasando me invadió. Impacienté por querer aliviarlo un poco me lancé a él, enredé mis brazos alrededor de su cuello. Desde lo más profundo de mi corazón nacía el sentimiento de querer ayudarlo. No era lo más inteligente, pero había invertido sentimientos en él, no podía borrarlo y pasar de largo.

Tenía la noción del dolor que Ethan estaba sintiendo.

Cuando él tenía trece años por accidente escuchó una discusión de sus padres y descubrió que Alexa no era hija biológica de su papá, sino que fue producto de una de las muchas noches de diversión a las que su mamá estaba acostumbrada. A pesar de que su papá aceptó a Alexa y la crió sin ninguna distinción con Ethan, la mamá era otra historia. Según él solía despreciarla abiertamente con algunos comentarios hirientes como si ella tuviera la culpa de algo.

Después de enterarse de la verdad, su mamá cayó del pedestal en él que la tenía, no solo por haber engañado a su papá sino por no ser una madre real para su hermana. No podía culparlo, las pocas veces que fui a su casa y me encontré con su papá noté que era de esos hombres que demostraban el amor que sentía por sus hijos, y era muy obvio para mí que Alexa era la niña de sus ojos. Lo sé, porque mi papá solía mirarme como él la miraba a ella. Ethan era un hermano presente, sobre protector. Hacía cualquier cosa por Alexa.

Y yo estaba ahí por Christopher.

Me separé de él.

—¿Fue por ella que regresaste?

Ethan se dejó caer en el sofá, cansado. Me senté a su lado cuidando que ninguna parte de nosotros se tocara. Ni siquiera accidentalmente.

—Sí —contestó suavemente.

Asentí, dándole una pequeña sonrisa.

No necesitaba su respuesta, lo había supuesto desde que lo vi desesperado dando vueltas por la sala de espera. Era una parte de él que siempre me había encantado y admirado. Pese a eso, no pude evitar sentir que algo escoció dentro de mí.

—¿Qué hay con tú papá?

—Está tomando un vuelo de regreso.

Ni siquiera iba a preguntar por su mamá, supongo que era con ella que estaba hablando cuando llegamos.

—Alexa es una pequeña demonio, te aseguro que va a estar bien —susurré.

Tomó mi mano y le dio un apretón suave.

—Gracias por estar aquí, Val.

Nuestras miradas se encontraron y por un segundo todo volvió a ser como antes. Él sosteniendo mi mano y acariciándola con su pulgar. Él mirándome como si no existiera nadie más. Él haciéndome sentir especial. Él

prometiéndome un futuro juntos.

A esas alturas yo sabía mejor. Las cosas no siempre salían como queríamos.

—Estoy saliendo con Christopher.

No era el momento para decirlo y no era a él a quien le debía ninguna clase de explicación. Cuando abrí mi boca no me imaginé que esas eran las palabras que iban a salir. Lo único que tenía claro era que ya nada era como antes. Habían pasado catorce meses y él nunca llamó. Catorce meses en los que había trabajado duro para dejar mi pasado atrás. Él había vuelto por su hermana. Yo estaba con su primo. Estábamos más lejos de lo que alguna vez estuvimos.

Ver toda esa preocupación por Alexa me provocó un sentimiento de traición por su parte. Cuando yo más lo necesité él no solo me tiró lejos de su vida como si fuera nada, sino que fue jodidamente cruel y sus palabras hirientes se clavaron hondo en mí. Y sin saberlo, me dejó correr sola con las consecuencias.

Su rostro se nubló y fiereza brillo en sus ojos.

—¿Estás bromeando? ¡Es mi primo!

—No lo sabía —me excusé—. Nunca te haría eso a propósito.

Lo más triste es que era verdad. A pesar de todo, yo no quería dañarlo de ninguna manera.

—¿En serio? ¿*Holland* no te suena para nada?

—No. No lo asocié contigo. No asocio a nadie contigo

Su mirada se volvió filosa.

Contuve la respiración esperando el empujón de su parte.

—Eso explicaría la actitud de Christopher conmigo. Es por ti —acusó—. Tú lo causaste. ¿Por qué mejor no vas con él?

Me le quedé viendo, atónita.

Todo lo que estuve controlando y escondiendo se desbordó con el tono de esas simples palabras. De él dejándome fuera. Mi ritmo cardíaco aumentó, paralizándome momentáneamente, la sensación en la boca del estómago activó mi sistema de alarma. Me levanté de golpe del sofá evitando su mirada que se había vuelto preocupada. Con pasos inestables por el miedo, traté de alejarme por el pasillo lo más rápido posible de Ethan.

Sabía cómo era eso así que luché por enfocarme en mi respiración. El corazón latiéndome frenéticamente en mi pecho adolorido fue un claro aviso de que esa vez no iba lograrlo, no iba a llegar a la salida. Busqué con la

mirada un lugar para poder ocultarme. No quería que nadie me viera en ese estado. Con manos temblorosas abrí la primera puerta que encontré, con la mirada desenfocada atiné a deslizarme por la pared, dejando caer mi trasero al suelo. Las paredes a mi alrededor se empezaron a comprimir, arrinconándome, aplastándome, succionándome hasta la oscuridad.

La debilidad y la falta de autocontrol que tenía en ese momento de mi propio cuerpo fueron el desdoblamiento inevitable para volver al pasado.

*Habían pasado trece días desde que Ethan terminó conmigo sin una explicación. Trece días sin dormir esperando una llamada que no llegaba. Trece días haciendo llamadas que no contestaba. ¿Por qué? ¿Por qué había sido tan tonta de preguntar? ¿Por qué no había podido quedarme callada? Pero ya estaba hecho y no podía seguir aguantando que me tratara como si no existiera, necesitaba hablar con él, que me explicara y que me dijera que todo fue un maldito error.*

*Más que nada, necesitaba hablar yo y decirle la verdad; decirle que ya nada de eso importaba.*

*Ethan odiaba verme llorar, era irónico ya que era él quién lo estaba provocando, pero de igual manera traté de contener las lágrimas cuando lo vi caminar en mi dirección. Si me veía llorar simplemente pasaría de largo y sin importar su indiferencia, necesitábamos hablar. Perdió un paso cuando se dio cuenta que estaba esperándolo al pie de las escaleras de la escuela. Se veía cansado, como si también la estuviera pasando mal. Sonreí para mis adentros creyendo que él no me había hablado porque quizá pensaba que yo no lo perdonaría. La esperanza comenzó a crecer dentro de mí. Todo iba a arreglarse. Tenía que hacerlo.*

*—Maldición. Val. No hagas esto. No tenemos nada de qué hablar.*

*Su tono cortante casi hizo que me cayera al suelo, destruyendo mis esperanzas, pero no iba a darme por vencida. No podía.*

*—Entonces sólo déjame hablar a mí.*

*—No.*

*—Es importante, dame solo dos minutos, ¿por favor?*

*Lo último fue una súplica y limpié rápidamente la lágrima que rodó por mi mejilla. No, por favor. No podía llorar ahora.*

*—Pensé que al no contestar tus llamadas estaría claro el mensaje, pero parece que no lo entiendes y tengo que decírtelo de una forma más sencilla —la brusquedad de su tono me hizo dar un paso atrás, nunca antes me había hablado como si no soportara verme—. Todo, absolutamente todo fue tu*

*culpa, Val. Y terminé con esa mierda.*

*No entendía, ¿qué había sido mi culpa?*

*—¿Qué?*

*—Mírate, estás llorando como una niña y yo necesito una mujer que logre satisfacerme como hombre —cada palabra que salía de su boca estaba cargada de odio—. Tú no lo hiciste, así que busque en otra mujer lo tú no pudiste darme.*

*Lágrimas corrían libremente por mi rostro mientras yo trataba de entender lo que estaba diciendo. ¿Cómo podía ser mi culpa cuando le había dado todo y había hecho todo por él? ¿Cómo era eso siquiera posible? Sacudí mi cabeza, no podía preocuparme en responder algo tan absurdo, había cosas más importantes y necesitaba hacer que él me escuchara.*

*—Yo te amo —declaré con firmeza.*

*Su mirada reflejaba incredulidad, pero debía darle la seguridad que lo perdonaría. Que era capaz de dejar todo atrás por él.*

*—Creo que yo también lo hago, pero en este momento estoy en otra etapa. A demás tu mamá tiene razón, lo arruinas todo. Incluso lo nuestro.*

*Después de clavar esa estaca de hielo en mi corazón siguió su camino.*

*Verlo alejarse de mí me produjo una sensación de ahogo indescriptible que rápidamente se volvió terror puro. Mis manos y rostro empezaron a hormigear, y mi respiración se atascó en mi garganta.*

*—Ethan —exhalé.*

*Me escuchó decir su nombre, pero no se volvió, si lo hubiera hecho se hubiera dado cuenta que me estaba muriendo.*

*Esa fue la primera vez que tuve un ataque de pánico.*

*Y ahora estaba teniendo otro de nuevo. Por él.*

*Después de unos minutos logré controlar mi respiración, pero mi corazón aún seguía acelerado. Todos mis músculos se sentían flácidos así que me quedé en el suelo con mis manos entumecidas cubriendo mi cara. Odiándome por ser tan débil y permitir que sucediera de nuevo.*

*Aire.*

*Necesitaba aire fresco.*

*Ante mi repentino ataque de pánico salí de la habitación solo para chocar con Christopher al caminar a la salida. Esos episodios siempre me dejaban tan cansada que ni mi mejor máscara de póker podría esconder lo pálida y avergonzada que estaba en ese momento. Sentía que todos sabían lo que había pasado y que en el fondo pensaban que era una chica débil por no poder*



manejarlo. Christopher me tomó de los brazos temblorosos para estabilizarme y evitar que cayera al suelo. Mi corazón se encogió cuando sus hermosos ojos azules llamearon de preocupación, preocupación por mí. No quería que se preocupara por mí.

Un par de semanas atrás eso no hubiera pasado, porque un par de semanas atrás mantenía todo en su lugar. No existían grietas en mi armadura. Pero muchas cosas habían cambiado y mi pasado quería regresar. A demás Christopher nunca mencionó que Ethan era su primo. Si lo hubiera hecho, entonces hubiera tenido la opción de correr lejos de ellos.

¿Quién me aseguraba a mí que ellos dos no se parecían?

Me alejé de su agarre.

—Demonios Christopher, es tu primo.

No era el momento para un reclamo y la verdad es que no era el momento para nada. Para empeorar todo, otra vez estaba desquitándome con él en menos de dos horas y no era su culpa.

Al final mi familia tenía razón, yo arruinaba todo.

—Te pregunté por él y solo me dijiste que habían asistido a la misma escuela.

—Pero debiste decírmelo.

Sus ojos azules se volvieron hielo y retrocedió.

—En este momento no puedo lidiar con esto, Valentina.

*Así que eso de alejarse venía de familia, vaya suerte la mía.*

Cerré los ojos ¿Qué demonios estaba mal conmigo? Se supone que estaba ahí para apoyarlo, pero en vez de eso, estaba reclamándole estupideces como si no tuviera suficiente con Alexa internada por quién sabe qué.

Abrí los ojos y Christopher estaba ahí parado viéndome con todo el rostro crispado de enojo. No podía con eso, no me gustaba sentirme vulnerable, ni desquitarme con él. Estaba actuando como una caprichosa. Otra vez.

Envolví mis brazos en el torso de Christopher ocultando mi cara en su pecho. Lo sentí relajarse al instante, sus brazos me apretaron más contra él. Su perfume llenando mis fosas nasales me hizo sentir segura. Pero no podía quedarme en el hospital, Christopher tenía que preocuparse por Alexa y yo tenía que preocuparme por mí.

Me alejé de la zona segura con una sonrisa débil.

—Lo siento, no me siento bien. Creo que debería irme.

De nada serviría tratar de mentirle y parecer fría, él había visto lo desastrosa que estaba. Christopher tomó mi mano y me condujo hacia la

salida, sorprendiéndome por no hacer preguntas. Estábamos a punto de cruzar la puerta y obtener un poco de aire fresco que tanto necesitaba, entonces me detuvo. Me dio una mirada que decía “no discutas conmigo”.

—Voy a llevarte.

Sacudí mi cabeza.

—Tienes que quedarte por Alexa, yo puedo tomar un taxi.

Lo que sea que vio en mi cara le dio la respuesta que necesitaba. Christopher no quería dejarme ir, lo vi claramente en sus ojos, pero yo necesitaba un tiempo a solas para tranquilizarme.

Suspiró resignado.

—Bien, pero llévate mi coche —lo vi sacar las llaves de su jeans y entregármelas. Me quedé sorprendida—. Prométeme que vas a conducir con cuidado. Por favor, promételo. No quiero que te pase nada.

—¿Qué hay de que algo le pase a tu bebé?

Espanto se pintó en su cara.

—Tienen que cuidarse el uno al otro —dijo con solemnidad.

Lentamente nadé a la orilla de la consciencia y cuando desperté fui gentilmente recibida por un dolor de cabeza. Estaba un poco desconcertada por lo caliente que me encontraba y por el molesto peso alrededor de mi cintura. Con mis ojos renuentes a abrirse, tardé alrededor de un minuto en ser consciente que no estaba sola. Giré mi cabeza para encontrarme con el rostro de Christopher sobre mi hombro.

Después del hospital me mantuve dando vueltas por la carretera, con el capot corrida para que el aire me golpeará mientras aceleraba el LaFerrari. Cuando creí haberme calmado decidí ir a casa a ducharme y lavar el olor a miedo de mi piel. Terrible idea. Encontrarme con mamá resultó ser más agotador de lo usual, me reclamó por ser la tercera vez que no llegaba a dormir y con palabras exquisitas básicamente me dijo que, *si quería andar de zorra, me fuera de su casa*. De algún modo, resentida con ella por el recuerdo en el hospital, terminé refugiándome en el ático de Christopher.

Pensé que el portero no me dejaría subir, pero Christopher le había dicho que siempre me permitiera el paso. Fue un lindo gesto y de gran ayuda.

—¿Vas a contármelo? —preguntó Christopher con voz somnolienta.

Con cuidado de no caerme del sofá, me giré para encontrarlo mirándome con el ceño fruncido.

—¿Cómo está Alexa?

Me disparó una mirada gélida por cambiar de tema, pero así era yo. No me

gustaba que revolvieran en mis cosas.

—Tuvo una sobredosis.

Espanté lo que quedaba de sueño para concentrarme en él, estaba serio.

—¿De verdad?

Mi voz sonó demasiado incrédula, creí que él podía estar jugando conmigo. No lo hacía.

—Ella tenía anfetaminas en su sistema. Así que supongo que es verdad. Nunca jugaría con la salud de nadie, menos con la de mi propia prima. Creí que me conocías mejor que eso.

Aún estaba sensible por todo lo que había pasado en el día y quizá mi dolor de cabeza no ayudaba, pero sus palabras me hirieron.

—Es solo que conozco a Alexa, es una chica un poco difícil, pero nunca haría algo tan tonto como eso —me defendí con el mismo tono—. ¿Su mamá llegó?

—No, ella no está en el país.

La ira emanó de él.

Me sentí mal por Alexa, yo sabía lo que se sentía que tu mamá no estuviera ahí para ti. Pensé en mamá, ella estaba ahí, pero solo para juzgar. Que era como si no estuviera o peor porque arrasaba con tu autoestima.

—No entiendo porque algunas personas se molestan en tener hijos si simplemente no saben querer o no les alcanza el amor para todos —murmuré.

Al cabo de un momento. Christopher abrió la boca.

Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Qué te sucedió en el hospital? —De alguna manera Christopher logró enredar ambos brazos en mi cintura, sujetándome—. Antes de que cambies de tema o digas “nada”, ten en cuenta que te vi hablando con Ethan y también vi cómo saliste casi corriendo. Cuando te encontré lucías como si un camión te hubiera pasado por encima. Quiero saber que sucedió. ¿Te dijo algo? ¿Te hizo algo?

Mi cuerpo respondió instintivamente tensándose. La mirada en sus ojos me decía que esta vez no iba a dejarlo correr. Mordí mi labio. No quería mentirle, pero definitivamente no iba a decirle que sufrí un ataque de pánico porque había sido cosa de una sola vez. No volvería a suceder. No bajaría más la guardia. No había nada de qué preocuparse.

—No lo sé, solo me sentí mal de repente.

Decir eso fue la peor cosa que pude hacer, me soltó empujándome lejos de él. Sus ojos se debatían entre la furia y la traición. Mi estómago se hundió con

la posibilidad de estar poniéndole las cosas más difíciles.

*Respira, Valentina. Mantente respirando.*

Recordé la manera en que me sentí en ese mínimo momento de conexión con Ethan, como antes, cuando estaba bien. No quería imaginar cómo se vio desde fuera.

Clavé mis uñas en la palma de la mano, seguro dejaría marcas.

—No voy a negarte que fue raro para mí encontrarlo ahí y enterarme que era tu primo, pero le dije que estaba contigo. Lo hice.

Su mirada se hizo más intensa y fría tratando de leerme.

—¿Por qué ibas a explicarle eso?

—Porque estamos juntos —dije, aunque sabía que no era eso lo que estaba preguntando.

—¿Por qué? —presionó.

Me crucé de brazos.

—No entiendo porque quieres que lo diga si está claro que ya lo sabes, pero si quieres escucharlo, bien. Se masoquista. No solo estudiamos juntos, también fuimos novios.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté?

—No, preguntaste de donde lo conocía y te dije que de la escuela. Eres tú el que nunca mencionó que eran primos. Pudiste haberlo hecho.

—Creí que ya lo sabías.

—No lo hacía.

—¿El saberlo hubiera cambiado algo?

Era una pregunta que me había rondado por la cabeza todo el día, pero no tenía respuesta. Nunca iba a tener una porque ya era el pasado. No podía volver el tiempo atrás y ponerme en esa situación para averiguar si cambiaría algo.

Me acerqué a él, pero sin invadir su espacio.

—Solo le dije que estábamos juntos porque quería dejar las cosas claras —suspiré—. Tú dijiste que había algo entre nosotros que valía la pena intentar y resulta que yo también pienso eso. Siento que somos buenos juntos. No quiero que ningún malentendido arruine lo que estamos empezando.

Eso pareció gustarle porque su intensa y fría mirada le dio paso a un brillo travieso.

—Me hubiese gustado dejárselo claro yo.

Traté de ocultar una sonrisa de emoción porque ya había pasado el momento incómodo entre nosotros y para disiparlo por completo, bromeé:

—Sabía que eras un idiota, pero no celoso y menos de tu primo.

De un parpadeo a otro la furia en sus ojos estaba de vuelta, mi sonrisa murió.

¡Qué había hecho ahora?!

—No estoy celoso de Ethan y no me compares con él. Nunca.

No entendía su reacción hasta que recordé lo que dijo Ethan: “Eso explicaría la actitud de Christopher conmigo. Es por ti”. Pero no podía ser posible, ¿o sí?

No sabía cuánto iba a durar lo que Christopher y yo estábamos empezando a tener, pero no iba a dejar que mi pasado se interpusiera. Quería que se sintiera seguro conmigo. Quería que en este momento sonriera para mí.

Ya que no pensaba decirle la verdad de que me parecía incómodo estar saliendo con el primo de mi exnovio, tal vez podía tranquilizarlo.

—Nunca te he comparado con nadie y nunca lo haría. Estoy contigo porque quiero, porque me gusta exactamente lo idiota, arrogante, ególatra y travieso que eres. Me gusta lo que me haces sentir. Tienes que confiar en mí, porque si no lo haces, entonces esto no va a funcionar.

Me escuchaba atentamente, como si yo tuviera el secreto de la vida, cuando terminé de hablar su expresión se volvió arrogante mientras me disparaba una rápida y sensual sonrisa. Al segundo siguiente me dio un beso lento, que se convirtió en uno profundo cuando pasé mis brazos por su cuello para atraerlo más a mí. Christopher era una persona instintiva que se dejaba llevar por sus emociones primitivas. Siempre que nos besamos inconscientemente exigía más. Como cuando me abrazaba para acercarme más a él o cuando su mano serpenteaba bajo mi blusa y por mi espina dorsal. La piel erizada se estaba volviendo algo común en mí.

Me tumbó sobre el sofá y se acomodó encima, pegando su cuerpo al mío. Abrí mi boca cuando su lengua pidió entrar buscando una compañera de juego. Sabía a menta fresca. Su mano debajo de mi blusa navegó hasta mis pechos acariciándolos, sus caderas se frotaron contra mí y enredé mis piernas alrededor de su cintura, permitiendo que nuestros sexos se acariciaran. Rápidamente encontramos un ritmo sensual que hacía que mis bragas se humedecieran. Un sonido excitante se escapó de mí cuando apretó mi pezón entre sus dedos tirando de él. Enterré mis uñas en los músculos de su espalda, levanté mis caderas para conseguir algo más de acercamiento. Sentí el bulto en su pantalón presionarse contra mi centro. Oh, Christopher, se sentía tan bien. Era experto en hacer que mis lugares correctos lo desearan. Con la yema de

sus dedos rozó mi brazo, mi abdomen desnudo y llegó a la cinturilla de mi vaquero.

Di un respingo, toda la bruma sexual me abandonó. Lo aparte de mí con un suave empujón.

Lamí mis labios y no lo vi cuándo pregunté:

—¿Podemos ir lento?

Christopher se tensó, la sospecha llenando sus palabras.

—¿Es por Ethan?

Rápidamente sacudí mi cabeza y lo miré a los ojos.

—No, no es por él —no lo era—. Es por mí, quiero que vayamos más lento. ¿Te molesta?

Se encogió de hombros.

—Mientras vayamos, no me importa cuál sea la velocidad.

Los chicos siempre tenían sexo en la mente. En ese momento deseaba ser un poco más como Rosé. Más libre y atrevida. Pero no quería llegar a ese punto y tener que arrepentirme después.

Christopher hizo fuerza en sus brazos para empujarse lejos de mí, lo atrapé con mis piernas antes que lograra su objetivo. Lo tomé su camisa, acercándolo. Le estampé un beso.

—No te alejes. No quiero que lo hagas —para confirmar mis palabras mis caderas se movieron buscando el contacto con él—. Simplemente asegurémonos de mantener la ropa puesta.

Christopher me miró con gran interés, sonrió arrogante.

—¿Puedo acariciarte todo lo quiera? ¿En dónde yo quiera?

Oh, demonios. Definitivamente quería saber cómo se sentía ser acariciada por esas manos grandes y fuertes. Dejé caer mi cabeza, arqueando mi espalda. Me lamí los labios.

—Sí —tragué saliva. Un calor se extendió por todo mi cuerpo hasta mis partes íntimas—. Pero no dejes de moverte. Se siente bien.

Christopher gruñó desde lo profundo de su garganta, retumbando en mi cuerpo. El ardor en su mirada oscureció el azul de sus ojos. Incluyó su cabeza para dejar besos por mi cuello que se sintieron como descargas de electricidad.

—¡Joder nena! No pensaba hacerlo.

Bajó sus manos, sosteniéndome de mis caderas se frotó duro contra mí. El calor de su cuerpo se derretía sobre mí auto-control. Si no le hubiera dicho antes que mantuviéramos la ropa, seguramente ya estaría en muchos

problemas. No creía ser capaz de volver a repetirlo. Lo quería, pero aún no.

*Aún no.*

—¿Tú sabías que eran primos? —le pregunté a Rosé.

Estábamos Fiore y yo en el piso de Rosé. Las pijamadas siempre las hacíamos ahí porque de las tres era la única que vivía sola. Les había contado todo lo que pasó desde la noche de películas, tirarnos en paracaídas y enterarme que Ethan y Christopher eran primos. Me ahorré contarles sobre el ataque de pánico. Rosé ya me había visto tener uno y después se ponía en modo mamá osa. No lo soportaría de nuevo.

—Creí que tú ya lo sabías.

—Es lo mismo que me dijo Christopher, pero yo no lo sabía. ¿Cómo iba a hacerlo?

Levanté mis manos exasperada.

—No es tan grave.

—Lo es —dijo Fiore viéndonos a ambas—. No tan grave como Val lo está haciendo parecer, pero si es un poco extraño estar saliendo con el primo del que fue tu pareja. Está mezclado todo. Un momento, ¿estás diciendo que tú no sabías que Christopher se apellida Holland?

Sí, esos de Holland Corporation, una de las multinacionales más grandes de la región. Por Ethan sabía que la inmobiliaria era su rama principal, sus edificios estaban esparcidos por toda la ciudad.

—Había escuchado un o dos veces que lo llamaban así, pero nunca lo asocie con Ethan.

Rosé puso los ojos en blanco.

—Ellos son primos, no la misma persona, ya ni siquiera son cercanos.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé muy bien qué paso, pero hace un tiempo que Christopher se distanció de todos, especialmente de Ethan.

Ella tenía que habérmelo dicho. Pero lo hizo. A su manera.

—Por eso estabas insistiendo en que Christopher no era lo más adecuado, ¿verdad? Hasta tú viste lo retorcido que es esto y aun así me dejaste avanzar.

Se encogió de hombros.

—Si me preguntas no creo que se parezcan en nada. Tampoco estoy diciendo que hiciste mal en pedirle a Christopher que fueran lento. Si no te sientes lista, entonces simplemente no lo haces. Así es como funciona. Él es un caballero. Va a esperarte.

Era muy fácil para ella decirlo cuando la palabra “lento” no estaba en su

vocabulario. También sabía que Ethan y Christopher no se parecían en nada, aunque su pelo fuera del mismo tono de castaño. Ellos eran dos personas completamente diferentes.

La duda seguía ahí.

—Ya lo sé.

No podía dejar que su árbol genealógico decidiera por mí.

—Se llama pasado por una razón. Se aprende y sigues adelante. No puedes dejar que juegue con tu cabeza y arruine tu presente con Christopher — aconsejó Rosé.

Sus palabras serias me dejaron sorprendida para después reírme.

—Suenas como mi terapeuta.

—¿Qué puedo decir? Soy una todóloga.

Nos reímos y por un rato alejé mi mente de la familia Holland y sus integrantes. Hablamos de tonterías sin sentido. Rosé comentó que una marca de ropa de lujo le había pedido hacer una campaña, otra vez. Ella no era exactamente de bajo perfil, así que no me sorprendía. Fiore nos contó por encima que había conocido a alguien, otra vez. Ella no era exactamente de estar soltera.

Después de un momento Fiore se acercó a la concina, preparó más margaritas y nos sirvió.

—Hay algo que me muero por preguntar —dije, era algo que me había rondado por la cabeza mucho tiempo—. ¿Qué pasó entre Marco y tú?

La risa de Rosé murió.

—Tuvimos sexo.

—Eso es algo que ya sé, pero ¿dónde quedó eso de “con los amigos no”?

—Esa es una regla que no pienso volver a romper, porque yo tenía razón. Fue un error. Ahora las cosas entre Marco y yo están raras. Creo que él se imaginó algo que no era.

Creo que era ella la que no quería aceptar algo.

—¿Marco? ¿El hermano de Christopher? —preguntó Fiore. Ambas asentimos—. ¿Pero qué tienen los hombres Holland que las vuelven locas?

*No tenía ni idea.*



## CAPÍTULO QUINCE

---

DESPUÉS DEL ENCUENTRO con Ethan en el hospital y de decirle que estaba saliendo con Christopher, su primo, no volví a saber nada de él. Era como si nunca hubiera vuelto al país, lo que estaba bien porque las semanas que le siguieron fueron un torbellino de emociones. No había sufrido otro ataque de pánico, pero no tuve la misma suerte con el insomnio y mis dolores de cabeza que se turnaban las horas de mi día. Ya hasta estaba naturalizando el no dormir y trabajar con una leve molestia. Mi cuerpo lo estaba resintiendo y había bajado de peso. No tan notorio como la última vez, pero los números de la báscula no mentían. Por otro lado, todo el asunto con Alexa supuestamente fue un hecho aislado, pero Christopher aún seguía preocupado por ella, yo seguía preocupada por ella. No dudaba mucho que una sobredosis fuera un hecho aislado. Traté de acompañarlo lo más posible sin involucrarme en la situación.

De alguna manera nos las arreglamos para invadir la vida del otro. Christopher empezó a ir regularmente con sus amigos al restaurante. Edward en una ocasión insinuó medio borracho que mi novio solo los arrastraba hasta ahí para marcar territorio con mis compañeros y asegurarse de que Ethan no me rondara, cosa que me parecía descabellada y a la vez descartaba la posibilidad de que se hubiera ido del país.

Yo, por el contrario, me encontré sorprendida de que, pese a todo, podía confiar en Christopher; incluso una vez cuando él y sus amigos estaban tomando algo en el bar y unas chicas se pusieron a coquetear abiertamente con ellos. Edward estaba más que contento con toda la atención femenina que recibía, pero para mí desgracia no toda era para él. Julian, desprendía y desinterés, así que las chicas rápidamente desistieron y se mantuvieron prudentemente alejadas de él y muy, muy cerquita de mí novio, quien les

devolvía el coqueteo con sonrisas despampanantes que las hacían babear.

Cuando lo vi con mis propios ojos la semilla de celos e inseguridad comenzó a florecer en mi cabeza que se marchitó en el segundo en que Christopher y yo cruzamos nuestras miradas al otro lado de la barra. Sus ojos traviosos lo traicionaron con un brillo de interés y algo más que no me atrevía a descifrar. Un brillo que solo aparecía cuando se enfocaba en mí. En vez de ponerme celosa le lancé una mirada de suficiencia y empecé a coquetear con James, quien en seguida se dio cuenta de la situación y me siguió el juego. Se acercaba a mi oído y susurraba chistes estúpidos solo para hacerme reír. Pero hubo un momento en que me encontré siendo posesiva. Una cosa era coquetear inocentemente con otras personas, otra cosa era dejar que una chica extraña enredara los dedos en su pelo en mi presencia. Acariciarle el pelo era mi cosa favorita, después de besarlo, claro. Como no iba a actuar como una persona ridícula reclamándole a ella cuando el que tenía un compromiso conmigo era él, hice algo que nos sorprendió a los dos, sobre todo a mí. Le pedí que se fuera. Sí, que se fuera.

Estaba saliendo con el dios griego de los chicos guapos, entonces tenía que acostumbrarme a que las chicas se lo comieran con la mirada cada vez que salíamos juntos. Sin embargo, marcaba la línea cuando él se atrevía a dejar que lo tocaran. No me gustaba compartir y Christopher lo sabía.

Entonces, esa misma noche logré desmentir que él llegaba al restaurante para hacer pis sobre mí por mis compañeros de trabajo, porque ni se perturbó con James, como lo había hecho antes, esa vez estaba seguro que al final de la noche yo iba a irme con él a casa. Los celos de Christopher solo se manifestaban cuando el nombre de Ethan salía a colación en alguna conversación, se ponía en modo alfa. Tenía la sensación de qué había algo más entre ellos, la hostilidad no podía deberse solo a mí, pero no me atrevía a preguntar.

Hay verdades que era mejor no saber.

Christopher me había estado insistiendo en que tenía que hacer ejercicio y que lo acompañara a correr por las mañanas, acepté con la condición de que no fuera más al restaurante. Aunque en el trato salí ganando yo, verlo todo sudado corriendo frente a mí era una buena forma de pasar mi tiempo. Christopher era caliente como el infierno. Y la atracción sexual entre nosotros iba en aumento, pero yo aún no estaba lista. Mi novio era tan hermoso y considerado que respetaba mi decisión.

Christopher me recogía los sábados al trabajo y me quedaba a dormir en

su ático, pasábamos juntos el domingo. Bueno, no tan juntos. Debido que la mayoría de la familia Holland estaba muy dispersa, a la mamá de Christopher se le había ocurrido la idea de retomar los desayunos familiares. Nadie podía faltar. Christopher me comentó que era un intento sutil de su mamá para ayudar a Alexa y que todos estuvieran más cerca de ella. Entendí completamente que era una cosa familiar, así que no le veía problema que se ausentara en la mañana. Ni que ni una vez me hubiera invitado. Eso sí, cuando regresaba me llevaba cajas de chocolates.

El lunes se había vuelto mi día favorito de la semana.

Eso me daba tiempo para pasarlo con Rosé. Estaba tan contenta que yo estuviera “empezando de nuevo”, como ella decía y nunca se dio cuenta yo estaba preocupada porque sintiera que la estaba desplazando, cosa que nunca haría. Entonces decidí que fuéramos a una feria que estaba en la ciudad, le pedí a Christopher que llevara a sus amigos y yo a Rosé.

Tenía un plan secreto.

Jugar a cupido.

Un plan secreto que no funcionó.

Me parecía que Edward era un chico guapísimo y muy simpático. Por supuesto que ellos ya se conocían, pero Rosé era la amiga *de* Marco. Pensé que ellos se vieran en un nuevo contexto serviría para que se conocieran más. Bueno, no fue así. Ella no parecía en lo absoluto interesada en él. Cosa que me costó un par de burlas de parte del idiota de mi novio, que se había dado cuenta de mi intención. Me recalcó que Edward no era para ella.

Sobre todo, me sentía...feliz.

Por otro lado, pasar una hora en la ducha y cuidando un poco más de lo usual mi aspecto le había dado la creencia correcta a mi familia que seguía con Christopher. Cada vez que iba a salir era un drama más que añadía a la colección y cada vez que regresaba a casa me encontraba con un aura oscura que solo se instalaba en mi presencia. Tenía agujeros en mi cuerpo por todas las miradas de reproche que disparaban en mi dirección. No conocían a Christopher y no tenían la menor intención de hacerlo, simplemente porque yo era incapaz de tomar buenas decisiones. Estaba avisada. Inevitablemente un par de veces me pregunté si salir con Christopher valía la pena todos los vacíos de mi familia. ¿Qué pasaba si terminaba lastimándome? ¿Mi familia iba a estar conmigo o iba a perderla?

Nunca encontraba una respuesta.

Fiore había irrumpido en mi habitación quitándome la laptop de mis manos

antes de que tuviera tiempo de revisar mis correos. Minutos después, sin señales de que terminaría pronto, me encontraba sentada en mi cama pintando las uñas de mis pies de color esmeralda y escuchando mientras ella parloteaba de su nuevo novio. Podría escucharla hablar por horas, pero lo único que decía era: es lindo, confiable y a mamá le agrada. Los subtítulos eran: es lindo, pero no más que yo, puedo manipularlo y me da muchos regalos. Ah, de paso, complazco a la familia.

—¿Me trajiste chocolates? —la corté.

Su novio Henry, a quien había conocido mientras estaba haciendo sus prácticas laborales, le había enviado una enorme caja de chocolates a su casa.

¡Qué romántico!

—Me los comí todos, pero puedes leer la tarjeta.

No, no quería leer su tarjeta. Quería que alguien la hiciera despertar de su letargo y la hiciera vibrar de emoción. Alguien que la hiciera esforzarse, ensuciarse un poco. No quería que su vida fuera gris por el hecho que no sabía estar sola.

—¿Te gusta de verdad? Quiero decir... ¿Eres feliz?

No la vi mientras preguntaba, sabía que no iba a contestarme.

—Sé que estas saliendo con este chico que es caliente —como ya lo suponía, la defensa era su mejor arma—. Pero estuviste soltera todo este tiempo porque un chico te rompió el corazón y no pudiste soportarlo. Te aislaste por meses. Puedo notar lo feliz que estás ahora, no estoy ciega y me alegro por ti. Sin embargo, aún sigues fingiendo que todo está bien, que lo superaste y sales con su primo ¡Su primo! —su tono mordaz hizo que me quedara quieta—. ¿Eres feliz? Quiero decir... ¿Estás con Christopher porque te gusta de verdad? ¿O solo porque inconscientemente quieres darle celos a Ethan?

Su ácida insinuación solo hizo que me enojara, levanté mi cabeza para encontrarme con su retadora mirada incitándome a corregirla. Silencio fue todo lo que obtuvo.

Mi celular vibró con un mensaje de Christopher para que le confirmara si había pedido permiso para faltar el viernes al trabajo.

¡Genial!

*Estábamos sentados en el jardín. A Rosé no le gustaría que dijera eso, pero amaba su casa, casi siempre era tan pacífica más cuando sus padres no estaban. Ethan y yo solo llevábamos tres meses y onces días de estar oficialmente de novios, pero se sentía como si hubieran pasado siglos y nos*

*faltaran un par de siglos más. Ya no solo éramos la parejita de nuestro grupo de amigos, ahora todos en la escuela, incluidos los profesores, sabían que estábamos saliendo. ¿Cómo no iban a darse cuenta? Los papelitos que nos pasábamos en clases, los mensajes de texto, los besos a escondidas y las faltas a clases al mismo tiempo. No es que fuéramos los más populares ni nada de eso, pero era en una escuela donde los chismes y rumores estaban a la orden del día.*

*Los trabajos en grupo siempre fueron la excusa perfecta para reunirnos todos después de clases, relajarnos y hacer travesuras.*

*No me engañaba, estábamos en la edad en la que queríamos experimentar de todo, donde romper las reglas era emocionante y, aunque fuera de mal gusto, eso incluía la marihuana. Los chicos habían desaparecido quien sabe dónde y cómo esto era una cosa entre chicas queríamos hacerlo cuando estuviéramos solas y presumieran de su experiencia.*

*Caroline sacó un porro y nos miró con emoción apenas contenida.*

*No tenía la menor idea de dónde lo había sacado.*

*Lo encendió.*

*—Todas estamos en esto, ¿está bien?*

*Ella pasó su mirada por nosotras tres para asegurarse de que estábamos con ella en eso.*

*Lo estábamos.*

*—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó Sophia.*

*—¡Va a ser divertido! La mary es el primer paso para convertirnos en criminales. Después podemos asaltar un banco —dijo Rosé.*

*Como siempre, ella estaba exagerando todo. Antes de que dijéramos algo más los chicos estaban de regreso.*

*Ethan me quitó bruscamente el encendedor de mi mano mientras me miraba molesto.*

*—¡Ethan! —reclamé.*

*Sin decir nada me tomó de la mano incitando a que me levantara. Le lancé una mirada sobre mi hombro a las chicas que decía “lo hacemos después”, pero Rosé tenía la mirada perdida y Caro el ceño fruncido. Frustrada.*

*—Que aburrido eres —gritó Caro.*

*Ethan solo la ignoró y me hizo caminar con él hasta que estuvimos fuera de la vista de los chicos.*

—Ethan.

—Ethan.

—¡Ethan!

*Parecía que me estaba ignorando a propósito porque íbamos tomados de la mano, era imposible que no me escuchara. Odiaba cuando se ponía en ese plan.*

—¿Ethan? —suspiré— ¿Por qué estás enojado?

*Lo miré de reojo, estaba sonriendo.*

—No, Val —soltó mi mano. Empezó a caminar de espaldas, manteniendo su hipnótica mirada en mí—. Solo me gusta escuchar como dices mi nombre.

*Le sonreí abiertamente mientras me tiraba y enredaba mis brazos alrededor de él. A mí también me gustaba decir su nombre.*

—Es solo que tienes el nombre más genial del mundo.

*Lo besé. Oh, amaba como sonreía en medio de un beso. Ethan me alejó con renuencia. Me dio una mirada seria.*

—No tienes que hacer algo sino quieres solo por seguir a las chicas. No tienes que fumar marihuana o tomar alcohol sino quieres, Val. Conocemos a Caro y ella... bueno, ella es un poco especial.

—Lo haces sonar como si ella nos estuviera obligando. Todas estuvimos de acuerdo.

—Val, te conozco. Sé que no quieres hacer esto, ni siquiera soportas el olor a cigarrillo.

*Era verdad.*

—Tal vez cambié de opinión.

—Si quieres experimentar entonces hazlo conmigo, yo te enseño. Ustedes cuatro ahí solo iban a intoxicarse. Val, cariño, haría todas las locuras contigo.

*Suspiré fingiendo estar fastidiada, pero la verdad estaba preguntándome que había hecho bien en mi vida pasada para que en esa el universo me recompensara con el mejor novio del mundo.*

## CAPÍTULO DIECISÉIS

---

—OH, Val. Realmente no debes preocuparte por eso. Los he visto juntos y la manera en como el mundo desaparece cuando se enfocan el uno en el otro. De verdad, todos los demás dejamos de existir para ustedes.

Le estaba contando lo que Fiore había dicho sobre que tal vez inconscientemente quería darle celos a Ethan. Así era como mi mejor amiga estaba tratando de tranquilizarme.

Puse mis ojos en blanco.

—No digas tonterías, Rosé. No es que el mundo desaparezca, aunque sí es verdad que siento una gran conexión con él. Pero quizá ella tiene un poco de razón. Quizá inconscientemente las cosas con Christopher van mejor porque no quería que fracasara nuestra relación. Ya sabes, por Ethan.

Fue su turno para rodar los ojos.

—Entonces comprueba por ti misma lo loca que estas por Christopher Holland.

—¿Cómo?

Ella me lanzó una sonrisa sarcástica.

—Yo probaría con el sexo, pero averiguar el método que te funcione es tú problema —me miró por el espejo—. Estás buscando cualquier excusa que te haga dudar y arruinar todo, porque en el fondo sigues muy asustada de que te robé el corazón.

Genial. Estaba más confundida que antes, las dos tenían un punto. Rosé con que probablemente estaba asustada y viendo fantasmas donde no los había y Fiore en que quizá estaba fingiendo. Esto era lo que más me asustaba porque me daba la pauta para preguntarme si me estaba engañando cuando me decía que ya estaba todo en el pasado y que había superado a Ethan. Puede que no

sea así.

Seguía con mis enredados pensamientos cuando Rosé chilló de la emoción.

—Este vestido es perfecto. Te vas a ver hermosa.

—¿Estás segura? Creo que es un poco ajustado. ¿Qué pasa sino encaja?

Rosé suspiró.

—Val, Val, Val. El secreto para estos eventos es no encajar. Así es cómo resaltas y deslumbras a todos.

—¿Qué hay de los padres de Christopher?

Esa noche conocería a la familia de Christopher. Ahí estaba, esa era la otra razón por la que todo el día había tenido la sensación de que en cualquier momento iba a vomitar.

—Por ellos no tienes que preocuparte, nos les importa si encajas o no.

No, a ella no le importaba.

—Voy a cancelarle porque creo que de verdad estoy enferma.

Me reporté enferma en el trabajo para poder tener libre desde el viernes por la noche.

Me dejé caer en la silla.

Rosé suspiró exageradamente.

—Vas a gustarles, les he hablado de ti muchas veces, pero si por una dudosa razón no es así, entonces no importa. —Se agachó hasta que nuestras miradas estaban al mismo nivel, me tomó por lo hombros—. Lo digo en serio Val, no tienes que preocuparte por gustarles. Total, estás saliendo con Chris, no con su familia.

—Eres la mejor para levantar el ánimo, aunque sea con mentiras. ¿Alguna vez te lo había dicho?

—Esa es una de mis muchas y menos divertidas habilidades.

Me dio un guiño sexi.

Nunca antes estuve en una galería y menos en una exposición de arte. No tenía ni la mínima idea de si todas eran iguales, pero esta era hermosa. Las paredes estaban revestidas de verde oscuro que contrastaban a la perfección con los cuadros, una iluminación tenue que hacían el lugar íntimo y agradable.

Después de que Christopher me pidiera acompañarlo había tenido un revoloteo insistente en mi estómago que solo se intensificaba a medida que pasaban los segundos. Según me comentó Christopher, su mamá era directora de la Holland Foundation que organizaba exposiciones de nuevos talentos y en varias ocasiones, con grandes artistas. En ambos casos, obligaba a su familia a asistir. A simple vista se notaba que había puesto mucho empeño en ese



evento. Había una gran variedad y calidad de asistentes que iban de un lado a otro viendo y haciendo comentarios sobre los cuadros mientras bebían champagne, trataban de descifrar que era lo que les inspiraba y más importante qué había inspirado a los artistas. El problema era que iba a conocer a su familia o mejor dicho a sus padres en un ambiente que me incomodaba porque yo no sabía absolutamente nada de arte. ¿Qué pasaba si me preguntaban algo sobre alguna pintura y quedaba como tonta por no saber responder? Así que sí, tenía un por qué estar nerviosa.

Cuando apenas habíamos puesto un pie en la galería, una chica se acercó para saludar a Christopher y sonreírle como tonta mientras babeaba por él sin importarle que estuviera sosteniendo mi mano. Para ser justa con ella, cuando lo vi también babeé un poco, pero solo un poco. Christopher estaba para comérselo, iba vestido con un traje a la medida de tres piezas completamente negro; el único contraste era su corbata de seda verde que combinaba con mi vestido. Su pelo lo mantuvo desordenado en las partes correctas. Él se veía atractivo mientras rezumbaba confianza y sexualidad. Me sentí en sintonía con la chica cuando no pudo apartar la mirada de él.

Yo llevaba un vestido ajustado verde manga larga con flores de colores bordadas a mano, me llegaba a media rodilla y abrazaba mi cuerpo en las zonas correctas. Atraje toda la atención de mi maquillaje a mis ojos, con un verde ahumado, mi pelo lo llevaba lacio y suelto. En palabras de Rosé, me veía sofisticada y sexi. Cuando Christopher pasó a recogerme a mi casa me comió descaradamente con los ojos, me dio un beso tan húmedo y sucio que tuve que retocar mi labial.

Nada de eso pareció impresionar ni importarle a la chica, de igual forma me ignoró olímpicamente. Por mí estaba bien, estaba más enfocada en respirar para no entrar en pánico. No obstante, mi novio no pensaba lo mismo. Christopher no era estúpido, se dio cuenta del desplante deliberado, entonces se alejó rápidamente de ella sin ninguna palabra, pero regalándole una mirada molesta por su falta de educación.

—Sabes que no tenías que hacerlo, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—No eres una amiga con derecho que decidí sacar a pasear, eres mi novia. Lo hubiera dejado pasar de otra persona, pero sus padres gastaron miles de libras en su educación, es ofensivo que no sepa ni saludar.

Mi expresión era de desinterés, por dentro era otra historia. Estaba completamente encantada.

*Oh, chico. Deja de hacer cosas que me acaricien el alma.*

A veces mi novio era todo un caballero y como que me gustaba mucho.

Enredó su brazo alrededor de mi cintura y me instó a caminar más allá de la entrada. Avanzamos por un pasillo de la galería viendo algunas pinturas. Al parecer Christopher tomó mi repentino interés por un cuadro como reticencia de conocer a sus padres.

—Vas a encantarles. nena —murmuró en tono tranquilizador.

Sacudí mi cabeza.

—El problema no es si no les gusto, porque seamos sinceros, puedo no gustarles. —Mantuve mi vista en el cuadro—. Sí voy a tener un problema en que piensen que soy tonta por no entender el arte.

El resoplido divertido de Christopher hizo cosquillas en mi cabeza.

—Muy pocas personas entienden de verdad el arte.

—Eso podría ser. Mira esta pintura —señalé el cuadro que teníamos frente a nosotros y me acerqué más a él para susurrarle—. Cuando estaba pequeña hacía unos parecidos, creo que hasta mejores y mi profesor terminaba poniéndome mala calificación. Así que no lo entiendo. Uno de los dos estaba mal y yo apuesto por él.

Con la ronca y contenida risa de Christopher me relajé. Empecé a creer que podría sobrevivir la noche.

—Lo digo en serio, creo que aún tengo algunos guardados en casa. Los hacía por montón solo para fastidiarlo. Viendo estos aquí, pienso que podría lucrarme de ellos.

Eso simplemente hizo que estallara en una fuerte carcajada que llamó la atención de las personas a nuestro alrededor. Nos dirigieron miradas desaprobatorias con ceños fruncidos, pero desaparecieron con pequeñas sonrisas cuando vieron que la persona que se estaba riendo era Christopher.

Con mi codo golpeé suavemente su estómago.

—Tú solo pon cara de curiosidad y finge que son geniales.

—Diciendo eso solo dejas en evidencia que tienes una imaginación muy pobre, cariño.

Una suave y amonestadora voz interrumpió nuestra pequeña algarabía.

Christopher frunció el ceño.

—Tengo buena imaginación, soy muy creativo —me miró—. Dile, nena.

Me quedé completamente impacta con su tono sexual. Oh, sí. Christopher tenía mucha imaginación. Me había hecho llegar a lugares excitantes incluso la ropa puesta. Pero ¿qué se supone que debía decirle a una mujer extraña?

Él tenía que pagarlo por tirarme bajo el tren de la vergüenza.

Hice una mueca.

—No tanta como él presume —acaricié el brazo de Christopher—. Pero hace su mejor intento.

La mujer me sonrió con complicidad. La miré más de cerca, había algo familiar en ella, en su sonrisa.

La respiración se atascó en mis pulmones.

—¿Te das cuenta? No debiste ponerla en una posición incómoda.

*Mierda.*

—Eres tú quien la pone incómoda cuando vienes a regañarnos, mamá.

Me puse tensa.

*¡Genial!*

—Esto es una exposición, no un partido de fútbol. No deberías protagonizar un escándalo.

Lo dijo como si estuviera hablando con un niño pequeño y no con un hombre responsable de sus decisiones. ¡Pero no era responsable! Hacía insinuaciones sexuales enfrente de ella. ¡Su madre!

—Todo es culpa de ella —me acusó, Christopher.

*¡Traidor!*

La vergüenza me inundó. Le sonreí a su mamá a modo de disculpa.

—Lo siento por el ruido.

La señora Holland era alta, guapa y elegante; justo como Christopher, pero ahí terminaban todas las similitudes. Ella tenía la piel aceitunada, el pelo color azabache y ojos marrones.

Unas arruguitas se formaron en las comisuras de sus ojos cuando me sonrió abiertamente.

—No te preocupes, conozco a la perfección a mis hijos. Debo decir que Christopher nunca aprendió a comportarse porque suele salirse con la suya. Sin mencionar que nunca logró superar la fase de adolescente idiota.

Luché duro para no reírme.

—Me avergüenzas, mamá.

Ella soltó un bufido de incredulidad.

—Como si algo realmente podría llegar a avergonzarte.

—Tú lo estás haciendo ahora.

La infantil sonrisa que se dibujó en el rostro de mi novio decía que en lo absoluto estaba avergonzado, también tenía la intención de apaciguar a su madre.

Me soltó para abrazarla y besarla cariñosamente. Ella brillaba visiblemente.

Me alegraba que Christopher tuviera una buena relación con su mamá, pero no pude evitar sentir un poco de celos por no tener eso. Mamá nunca me había visto como si yo fuera importante. Nunca me había sonreído con cariño.

—Mamá, te presento a Valentina. Mi novia —la intensa mirada que Christopher me lanzó bien pudo haberme fusionado con la pintura atrás mío—. Y ella es mi mamá.

—Estos chicos piensan que soy de su propiedad y ya no tengo nombre propio, pero tú puedes decirme Cecilia.

Una sonrisa fácil se deslizó en mis labios. Ahora entendía de donde había sacado Christopher esa facilidad de agradecerles a todos.

—Mucho gusto, Cecilia.

Dio un paso adelante.

—Estaba ansiosa de conocerte Valentina. Christopher y Rosé me han hablado mucho de ti. —Me abrazó afectuosamente, me quede sin saber qué hacer. Entonces Cecilia me soltó y llamó a un camarero para que nos ofreciera unas copas—. Tengo que hablar con otros invitados, pero así van a pasar mejor la velada —hizo una seña a los cuadros y sonrió con complicidad—. Tal vez empiecen a entender y apreciar el arte.

Con eso se alejó de nosotros.

*Pudo haber sido peor.*

—Creo que tu mamá me agrada.

Christopher resopló y me atrajo hacía él.

—Solo te agrada porque me llamó idiota.

Le sonreí ampliamente y le estampé un beso.

Cecilia tenía razón, con un poco más que un par de copas de champagne pasamos mucho mejor la noche. Aún seguíamos sin apreciar el arte y menos entenderlo, pero parecía menos tedioso ya que nos burlábamos en susurros de los cuadros que tenían aspecto extraño y extravagante. Había muchos de esos. La mayoría de los asistentes se movían en el mismo círculo social que Christopher y se acercaban a nosotros para saludar y comentar la obra. Agradecía que Christopher tuviera mejor memoria y logrará fingir mejor repitiendo lo que habíamos escuchando de alguien más. Ambos tratábamos muy duro para no parecer confundidos. Pese a ello, las personas rápidamente se alejaban de nosotros con sonrisas cómplices porque mi novio parecía no poder parar de acariciarme, besarme, abrazarme y susurrarme al oído cosas

subidas de tono que lograban calentarme. A él no le importaban las personas rodeándonos. Una burbuja nos proporcionaba nuestro propio espacio manteniéndonos aislados del exterior.

Aún seguía sin lograr acostumbrarme a sus muestras de afecto en público. En una de esas, uno de los asistentes, un hombre de aproximadamente treinta años no había dejado de mirarme abiertamente interesado y nuestras miradas chocaron. Sus ojos estaban deseosos. Me removí un poco. Era bastante guapo. En eso, la mano que Christopher mantenía en mi cintura empezó a descender lentamente, delineando mi figura hasta llegar a mi cadera. Calor empezó a extenderse por mi cuerpo, mis senos volviéndose más pesados. Christopher se movió para que pudiéramos besarnos. Su lengua entró profundamente en mi boca. Por la esquina de mis ojos aún mantenía contacto visual con el desconocido, vi como levantó su copa saludándome para dejar caer su mirada sobre mi cuerpo. Christopher movió su mano más al centro, sobó mi trasero antes de darle un leve apretón. Fue rápido, dudaba que alguien que no estuviera prestando atención lo hubiera notado. Pero había alguien. Me estremecí de placer.

Cuando se alejó, Christopher tenía una sonrisita satisfecha.

—¿Por qué lo haces? —pregunté con la voz ronca.

Él no fingió no saber a qué me refería.

—Porque me gustan que te miren.

—¿Para qué piensen que soy fácil?

—No hay chicas fáciles, solo personas que se atreven a vivir con libertad —no estaba convencida, él lo notó. Se inclinó hacia a mí, de modo que su aliento acariciaba mis labios y sus ojos me comían—. Créeme. Ese tipo ha pasado toda la noche viéndote el culo. Ocupado pensando en todo lo que te haría si tuviera la oportunidad. Seguramente se imagina que te desviste para follarte. Que yo te tocara solo le ha dado el mejor calentón de su vida.

Christopher tenía razón, sentía la mirada lujuriosa del hombre perforando mi trasero.

Así que había hecho propósito ese manoseo. *Idiota.*

—Te gusta que se den cuenta que solo tú puedes hacerlo.

—Al igual que tú te excitas al ver cómo se ponen.

—No es cierto.

Rozó mi cuello con la yema de sus dedos.

—Lo es. No hay nada malo en ello. Para mí es malditamente sensual.

Secretamente me gustaba lo retorcido que era que le gustara que otros

hombres me vieran mientras todo él se llenaba de posesividad.

Lamí mis labios, deseando que estuviéramos solos. Por su mirada ardiente podía decir que él también quería lo mismo. Habíamos jugado, empujado los límites, nuestros cuerpos se reconocían fácilmente y se atraían con desespero. Quería pedirle que nos fuéramos, pero seguía teniendo miedo por lo que pasaría después.

Christopher parpadeó mirando sobre mi hombro. Cuando me prestó atención otra vez la lujuria se había trasladado a la parte trasera de sus ojos. El momento para pedir se había extinguido.

Suspiró.

—Papá —saludó.

Respiré profundo, tranquilizándome para que las mariposas en mi vientre se tomarán un receso.

Me giré.

Yo había pensado que Christopher era imponente, pero su padre de alguna manera lo era muchísimo más, incluso se las arreglaba para ser un par de centímetros más alto. Su pelo castaño con un par de canas lo hacían lucir elegante y distinguido a la vez. Creo que se debía al champagne y al momento caliente que acababa de tener porque juro que empecé a babear por el hombre que venía a ser mi suegro.

Christopher apretó mi cintura y me obligué a apartar la mirada del hombre para deslizarla hasta mi novio que me veía con una ceja arqueada. Supongo que no estaba siendo buena en ocultar mi reacción.

Me encogí de hombros, despreocupada.

—No es mi culpa —susurré bajito.

—Estaba buscándote.

Estaba segura que le decía a su hijo, pero era difícil confirmarlo ya que observaba de forma intimidante. Si Christopher no me hubiera estado sujetando, lo más probable es que hubiera caído al suelo porque cuando su papá sonrió mis piernas se sintieron flácidas. El hombre tenía una sonrisa moja-bragas.

No me sonrojaba, pero sentía mis mejillas ardiendo. Parpadeé alejando la mirada muy lejos de él.

Christopher se aclaró la garganta.

—Ella es, Valentina. —Podía escuchar un atisbo de diversión en su voz—.

Nena, él es mi *papá*.

—Un placer conocerte, Valentina.

Su voz grave golpeó directo mi estómago.

Joder, estaba cachonda.

Respiré profundo, traté de aparentar normalidad.

—Mucho gusto, señor Holland.

Sonreí débilmente.

—Por lo que pude notar mi hijo te está tratando bien, ¿Cierto? —Su voz socarrona contrastaba con toda su apariencia—. Le dijimos a Chris que este no era el mejor lugar para presentarte ya que los invitados nos mantienen ocupados, pero espero verte este domingo en el desayuno.

—¿Desayuno? —pregunté sin entender.

Las palabras no tenían sentido en ese momento.

—¿No le has dicho? —le preguntó a su hijo.

—Estaba esperando que los conociera a ambos sino salía huyendo, le diría. Ustedes son raros.

El papá de Christopher lo observó con detenimiento luego hizo lo mismo conmigo.

Mi respuesta fue una gran sonrisa.

—No somos raros —dijo, como si de hecho tuviera que confirmarlo—. Ahora espero no te moleste que te robe un par de minutos a mi problemático hijo.

Supongo que en algún lugar se encerraba una pregunta, una que no la alcancé a escuchar, claro.

Asentí con mi cabeza, más enérgica de lo necesario.

—¿Para qué? —preguntó Christopher arrugando el entrecejo.

—No se preocupe señor Holland, puede darme un descanso de él.

Empujé a Christopher hacia su papá.

—No te olvides que este domingo te esperamos —me recordó el señor Holland.

¿Alguien me escuchó decir que aceptaba? Porqué de mi boca no salió ni una palabra. De igual forma, hice un gesto de asentimiento. El señor Holland sonrió. Le hizo a su hijo una seña con la cabeza para que lo siguiera. No me gustaba nada quedarme sin Christopher, pero que querer agradecerles a sus padres me había jugado en contra.

—¿Debería preocuparme por tú reacción? Porque te recuerdo que es mi papá.

—Y antes de ser tú papá es un hombre. —Lo besé juguetona—. Uno terriblemente caliente.

Gimió con los ojos muy abiertos.

—No vuelvas a decir eso de mi papá. —Un hombre mayor con el que nos cruzamos antes pasó a nuestro lado. Le regalé una sonrisa—. ¿Estás un poco borracha?

—¿Por qué lo dices?

—Estás sonriendo.

—Suelo sonreír.

—Pero a mí. Ahora le estás sonriendo a todos. Me pongo celoso.

—¿De un hombre de sesenta años?

Algo brilló en sus ojos.

—Sí. Porque me gusta que tus sonrisas solo sean para mí.

Mi corazón se convirtió en escarcha. Sus cursilerías generalmente me sacaban de balance, pero debía ser verdad que estaba borracha. Aunque no solo por el champán, también por él.

—Hemos tomado la misma cantidad, ¿por qué tú estás bien?

Soltó una risita.

—No, nena. Te bebías la mitad de mi copa.

—¡Oh! —eso lo explicaba— ¿Se nota mucho?

—Nada.

Sonreí.

—Entonces cuando regreses tráeme otra bebida burbujeante.

Negó con su cabeza.

—Si te emborrachas, prometo aprovecharme de ti.

La peligrosa seriedad con la que habló debió ponerme alerta, pero yo sabía que Christopher nunca se aprovecharía de eso. Con nadie. Era un hombre correcto, a veces demasiado.

—Si me emborracho, vas a tener que cargarme hasta tu coche y complacerme. —Pegué mi cuerpo al suyo, lo miré por debajo de mis pestañas de manera provocativa. Sus ojos se volvieron de un azul oscuro—. Ya que seguramente vomitaría y después querría besarte. Mucho.

Arrugó su hermosa nariz.

—Que encantadora.

Me reí.

Una oleada de felicidad junto con otras emociones me inundó mientras lo veía alejarse. Parecía increíble que lleváramos casi dos meses de estar saliendo. Era más increíble que a esas alturas yo no hubiera corrido lejos.

Lo había pensado muchas veces.



A lo lejos vi como Christopher se enzarzó en una conversación. Decidí aprovechar el tiempo. Le pregunté a uno de los camareros dónde estaba el baño, así también evitaba al treintón que no dejaba de mirarme. Cuando estaba por internarme en el pasillo que me indicaron una mano se enroscó en mi muñeca. Confundida, levanté la mirada para encontrarme con unos ojos turquesa. Nos quedamos ahí viéndonos sin decir nada. Luego él me arrastró hasta una puerta lateral que daba al exterior.

—Te ves realmente hermosa, Val.

Su voz melódica me tomó por sorpresa haciendo que mi corazón saltara por el cumplido. Después del “momento” que tuvimos en el hospital sabía que no podía quedarme a solas con él. Si Christopher se enteraba se enojaría muchísimo.

Tratando de poner un continente entre nosotros lo miré con frialdad y caminé de regreso hacia la puerta. Antes de poder dar un paso, Ethan me retuvo por el brazo.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Honestamente sabía que debía tratar de soltarme de su agarre y remarcar la línea divisoria entre nosotros, pero tenerlo frente a mí con sus hipnóticos ojos reclamándome furiosos me producía cierta satisfacción. Tampoco ayudaba que el olor crítico de su perfume siguiera impregnado en mí, porque después de todo este tiempo, él no lo había cambiado.

—Te amo.

¿Eh?

Debía estar realmente borracha porque jamás en mi jodida vida pensé volver a escuchar esas palabras dirigidas a mí salir de su boca y mentiría si dijera que esas palabras no sacudieron los muros defensivos a mi alrededor. Mi corazón se hundió de miedo. Estudié su rostro buscando algo que me dijera que era un engaño, que solo estaba celoso que estuviera con su primo. Sin embargo, yo aún lo conocía muy bien para saber que me estaba diciendo la verdad.

Pero eso no podía ser verdad.

Mi pecho se encogió de dolor.

—Mientes —susurré en un pobre intento para que él retirará esas palabras.

Negó con su cabeza.

—Mentí antes, no ahora —pasó una mano por la parte trasera de mi cuello—. ¿No lo entiendes, Val? Lo había arruinado para nosotros y sabía que si te pedía perdón volverías conmigo sin reparos. Quise llamarte millones de

veces, pero merecías algo mejor. A Alguien mejor, que no te lastimara ni te hiciera llorar. Nunca he podido sacarte fuera de mi cabeza, Val.

Cerré mis ojos con fuerza. No, me negaba a creer algo de lo que él estaba diciendo. ¿Cómo podía amarme? Él dijo que yo lo había arruinado. Él... me arruinó.

—¿Por qué me dices esto ahora? ¿Por qué no hace dos meses?

—Porque me miraste como si yo hubiera sido nadie para ti y creí que finalmente me habías olvidado. En el hospital me di cuenta que no es así, no me olvidaste. Aún me sigues amando. Ni te molestes en negarlo. Lo sé. Puedo sentirlo.

¿Amarlo? ¿A él? Después de todo por lo que me hizo pasar, después de dejarme ardiendo sola en nuestros problemas, después de marcarme de la peor forma. Yo simplemente no podía seguir amándolo, ¿o sí?

No, no podía.

Pegó su frente a la mía, abrí mis ojos insegura y lo dejé hipnotizarme con su mirada. No es que ayudara que me hiciera sentir de un modo familiar. Nuestros alientos parecían mezclarse junto con mis dudas, y entonces él puso esa mirada que siempre me daba antes de un beso. Me sentí temblar de anticipación. Mi corazón saltaba pidiéndome dejarlo entrar y mi mente decía que huyera porque nada sería como antes. Ya había roto todo lo que tenía que romper y yo había llegado demasiado lejos para recaer en la posibilidad que esa vez lo haríamos mejor. No obstante, yo tenía novio y conocía ese dolor sordo en el pecho de cuando te engañaban. Conocía las dudas y las preguntas de saber si eres suficiente, qué tenía de especial esa otra persona que tú no. Yo no podía hacerle eso a Christopher. Yo no quería lastimarlo.

Un beso.

*Solo un beso.*

Un beso que podía arruinar todo lo que estaba construyendo en ese momento.

Su boca estaba a milésimas de la mía. Lamí mis labios y ya podía saborear los de él. A veces lo correcto era la cosa más difícil de hacer. No es una excusa, pero era la cruel verdad.

Yo tenía que hacer lo correcto.

—No —dije más segura de lo que me sentía.

Sin detenerme a pensarlo y correr el riesgo de arrepentirme, caminé de regreso al evento. No sé en qué momento me había soltado el brazo, pero ya no importaba porque había hecho lo correcto, ¿cierto?

Entonces, sí era así. ¿Por qué en vez de sentirme aliviada, sentía como si un vacío oscuro estuviera succionándome? ¿Por qué con cada paso que daba hacia adelante sentía que dejaba un parte de mí atrás? ¿Por qué me dolía el corazón?

Con esa sensación llegué a la puerta, más no la atravesé. El surrealismo de la situación se disipó. Cuando me giré y después de muchos meses sin verlo, Ethan aún seguía ahí de pie con las palabras “te amo” flotando en el aire. Yo tenía la posibilidad de comprobar si mis esfuerzos por olvidarlo funcionaron o si había fracasado, y lo seguía amando. Todo con un simple beso. ¿Y si lo seguía amando? O peor aún ¿Y si no lo hacía y arruinaba las cosas con Christopher? Porque de algo estaba segura, en el pasado estuve dispuesta a perdonar la infidelidad de Ethan porque lo amaba, pero no sabía con exactitud lo que Christopher sentía por mí. Lo que sea que sintiera, no alcanzaría para perdonarme.

Lo sabía.

Unas mariposas traicioneras aletearon en mi estómago, el único problema era que no sabía por quién hicieron acto de presencia.

Respiré profundo con la intención de llevar aire a mis pulmones solo para que lo expulsara bruscamente por mi boca cuando alguien chocó contra mi espalda. Mi corazón latió con fuerza y miedo con la posibilidad de que era Christopher buscándome.

*Por favor, no.*

—Lo siento.

Se disculpó una voz femenina muy sensual. El alivio que sentí fue momentáneo. Al girarme, me topé de frente con la morena voluptuosa que vi en la fiesta de Marco. Solo había una persona en esa galería con la que podía haber asistido.

Ethan.

Él era una persona desagradable, había venido con su novia y tenía el descaró de decirme que me amaba.

—No hay problema.

Le dediqué una sonrisa forzada e intenté pasar más allá de ella cuando su voz me detuvo.

—Te conozco. —No era una pregunta así que me mantuve en silencio. Hizo un gesto simpático con su mano como si tratará de recordar de dónde, sus ojos brillaron más cuando encontró la respuesta—. Sí, estabas en la fiesta, eres la novia de Marco.

Eso sería muy bizarro.

Negué rápido con la cabeza.

—No, solo somos amigos —si Ethan no podía ser sincero conmigo, entonces escucharía la verdad de ella—Pero tú sí eres la novia d...

Alzó una mano para detener mis palabras. Amplió los ojos.

—Yo no diría novia —se encogió de hombros y me sonrió cómplice, como si tuviéramos algo en común—. Aunque nos conocemos de hace más de un año solo somos *amigos*. Con él es fácil entenderse.

Oh, ella pensaba que “solo somos amigos” era un tipo de clave.

Un momento.

Me quedé sin aire.

—¿Más de un año? —pregunté incrédula.

Ella asintió, ajena de que estaba removiendo con morbo la estaca de hielo que había sido clavada en mi pecho desde hace más de un año.

—¿No lo has visto por aquí? Dijo que pasaría un momento, solo para hacer acto de presencia, pero lo perdí.

—No —mentí.

Suspiró, cansada.

—Voy a buscarlo entonces. Nos vemos por ahí.

Me quedé estática al pie de la puerta mientras la veía alejarse. ¿Era ella? ¿Era ella con quien me había engañado? Solo con preguntarme eso la ola de traición de su parte quintuplicó su tamaño y el dolor volvió a aparecer. Lo triste era que no podía desahogarme llorando porque las lágrimas no se hicieron presentes por la simple y llana razón que desde hace más de un año las había drenado todas.

Ya no me quedaban más lágrimas para él.

Escuché sus pasos acercarse. Me giré para enfrentarlo porque necesitaba una respuesta.

—¿Es ella?

Espere hasta que respondiera, pero no lo hizo. Solo bajó su mirada y asintió.

—Pero ella no fue...

Di un paso hacia él, furiosa, tal vez era porque me sentía un poco achispada por el champagne, pero por una vez no quería escuchar lo que tuviera que decir. Quería que él me escuchara.

—No me insultes diciendo que ella no fue importante. No lo entiendes aún, ¿cierto? No se trata de ella, nunca se trató de con quién me engañaste —

inclinó su cabeza hacia mí—. Se trataba de ti y de mí, de nosotros. Estaba dispuesta a perdonarte porque te amaba, porque en el fondo sabía que también me amabas. Pese a todo decidiste ser cruel dejándome sola con todos los chismes que se propagaron. Ni una sola vez te detuviste a desmentirlos, al contrario, sabías que tu opinión era importante para mí y escogiste herirme con tus palabras para que te dejara en paz. Tú voz quedó resonando en mi cabeza mucho tiempo, culpándome por tus errores. Te di todo. Todo. Mierda, Ethan. ¡Todo!

» Cuando estuve en el hospital ni siquiera te dignaste en visitarme para asegurarte de que estuviera bien, yo te necesitaba. No tienes ideas de cuánto te necesitaba. Nunca creí que me dejarías caer sola. —Sacudí mi cabeza sintiendo vergüenza de mí por lo estúpida que había sido—. Ahora vienes aquí diciendo que me amas sabiendo que estoy en una relación. No, Ethan, tú no te alejaste porque creyeras que yo merecía a alguien mejor. Te alejaste porque eres un cobarde que decidió echarme la culpa por tus errores, porque no supiste amarme bien. Tienes razón, quizá aún te sigo amando, quizá la parte masoquista de mí aún se sigue aferrado a ti, pero eso ya no importa porque yo jamás podría volver a confiar en ti. —Tomé un respiro tembloroso y con un nudo en la garganta dije—: Esta vez soy yo quien no te quiere en su vida.

Decir eso clavó aún más hondo la estaca. No dolía. Bueno, sí dolía, pero en algún momento tendría que dejar de doler.

Ya no se trataba de si él estaba diciendo la verdad o no. No podía dejarlo entrar.

A las personas nos enseñaban, nos idealizaban con un amor épico que va a llegar a sacudir nuestra vida y que, en el proceso, el amor va a doler. Y sí duele, pero no significa que tenemos que perdonar todo por amor. No conformes con eso, han hecho que romanticemos la idea de que el amor es justificación para mentir.

Iba más allá de ridículo.

Si alguien te ama debía ser valiente, mirarte a los ojos y decirte la verdad por muy fea que fuese. A continuación, te abrazaría fuerte y te acompañaría mientras llorabas. Porque si alguien te amaba, significaba que también te respetaba y te daba la posibilidad de que tomaras tus propias decisiones.

Si Ethan me hubiera dicho eso antes, yo podría haberle dicho que no necesitaba a alguien mejor, que yo solo lo necesitaba a él porque me hacía feliz.

Cuando estaba por irme enredó su brazo en mi cintura tomándome por

sorpresa mientras me pegaba a él.

Vacíé mi rostro de cualquier expresión.

—No hagas esto. Suéltame.

Me removí para que me soltara, pero solo logré que su brazo me envolviera con más fuerza.

—Val.

Respiró a un lado de mi cara provocando a las mariposas en mi estómago a salir a jugar.

Suspiré.

—¿No lo ves? Tu plan salió a la perfección. Encontré a alguien que no me hace llorar. —Con tacones solo me superaba por un par de centímetros así que podía verlo directo a los ojos cuando dije—: Me gusta. Christopher realmente me gusta.

—Pero no lo amas.

Bufé.

—Tú no sabes eso. Ahora suéltame —dije con dureza mientras me empujaba lejos de él. Alcanzó a enroscar su mano en mi muñeca—. Ethan, suéltame.

—Dime Val, ¿por las noches sueñas conmigo? Porque desde que regresé el único sueño que tengo es donde tú apareces y estoy seguro que es la forma en la que estamos conectados —cerró los ojos, respiró profundo cerca de mi boca. Tenerlo tan cerca envió un escalofrío por mi cuello y hombros. Sonrió arrogante— No importa cuánto te esfuerces en negarlo. Sigues oliendo a mí.

Su ronroneo fue lo último que escuché antes de sentir un brusco tirón en mi brazo libre enviándome hacia atrás. Trastabillé unos pasos en mis tacones. Unos fuertes brazos me atraparon antes de que cayera al suelo, justo a tiempo para ver con horror como Ethan era derribado al suelo de un solo golpe.

## CAPÍTULO DIECISIETE

---

—¿ESTÁS bien?

Asentí sin girarme para agradecer a la persona que evitó mi caída. Mi vista rápidamente volando de Ethan tendido en el suelo tocándose su boca ensangrentada, a un Christopher que sacudía su puño. Estaba respirando con furiosa dificultad y no apartaba la vista de su objetivo. Intenté dar un paso, acercarme a ellos, pero fui retenida por el brazo, otra vez. Enojada porque todo el mundo se creía con el derecho de agarrarme sin permiso, me giré encontrándome con varias cabezas vueltas hacia nosotros, observando el espectáculo con los ojos espantados. Miré a quien estaba reteniéndome para pedirle que me soltara, era Marco y ya estaba negando con la cabeza.

Tenía razón, lo mejor era no meterme, con mi suerte solo lograría llevarme un gancho, pero tenía que hacer algo. No podía quedarme quieta.

—¡Christopher! —pedí.

Christopher me disparó una mirada de disgusto.

—¿Por qué estabas aquí con *él*?

La culpa me invadió por lo que pudo haber pasado mientras miraba a Ethan levantarse del suelo, era una novia fatal.

—Solo estábamos hablando. —Me zafé del agarre de Marco—. De verdad, no pasó nada.

Ethan bufó con incredulidad llamando la atención de todos mientras me miraba directamente.

—¿Desde cuándo eres la clase de chica que da explicaciones? —Sus ojos me analizaron con descaro. ¿A qué estaba jugando? —¿Por qué no le dices la verdad? Que si él no hubiera llegado en este momento estaríamos haciendo lo que ambos queríamos. Besarnos.

Lo miré incrédula. Ethan era el chico que más me había amado en el mundo, aun así, no dudaba en lastimarme.

¿Cuándo nuestro amor se volvió tan desastroso?

¿Qué ganaba diciendo esas cosas?

Provocar a Christopher.

Fue la chispa que encendió la llamarada que Christopher trataba de contener. Un segundo estaba acercándose a mí y el otro estaba golpeando de nuevo a su primo. Elevó su brazo una, dos, tres veces y las tres veces su puño aterrizó en el rostro de Ethan antes de que Marco interfiriera intentando tirar de Christopher. Nunca lo había visto actuar así, era como si hubiese explotado.

Christopher podía jugar a que otro hombre me viera, a provocarlos, pero cuando se trataba de Ethan era un depredador.

Alguien pasó empujándome para llegar a ayudar a Marco a controlar a Christopher.

—Suficiente —dijo el señor Holland con una autoridad impresionante que hizo silenciar a todos sin tener que elevar la voz—. Contrólate —le dijo a su hijo.

Christopher se sacudió de encima las manos de su papá, dio un paso amenazador hacia Ethan que estaba incorporándose.

Su papá lo retuvo.

—Mantente alejado de ella —gritó.

Estaba unos cuantos pasos delante de la multitud que los rodeaba, así que pude sentir perfectamente como todas las miradas se posaron en mí, excepto la de los dos trogloditas con sed de sangre. El señor Holland frunció el ceño en mi dirección luciendo intimidatorio, bajé la mirada sintiéndome de algún modo culpable por toda la situación. Sin embargo, no lo era, no del todo. La pelea entre ellos dos existía desde antes que yo conociera a Christopher.

Unas voces se elevaron de entre la multitud coreando:

—¡Chris!

Cecilia, caminó hasta donde estaban ellos, con la mirada preocupada yendo de su hijo a Ethan.

—¿Qué pasó aquí?

Su confusión se dejaba ver en sus palabras, no recibió respuesta alguna. Nadie tenía certeza de lo que había pasado. Excepto... yo.

*Maldición.*

Mis ojos se desviaron a Ethan. Hice una mueca de dolor, se había llevado



la peor parte. Tenía un lado de la boca reventada y lo más probable es que le quedaría un cardenal en su mejilla. Ahora no solo era guapo, sino que lucía guapo y peligroso. Estaba confundida del por qué lo había provocado, solo tenía que fijarse que Christopher era más corpulento y alto que él. Obviamente era más fuerte.

Mi corazón se comprimió dándome cuenta que Christopher había golpeado a alguien debido a mí, después de terminar preso por golpear al papá de su exnovia. No creía que eso volviera a suceder, eran familia y Ethan de algún modo se lo había buscado. Miré con los ojos abiertos a Christopher, quien ignoraba lo que su papá le susurraba. Estudiándolo más de cerca me di cuenta que tenía la mirada clavada entre la multitud y había palidecido notablemente, como si hubiera visto un fantasma. Antes de que pudiera girarme a ver, sus ojos ligeramente abiertos se posaron en mí, me dio una mirada que no logré descifrar.

—¿Alguien me puede explicar que sucedió aquí? —Exigió Cecilia—. ¡Christopher no te vayas!

Pero Christopher pasó de largo. La multitud se apartó mientras él caminaba. Alargó su brazo para enroscar su mano con fuerza en mi muñeca, me arrastró hacia la salida pidiendo su coche. A lo lejos escuché que Marco le decía a su hermano que se detuviera, pero no creía ni que lo hubiera escuchado. No me animé a volverme mientras hacíamos nuestro camino. Aunque quería tranquilizarlos, no podía asegurarles que todo estaría bien.

Mis tacones resonaron en el pavimento. Me tiró contra la pared, mis ojos se abrieron sorprendidos hacía él. Tenía la mandíbula tensa, su rostro ensombrecido, sus ojos azules eran puro hielo, vacíos de cualquier sentimiento. Christopher era alto e intimidante y con su enojo apenas contenido era un felino salvaje. Quise retroceder de manera automática, pero no había dónde.

Sus ojos taladrándome. Acusándome.

—Creo que te mencioné que no me gusta compartir.

Molesta e intimidada por la dureza de su tono, disfracé la culpa que estaba sintiendo por indignación

Le devolví la mirada enojada.

—La última vez que comprobé no era propiedad de nadie.

Fue la decisión equivocada, con mi tono mordaz su furia pareció crecer.

—La última vez que comprobaste no eras mi maldita novia. —Pasó una mano por su cabeza, desordenando aún más su pelo. Estuve tentada a pasar mi

mano también, para acariciarlo, pero no creía que el gesto fuera bienvenido. Estaba ocupada tratando con un novio idiota así que tuve que aguantarme—. ¿Qué estabas haciendo escondida con Ethan?

Yo no había estado escondida con Ethan, si lo hubiéramos estado Christopher no nos habría encontrado. No obstante, decir esta obviedad no me ayudaría a solucionar el lío en el que estaba metida. También lo entendía, conocía de sobra la desagradable sensación de sentirse inseguro en una relación, de sentir que no eres suficiente y tener miedo de perder a esa persona. Lo que yo menos quería era que Christopher volviera a experimentar ese desgarrador sentimiento. Me golpeé mentalmente. Yo había jugado con fuego con Ethan al no remarcar la línea entre nosotros.

¿Qué estaba pensando?

Ya no había un nosotros entre Ethan y yo.

*¿Eres feliz? Quiero decir... ¿Estás con Christopher porque te gusta de verdad? ¿O solo porque inconscientemente quieres darle celos a Ethan?*

Sacudí mi cabeza, intentando olvidar lo que dijo Fiore.

No podía tener razón. Me gustaba Christopher, lo quería.

Una verdad me golpeó. Estuve preocupada por Christopher pese a que fue él quien se puso violento y había dado los golpes.

*Estuve preocupada por él y solo por él.*

Miré alrededor, pensando en la respuesta correcta para calmarlo.

Decidí decirle la verdad.

—Ethan dijo que me seguía queriendo. Pase meses esperando volver a escuchar esas palabras de él —Christopher se tensó visiblemente—. Lo dijo tarde. Ahora estoy contigo. *Quiero* estar contigo.

Bueno, eso estaba cerca de la verdad. Era mejor no decirle que en vez de querer había dicho la palabra *amor*. Esa palabra tenía una connotación más profunda.

—Antes de contestar piensa bien la respuesta, Valentina. ¿Ethan te sigue importando?

Christopher cruzó los brazos, dispuesto a esperar el tiempo necesario por mi respuesta. Aproveché para pasear la mirada por su alto y musculoso cuerpo, por su abundante y despeinado pelo castaño, y por sus hermosos ojos azules. Mordí mi labio, era imposible no sentirme atraída por él cuando me hacía perder el control con un beso, era imposible no sentir algo por él cuando mi corazón se agitaba con una mirada.

Estaba claro, yo estaba con Christopher y no tenía por qué dudar de ello.

Suspiré y ladeé mi cadera. Después de unos segundos de pensarlo decidí darle algo sobre mí.

—Fue mi primer novio. —Mi estómago se sintió enfermo—. Estuvimos juntos un año y medio hasta que él me engañó con una universitaria. Después decidió que yo no era suficiente y que no quería saber nada de mí. Terminamos. Él terminó conmigo. Le insistí, pero no cambió de opinión. Nos graduamos y no volví a saber nada de él hasta el día de la fiesta —*El día en que te conocí*—. El intentó besarme, ¿sabes? Yo también quería besarlo. Comprobarme que ya no sentía nada por él. Pero me di cuenta que tú no me perdonarías. El no querer perderte tuvo más peso para mí. Entonces no lo hice, por ti. Nos hubiéramos ahorrado todo el alboroto sino fueras un cavernícola y realmente confiaras en mí.

Mis ojos rompieron la conexión con un coche frente a nosotros, cuando con dos pasos Christopher me alcanzó.

—Déjame dejarlo más claro —deslizó sus dedos por mi mandíbula, elevando mi cabeza para encontrarme con su mirada seria. Me enderecé, aún con tacones me hacía sentir pequeña—. Cuando se trata de ti, no quiero que él esté cerca. No quiero que te ponga las manos encima. Eres mía.

No tuve tiempo de asimilar sus palabras posesivas, un segundo estaba mirando sus ojos y el otro estaba golpeando mi espalda contra la pared, otra vez. Christopher se pegó a mí, serpenteó una mano en mi cintura, la otra la enredó con mi pelo, sosteniendo mi cabeza para estrellar su boca en la mía. El beso era desesperado, crudo, estaba reclamando algo. Reclamándome a mí.

Gemí y deslicé mis brazos alrededor de su cuello. No me sorprendía nada el arrebató de Christopher, era de las personas pacíficas que explotaban tomando todo lo que querían y cuando querían.

El beso borró la mirada de ojos color turquesa.

El beso borró cualquier duda que tuviera.

Su beso duro me volvía loca y su fuerte agarre en mi cintura era casi doloroso. Un gemido se escapó de la boca de Christopher, vibró por todo mi cuerpo hasta llegar a mi bajo vientre. Lo atraje más hacia mí, rocé mis senos en su pecho. Lo tomó como una invitación y la mano en mi cintura empezó a descender hasta la curva de mi trasero, acariciándolo para después presionarme contra él hasta poder sentir en mi vientre lo duro que estaba. Quizás era como un escape por todo lo sucedido pero el poco control que seguía manteniendo sobre mí se fue con un sonido de satisfacción. Su beso se transformó en exigente. Húmedo. Salvaje.

Una electricidad abrumadora me recorrió, instalándose en el medio de mis piernas, me removí contra él, inquieta, desesperada porque me tocara más. Necesitaba más. El vestido que tenía puesto, en su momento me había encantado, pero en ese momento sentía que me estorbaba. Quería arrancármelo. Deseaba que me besara sobre la piel desnuda. Dejó mi boca para pasar su lengua caliente por la vena de mi cuello, tiré mi cabeza a un lado. En ese momento todo mi cuerpo zumbaba de excitación. Su mano apretó uno de mis senos, tuve que sostenerme de la chaqueta de su traje con los puños cerrados. Mis piernas se apretaron, luchando por aliviar el ardor en mis partes femeninas. Mis manos viajaron por su espalda. Sin mi permiso descendieron por su delicioso trasero y lo apretujé más a mí. Me froté contra él. Pidiéndole más.

—Christopher —jadeé.

El aire frío golpeó mi cuello cuando se alejó, abrí mis ojos exasperada, encontrándolo a un par centímetros con su mirada hambrienta.

Ambos respirando agitados.

—Nena, cada vez tengo menos control sobre mí, sino paramos voy a follarte aquí mismo —susurró con voz ronca.

Parpadeé.

—No pares, solo hazlo.

No dudé en decirlo. Habíamos estado saliendo por varias semanas, habíamos dormido juntos muchas veces. La temperatura entre nosotros llegaba a niveles incalculables y Christopher siempre se detenía en el punto de no retorno. Respetando mi petición de ir lento. Nunca me hizo sentir presionada a avanzar, aunque presionaba. Apenas podía procesar sus palabras, lo único que sabía con certeza es que estaba excitada, mi cuerpo entusiasmado, mis hormonas jadeando y rogando por más.

En ese momento quería cruzar la línea que había dibujado entre nosotros. Conseguir algo de alivio.

Su mano dio un fuerte apretón en mí trasero, pude ver perfectamente como toda su expresión se volvía lujuriosa.

Tragué saliva. Deseosa.

—Mierda, mierda —cerró sus ojos, frustrado—. He fantaseado muchas veces con esas palabras, pero eso no va a pasar. Repítelo cuando no estemos en un lugar público y cuando no tengamos champagne encima.

A la mayoría de las chicas ese gesto les parecería romántico, pero yo no era como la mayoría de las chicas. Para mí fue como un jarrón de agua fría que

me congeló hasta los huesos. No era estúpida, el sexo era parte de una relación y él lo había estado deseando. En nuestros momentos de intensidad siempre terminaba con un bulto en sus pantalones imposibles de ocultar. Entonces, ¿qué importaba dónde le dijera esas palabras? ¿Qué importaba si tenía alcohol en mi sistema? Mi braga húmeda evidenciaba que yo también lo deseaba. Si dejaba de ser el jodido caballero que era y me tocaba, se daría cuenta. A menos que... A menos que me estuviera rechazando.

Sacudí mi cabeza y cerré mis ojos con fuerza.

Totalmente ajeno a mi desborde emocional, Christopher rozó suavemente sus labios con los míos. ¿Eran cuchillos de hielo las que se estaban clavando en mi pecho? *Basta Valentina, estás siendo dramática.* Esto no se debía a Christopher, ni a mi intuición, sino a mis propias e inmensas inseguridades de no ser suficiente. Tiré de su cabeza buscando algo más profundo para ahuyentar la ansiedad. Si me lo proponía podía lograr que él dejara de pensar, se dejara llevar y me follara ahí mismo. Contra la pared. Sin importar si alguien podía vernos.

Oh, eso sería caliente.

Una garganta se aclaró cerca de nosotros. Christopher se apartó rápidamente mientras yo trataba de reprimir mis ganas de golpear a quien había tenido la audacia de interrumpirnos. ¿Quién era tan tonto como para meterse con las hormonas de una chica?

Christopher lanzó una mirada sobre su hombro y toda su postura cambió.

—Tenemos que hablar, Christopher.

La ronca y sentenciosa voz masculina me hizo ampliar los ojos con horror.

¡El señor Holland!

Mi novio inmediatamente interpuso su cuerpo para bloquearle la vista a su papá. Protegiéndome.

—Por si no lo notas, estoy ocupado en este momento.

Él no pudo haber dicho eso.

—No te atrevas a faltarle aún más el respeto a tu novia, te he educado mejor que eso.

Me tensé. Quería hacerme la desentendida y pretender que no sabía de lo que hablaba el señor Holland, pero la forma en que Christopher se le fue encima a Ethan sin asegurarse que yo estuviera bien y la forma en que me había sacado del evento, casi arrastrándome, había sido más que grosero.

—No tenemos nada de qué hablar.

Su tono gélido me hizo estremecer.

El momento ya se había enfriado y él tenía razón, ese no era el lugar para tener sexo.

*Todo lo que me haga sentir mejor para no pensar que me rechazó.*

—Tu coche está aquí —informó con la misma autoridad.

Miré sobre el hombro de Christopher. Era verdad, el chico al que le había pedido su coche estaba viéndonos con diversión en sus ojos. ¿Hace cuánto estaba ahí?

—Christopher —dije.

Mi protesta fue completamente ignorada, no quería que discutiera con su papá. Él solo estaba preocupado por la actitud de su hijo.

Me llevó hasta su coche sin mirar a su padre y abrió la puerta para que yo entrara, cuando se dio cuenta que no iba hacerlo me tomó por el brazo.

Tiré mi brazo fuera de su agarre, realmente harta de que me tratara así. Lo miré más allá de molesta.

—Valentina —siseó en mi cara.

Nos miramos por varios segundos, ambos lanzándonos dagas con los ojos sin importarnos que su papá estuviera presente. Seguía enojado conmigo, pero también estaba enojado con él mismo por haber actuado así. Sin embargo, la mirada que me dio era de alguien que no iba a dar su brazo a torcer. Él quería estar enojado porque así las cosas dolían menos.

Algo se derritió en mí.

—Solo habla con él —Viendo la terquedad en sus ojos hice algo que no había hecho en mucho tiempo. Puse ojos de cachorro con un puchero—. ¿Por favor?

Sus ojos se ampliaron.

—Estás rogándome —sacudió su cabeza—. ¿Cuánto bebiste?

No me dejaría comprar. Era importante para mí que lo hiciera.

Bajé la voz a un murmullo:

—No fuiste muy sutil allí adentro. Si te vas sin hablar con él la impresión que tiene de mí va a empeorar. No quiero eso. Es tu papá.

La rigidez de sus hombros disminuyó un poco. Asintió de mala gana.

Entré en el coche con la certeza de que lo haría.

—Me aseguraste de que él no estaría aquí.

Fue lo único que alcancé a escuchar antes de cerrar la puerta.

Si antes el señor Holland no estaba seguro que tuve algo que ver en la pelea, con esa declaración ya no tenía dudas.

Aparté la vista de la pantalla de la laptop para deslizarla por la sala de

estar y ver qué fue tan gracioso que hizo a Julian soltar una sonora carcajada. Los amigos de Christopher junto con Rosé habían aparecido en el ático a temprana hora de la mañana de un día sábado, sin ser invitados. No quería acusarlos de haberme despertado, pero bueno, ellos lo hicieron. Arruinaron mis planes de escapar de Christopher porque aún me escocía su rechazo. Desde entonces han estado sentados en el sofá viendo alguna película. Todos parecían estar divirtiéndose, tal vez me hubiera unido a su diversión sino fuera por la mirada de mi mejor amiga.

Cualquier persona que estuviera viendo la escena pensaría inocentemente que Rosé solo estaba siendo divertida, pero yo sabía ver más allá de eso. Ella estaba coqueteando con Julian de forma sutil, pero efectiva. La había visto sonreír así varias veces antes. Ella no iba a detenerse. Sin importar que Rebecca estuviera acurrucada al costado de Julian.

*Mierda.*

Regresé la vista a la pantalla tratando de decidir si debía intervenir. Si Rosé ya había puesto sus ojos sobre él no habría mucho por hacer. Solté un suspiro, vi a la parejita de nuevo. Rebecca era simpática de forma inocente y Julian parecía muy interesado en ella, quizá no habría ningún problema. Empecé a relajarme cuando vi que Julian arrojó una mirada de interés sobre Rosé, por suerte, ella no se dio cuenta. Maldición, él también había caído en sus exóticas trampas. ¿Y cómo no? Ella era hermosa. No creía que fuera más que interés visual por ella, decidí intervenir. Le envié un mensaje a Rosé para que nos encontráramos en la cocina.

Abrí la nevera y me serví un vaso con agua. Estaba de espaldas cuando escuché:

—¿Qué sucede?

Miré sobre mi hombro. Ella estaba apoyada en sus codos sobre la isla del desayuno mirándome con sus perfectas cejas arqueadas. Me acerqué a ella. A pesar de que mantenían la película en un volumen tan alto que podría confundirse con un cine real, no me quería arriesgar a que los demás me escucharan.

Rosé suspiró, supongo que mi cara lo decía todo. Levantó sus manos en señal de rendición.

—He tenido un pequeño flechazo con él, pero no estoy haciendo nada.

—Desde el momento en que dices que no estás haciendo nada es porque estás haciendo algo. Quiero asegurarme que sepas que él tiene novia y está ahí, sentada a su lado.

Ella sonrió malvada.

—Eso solo lo hace más divertido, Val.

—Para una jugadora como tú claramente lo hace, pero si ella se entera...

Me estremecí interiormente ante lo que ella podría sentir.

—No es como si yo tuviera algo con ella.

—Pensé que querías que fueran amigas.

Era un golpe bajo porque si había algo en este mundo que Rosé valoraba era la amistad.

Se encogió de hombros y me miró fijamente.

—¿Cómo estuvo la exhibición?

La miré exasperada.

Tan pronto como la vi cruzar el elevador estuve evitando quedarme sola con ella porque conocía mis estados de ánimo. Intuiría con facilidad que algo estaba pasando. No quería provocar otro escándalo cuando ella le reclamara a Christopher por ser poco perceptivo conmigo.

—Estuvo bien hasta que apareció Ethan.

Su rostro mudó toda clase de expresión.

—¿Qué hizo está vez?

Solté un bufido con el recordatorio.

—Llegó acompañado de la chica con quien me engañó. Te conté que en la fiesta de Marco estaba con una morena voluptuosa, ¿verdad? —ella asintió—. Bueno, resulta que era ella. Al parecer ha estado viéndose desde que regresó. Pero no le importó y me acorraló. Christopher nos encontró y se armó un escándalo.

Su mirada sorprendida se encontró de nuevo con la mía.

—¿Se pelearon? ¿Por ti?

Negué rápido con mi cabeza.

—No, no por mí —mordí mi labio incapaz de explicarme—. Quiero decir que no se pelearon, Christopher lo golpeó. —Puse mis codos en la isla para acercarme más a ella, susurré—: Christopher se pone muy celoso por Ethan, creo que para él es difícil estar saliendo con la ex de su primo.

—No sé qué paso entre ellos, pero puedo averiguarlo —se ofreció.

Negué con la cabeza.

—Ethan me dijo que me seguía amando. Pero si lo que buscaba era tener una oportunidad conmigo, ¿por qué se comportó como un estúpido?

—Porque te ama —dijo Rosé. Fruncí mi ceño—. Tú deberías entenderlo mejor que nadie. Cuando amas a alguien hay un punto en el que estás dispuesta



a todo. Incluso a comportarte como un estúpido.

Increíblemente Rosé tenía algo de razón. Aunque no quería obsesionarme con ello, había algo más que ocupaba mis pensamientos. Y enfrente tenía a quién podía ayudarme.

—Christopher me rechazó. Para mí que pasó mucho tiempo, se aburrí de esperar y ya no lo caliente como al principio.

—¿Qué? —dijo en voz alta.

Maldición, ¿Alguna vez iba a aprender que mi mejor amiga no sabe disimular?

—Rosé —reclamé.

El rostro de concentración de Rosé me hizo rodar los ojos.

—¿Cuál fue la excusa?

¿Excusa? No me gustaba nada esa palabra.

—Dijo y cito: “Repítelo cuando no estemos en un lugar público y no tengamos champagne encima”.

Para mi total desconcierto los ojos de Rosé se estrecharon con incredulidad.

—¿Estás drogada? Eso es... Eso es... es romántico. ¿No es algo por lo que las chicas matarían por escuchar?

¿Romántico? Probablemente fuera eso, pero cuando regresamos a su ático el alcohol había dejado mi sistema. Cuando nos fuimos a la cama Christopher ni siquiera me abrazó. Era algo extremadamente raro, a él le gustaba acariciar mi abdomen mientras veía el cielo nocturno. Nada de eso sucedió. En la mañana ni siquiera había recibido un beso. Definitivamente era para preocuparme.

—¿Quién es romántico?

Ambas nos volvimos al sonido de la voz de Christopher.

Sus cejas elevadas con insinuación, sonreía como si nos hubiera atrapado. Se colocó al lado de Rosé. Reprimí un gruñido. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Seguía enojado por Ethan?

Le lancé una mirada desesperada a mi amiga.

—Esa una conversación de chicas —dijo Rosé.

—Están hablando de chicos entonces —supuso Christopher.

Se sonrieron.

Genial. A ella sí le sonreía y a mí apenas me había mirado.

*¡IDIOTA!*

Resoplé ante su tono arrogante.

—Es un error común creer que nosotras perdemos el tiempo hablando de ustedes —espeté con tono cortante. Dejando claro que él no tenía permitido unirse a la conversación.

Rosé tenía la boca abierta mientras se deslizaba fuera de la isla.

—Creo que todo está en tú cabeza, Val. En serio.

No habíamos terminado de hablar y ella ya estaba escapando.

—Sobre lo de antes —dije a su espalda porque ya no la podía hacer volver—. Hazlo por mí.

La vi asentir, pero sabía que no le gustaba nada. Era una caprichosa. Desde que había estado con Marco cualquier excusa era buena para estar con otro chico.

—¿Vas a decirme que está en tu cabeza?

*Tú.*

Era la primera vez desde ayer que se dirigía a mí directamente. Su rechazo se había filtrado bajo mi piel, acomodándose en la costra de una herida. Él realmente me había lastimado. Me sentía enojada y frustrada. Sentía la necesidad de golpear algo. Su cara parecía un buen lugar donde colocar mi puño. Lo más frustrante era que en serio estaba dejando que un simple rechazo aflorara mis inseguridades. Vamos, era una chica grande que sabía cómo manejar sus sentimientos. No podía dejar que me afectara. Si Rosé tenía razón, estaba irritable por nada.

Me di cuenta que Christopher tenía el ceño fruncido. Alargué mi mano a través de la isla, pasé los dedos sobre la arruguita, sus rasgos se relajaron bajo mi tacto, pero sus ojos aún seguían alerta esperando una respuesta. ¿Podía decirle lo que pasaba? ¿Sabía yo le que pasaba? Mi corazón acelerándose fue la única respuesta que obtuve.

—¿Sabes guardar un secreto Christopher? —pregunté en un tono serio

Se tensó. Su rostro se volvió inexpresivo mientras alejaba la mano de él.

—Siempre puedes confiar en mí, Valentina.

*Valentina.*

Era como si acariciara mi nombre haciéndolo sonar diferente, delicado y dulce. Casi nunca lo decía, pero cuando lo hacía las mariposas en mi estómago mutaban a enormes dinosaurios. Demonios, eso ni siquiera era posible.

Rompí la conexión con su mirada, me enfoqué en un punto detrás de él. Desde el primer momento que conocí a Christopher confíe en él, pero no estaba lista para dejarlo conocer esa parte de mí.

—Es solo que me gustas. Realmente me gustas mucho, Christopher.

Dicho eso, rodeé la isla y a él cuando intentó atraparme.

Era una persona difícil, había pasado mucho tiempo escondiendo mis emociones del resto que ahora no era la clase de novia acaramelada que se sentía segura de decirle a su novio que estaba herida por su rechazo. Simplemente ya no sabía cómo actuar.

Christopher era importante para mí y sentía cierta urgencia de que él lo supiera. Tal vez para que no se repitiera lo de la noche anterior, pero más que todo, para que se sintiera seguro conmigo. Tanto como quería que lo supiera, me daba miedo decir las palabras porque no estaba segura de cuáles serían. Solo esperaba que nosotros dos estuviéramos lo suficientemente conectados para que él entendiera el trasfondo de lo que “realmente me gustas” significaba.

Me acurruqué en el sofá al lado de Rosé con la excusa de mantenerla controlada y fingí ver la película. Digo fingí porque no tenía idea de que se trataba, mi mente estaba ocupada recreando la escena en la cocina, pensando que pude haber encontrado palabras más claras que esas. Cuando los créditos salieron en la pantalla, me sorprendió escuchar un absoluto silencio de parte de los chicos.

—¿Qué? —preguntó Rebecca sonando confundida.

Todos estaban con los ojos puestos en Christopher, pero él tomó su vaso y bebió el líquido de un solo trago, luego puso el vaso en la mesa.

—Tienen que irse —nadie daba crédito a lo que decía, cuando nadie se movió, dijo con autoridad—: Ahora.

Todos empezaron a moverse, incluida yo. Edward fue el primero en quejarse y refunfuñar algo sobre un partido. Yo simplemente vi mi escapatoria. Corrí escaleras abajo hasta la habitación de Christopher por mis cosas, cuando estaba a punto de ponerme mis zapatos escuché la puerta cerrarse. Levanté la cabeza para encontrar a mi novio con una mirada extraña.

—¿A dónde vas?

Sintiéndome vulnerable decidí que podía calzarme en la sala. Caminé hasta la puerta. Christopher me dio espacio para que pudiera pasar.

—Rosé va a llevarme a casa.

Giré el pomo de la puerta, pero no pude abrirla. Una mano estaba apoyada sobre ella.

—Oh nena, tú no vas a ningún lado.

Cerré mis ojos con fuerza cuando su voz ronca envió un escalofrío por mi cuerpo.

—¿Los echaste para que tuviéramos sexo? —pregunté insegura.

Ni una parte de él me estaba tocando, pero podía sentir toda su enorme presencia a mi espalda, invadiéndome. Quemándome. Cuando su aliento acarició mi mejilla, los zapatos se resbalaron de mis manos.

—Les pedí amablemente que se fuera porque voy a hacerte el amor.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

---

¿HACERME EL AMOR?

Le disparé una mirada sobre mi hombro. Todo el aire en la habitación se había espesado, sus ojos azules oscurecidos y llenos de deseo. Como era de esperarse, mi cuerpo respondió instintivamente. La sangre corrió a mis senos volviéndolos pesados, me puse rígida cuando sentí la necesidad entre mis partes de chica. El leve movimiento llamó la atención de Christopher, bajó la mirada y sus ojos llamearon contra la tensión de mis piernas desnudas. Jadeé y su mirada voló hasta mis ojos. Nuestras miradas enredándose, luchando para decidir quién se sentía más caliente. No nos estábamos tocando, pero era tan consciente de la presencia de Christopher que sentía que me quemaba por dentro.

Mi mano seguía en el pomo de la puerta y Christopher la tomó, me giró en redondo con fuerza. El movimiento me tomó por sorpresa y choqué contra su fuerte, fuertísimo pecho y como siempre sucedía, sus brazos me rodearon al instante. Levanté mis manos, pasé mis dedos por su pelo, desordenándolo. Me puse de puntitas, acercó su boca a la mía, la saboreé con apremio. Abrí mi boca para dejarlo entrar. Nuestras lenguas comenzando una guerra. Estaba tan sumergida en el beso y me preguntaba si el sexo con él sería así de duro, profundo y húmedo. Una estela de electricidad me recorrió cuando sus manos viajaron hasta mi trasero y me alzo como si yo no pesara nada, enredé mis piernas entorno a su cintura, atrapándolo. Aunque sabíamos que esta vez nadie nos interrumpiría, el beso se convirtió en un beso urgido, desesperado y salvaje. Queríamos fundirnos el uno con el otro.

Para mí su boca era como el café, tan adictivo y caliente que lo bebería a todas horas y todos los días. Lo bebería por siempre. Sin embargo, ese beso

sabía diferente, como si de alguna manera estuviéramos creando un nuevo sabor, solo que esta vez juntos. Mucho más íntimo y sensual. Sin dejar de besarnos Christopher nos transportó hasta la cama, mis rodillas golpearon el colchón. No fue lo único que golpeó. El bulto duro en sus pantalones de algodón me hizo recordar que esa vez necesitabas más. Me froté contra él. impaciente, la excitación aumentando hasta que él puso sus manos en mis piernas, deteniéndome.

Rompió el beso y se alejó un par de centímetros. Ambos jadeábamos en busca de aire. Cuando tuve suficiente aire, intenté recortar el espacio entre nosotros en buscando su boca, él se echó hacia atrás. Lo miré molesta. Este no era el momento para sus juegos. Lo necesitaba, maldición. Estaba tan excitada que me dolía.

Las comisuras de su boca se elevaron.

—¿Estás segura de esto, nena?

No podía dejar de mirar su boca, no aguantaba. Me incliné hacia adelante por un beso y una vez más, Christopher se echó hacia atrás.

Bien, eso ya no era gracioso.

Me encontré con sus ojos brillantes de diversión por mi prisa. Le fruncí el ceño, molesta. ¿Por qué tenía que comportarse como un idiota en ese momento?

—¿Vas a rechazarme de nuevo?

—Nunca te rechacé, quería comportarme como el caballero que crees que soy. Todo este tiempo he tenido una erección malditamente dolorosa, tuve que contenerme para no acariciarte porque corría el peligro de explotar y follarte. Pero necesitaba que estuvieras con todos tus sentidos alerta para nuestra primera vez.

Así que por eso no había puesto sus manos sobre mí.

—Christopher.

—No te preocupes, nena. Es evidente que tú tampoco puedes controlarte conmigo.

Bufé.

—¿Puedes no ser arrogante en este momento?

Estaba sorprendida, pensé que cuando ese momento llegara iba a estar insegura y tímida, que dejaría que él marcara el ritmo de la situación, pero su erección clavándose en mí evidenciaba cuanto me deseaba y me hacía sentir valiente. Deseada. Por otro lado, mis bragas húmedas evidenciaban cuanto lo deseaba yo a él. Así que no quería esperar a que mis inseguridades se hicieran

presentes y arruinaran todo. Quería disfrutar con él. Sentirlo muy profundo.

—¿Alguna vez te has visto en un espejo?

¿Eh? Claro que me había visto en un espejo tenía mi dotación de vanidad, pero dudaba que se refiriera a eso.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

Acercó su boca a la mía en un pequeño y delicado beso. Retrocedió mirándome como si yo fuera tierna.

No era tierna.

—No tienes idea de lo malditamente sensual que eres y todo lo que haces es provocativamente caliente. —Acarició mis piernas con sus manos, caricia que sentí directo en mi centro—. Tan caliente que cualquier hombre que estuviera a punto de tenerte en su cama se volvería arrogante.

Yo no era sensual, mucho menos caliente, pero si él me miraba de esa forma no iba a quejarme. Es más, me gustaba. Después de pasar mucho tiempo sintiendo y pensando que yo no era suficiente, su cumplido me provocó una calidez en mi interior que se instaló justo en mi alma.

—Entonces eres el hombre con más suerte en el mundo, porque yo solo quiero estar en tu cama.

Mi voz sonando ronca de deseo.

—Lo sé, soy un maldito suertudo. —Ahora un poco distraído— Me muero por ver tu cuerpo desnudo, tu pelo pegándose a tu piel perlada por el sudor. Quiero escucharte gritar mi nombre cuando haga te vengas, gemir por mí. Por eso necesito saber si realmente quieres esto, Valentina. Si no estás segura podemos esperar. De verdad.

Por la mención de mi nombre supe que hablaba en serio, pero lo único en lo que podía pensar era en la imagen de mí desnuda, montándolo.

Un escalofrío me recorrió.

—Estoy borracha de deseo, Christopher. Lo he estado desde la primera vez que me besaste y me quedé sin saber qué hacer. Necesito esto. Quiero que me hagas todo lo que sé que tienes en mente. Todo lo que te has imaginado conmigo. Lo quiero.

Estaba abrumada por su consideración, porque aún hasta en ese momento él recordaba mi petición de esperar. Nadie más que él podía ser dulce y caliente al mismo tiempo. Me lancé sobre Christopher buscando el beso que me estuvo negando. Sonreí para mis adentros cuando su mano fue hasta mi cabeza y quitó la cola en la que mantenía sujeto mi pelo. A él le gustaba verme con el pelo suelto y a mi encantaba mantenerlo así. Cerró su mano en mi pelo,

haciendo un puño y empujándome más a él. La sensación de nuestras lenguas y el calor corporal de Christopher invadiéndome me empujaba al borde de la inconsciencia sexual.

Rompimos el beso cuando la lujuria se hizo insoportable. Elevé mis brazos, sin perder el ritmo Christopher tomó el dobladillo de mi camisa, quitándola fuera de mí. La lanzó al suelo como si le estorbara. La chispa ardiente entre nosotros siempre estaba presente, nos habíamos besado, acariciado y rozado hasta que nos incendiábamos, conocíamos nuestros cuerpos a la perfección. Pero esa era la primera vez que iba a verme desnuda y absorber cada detalle. Agradecía ser la clase de chica que le gustaba usar lencería porque cuando Christopher dejó que su mirada vagara por mis senos, se volvió hambrienta y yo me sentí hervir. Su mano serpenteó por mi espalda, esquivando mi pelo para llegar y soltar con manos expertas el broche de mi sujetador

Entrelazó sus ojos con los míos. El aire frío golpeó mis senos desnudos cuando el sujetador desapareció, algunos mechones de pelo cayeron ocultándolos. En un movimiento Christopher los apartó, bajó la mirada y dejó de respirar. Toda la sangre corrió hasta ellos, mis pezones frunciéndose y rogando por su atención.

Me tomó por la cintura bajándome de su regazo.

—Desvístete, nena.

Asentí.

Alcancé el botón de mi short, pero me detuve para admirar a Christopher. No era la primera vez que lo miraba sin camisa, quiero decir, hemos pasado mucho tiempo juntos jugando entre nosotros y le gustaba hacerme babear, pero ahora estaba en todo su esplendor. Su hermoso cuerpo bronceado acentuaba más sus abdominales y el corte bien definido de sus oblicuos era realmente sexi. Me daban ganas de pasar mi lengua y lamerlo todo. Mordí mi labio, expectante a lo que seguiría. Christopher sacó su pantalón de algodón junto con su bóxer, mi garganta se secó de repente mientras alcanzaba un vistazo de su enorme erección.

Cuando dijo que tenía “una erección malditamente dolorosa” lo dijo en serio, quiero decir, lo dijo *realmente* en serio. Estaba rígido como una piedra, las venas estaban marcadas, además de tirante. Parecía que se podía romper en cualquier momento.

Retrocedí. Con Ethan solo tuvimos relaciones un par de veces e incluso la palabra “tuvimos” se alejaba de lo que realmente sucedió. No era tampoco una



mojigata que no sabía nada de sexo, varias veces me había satisfecho y corrido sola, había leído mucho y había escuchado a Rosé sobre sus aventuras, pero... Lo que tenía frente a mí era otra cosa.

—¿Nena?

Aparté la vista de su amigo.

Mis mejillas se calentaron al instante por haber sido atrapada.

—Es grande —solté mi pensamiento.

Sonrió.

—Gracias, supongo —clavó sus hermosos ojos azules en mí—. Podemos detenernos en el momento que tú quieras. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Crees qué vas a poder soportarlo? —pregunté dándole un vistazo rápido a su pene.

—Por ti lo haría.

Mi sexo se apretó.

*Dulce y caliente.*

No, no quería detenerme y lucir como una puritana que arruinaba el momento más ardiente que había tenido en su vida. Pero era inevitable sentirme recelosa porque su pene no solo era grande, sino que también grueso. No es que tuviera con quien compararlo realmente aparte de su primo y no tenía ganas de hacer eso, pero su tamaño estaba ahí, a la vista.

Tragué saliva.

—No, no quiero parar.

—Tu ropa.

Con la mano todavía en el botón de mi short le sonreí avergonzada.

—Oh, claro.

Me saqué el short junto con mi ropa interior lo más rápido que pude. Cuando reuní el valor de encontrarme con él, sus ojos estaban repasándome sin pudor alguno, devorándome, dejando una sensación de ardor por la intensidad que despedía.

Sus ojos volvieron a mi cara con el ceño fruncido.

Me puse rígida. Solo ponía esa mirada cuando algo salía fuera de sus planes. No pude evitar que un pensamiento inseguro se colara. ¿Y si no le gustaba?

Con un paso largo se puso frente a mí, apartó mi pelo, colocándolo detrás de mis hombros.

—¿Tienes un tatuaje?

El aire que no sabía que estaba conteniendo salió expulsado en un bufido y

me relajé al instante.

—“Hakuna Matata” —dije con diversión.

Su risa llenó la habitación.

—Es solo que no sabía que tenías uno.

Siguió las líneas del tatuaje con las yemas de sus dedos, acarició mis costillas.

—Si sabes que eso no dice mucho de ti como novio, ¿cierto?

Su mano cálida me rodeó la cintura, su erección se clavó en mi vientre. Mierda, estaba tan duro y yo tan resbaladiza. Éramos perfectos.

—Voy a compensártelo —prometió— ¿Cuándo te lo hiciste?

—Hac...— mi voz se desvaneció.

Christopher me giró de forma que estaba dándole la espalda. En ese momento todo, pero absolutamente todo, era una exploración nueva para mí. La forma en que sus caricias me hacían sentir, como mi cuerpo reaccionaba de forma tan visceral con él. Solo Christopher hacía que mi cuerpo cobrara vida. Así que me faltaba un poco de concentración para contestar su pregunta mientras su boca estaba en mi cuello. Su mano cálida masajeó mis hombros, mis brazos, mis senos con más fuerza, pellizcó mis pezones erectos enviando una onda de excitación. Ahogué un gemido de satisfacción. Su otra mano descendió aún más, viajando por mis costillas, mi vientre y entre mis piernas. Temblé cuando sus dedos se abrieron paso entre mis pliegues para llegar a mi clítoris.

—¡Oh, maldita sea! —jadeé cuando empezó a hacer círculos.

Dejé caer mi cabeza en su hombro.

Me moví contra su mano, incitándolo a que hiciera más. Necesitaba más. Abriendo mis piernas para darle más acceso, Christopher empujó dos dedos en mi interior.

Su gruñido vibró en mí cuerpo.

—Joder nena, estás empapada. Tan resbaladiza.

Desde la noche anterior había tenido una excitación importante, así que ya estaba lista para él. Los músculos internos de mi vagina se apretaron alrededor de sus dedos. Eso fue todo. Christopher enredó su mano en mi pelo y tiró suavemente mi cabeza en un ángulo en que pudiéramos besarnos. Nuestras bocas chocaron en un beso duro, feroz. Cada vez que sus dedos bombeaban con fuerza en mi interior, su erección acariciaba mi espalda de arriba hacia abajo, rozando el inicio de mi trasero. Corté el beso cuando me faltó el aire. Clavé las uñas en mis piernas, moviéndome desesperada contra

su estocada.

—Christopher —rogué.

Quería pedirle más y más rápido, pero mis jadeos se volvieron superficiales cuando empecé a sentir la tensión formarse en mi interior que no podía pronunciar palabra. Mordí mi labio con fuerza, buscando algo de cordura de mi parte. Con reticencia me alejé de Christopher y de sus habilidosas manos. Vamos, él me hacía perder el control con demasiada facilidad, pero mi cuerpo sabía lo que quería.

Y era sentirlo.

Me senté al borde de la cama, viendo la confusión de Christopher.

—¿Quieres que nos detengamos? —preguntó con los dientes apretados.

¿Detenernos? No había chance de eso. No saldríamos de esta habitación hasta que nos estrelláramos contra la lujuria.

Su respiración era superficial. Él también buscaba el control de sí mismo. Aproveché que tenía los ojos cerrados, me deslicé y me acosté sobre la cama.

—Christopher —llamé suavemente.

Abrió los ojos, absorbió toda la vista que le estaba ofreciendo. El músculo de su mandíbula se apretó.

—¡Joder! ¡No juegues conmigo!

Él quería complacerme primero y lo volvería a intentar si se lo permitía. Pero había una cosa, él estaba viéndome en medio de su cama con mi largo pelo esparcido por la almohada. La imagen le afectaba más de lo que le gustaba, lo hizo desde la primera vez que dormimos juntos. Y yo lo sabía. Esa vez había un plus, me tenía a mí, desnuda esperando por él.

Supe exactamente el momento en que su determinación flaqueó.

Un empujón más y obtendría lo que quería.

—Quiero sentirte dentro de mí. Ahora —ronroneé.

Con pasos enérgicos se posicionó al final de la cama.

—Eres una pequeña tramposa.

Es raro que no me diera cuenta antes el poder que tenía de hacerle perder el balance.

Sonreí con picardía.

—¿Cuándo pusimos reglas?

Su respuesta fue arrastrarse sobre mí en un movimiento peligroso y aplastar su boca con la mía. Rápido. Fuerte. Sus labios descendieron dejando un reguero de besos por mi barbilla, mi cuello y mi clavícula. Mi pulso volvió a acelerarse con una sacudida cuando Christopher agarró entre sus dientes mi

pezón derecho, justo antes de sentir el calor húmedo de su lengua dibujar un círculo y cerrar su boca entorno a él. Deslicé mi mano por su cabeza apretando contra mis senos, succionó con fuerza. La tensión que sentí antes seguía ahí, aumentando. Aumentaría más si él se mantenía haciendo eso con su deliciosa lengua.

No sabía que mis senos eran tan sensibles.

Me retorcí cuando cambió a mi otro pezón. Mis manos viajaron por su cuello, sus hombros y brazos. Incliné mis caderas hacia él. Mi cuerpo temblaba bajo su atención. Mis piernas se tensaron y él... él se detuvo.

Sus ojos me devolvían la mirada con una llamarada de calor mientras una sonrisa de superioridad se formaba en su apetitosa boca.

Idiota, engreído.

—Resulta que también quiero sentirte. Mierda, nena, necesito sentirte.

*También quiero y necesito sentirte.*

Sentí mi vagina lubricarse con la vista de su pene erecto listo para entrar en mí. Una súbita emoción de anticipación me recorrió junto con el miedo. No importaba cuanto lo intentara, no podía dejar atrás esa parte de mi pasado.

Coloqué una mano en su pecho, deteniéndolo.

—Con codón, Christopher —pedí.

Lo sentí tensarse bajo la palma de mí mano.

—Me hice un chequeo antes de empezar nuestra relación. Estoy limpio —afirmó. Yo también lo estaba—. Tú estás tomando la píldora, ¿no?

Asentí. Tomaba la píldora porque mi periodo era irregular, pero a veces olvidaba hacerlo. Como sea, ese no era el punto aquí. Había aprendido de mis errores, conseguir una ITS o algo más no estaba en mis planes. Sin importar lo obnubilada que pudiera estar por Christopher, no estaba dispuesta a ceder en ese aspecto.

La larga mirada que compartimos me puso nerviosa, era capaz de escuchar a su cabeza trabajar para intentar sacar conclusiones.

Me puse sobre mis codos.

—A veces olvido tomarlas.

Pude ver que no estaba seguro de si le estaba diciendo la verdad, pero de igual forma asintió. Se acercó a la mesita de noche junto a la cama, sacó una caja de preservativos. Sabía que se había sentido ofendido porque parecía que no confiaba en lo que él decía, así que le di un beso y jugueteé con su lengua.

Christopher había encontrado la manera de hacerme sentir segura y no sentí vergüenza cuando bajé mi mano, acaricié su duro pene de arriba abajo,

presioné un poco y lo sentí palpitar en la palma de mi mano. Christopher gruñó y me tiró impaciente sobre la cama. Lo vi ponerse el condón con rapidez. Separó mis piernas y frotó su erección en mi entrada, provocándome, haciéndome jadear y retorcerme de deseo. Me dio esa arrogante media sonrisa que tanto me encantaba a sabiendas de lo excitaba que estaba. Recorrió con sus ojos todo mi cuerpo desnudo y cuando volvió a encontrarse con los míos, su mirada había cambiado. Me observaba como si yo fuera un sueño.

Nuestras miradas se conectaron.

Mientras veía sus ojos, fue el momento en que me di cuenta que toda mi reticencia y mis dudas se debían a que le había abierto mi corazón a Christopher desde el primer momento en que fui consciente de la conexión magnética que había entre nosotros. Esa química que era difícil de encontrar, nosotros la tuvimos casi desde que nos conocimos. Sin esfuerzo. Solo estaba ahí. Atrayéndonos. Nosotros fuimos inevitables desde que nos vimos a los ojos. Era el puto *destino* el que nos juntó. Mientras me miraba entre dulce y caliente, justo ahí, justo en ese momento, antes de enterrarse de una sola estocada dentro de mí, me enamoré de él. Quizá ya lo estaba de antes y no me di cuenta. El punto es que estaba enamorada. Lo que significaba que él tenía el poder de romper mi corazón y hacerlo polvo cuando quisiera.

Sentí como se abrió camino en mi interior. Me puse rígida, ahogué un gemido y clavé mis dedos a los lados de su torso. La incomodidad no se hizo esperar mientras mi cuerpo trataba de adaptarse a su gran tamaño. Christopher se quedó inmóvil con los dientes apretados. Sus ojos viéndome con sorpresa y preocupación.

—Estás apretadísima —susurró con voz ronca.

Una pregunta se encerraba en sus palabras, pero no me importaba. Los músculos de mi vagina estaban empezando a relajarse y el hormigueo de excitación a formarse de nuevo. Empujé mis caderas incitándole a moverse.

Su mandíbula se puso aún más tensa y pensé que podría quebrársela en cualquier momento, pero no hizo ningún movimiento. En vez de eso, arqueó su ceja en signo de pregunta.

¿Es qué no lo iba a dejar pasar?

—Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuve con alguien —dije.

—¿Quién fu el último?

—Christopher.

—¿Quién?

—¿Realmente quieres que te lo diga ahora?

Sus ojos se llenaron de una gran posesividad. Sacudió su cabeza.

Se empujó dentro de mí, hasta llegué a creer que podría tocar mi útero.

—Voy a hacer que te corras tan fuerte que el único recuerdo que te va a quedar es el mío dentro de ti.

Ese sonaba como un excelente plan. De verdad, era lo que más deseaba. Borrar todo mi pasado y quedarme con ese momento. Le di una pequeña sonrisa. Enredó sus dedos con los míos, salió de mi interior y se volvió a deslizarse lentamente dentro de mí. Tenía una vista espectacular de él entrando y saliendo de mi interior. Sus mejillas se tornaron coloradas y mi corazón se comprimió de emoción. Pero el muy idiota se estaba burlando de mí con esa pasividad.

—Christopher, más duro —rogué.

Tomando mis palabras literalmente, se estrelló dentro de mí haciéndome encorvar la espalda, rápidamente me acoplé al ritmo que Christopher marcaba. Estábamos tan inmersos en el descontrol que me olvidé de todo y empecé a vivir el momento, mientras sentía la conexión entre nosotros intensificarse. Agarró mis caderas, elevándome para deslizarse más profundo en mí, haciéndome frotar mi espalda sobre la cama y provocándome una ola de placer inexplicable. Mis gemidos y sus gruñidos producían eco en las paredes de la habitación. Y sentí esa maravillosa tensión en mis piernas. Bombeó más fuerte y más rápido, cada vez enterrándose más.

—De ninguna manera esto podría ser mejor —gruñó.

Su pulgar masajeando mi clítoris, mi respiración más pesada. Jadeé con agonía frustrada. Mi cuerpo quería responder a su exigencia tan duro que llegué a pensar que lo haría. Pero *no* lo haría. El esfuerzo que estaba haciendo Christopher para contener su liberación era evidente, su pulso latía en el cuello. Fruncí el ceño. Quería hacerlo lo suficientemente bueno para él.

—Christopher —sentí una presión inmensa en mi vientre—. ¡Maldición!

Estaba hipnotizada por la forma en que se movía. Todo lo que era capaz de hacerme sentir en los lugares correctos.

—Nena, no...

Alargué mi mano, acaricié su mejilla de pasada y enredé mis dedos en su pelo. Lo atraje a mi boca, obsequiándole el beso más sucio y profundo que había dado en la vida. Christopher siguió empujando un par de veces más hasta que se quedó inmóvil. Con un gruñido profundo lo sentí estremecerse mientras se corría dentro de mí.

Christopher se desplomó y lo envolví con mi cuerpo, acomodó su cabeza

en el hueco de mi cuello. Ambos respirábamos agitadamente. Pasé mis brazos gelatinosos por su espalda, tenía una fina capa de sudor y no pude contenerme en deslizar un dedo por su espina dorsal haciendo que se estremeciera.

Christopher se levantó de la cama y fue al baño, después de un momento regresó a mí. Se quedó de pie devorándome. Me invadió una sensación de timidez. No sabía qué hacer o qué decir. Estaba esperando a que él dijera algo. Saber si le había gustado estar conmigo tanto como me gustó a mí.

—¿Qué? —pregunté cuando ya no pude soportar su mirada.

Negó con la cabeza.

Mi estómago se hundió.

—Me gustan que mis fantasías se hagan realidad.

Tragué saliva. ¿Qué demonios significaba eso?

—¿Qué sería...?

Se arrastró de nuevo a la cama como la pantera peligrosa y salvaje que era.

—Lo siento. Parezco un hormonal adolescente y no esperé a que te corrieras conmigo, pero voy a compensártelo —dijo mientras sus dedos susurraban en mis muslos, siguiendo un camino marcado.

Él realmente se veía dispuesto a compensármelo.

Detuve su avance.

—Está bien. No tienes que compensarme nada. Realmente lo disfruté.

—Esto tiene que ser bueno para los dos. Tienes que estar satisfecha.

—Lo estoy —no mintiendo completamente. Su mano me ignoró y siguió su camino—. No puedo —confesé.

Christopher dejó de forcejar su ascenso. A continuación, me obligó a encontrarme con sus ojos. Había un brillo obstinado en ellos.

—¿Qué no puedes?

Eso era tan vergonzoso, pero tendría que darle algo para que no emprendiera una tarea que solo terminaría frustrándonos a ambos.

—Correrme. No puedo correrme —dije entre dientes.

Me miró fijamente.

—¿Nunca has tenido un orgasmo?

*Oh, por todos los jodidos dioses.*

—No puedo correrme... con alguien más. Solo no puedo. Nunca he podido.

El entendimiento lo golpeó.

—¿Estás diciendo que solo te corres cuando te tocas a ti misma? —Asentí.

Cerró los ojos—. Puta mierda. Yo creí que no podrías gustarme más.

Él no había dicho eso.

—¿En serio? —pregunté con sarcasmo. Beso mi nariz de forma mimosa, distrayéndome para que su mano pudiera abrirse paso entre mis piernas sin encontrar resistencia. Con la palma abierta, froto mi sexo. Adelante y atrás. Recordándome lo bien que se sentía ser acariciada por él—. Christopher —reclamé.

Era un traidor.

—Dije que te correrías tan fuerte que el único recuerdo que ibas a tener sería el mío dentro de ti. Mis dedos también cuentan. Voy a hacerlo bueno para ti. Así que relájate.

Seguridad y satisfacción estaba escrito en toda su cara, él quería ser el primero en darme un orgasmo. Pondría todo su empeño en ello y yo lo dejaría. Quería que, por lo menos, una primera vez fuera perfecta para mí.

La bomba llena de excitación necesitada de una explosión se mantenía ahí. Era frustrante. Después de estar con Christopher dudaba seriamente que pudiera sofocarla dándome placer propio. Llegando a un acuerdo conmigo misma, abrí ligeramente mis piernas. Las llamas calientes en los ojos de Christopher prometían hacerme arder como si estuviera en el infierno. Mi piel se erizó de anticipación.

Sus dedos se colaron entre mis pliegues, llegando a mi clítoris. Trabajó de forma experta, frotaba, masajeaba con la fuerza suficiente para arrebatarme gemidos de placer. Mis caderas giraron contra sus dedos. No podía hilar ningún pensamiento, todo se trataba de sentir y aunque estaba expuesta, me dejé llevar. Me retorcí cuando su dedo hizo movimientos alrededor de mi entrada.

El calor aumentando entre mis muslos.

—Christopher...

Su aliento susurró sobre la piel de mis senos, su boca cubriendo la cúspide y succionando duro, una y otra vez, al mismo tiempo su dedo se sumergía dentro de mí. Arqueé mi espalda. Mis ojos revolotearon.

—¡Oh sí! —grité.

Clavé mis uñas en la cama, el remolino en mi abdomen adquiriendo una nueva intensidad. Christopher pareció notarlo también porque su pulgar empezó a estimular mi clítoris, mientras su dedo salía y entraba de mi vagina. Una voz dentro de mi cabeza se burló, recordándome que, de hecho, este era el punto máximo al que había llegado con él. Con alguien. Siempre ahí,



escalando cuesta arriba para balancearme en la cúspide sin poder encontrar el alivio de la caída.

—No puedo —jadeé.

Christopher agarró entre sus dientes mi pezón sensible y excitado, lo mordió con demasiada fuerza. Grité por la brusquedad. Una sombra de dolor y placer se extendió. Entonces, lo volvió a hacer, mordió duro como si estuviera castigándome. Una onda de electricidad salió disparada hasta mi sexo. No podía ser real. Lo que estaba experimentando era de otro mundo.

La boca de Christopher se movió a mi oído.

—Todas estas semanas hemos estado desdibujando los límites. Presionándonos a llegar más lejos. Cada jodida vez, terminaba con una erección monumental. ¿Sabes qué? Nunca me masturbe, estaba esperándote. Que te corrieras a mí alrededor de mi pene iba a ser la mayor satisfacción — Me quedé sin aire. Él solía alejarse y meterse en el baño, creía que era para terminar lo que habíamos empezado. Pero entonces volvía con el bulto en sus pantalones, lo único que pasaba por mi cabeza es que era insaciable. Que no se aliviará por mí lo hacía todo más caliente. Moví mis caderas más rápido, desesperada—. Dormir contigo se volvió todo un reto doloroso —pegó sus caderas a mí, dejándome sentir que estaba excitado otra vez—. Deseaba que me dejaras desnudarte, besarte todo el cuerpo, acariciarte en todos los lugares escondidos y averiguar si tenías la piel igual de suave. —Introdujo otro dedo y bombeó más rápido, más profundo a medida que su voz sonaba más ronca—. Muero por probar tu coño, follarte con mi lengua, hacer que te corras en mi boca y poder saborearte —presionó mi clítoris con más fuerza. Mis piernas y abdomen se tensaron—. Apuesto a que tus jugos son un maldito elixir hechizante.

Empujó sus dedos una y otra, y otra vez hasta que me quedé inmóvil, me aferré a la cama como si fuera lo único que podría sostenerme. La tensión propagándose por todo mi cuerpo. Mi vagina contrajo los músculos, aprisionando en el interior los dedos de Christopher. Un segundo después, solté un grito, mi liberación explotando por todas mis terminaciones nerviosas.

Temblé de adentro hacia afuera, mis músculos se sentían flácidos, mis ojos desorbitados. No era el primer orgasmo que tenía, pero ese de alguna manera fue largo, dulce y agónico.

No sé cuánto tiempo me quedé en ese estado desde que mi mundo había explotó. Me sentía en una nube eléctrica.

Mantuve mis ojos cerrados tratando de recobrar el aliento.

Estaba impactada, no sé qué bicho de la lujuria me había picado y me preguntaba por qué había esperado tanto tiempo para volver a tener sexo si era genial.

Oh, había tenido sexo, sexo buenísimo.

Definitivamente quería repetirlo.

Christopher me envolvió en sus fuertes brazos. Me acomodé sobre él colocando mi cabeza en su pecho.

Parecía increíble como un simple abrazo de Christopher me daba placer, incluso después de haber hecho ¿el amor? Mi corazón se aceleró con la palabra, pero para mí defensa él fue quien dijo “amor” primero. ¿Cómo había terminado enamorándome de él? ¿Cómo no iba a terminar enamorándome de él?

Levanté la cabeza para encontrarme con su mirada. Mi boca se hizo agua. Estaba sudado, su pelo revuelto y lo más notorio, su mirada presumida. Estaba satisfecho consigo mismo por lograr lo que nadie antes pudo.

Fuegos artificiales explotaron en mi vientre.

Christopher vio mi incertidumbre, no dudó en darme una salida fácil.

—Ahora sí, nena. ¿Cuándo te hiciste ese tatuaje?

Sonreí. Así de voluble me tenía. Joder.

—Inmediatamente después que termináramos la escuela Rosé y yo nos fuimos a Paris. Se supone que solo pasaríamos un par de semanas, pero las semanas se hicieron meses y terminé quedándome por más de un año. Terminé trabajando en un pequeño café y una de mis compañeras nos invitó a una fiesta, ahí conocimos a su hermano, que trabajaba en un estudio de tatuajes. Y ya conoces a Rosé, ella se hace amiga de todos. La noche antes que ella regresara a casa nos hizo un tatuaje gratis a cada una.

Hice una mueca recordando lo doloroso que fue para mí sentir la aguja en mis costillas. No era muy tolerante al dolor.

—¿Y elegiste “Hakuna Matata”? —preguntó incrédulo—. ¿Hay una razón en especial?

Negué con mi cabeza mientras sonreía.

—No, claro que no —Christopher a veces me daba una mirada que me hacía sentir un poco incomoda, no porque fuera algo malo, solo no alcanzaba a identificar el sentimiento en sus ojos. Ahora tenía esa mirada—. Queríamos un tatuaje de nosotras, algo que representara nuestra amistad y que nos recordara nuestro primer viaje juntas, pero no queríamos que fuera el mismo tatuaje. Así que decidimos que yo me tatuaría la frase favorita de Rosé y ella la mía.

Christopher rozo sus dedos por mis costillas sobre el símbolo africano, delineó las palabras “Hakuna Matata” a los lados.

—¿Cuál es la frase que ella tiene?

—“Carpe Díem” —*Vivir el momento*. Sí, en esa época era la frase que mejor me definía. Antes de que preguntara lo hice primero— ¿tú tienes algún tatuaje que no haya notado? ¿Uno muy escondido?

Bufó.

—No.

Se escuchó a que nunca lo había considerado y ni falta le hacía.

—Lo que dijiste antes... ¿era tu fantasía? ¿Correrte dentro de mí?

Besó gentilmente mi pelo.

—Sí. Una parte al menos.

En un segundo me puse sobre él, ahorcadas. Así me sentía más cómoda, aunque su pene rozaba mis partes íntimas.

—Dijiste que querías que me corriera alrededor de ti, ¿cierto? Porque si es así coincide con mi fantasía. Quiero... ¿Qué? —pregunté.

Christopher me estaba mirando fijamente, sus ojos muy abiertos.

Genuina sorpresa atravesó su rostro.

—¡Joder!

Muy pocas veces podías sorprender a alguien como Christopher, pero algo lo había hecho. No sabía si era mi audacia por montarme desnuda en él o... no sé. Algo más. Pero quería saber.

—¿Qué?

—Eres hermosa —dijo. Fue mi turno de sorprenderme—. Tienes los ojos más asombrosos que he visto. Cuando te conocí noté una chispa de rebeldía en ellos que me atrapó. Pero ahora puedo ver los detalles. En lo profundo hay una fiera salvaje peleando por querer salir y comerse el mundo. Y ese jodido montón de pelo... Oh infiernos. Es como un halo de fuego. Pareces una diosa montándome —su erección se sacudió, sobresaltándome—. Tú eres mi maldita fantasía.

Mi boca cayó abierta por su intensidad. ¿Es así como él me veía?

Euforia rompió mis defensas, tal vez existía la posibilidad que Christopher pudiera llegar a enamorarse de mí. Con el tiempo podría colarme en su corazón. Deseché esa idea tan rápido como apareció. Lo nuestro era real, serio, pero no era bueno que me hiciera ilusiones.

Me reí, burlándome de mí. A veces era muy ingenua.

—Esa es la definición exacta de “te perdiste en mis ojos”. ¿Qué mierda

estás viendo?

Christopher me tomó por las caderas, manteniéndome encima de él.

—A la chica que voy a follar de todas las formas posibles.

Lucía hambriento.

Tragué saliva.

Yo era su alimento.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

---

*RODAMOS hasta que quedé recostada en la cama, mis ojos entrelazados con los de él mientras se posicionaba encima de mí. Me contempló unos segundos antes de acercar sus deliciosos labios a mi cuello, mordisqueando, chupando y lamiendo. Mi pecho subía y bajaba con cada respiración que tomaba. Clavé mi vista en el techo de la habitación. Ethan se acomodó sobre mí y de alguna forma nuestros cuerpos estuvieron más cerca. Respiré profundo, ya no me sentía tan cómoda. Abandonó mi cuello y reclamó mi boca, atrapando entre sus dientes mi labio inferior, lo mordió suavemente. Murmuró algunas cosas que no logré entender y después me estampó un beso con fuerza, casi agresivo y abrí mi boca para dejarlo entrar. Pasé mis manos por su cuello, acariciándolo.*

*Últimamente para Ethan todo era una invitación para llevar nuestra relación a otro nivel. Una sonrisa, una mirada, un beso. Todo. Acariciar su cello definitivamente no fue diferente. Frotó sus caderas contra las mías, una, otra y otra vez. Más fuerte. Más rápido.*

*Jadeé por la falta de aire.*

*Con una de sus rodillas separó mis piernas y se pegó más a mí, provocando que el bulto en su pantalón se rozara con mi pierna. Una de sus manos se posó sobre mi seno y empezó a masajearlo, la otra descendió hasta mi muslo, se coló por debajo de mi falda y sobre mi braga. Toda mi piel se erizó con su tacto.*

*Amaba sus besos.*

*Amaba sus caricias.*

*Amaba la forma en la que me miraba.*

*Pero no amaba hacia donde se dirigía.*

*Tensándome, corté el beso y detuve su mano intentando colarse más allá de cualquier cosa que nos separaba. Con un suspiro, Ethan apoyó una mano sobre la cama, se levantó un poco de mí, regalándome un poco de espacio. Me miró fijamente con los ojos encendidos de deseo y enojo.*

*Mi corazón se comprimíó.*

*—Infiernos, Val. No hagas esto otra vez —jadeó.*

*Mi estómago se tensó ante su tono frustrado.*

*Teníamos casi dieciocho años y habíamos estado saliendo por más de un año. Ethan había estado insistiéndome en tener relaciones sexuales. Insistiéndome de una manera sutil. Llevándonos siempre hasta un punto en que tenía que detenerlo y a continuación, haciéndome sentir completamente culpable cuando él se mostraba comprensivo y decía “podemos esperar hasta que estés lista”.*

*¿Qué era estar lista?*

*¿Cuándo iba a estar lista?*

*—¿Val?*

*Cerré mis ojos rogando para que su mamá o Alexa entraran por esa puerta y nos interrumpieran, pero no sucedió. La puerta siguió cerrada y sus manos seguían viajando por mi cuerpo sin pudor alguno. Tratando de persuadirme. Abrí mis ojos encontrándome con su hipnótica mirada. Él estaba expectante. De verdad quería que tuviéramos sexo y se estaba hartando de esperar. La mayoría de mis amigas ya lo habían hecho, decían que no era una gran cosa, que si él chico sabía qué hacer no dolería tanto. Pero también iba hacer la primera vez de Ethan, así que él tampoco sabía todo lo que había que hacer.*

*—Ethan —reclamé suavemente.*

*—¿Me amas?*

*Mi sangre se aceleró y el pánico me inundó. Por supuesto que lo amaba, el problema era que mi cuerpo no respondía de la manera que él quería. No sentía lo se supone debía sentir. No lo deseaba, no a él sino el sexo con él. No me sentía lista para dar ese paso.*

*¿Si me negaba otra vez qué pasaría? ¿Me seguiría esperando?*

*Mierda.*

*Lo que más quería era complacerlo.*

*Le sonreí débilmente y quité mi agarre de su mano, fue todo lo que necesitó.*

*—Sabía que también querías esto, Val —dijo con voz aliviada y me besó.*

*No, no lo quería,  
No, no lo deseaba.  
Pero, lo amaba.*

Me desperté con el corazón acelerado. Desde que me reencontré con Ethan había estado recordando cosas sobre nosotros, pero después de mi primer ataque de pánico los recuerdos me habían estado invadiendo casi a diario. A excepción de las veces que me quedaba a dormir con Christopher. Él me mantenía lo suficientemente ocupada para que mi mente no deambulara por el pasado. Pero justo ahora tenía que ser *ese* recuerdo el que perturbara mi sueño. Con la mirada perdida traté de enfocar el peso asfixiante alrededor de mi cintura. Era el brazo de Christopher que me mantenía posesivamente pegada a él, su calor corporal envió una punzada entre mis piernas. Me tomó un momento entender porque estábamos desnudos, el recuerdo de todo lo que habíamos hecho en su cama me empujó directo al abismo y me dejó caer al vacío oscuro que era mi mente.

Lentamente me deslicé fuera de su abrazo y de la cama. Mi sangre corriendo frenéticamente mientras agarraba mi cartera y recogía mi ropa que estaba tirada en el suelo. Mi estómago dio un vuelco cuando mis ojos se posaron en los envoltorios de los preservativos que usamos, al menos esta vez había sido cuidadosa. Eso esperaba. Le di una última mirada a Christopher, que dormía provocativamente antes de girar el pomo de la puerta y salir de esa habitación.

Me vestí tan rápido como pude. Estuve fuera de su apartamento y sentada en un taxi antes de que me diera cuenta. Todo el camino sentí la ansiedad agitando peligrosamente mi estómago, ni siquiera presté atención cuando llegué a casa y me recibieron dos pares de ojos acusadores, solo corrí escaleras arriba y directo al baño. Mi garganta en carne viva mientras la acidez subía y la volcaba sobre el retrete. Mis manos temblaban. Odiaba eso. Odiaba ser débil y dejar que mis emociones me controlaran.

Recién duchada y con mi camisa de dormir puesta, me metí en la cama a las ocho de la noche. Me sentía culpable por haber huido del ático de Christopher sin despedirme, pero el recuerdo había provocado algo peor que un ataque de pánico, hizo que activara mi sistema de seguridad. No podía luchar contra eso.

La pantalla de mi celular se iluminó antes que comenzara a vibrar, ni siquiera tenía que ver el nombre para saber que era Christopher, cuando se detuvo, lo apagué.

Me cubrí con la sabana hasta la cabeza. Escondiéndome de él, del mundo y de mí. Sabía que tenía que hablar con Christopher y darle algún tipo de explicación, pero no estaba dispuesta a mentirle y mucho menos a decirle la verdad. Ya había compartido algo íntimo con él, no podía más.

Mi mente como siempre traicionándome, no dejaba de dar vueltas en Christopher y yo teniendo sexo. No me arrepentía, solo estaba asustada de que las cosas entre nosotros cambiaran. Encima había terminado enamorándome de él. Si el ciclo volvía a repetirse y él terminaba engañándome... no lo soportaría.

Estaba segura que Christopher no era como Ethan, pero eso no garantizaba que no podía llegar a serlo. Ya sé, estaba dejando que mis inseguridades tomaran el control y exagerando todo porque Christopher nunca me lastimaría así.

Ellos no se parecían en nada.

Aunque ese era mi mantra, la duda seguía ahí. Latente, jugando con mi cabeza.

¿Tan jodida me había dejado Ethan?

—¿Qué haces a hurtadillas en la oscuridad? —preguntó mamá.

Salté del susto, deslumbrándome cuando ella encendió la luz. La taza que sostenía se resbaló de mi mano, cayendo al suelo con un ruido estruendoso en la quietud.

Había pasado las últimas tres horas dando vueltas en la cama, hasta creía haber escuchado el coche de Christopher fuera de casa, porque a estas alturas ya reconocía todos los sonidos que hacía su motor, el chirriar de sus llantas, los golpes de las puertas. Mi estómago se comprimió de ansiedad al imaginármelo tocando la puerta y exigiéndome una explicación. Él era perfectamente capaz de eso.

Necesitaba dejar de pensar en él, pero el dolor de algunos músculos que ni siquiera sabía que existían lo volvían difícil.

Así que había bajado por algo de beber.

—Iba a prepararme un té —susurré, porque a pesar del desastre que había hecho con la taza aún tenía que responder su pregunta.

Mamá se acercó, colocando un paquete plano frente a mí. Negué con la cabeza. Conocía el contenido, eran las pastillas para dormir que me recetó el primer terapeuta que visité cuando caí en una depresión dos semanas después de cumplir dieciocho años. Tres días después de salir del hospital. Un mes después de que Ethan me empujara lejos. Dos años después que papá murió.



Las odiaba. Hacían que perdiera la consciencia por horas y cuando por fin despertaba, estaba desorientada y asustada. Luego me daba otras pastillas que me hacían sentir como una puta zombi todo el día.

Di un paso atrás, poniendo distancia por el bien de mi cordura. Apenas sentí como una esquirla de la taza rota se clavó en mi pie.

Viendo la terquedad en mis ojos, ella ordenó:

—Tómalas, no quiero escucharte dar vueltas por la casa porque no puedes conciliar el sueño.

Evité su mirada.

—Estoy bien, con el té me arreglo.

—Dudo que con una taza de té puedas arreglar que estás en una relación con el primo de quien fue tu novio. Es de mal gusto.

—¿Cómo lo sabes?

Ella apenas pudo disimular la satisfacción quemando en sus ojos. Era lo que había querido desde el principio, hacerme saber que conocía los detalles, como si fuera mi sucio secreto.

No lo era.

No del todo.

—¿Estás tratando de retener a ese chico por alguna razón que deba saber?

Su evasiva y acusadora pregunta solo picó más en mi piel.

¿Cómo lo había sabido ella?

Me removí incómoda.

—No lo estoy reteniendo, Christopher está conmigo porque quiere.

—¿Por cuánto tiempo va a quedarse? —la miré sin dar crédito, el enfado creciendo en mí—. Eventualmente se va a aburrir de ti.

—No importa cuánto te agradara Ethan, era un hijo de puta. Christopher no es como él.

Ladeó la cabeza.

—Lo que es infructuoso porque tú sí eres la misma. Ese es el problema. *Eres* el problema.

Todo el asunto con Christopher me tenía más que sensible porque las palabras de mamá quemaron como si me hubiera bañado en gasolina y después me hubiera acercado a un fósforo y terminó consumiéndome en llamas. Lo más triste de todo, es que Georgina había dicho lo mismo. Tal vez ellas estaban en lo correcto y era yo el problema.

No.

—Soy tu hija, ¿sabes?

—Y esa es la única razón por la que te dejo quedarte en *mi* casa.

—¡Es la casa de papá!

Dio un paso en mi dirección, escupiendo fuego por la mirada. Ah, no fue un fósforo lo que me incendió, fue su mirada.

—Gracias a ti, es solo mía.

Mamá sabía exactamente donde golpear con fuerza. Tuve que mantener todos mis pensamientos encadenados para no dejarla llegar más profundo.

—¿Algún día vas a perdonarme? —pregunté.

Realmente quería saber la respuesta.

—Cuando el perdón sirva para algo más que como una excusa.

La bata de seda blanca susurró entre sus piernas mientras se alejaba sin un atisbo de arrepentimiento. Ella nunca me perdonaría.

Lágrimas pincharon detrás de mis ojos.

Miré las pastillas, quedar inconsciente por unas horas ya no parecía tan mala idea.

Se suponía que ese domingo iba a ir al desayuno de la familia Holland, pero no había manera humana que estuviera lista para aparecer delante de ellos después del show en la exposición. A media noche le envíe un mensaje a Christopher diciéndole que no me sentía del todo bien, por eso había decidido volver a casa y que no se preocupara. No era una mentira en toda regla, aunque no se sintió correcto decir una media verdad. Él respondió al instante preguntándome si podía pasar un momento para asegurarse que estaba todo bien. No contesté. Me sentí incluso peor. Fue cuando decidí seguir el consejo de mamá y tomar los somníferos. Esas cosas eran matadoras, a los cinco minutos ya estaba fuera.

Christopher había abierto muchas grietas en mi interior, se había colado en mi corazón hasta el punto que terminé enamorándome de él. Ese era el detalle que provocaba que mis inseguridades se multiplicaran. Para alguien que había pasado meses protegida detrás de un muro, tratando muy duro de no dejar entrar a nadie nuevo porque no quería volver a tener un corazón roto, era difícil aceptar que se enamoró.

Todos mis esfuerzos cayeron por un acantilado. Ahora era vulnerable.

Bufé. Esta era la parte que no extrañaba de una relación, cualquier cosa, cualquier mínimo estímulo, me transportaba hasta ese atractivo chico de ojos azules malditamente encantador. Ahí estaba yo acurrucada sobre una silla en la terraza de casa con las piernas dobladas frente a mi pecho, mi cabeza tirada hacia atrás dejando que los rayos del sol se clavaran como cuchillos en mis

ojos y soportando un agonizante dolor de cabeza, y aun así, estaba pensando en él. Preguntándome si Christopher se sentía de la misma forma en que lo hacía yo, si él estaba enamorado de mí y si no lo estaba, qué suponía eso para nosotros. ¿Algún día iba a enamorarse de mí? ¿O mamá tenía razón, se aburriría y se buscaría a alguien más?

¡Por favor! Estaba mareada. Realmente mareada.

Tenía una vena masoquista de la que necesitaba deshacerme con rapidez.

Eso solo era la parte sentimental. Había otra parte de mí, la parte de él y yo avanzando al siguiente nivel de la relación que por el momento no me atrevía a indagar. Había una grieta en mi interior por donde se filtraba un miedo que por más que había intentado dejarlo atrás, no podía. Estaba ahí, recordándome que la vida no era de color rosa.

—¡Pal! —gritó Anthea.

Respiré profundo, conteniendo la punzada en mi cabeza con una mueca de dolor. Abrí mis ojos, buscando y encontrando a mi sobrina de pie en el marco de la puerta corrediza.

Bien dicen que la practica hace al maestro porque de otra forma creo que hubiera perdido el control y habría caído al duro suelo con la vista de Ethan caminando en mi dirección.

Mi corazón dio un pequeño salto traidor al recordar que él había dicho que me amaba apenas la noche del viernes.

Deslicé los ojos hasta Anthea.

—¿Cuántas veces te han dicho que no le abras la puerta a desconocidos?

—Él preguntó por ti —se defendió.

Ethan se apoyó sobre el marco de la puerta, confiado.

—No es como si yo fuera un desconocido —miró a Anthea, sonriéndole con una sombra de afecto—. ¿Me recuerdas?

Para mi horror, ella asintió y él me miró con superioridad.

Por supuesto que Anthea lo recordaba. Ethan había venido a casa, pasado el rato conmigo, jugado con ella porque tenía un carisma innato con los niños, hasta se había sentado en nuestra mesa, con mamá. Muchas veces.

El tiempo había pasado, aunque no lo suficiente para fingir que nunca existió en mi vida.

Suspiré agotada, puse mi frente en la rodilla escondiendo mi rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñí.

Sentí como su presencia se cernía sobre mí cuando se sentó a mi lado

—Vine a disculparme contigo —ladeé mi cabeza, atrapando su perfil.

¿Disculparse? Levantó una caja marrón adornado con un lazo rojo—. Traigo una ofrenda de paz.

Mis chocolates preferidos.

Me reí sin humor. No había “paz” en su gesto, solo una forma sutil de hacer gala de lo mucho que me conocía. No se daba cuenta que ya no lo hacía. En el pasado me hubiera derretido de amor, esa vez no podía aceptárselos como si nada. Sería darle carta blanca para que siguiera dándome regalos. Y a Christopher no le haría ninguna gracia.

—No pensarás que voy a creerte eso. Por favor, Ethan no insultes lo mucho que te conozco. Sé cuáles son tus movimientos. Los he experimentado de primera mano.

—¿Qué crees que quiero conseguir?

—Estas probando si una caja de chocolates pueden ser tu invitación de vuelta a mi vida. No lo es.

—¿Estás segura? Son con relleno de cereza. Tus preferidos.

Repasé su rostro. Él tenía un hematoma en su mejilla y una pequeña herida en la comisura de su boca. Evidencia de los puñetazos que había recibido de parte de Christopher. Por las fisuras de mis defensas se filtró el sentimiento de culpa, sino hubiera regresado a clavar aún más el cuchillo de su engaño, nada hubiera pasado y él no estaría lastimado.

Hice una mueca.

—Eso se ve doloroso.

Tocó su mejilla.

—Se ve peor de lo que es, casi no duele. Pero valió la pena. Pude decirte la verdad de lo que siento por ti.

—Y yo te dije que no te quería en mi vida, pero aquí estas junto con mis chocolates preferidos intentando volver a ella como si nada hubiera pasado. Eso es un golpe bajo.

—En la guerra y en el amor todo se vale.

Me sorprendía que Ethan pudiera hablar de amor con tanta facilidad, pero siempre había sido así. Nunca se detuvo antes. Era un libro abierto para mí, hasta que me dejó fuera.

—¿A qué estás jugando Ethan? Sabes que estoy con Christopher. Ni siquiera deberías estar aquí.

—Te amo —repitió.

Esas palabras me enojaron. ¿Quién demonios se creía para venir a decir eso?

¡No importaba cuántas veces lo dijera, era tarde para nosotros!

Le señalé la puerta.

—Tienes que irte. Ahora.

Si había alguien a quien no quería escuchar diciendo “te amo” en ese momento era a Ethan, pero él solo veía las señales que quería ver. En vez de hacer su camino fuera de casa como se lo pedí, se recostó en el respaldo de la silla. Sus hipnóticos ojos me inmovilizaron.

—¿Estás bien, Val? Te ves pálida.

Miré al cielo y me reí divertida.

—Es injusto de tu parte preocuparte cuando ya no tenemos ningún tipo de relación.

Ethan me sonrió, sus ojos brillantes.

—¿Cómo no quieres que lo haga si estás tomando el sol? Tú que lo odias porque te deja con si estuvieras sonrojada permanentemente.

A mi pesar, mi corazón se agitó.

Nos miramos fijamente hasta que le sonreí de vuelta, alejando la sensación de nostalgia que me embargo. Habían sido buenos tiempos. Ethan dejó caer sus ojos a mis labios. Me alejé un poco de él, volviendo la mirada al frente. Entonces mi sonrisa murió por completo.

Tenía que ser una jodida broma. Una mala.

Christopher nos observaba con tanta tranquilidad que me erizó la piel.

Quería sonreírle, tirarme en sus brazos y dejar que me abrazara. Estaba segura que él podía aliviar mi dolor de cabeza solo con su olor, pero también estaba segura que la imagen que Ethan y yo ofrecíamos podía interpretarse de mil maneras. Ni una sería la correcta. Ninguna diría que le había pedido a Ethan que se fuera.

¿Por qué en mi vida todo tenía que volverse complicado?

—¿Qué haces aquí?

Ethan elevó las cejas antes el tono casual de mi novio, pero no se dejó engañar. Esa era una calma que presagiaba una devastadora tormenta.

—Esta vez no voy a contenerme, Chris.

Inmediatamente supe que si no los detenía serían capaz de agarrarse a golpes frente a Anthea. Me levanté con la intención de acercarme a Christopher y apaciguarlo, pero mi visión se tornó borrosa. Estuve mucho tiempo sentada y levantarme de golpe provocó un ligero mareo.

Ethan, que estaba más cerca, me sostuvo al instante por los brazos. Cerré los ojos un segundo, recuperándome, cuando volví a abrirlos me encontré con

su ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Significa que puedes quitar tus manos de ella —dijo Christopher. Recordándonos que lo había golpeado antes por estar así de cerca, su encantador lado posesivo estaba activado.

Me alejé de Ethan.

—Significa que él estaba de salida.

—Me gustaría quedarme a saludar a tu mamá. —Me tensé, a mamá también le gustaría o tal vez no, después de como terminaron las cosas quizá ya no lo quería—. ¿La relación entre ustedes no ha mejorado?

Ahí estaba, haciéndolo de vuelta. Restregándole a Christopher que me conocía de antes y sabía cosas sobre mí. En conclusión, me conocía más y mejor. Me sentí fuera de control y abofetearlo parecía atractivo. ¿Por qué seguía haciéndome esas cosas? ¡No íbamos a regresar nunca!

Pequeños pasos llamaron nuestra atención. Anthea lucía minúscula a la par de Christopher mientras se asomaba al ring de boxeo.

Les lancé una mirada de advertencia a los dos.

—¿Ethan se va? —preguntó con una vocecita.

—Sí —dije con los dientes apretados. Todo su semblante decayó, apagando la emoción de sus ojos. Genial, también decepcionaba a mi pequeña sobrina—. ¿Qué pasa?

Mordisqueó su labio.

—Una relación de tía y sobrina se trata de amor y amistad. De confianza. Pero yo tengo la confianza de decirte que quiero ir a dar un paseo en la motocicleta de Ethan porque pareces molesta con él. ¡Esto no es una relación sana!

Me quedé muda, procesando sus palabras. ¡Pequeña manipuladora de mierda!

Ethan contuvo una carcajada, le lancé una mirada mordaz. Me podía ver golpeándolo por meterle cosas en la cabeza porque esa había sido idea suya y no había forma que la dejará ir con él.

—Tiene cosas que hacer.

Un adorable puchero se formó en su rostro.

—¡Yo tengo razón! ¡No me quieres! —gruñó con un puchero.

—Cada día se parece más a ti —Me dijo Ethan a la vez que flexionaba frente a Anthea—. Lo siento, pero Val tiene razón. Tengo cosas que hacer. ¿Lo

dejamos para otro día?

Anthea me dio una mirada enojada, pateó el suelo y salió corriendo.

Estaba en el living de casa viendo como Anthea abría la caja de chocolates que Ethan trajo para mí. Con ojos pesados por el cansancio y las piernas entumecidas, me dejé caer en el sofá al lado de Christopher, quien estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en sus rodillas mientras se estrujaba las manos. Él se había quedado a pesar de no haber dicho ni una sola palabra desde que Ethan se fue. La ira emanaba de todos sus poros en ondas abrumadoras. Dudaba que fuera solo por encontrarme con Ethan, haberme escapado del ático también tenía algo que ver.

Pegué mi boca en su espalda, en un beso corto antes de recostar mi cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó.

A pesar de su enojo, él sonaba preocupado.

Mis ojos revolotearon, cansados.

—Estoy drogada —el cuerpo de Christopher se tensó, me di cuenta tarde que después de lo de Alexa eso sonaba muy mal—. Ayer no podía dormir y tomé unas pastillas, supongo que los efectos no se han pasado del todo —dije mientras cerraba los ojos, descansándolos por un momento.

—Entiendo —fue lo único que dijo Christopher. Podía decir que entendía mal.

Sinceramente no tenía la energía física ni mental para lidiar con los celos masculinos, pero no podía ser injusta con él. Suspiré.

—Escucha bien porque solo voy a explicarlo una vez —balbuceé acercándome a él para que Anthea no escuchara—. Ethan se apareció aquí sin avisar, me tomó por sorpresa. Sí, es verdad que cuando llegaste parecía que estaba cómoda con él aquí, pero en cuanto lo vi le pedí que se fuera. No lo hizo.

—Eso no es una explicación, es un resumen de la parte menos interesante de la historia.

—Tienes razón.

—¿Sobre qué?

Me iba a hacer decirlo. Tal vez fue porque el efecto de los somníferos que todavía estaba en mi sistema, o tal vez solo porque no quería que se molestara conmigo por algo que no podía manejar. De cualquier manera, no pude contenerme cuando confesé:

—Es verdad que me fui de tu cama porque me sentía mal, pero también es verdad que hubo mucho de mí huyendo en ese momento.

—No me gusta despertar con el otro lado de la cama vacío después de haber hecho el amor.

Mi corazón empezó a latir absurdamente rápido. Ahí estaba de nuevo, esa palabra, esa jodida palabra agitando todo en mi interior.

*¿Estás enamorado de mí Christopher?* Es lo que realmente quería preguntar, en cambio dije:

—Estoy acostumbrada a ocuparme de mí.

Christopher me dio la vuelta, quitó un mechón rojizo de mi cara. Esperó en silencio hasta que me encontré con sus ojos.

—No me gusta, pero puedo entenderlo. Lo que no entiendo es que desaparezcas sin decirme nada. ¿Sabes lo preocupado que estuve por ti cuando desperté y no estabas a mi lado? Mierda, me volví loco, nena. Necesito saber que estamos juntos en esto.

*Juntos.*

Quería eso.

Deslicé mi mano por su torso, se tensó bajo mi toque, pero no me importó, lo abracé. Sentir el calor de su cuerpo era adictivo. La mano de Christopher acarició mi pierna, dijo algo que no pude entender del todo. Entonces escuché la risa de Anthea. Abrí los ojos. Lo primero que llamó mi atención es que los dos estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, Anthea se volvió a él con los ojos brillantes y se rieron juntos.

Risas adorables, por supuesto.

Debía haberme quedado dormida un momento, mi cabeza estaba descansando sobre una almohada en vez del hombro de mi novio y una frazada de algodón, que mantenía en mi cama, cubría mis piernas. Me quedé viendo la interacción de Christopher y Anthea, al parecer en el tiempo que estuve inconsciente se habían vuelto cercanos, muy cercanos. Como si se hubiera sentido observado, Christopher levantó su mirada clavándola en la mía. Sonreí agradecida de que se quedara.

Me desperecé, corrí mis pies fuera del sofá y me dirigí a la cocina por un vaso con agua. Esperé y esperé hasta que Christopher decidiera seguirme. Cinco minutos después, su calor corporal estaba golpeando mi espalda.

Un chocolate apareció frente a mí. Era de los que había traído Ethan, pero como los rechazé terminaron en manos de Anthea para contentarla. Yo nunca decía que no a lo dulce, menos a los chocolates, pero aceptarlo tal vez no era tan buena idea. Christopher pareció leer mi indecisión.

—Es de mi parte —susurró en mi oído.



Un escalofrío bajó por mi espalda.

—¿Estás seguro?

—Son tus favoritos. ¿no?

Había una acusación que no pudo ocultar.

—Cada domingo, papá y yo nos escapábamos de casa muy temprano, íbamos a esta tienda en Oxford a comprar chocolates —siempre esa tienda, nunca supe el por qué—. A mamá no le gustaba que comiéramos dulce, así que nos quedábamos a pasar el rato en el parque mientras yo comía todos los chocolates para no dejar ninguna evidencia. Por eso son mis chocolates favoritos, porque era el único momento en que éramos él y yo. Pero estoy abierta a nuevas opciones. Los que tú me regalas sean convertido en mis favoritos también. Así que, aunque es halagador, deja los celos. Son horribles.

Ethan conocía la historia. Él era consiente que podía llegar a mis puntos sensibles y hacerme tambalear. Lo que hacía su intento de acercamiento más rastroso.

Mi momento de duda se había ido, sin pensarlo dos veces tomé el chocolate de su mano. Lo puse en mi boca. Lo disfruté tanto como la mano de Christopher acariciando mis piernas.

—Esa es mi camiseta —dijo.

¡Oh, no! Nunca le había devuelto la ropa que me prestó la primera vez que nos besamos. Había decidido quedármela como un recuerdo. Pero había un detalle, Christopher tenía algo obsesivo con la ropa, no le gustaba que le quedara impregnado ningún olor que no fuera su delicioso y sensual perfume. Además, no le gustaba prestarla.

Gemí y me volví a él con los ojos abiertos, avergonzada de haber sido atrapada.

—Sé que no nunca la devolví y que no te gusta que usen tu ropa, pero me gusta. Lo siento, voy a quedármela.

Dio un paso atrás, me recorrió lentamente, sus ojos nadando en lujuria. La esquina de su boca se elevó en una media sonrisa.

Asintió con la cabeza.

—Esta camiseta en especial se ve mucho mejor en ti. Es sexi —su voz ronca—. Me da muchas ideas. Podemos empe...

Apenas me llegaba su voz entrecortada. Su olor mezclado con la esencia de su perfume me envolvió, apaciguando mi dolor de cabeza y encendiendo mi cuerpo. Tenía tantas ganas de besarlos, acariciarlos y abrazarlos. Era mi novio, ¿verdad? Entonces no tenía que esperar a que él se diera por enterado de lo

mucho que deseaba su boca y decidiera besarme.

—¿Christopher?

—¿Qué?

—No te estoy escuchando. No realmente —sus ojos parecían fuegos artificiales de todas las chispas sensuales que escupían. Era tan lindo—. Solo quiero que dejes de hablar y me beses.

Lo tomé de la camisa, lo atraje hacia mí pegando nuestras bocas. Al principio, Christopher mantuvo sus labios presionados en una línea. Aún estaba en modo alfa enojado lo que lo hacía todo más excitante. Desterré momentáneamente mis dudas y miedos. Recorrí con la punta de mi lengua sus labios hasta que se rindió y respondió agresivamente. Deslizó su lengua en mi boca, jugando con la mía. Sus manos vagaron por mi espalda y la curva de mi trasero, acariciándolo, masajeándolo. Mis rodillas se sentían flácidas. Di un paso hacia atrás para encontrar un punto de apoyo, luego otro, y otro, y otro hasta que topé con el aparador del comedor, pero en ningún momento dejamos de besarnos. Pasó sus manos debajo de mis piernas y me sentó en el borde. Separó mis rodillas, un sonido de incomodidad salió de mi boca.

Christopher se alejó.

—¿Estás bien? —preguntó jadeando. Sus ojos desbordados de lujuria.

—Estoy un poco adolorida.

Entonces me examinó de nuevo, esta vez con una nueva perspectiva. Entendiendo a la perfección a lo que me refería.

Frunció el ceño. Pasó las manos por su pelo.

—¿Te hice daño? Lo siento. Ayer me dejé llevar un poco.

Un poco era eufemismo. Christopher pensó que era una muñeca elástica con todo lo que me hizo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, recordando las posiciones en las que habíamos estado y lo mucho que disfruté cada una de ellas.

Sonreí, traviesa.

—No me hiciste daño, solo no estoy acostumbrada. Pero valió la pena.

Se colocó hasta encontrar la posición exacta entre mis piernas. Movié sus caderas en mi centro. Jadeé.

—¿Estás segura que no quieres que paremos?

Oh, nene. A él le gustaba jugar.

Negué con la cabeza.

Estrelló su boca en la mía y se movió de nuevo. El rocé duro de su vaquero contra la delgada tela de mi short envió calor a todas mis

terminaciones nerviosas. Mis caderas se movieron en respuesta, provocándolo, poniéndolo aún más duro. Un pensamiento fugaz de Anthea en el recibidor pasó por mi mente, pero estaba más interesada en tenerlo otra vez dentro de mí que en mantener el control de la situación. Además, estábamos fuera de su vista. Cuando su primo apareció estaba tan metida en mis pensamientos que creí que iba a sufrir un ataque de pánico, pero después llegó Christopher y aunque sabía que estaría enojado conmigo por la escena también me hizo sentir segura, valiente.

Christopher me hacía bien. Me hacía sentir bien. Quería recompensarlo porque sin saberlo él me mantenía estable. Era mi héroe.

Christopher jugó con el dobladillo de mi camiseta, coló su mano por debajo, las yemas de sus dedos acariciaron mi abdomen, subió más y más, y cuando se dio cuenta que no llevaba sostén sus caderas aumentaron el ritmo. Apoyé mi mano sobre la superficie, tiré mi cabeza hacia atrás cortando el beso y arqueé mi espalda, su mano estaba ahuecando mi seno, pellizcó mi sensible pezón sin delicadeza y envió escalofríos.

—Christopher —jadeé.

Sus labios navegaron por mi cuello, mi clavícula, sobre mi camisa. Un gruñido hambriento brotó de él antes de cerrar su boca en mi seno. Agarré su pelo en un puño y me moví más rápido contra la erección contenida en su pantalón, sin importarme que la aspereza de la tela estuviera lastimándome. Cuando ese remolino de excitación estaba empezando a formarse, gemí. Por el rabillo del ojo vi el movimiento de una sombra y todo el deseo se congeló. Desenredé mis piernas del cuerpo de Christopher y lo empujé lejos de mí. Bajé mi camiseta y abrí mis ojos ante el aspecto desaliñado de mi novio. Me devolvió la mirada sin entender porque lo había alejado y miré a la cocina donde estaba mi mamá petrificada viéndonos de hito en hito. Me puse sobre mis pies. Mamá empezó a caminar hasta nosotros. Mi estómago se hundió. Christopher maldijo en voz baja y me dio una mirada divertida, pero cuando vio mi aspecto preocupado su diversión se esfumó.

Mamá se detuvo a unos cuantos pasos, me repaso de pies a cabeza y su mirada se ensombreció viendo mi aspecto agitado. Me lanzó una mirada de reproche. Una mirada que conocía muy bien. Era su forma de expresa que estaba decepcionada de su hija menor. Eso quería decir, siempre.

Su atención se desvió una milésima a la dirección donde estaba Christopher, su cara se transformó y ensombreció aún más. Cerré mis ojos imaginándome el insulto. Deseé que Christopher se quedara para siempre así

nunca tendría que escuchar lo que ella fuera a decirme. Pero me quise morir cuando dijo:

—Sabes que mi casa no es un burdel, ¿verdad? Así que, si vas a comportarte como una ramera vulgar, asegúrate que sea fuera de aquí.

Un sonido de incredulidad se escapó de mí. Llevé mi mano a la boca, en cualquier momento iba a vomitar. Mamá era de las que mantenía las apariencias, no le gustaba regañarnos en público. Pero estaba roja de la ira.

—Mamá —susurré.

Sentí a Christopher acercarse a mí, deslizó un brazo sobre mis hombros.

Ojalá no lo hubiera hecho. Logró que las cosas empeorarán y que el tono de mamá se volviera más insidioso.

Ella dio un paso adelante.

—No te hagas la víctima, Valentina. No respetas esta casa, ni a tu sobrina ni siquiera a ti misma. Después soy yo quien tiene que limpiar el desastre que dejas por comportarte como una desvergonzada con falta de afecto. Lo arruinas todo.

El mundo se detuvo, mi respiración se quedó atorada en mis pulmones. Me quedé congelada en el lugar sin atreverme a ver a mamá a la cara.

Estaba acostumbrada a sus miradas de reproche, a que criticará la mínima decisión que tomaba, pero nunca había sido abiertamente hostil conmigo y mucho menos me había insultado verbalmente. A demás su último comentario, oh maldición, su último comentario había sido para herirme.

No sé cuánto tiempo paso antes de sentir los acogedores brazos de Christopher apretarme contra su pecho. Quería enredarme alrededor de él y no soltarlo nunca.

*Lo arruinas todo.* Resonó en mi cabeza.

—Tienes que irte Christopher.

## CAPÍTULO VEINTE

---

TODO ME PRODUCÍA ansiedad y la ansiedad insomnio, el último par de días apenas había dormido unas cuantas horas. Me mantuve ocupada ordenando mi habitación, evitando a mamá. La espina de su insulto y de su insinuación enfrente de Christopher estaba ahí, clavada, provocando cierto rencor contra ella. Pero tenía razón, la casa no era lugar para tener un revolcón y menos con Anthea rondando, eso podía entenderlo. Pero me había cansado de entender por qué actuaba de esa manera. ¿Por qué no hablaba conmigo y tratábamos de resolverlo? Después de que le pedí a Christopher cinco veces que se fuera, ya que él no quería dejarme sola, corrí a mi habitación y le conté a Rosé lo que había pasado solo porque necesitaba hablarlo con alguien. Entonces decidí que era el momento de mudarme. Le pedí que me ayudara a encontrar un piso.

Creo que ya había llegado el momento. Las cosas con mamá no tenían arreglo. Ella siempre iba a culparme. Rosé estaba no tan secretamente feliz de hacerlo, dijo que se pondría a buscar de inmediato y que tendría varias propuestas para que yo tuviera de donde elegir.

Sin embargo, había algo que me retenía en esa casa. Ellas eran mi familia y en el fondo, las amaba.

Si no hubiera estado evitando también a Christopher lo hubiera llamado para vernos, pero necesitaba tiempo para aplacar la vergüenza que sentía. Él lo entendió a la perfección, me concedió el espacio sin que tuviera que pedirlo. Ese gesto me enamoró más de él.

Que no nos viéramos no significaba que íbamos a desaparecer de la vida del otro, por eso mi novio se encargó de mantenerse en mi mente con un bombardeo de mensajes cada cinco minutos. Unos lindos, otros cariñosos y un montón subido de tono que harían que los oídos de sus padres sangraran. Para

el martes, él parecía no poder más con la distancia, me preguntó si nos podíamos ver. Me produjo un pánico incontrolable pensando que después del espectáculo él no iba a querer tener nada conmigo. Era tonto, pero era lo que sentía. Ni siquiera pensé cuando le dije una mentira disfrazada de excusa que me arrepentí al instante. Le dije que nos viéramos al día siguiente. Él no podía, había quedado en almorzar con su papá. Basta decir que para cuando el jueves llegó las cosas en casa no habían mejorado, mamá se mantuvo como un halcón vigilándome, pero jamás preguntó o se disculpó. Y yo estaba extrañando al idiota de mi novio junto a sus adictivos besos.

También tuve una pequeña crisis de ansiedad cuando visité a mi ginecóloga. Había ido con otras dos ginecólogas antes, eran groseras y con un humor pésimo, así que encontrar a Mónica fue como encontrar un tesoro lleno de oro. Ella era jovial y no tenía prejuicios o por lo menos no los dejaba ver. Por alguna extraña razón, yo confiaba en ella. Bueno, tuve que hacerlo.

Todo el chequeo Mónica se la pasó hablando de trivialidades, era su forma de distraerme y hacerme sentir cómoda. Cuando volví a salir ya con mi ropa, ella se encontraba tecleando en su laptop.

—Bien Valentina Evans, usaron preservativo así que no ha de salir nada raro en los análisis, pero voy a cambiarte la píldora por la inyección. En tu caso va a ser mucho más efectivo porque solo tienes que ponerla una vez cada doce semanas. Ya lo sabes, es para protegerte de un embarazo, pero no de una ITS así que no dejen de usar condón hasta que él se haga un chequeo también. —me observó fijamente y pareció hacer un balance de mí antes de fruncir su ceño—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—¿Qué?

Ella me miró más de cerca.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? Estás más delgada y tienes ojeras.

—No sé, ayer creo. Sí, ayer.

Ella suspiró.

—Sé que esto debe ser difícil para ti, pero no puedes descuidar tu alimentación por la ansiedad. Tal vez deberías volver...

—No —la corté antes de que terminara. Ya sabía lo que iba a decir, también lo había pensado. No lo quería—. Estoy bien, solo que no dormí bien anoche. No te preocupes, después de aquí voy a almorzar con Christopher.

Se echó hacia atrás con una sonrisa pícaro.

—Christopher, eh. Cuéntame, ¿cómo es? ¿Tienes una foto?

Resoplé, levantándome de la silla.

—Sabes que hay más pacientes afuera, no las vas a hacer esperar, ¿cierto?

—Tú eres mi paciente preferida.

—Claro que no, solo te gusta meterte en la vida privada de las personas.

Antes de salir la escuché murmurar:

—En realidad, prefiero que se metan en mí.

Salí de su consultorio riéndome por su explícita declaración y su falta de profesionalismo.

Un taxi y veinte minutos después Christopher y yo caminábamos por Oxford Street, deslizándonos de tienda en tienda, buscando el regalo de perfecto para Alexa que cumplía dieciocho años el sábado. Christopher propuso algo de joyería porque siempre viene bien, no estaba segura con Alexa. La chica era salvaje. Recordé que hubo un tiempo en que ella estaba obsesionada con la fotografía. Se lo comenté a Christopher que no estuvo muy feliz porque yo conocía ese dato por mi relación con Ethan. Sin embargo, así acertamos las compras.

Me invitó a la fiesta sin mucha convicción, rechacé la propuesta escudándome en que no podía faltar al trabajo dos semanas seguidas. Tampoco era buena idea que Ethan y yo coincidiéramos tan pronto. Pero lo haríamos. La propuesta de ir a desayunar con los Holland seguía en pie, Christopher estaba insistiendo demasiado, no ir sería como si lo estuviera rechazando a él. Rosé había asistido varias veces, dijo que era algo completamente informal. Claro, lo decía quien prácticamente había crecido pasando el verano con ellos en la casa de al lado.

Me detuve cuando sentí un hormigueo entre mis piernas. Me giré buscando al responsable de alborotar mis hormonas.

—Todo este tiempo he estado equivocada creyendo que eres un caballero —dije.

—No te equivocas.

Arqueé una ceja.

—Los caballeros no le sueltan la mano a su novia, dejándola caminar delante de ellos solo para poder verle el trasero.

Era lo que él había hecho. Íbamos tomados de la mano, pero de un momento a otro me soltó. Parecía que andaba con mi perverso guardaespaldas en vez de con mi novio.

—Entonces los caballeros son aburridos —me crucé de brazos—. Otros hombres también te miran y no te quejas.

*Otros hombres no me ponen cachonda como tú.*

—Ellos por lo menos intentan disimularlo.

Abrió sus ojos luciendo cómicamente ofendido.

—Esta es la parte en la que dices que ellos no te interesan.

Sonreí.

—Las chicas te desnudan con la mirada y yo me quedé quieta.

Lo vi luchar por no sonreír arrogante.

—Tú también me desnudas con la mirada, ¿crees que no me he dado cuenta que tengo una novia perversa? —con su dedo índice me pegó suavemente en la nariz—. Pero la diferencia es que solo me importa cuando lo haces tú, porque yo te miro solo a ti.

Las personas caminaban a nuestro alrededor ajenos a que me estaba convirtiendo en escaracha por culpa de Christopher. Eso sí, una escaracha feliz. Tiró de mí hacia él, pegándose en su pecho. Incluyó la cabeza al frente y me obsequió un tierno beso. No había nada erótico. Era lento, saboreándonos con dulzura. Desde que habíamos empezado nuestra relación era la primera vez que pasamos mucho tiempo alejados, en abstinencia el uno del otro. Nos separamos, nuestras miradas se enredaron. Como si no fuera suficiente con estar enamorada de él, comprendí que nunca antes había sido tan feliz como cuando estamos juntos.

Sin dejar de estar rodeada por sus brazos, retrocedí un poco.

—¿Vas a decirme qué sucede? Estás más cariñoso de lo habitual. No es que me moleste. —Agregué lo último rápidamente.

—Te he extrañado —acarició su nariz con la mía—. ¿Quieres que pasemos por un café?

Señaló un café que estaba al otro lado de la calle. Una pequeña sonrisa se dibujó en mi boca y asentí.

El café siempre era aceptado.

Cruzamos la calle y entramos al restaurante. Nos sentamos cerca de una esquina para tener más privacidad. Apenas nos habíamos acomodado cuando Christopher se lanzó por mi boca, besándome con fogosidad reprimida. Supongo que era verdad que me había extrañado. Puse mis manos a ambos lados de su cara para profundizar el beso un segundo antes de alejarme. Estábamos en un lugar público, no quería dar un espectáculo.

—Ah. Yo también te extrañé, pero detente un poco.

—Tengo que aprovechar mientras estés aquí, no sé en qué momento saldrás corriendo.



¡Qué rencoroso! Creí que ya lo habíamos dejado atrás, pero, así como yo necesitaba seguridad, supongo que él también.

Era mejor tratar el asunto.

—Dejemos algo claro, ¿está bien? No tuvo nada que ver contigo. Me refiero a irme de tu ático, eso no tuvo absolutamente nada que ver contigo y sí todo que ver conmigo. De verdad, Christopher. Yo no sabía cómo sentirme.

Acarició mi mejilla. Un toque, un simple toque y ya estaba ardiendo.

Me cambié al asiento frente a él.

—¿Tengo que preocuparme? —preguntó.

Bajé la mirada a la mesa, comencé a jugar con la servilleta.

—No, Christopher, en realidad estar contigo fue hermoso. Quiero repetirlo.

Cuando no respondió, levanté la mirada para encontrarme con su sonrisa arrogante.

—Eso ya lo sé. Hacer todo jodidamente bien hace que siempre vuelvan a mí.

Era un completo idiota, estaba diciéndole algo muy difícil para mí y a él lo único que se ocurría era hacer un chiste.

—Eres incorregible. Te das cuentas que eres el adulto de la relación, ¿verdad?

se encogió de hombros. Tiré la servilleta a su cara, pero la atrapó en el aire y sonrió.

—Contigo soy un adolescente.

A veces realmente lo era, cuando se relajaba completamente tenía la mentalidad de un adolescente, pero creo que se refería a cuando estábamos tumbados viendo una película y salía una escena de sexo él se ponía muy cachondo a mi alrededor, como en ese entonces no teníamos la acción completa, sus manos se volvían resbaladizas tocando de más.

—¿Quieres decir que es mi culpa que la pubertad te llegará tarde?

Christopher puso cara de consternación.

—No, yo ya crecí en todos los lugares que importan y que te gustan. Es como si siguiera en ese momento en que no sé qué les gusta a las chicas y me toca experimentar.

Sonreí.

—Confía en mí, Christopher, sabes lo que les gusta a las chicas —ronroneé con tono juguetón.

Sus ojos brillaron divertidos.

—Es un gran cumplido de tu parte dejarme saber que logro satisfacerte, nena.

—No me lo tomaría tan en serio, después de todo, solo fueron tres veces.

Una pareja de ancianos se sentó con paciencia en la mesa contigua a la nuestra.

Una sonrisa devastadora se hacía cada vez más amplia en el rostro de Christopher. Lo miré con cautela, sintiendo el hormigueo extenderse por mis piernas.

—Si quieres más orgasmos, tienes que ser directa y pedirlos.

Sin importar lo que dijera, sus palabras se convertían en su mejor arma cuando las combinaba con voz ronca y un toque de sensualidad. El efecto que tenían en mí era arrollador, terminaba con mis bragas mojadas. Esa vez hubo un poco de vergüenza, la pareja de ancianos se giró a nosotros, mirándonos fijamente. Lo habían escuchado.

Si había algo que no quería combinar nunca era orgasmos y ancianos en la misma oración.

Christopher arqueó su ceja, retador.

*Idiota.*

—Si tengo que pedirlos ya no los quiero, soy amante de lo espontáneo, nene —miré a todos lados, esperando que nadie más estuviera cerca. La mirada de Christopher seguía clavada en mí, sugiriendo que no se había esperado eso, pero que le gustaba—. Pídeme un café y algo que lleve chocolate.

Corrí lejos de él, lejos de su encanto y de sus ganas de ponerme nerviosa. Entré en el baño, abrí el grifo y mojé mis manos intentando apaciguar el calor que me invadía. Tenía un serio problema. Era una perversa horrible, porque, aunque me avergonzó que nos escucharan hablar de sexo hubo una pequeña parte de mí a la que le gustaba. Dos minutos después estaba saliendo, pero terminé siendo arrastrada de vuelta al interior del baño. Christopher se arrojó a besarme. Mi piel ya caliente empezó a arder. No tenía que preguntarle porque estaba ahí, la intención era clara, se le notaba en los ojos y la forma frenética en que se rozaba contra mí.

Carecía de importancia que estuviéramos en un lugar público, estaba completamente perdida en el calor de su boca y tenía la certeza de que iba a cuidarme. Temblé contra él, sus dedos rozaron por mi muslo, debajo de mi vestido, acariciando tentadoramente mi entrepierna. Movié su pulgar sobre mi ropa interior ya húmeda. De un momento a otro perdí el calor de su boca y la

seducción de sus besos. Me sostuve de la puerta, temblando por su pérdida.

—Christopher, aquí no —pedí en un jadeo.

¡Cualquiera podría entrar!

—Date la vuelta.

Su exigencia envió ondas de excitación. Mientras me giraba me di cuenta que no tenía como defenderme de él. Era débil. Vi cómo le puso seguro a la puerta, impidiéndoles el paso a las personas. Con su mano apartó mi pelo y besó mi cuello. Sin esperar a que me diera otra indicación me sostuve de la pared, arqueé mi espalda y así dejé mi trasero expuesto para él. Maldijo por mi atrevimiento. El sonido de su cremallera volcó en mi vientre.

Deslizó mi vestido hacia arriba, acarició mi trasero antes de bajar mis bragas hasta los tobillos, me deshice de ellas con cierta urgencia. Ahora sí, él tenía una gran vista de lo que estuvo observando todo el tiempo y no la desaprovechó. Metió dos dedos en mi interior, cerré los ojos con la deliciosa intrusión y me empujé contra ellos. Los deslizó una, dos, tres veces más torturándome. Jadeé por lo bien que se sentía.

—Shhh. No queremos que nadie nos escuche.

La advertencia de Christopher de que podíamos ser encontrados me excitó de sobremanera, los músculos de mi vagina se apretaron alrededor de sus dedos. Él lo notó. Sacó sus dedos y buscó un preservativo en su billetera. Por el rabillo del ojo me topé con el espejo, devolviéndonos nuestra imagen juntos, y Christopher a punto de enterrarse en mi interior. Yo estaba cada vez más lubricada, lista. Lo vi deslizarse el condón en su erección con cierta urgencia. Sintiendo observado, levantó los ojos encontrándose con mi lujuriosa mirada. Nuestros ojos se entrelazaron mientras me tomaba por las caderas, sin perderme de vista, se deslizó lentamente dentro de mí. Permiéndome ver como conectábamos de otra manera, una más primitiva.

La intensidad en los ojos de Christopher me hizo sentir abrumada, corté la conexión y clavé mis ojos en el suelo. Christopher continuó bombeando dentro de mí con más fuerza y cada vez más rápido. Mordí mi labio intentando contener mis exclamaciones. Mi cerebro evocó el momento en que nuestros ojos se conectaron a través del espejo. No quería creer lo que vi, después de todo solo fue un momento, lo más probable causado por la bruma sexual, pero juraría que sus ojos brillaron con un sentimiento nuevo que no me atrevía a descifrar. La esperanza se amplificó en mi interior. Algo había cambiado. Sus dedos se hundieron más profundo en mis caderas, haciendo el agarré casi doloroso, mientras se movía más rápido.

Me tapé la boca con la mano para acallar mis gemidos que aumentaron con la tensión creándose en mi interior. Mordí mi labio. La mano con la que me sostenía comenzó a perder fuerza y a resbalarse por los azulejos. Con un brazo, Christopher me rodeó por el vientre, sosteniéndome. Sus estocadas cada vez más profundas. Reacomodé mi mano y tensé mis piernas. Me era difícil respirar y no soltar un grito. La mano en mi vientre descendió hasta mi clítoris, con el pulgar hizo círculos alrededor. Eso fue todo para mí. El remolino de deseo caliente casi explotaba. Los gruñidos de Christopher parecían venir desde lo profundo de su pecho, sabía que también se estaba conteniendo para que llegara con él.

Sintiendo que estaba a punto de correrme, me moví más desesperada buscando mi liberación. Susurré su nombre contra la palma de mi mano. Segundos después, la tensión se quebró en miles de pedacitos, un fogonazo cruzó mi visión, cegándome. Volví a morder mi labio para amortiguar mi grito de placer. Christopher me embistió un par de veces más hasta que se quedó rígido. Un momento después, tembló en mi espalda. Su pene palpitando en mi interior alargó mi placer.

Necesitaba algún punto de apoyo, así que estaba por dejarme caer en la pared. Antes de que pudiera hacerlo, Christopher me levantó hacia atrás para que mi espalda golpeará su pecho, el movimiento creó una deliciosa fricción en mi vagina duplicando mi clímax. Me abrazó. Liberándonos juntos.

¿Por qué había sentido la urgencia de arrástrame a un baño y hacerme el amor? ¿Por qué me había mirado así? ¿Era lo que yo pensaba o solo algo que quería que él sintiera?

Estaba loca, acaba de correrme con él y no dejaba de pensar.

Respiraba agitada y me sentía lánguida.

—¿Christopher?

—¿Mmm? —dijo distraído mientras pasaba sus nudillos por mi brazo.

—Tenemos que salir de aquí.

Con gran delicadeza salió de mí y acomodó el vestido. Con un poco de timidez me puse las bragas de nuevo y traté de arreglar mi aspecto. Todo el tiempo Christopher estuvo comiéndome con la mirada. Tenía los ojos brillosos y las mejillas un poco coloradas. Nada grave. Nadie pensaría que tuvimos sexo en un baño.

Maldición, era una locura.

—Con este ya son cuatro —dijo mirándome por el espejo.

Supe a qué se refería, me reí nerviosa.

—Solo cuatro.

—Apenas cuatro.

Me disparó una mirada con misteriosa sexualidad. Era un idiota que lucía mejor de lo que un hombre tenía derecho después tener sexo en un baño.

Y yo amaba a ese idiota atractivo.

Antes de salir me tomó por ambos lados de la cara y depositó en mis labios un beso meloso. Dulzón.

Dos minutos después, evité mirar a las personas mientras me dirigía a nuestra mesa. Sentía que todo el mundo sabía que habíamos tenido sexo en un baño. Me senté a su lado. La mirada satisfecha de Christopher y su sonrisa traviesa me hicieron soltar risitas nerviosas. Él no ayudaba.

—Eres una muy mala influencia, Christopher —dije entre jadeos por mi risa.

Ahora fue su turno para reír.

—Yo no era quién llamaría la atención con mis gritos.

Gemí mortificada, sin embargo, no le dije nada más, él siempre tendría una respuesta. Pero no era el único que tenía algo para decir.

—No se preocupen. No se escuchó nada. ¿Verdad, Jhonny querido, que nosotros no escuchamos nada? —le preguntó la anciana a su esposo, él negó con la cabeza —Nada —repitió con una sonrisa cómplice.

Me quedé con la boca abierta. Christopher se echó a reír con fuerza, hundí mi cara en su pecho. Creí que iba a morir de vergüenza.

Christopher me mantuvo bien sujeta por la cintura como si temiera que, si perdía contacto conmigo, saldría corriendo.

Eso no pasaría otra vez.

Confiaba en él.

¿Quieres salir de aquí? —preguntó suavemente.

Miré la mesa con mi café y un pedazo de torta de chocolate para mí, él había pedido un té.

Negué con la cabeza.

Christopher seguía con sus ojos sobre mí, quemándome.

—¿Qué?

Toda la broma se había ido de sus ojos, ahora me miraba con cierta calidez. Abrió la boca, pero lo que me fuera a decirme quedó cortado cuando una camarera se acercó a preguntarnos si queríamos algo más. Aunque la verdad es que solo se acercó para ver a Christopher más de cerca, él apenas la notó. Mirándolo, en ese momento me di cuenta que cuando estaba conmigo no

tenía ojos para nadie más. Él era de esos que te daba toda su atención.

Cuando estuvimos solos me contó que su papá quería que cerrara algún trato con un potencial nuevo cliente para que Christopher empezara a habituarse en el negocio, pero él no quería porque en el momento en que iniciara a trabajar su papá no iba a dejar que se detuviera. Pero él había hecho una pasantía antes en Suiza con un amigo cercano de su familia, estaba segura que Christopher podía hacerlo. Le dije que lo intentara porque sospechaba que su renuencia se debía más a que quizá estaba un poco nervioso y no quería defraudar a su papá. Respiré aliviada cuando comprobé que a él le gustaba todo eso del negocio familiar y no era algo que se veía impuesto a manejar algún día. Continuamos hablando de trivialidades y Christopher tuvo la precaución de no mencionar lo que había pasado el domingo con mamá. Actuaba como si nunca se hubiera cruzado con ella.

Cuando la pareja de ancianos se despidió de nosotros y tan pronto como abandonaron el café, solté una carcajada de incredulidad sin poder evitarlo. Era una de las cosas más emocionantes que había hecho. No podía creer que él se hubiera tomado en serio mis palabras, pero era una prueba de que me escuchaba. Christopher se unió a mi diversión y aprovechó para darme un beso en el pelo.

En medio de nuestras risas me tendió una tableta, cuando se iluminó la pantalla mostraba unas fotos de unos pisos muy lindos.

—Sé que has pensado en mudarte y que estás buscando un piso —explicó a mi pregunta no formulada.

Me alejé de él.

—¿Cómo sabes eso?

—Le pediste a Rosé que te ayudara a encontrar un piso, ella fue conmigo. Por si no la sabes, mi familia está en el negocio inmobiliario, ayudarte a encontrar uno es algo fácil. Fue molesto enterarme por ella que estás pensando en mudarte de tu casa.

Debí imaginar que algo así pasaría. Rosé no sabía mantener la boca cerrada. Por otro lado, los pisos estaban amueblados, eran hermoso y en zonas privilegiadas. Casi me ahogué con las rentas.

—Gracias... supongo. Pero no puedo pagar esto por un piso si quiero mantener un techo sobre mi cabeza por más de seis meses.

Christopher deslizó un dedo y la imagen cambió.

—Hay más opciones.

—Ya veo.

Cambié la imagen, pero lo que no cambiaba eran los números. Tenía ahorros y un trabajo, pero el precio seguía siendo exorbitante para mis arcas. Estaban fuera de mi presupuesto. No me atrevía a tocar la herencia que me dejó papá.

No sé muy bien que cara era la que tenía, pero Christopher se dio cuenta.

—¿No te gustan?

—No puedo pagar nada de esto —luego apareció una imagen de una sala de estar que me era completamente familiar. Me eché hacia atrás, alejándome un poco—. ¿Qué es esto?

La expresión de Christopher cambió a depredador, dispuesto a tomar lo que quería.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Jueves —respondí con seguridad.

Por la esquina del ojo alcancé a ver a Christopher agarrando más fuerte el borde de la mesa, sus nudillos casi blancos. Me giré para darle toda mi atención con el nerviosismo tomando protagonismo.

—Sé que es jueves —nuestras miradas se encontraron—. Hoy cumplimos tres meses de estar de novios.

Oh, me relajé entendiendo que eso se dirigía a que era una terrible novia porque no lo sabía. A mí solo me gustaba estar con él. No llevaba la cuenta.

—¿Se supone que somos esa clase de pareja? ¿Ya sabes, de las que celebran aniversarios? Porque nunca lo hicimos antes.

—No, no creo que seamos esa clase de pareja, pero esta vez es una ocasión especial —mi cabeza se devanó intentando averiguar por qué esa vez era especial, diferente. No encontré nada—. Sé que no quieres hablar sobre tu mamá, ni lo que pasó con ella —empecé a negar con la cabeza. No quería ir a ese lugar oscuro con él—. No voy a preguntarte nada. Solo déjame hablar ¿está bien?

No estaba bien, pero...

—Dispara.

—Nunca lo haría, eso significaría hacerte daño. Hacerte sangrar. Es lo que menos quiero —acarició mi mejilla—. No me gustó la forma en que ella te habló, por lo que dijo mi primo deduzco que no es la primera vez que lo hace, sin mencionar que tu hermana te habló con el mismo tono. Nunca antes había presenciado algo que te doliera y nunca más quiero que te sientas así. —Me tendió una cajita negra de terciopelo con un lazo dorado—. Por eso quiero darte esto.

Dejé la tableta sobre la mesa y tomé la caja que sus manos me ofrecían.  
Mi pulso ganó velocidad.

—Gracias.

Christopher parecía que estaba conteniendo la respiración y mi duda se disparó, no sabía a donde quería llegar.

—Tienes que abrirla —murmuró.

Tragué largo y duro, sintiendo como mis manos temblaban mientras quitaba el lazo y la tapa de la cajita.

Fruncí mi ceño.

—¿Una tarjeta?

Dejé escapar el aliento, le lancé una mirada interrogativa.

Yo reconocía esa tarjeta gris, era la llave que usaba para acceder a su ascensor privador y a su ático. Las veces que había llegado Christopher siempre me esperaba en el recibidor para que subiéramos juntos, la única vez que lo hice sola, su conserje estaba ahí y tenía instrucciones de permitirme el paso usando su tarjeta maestra. Pero, yo con ese regalo yo iba a tener pase libre y sin intermediarios hasta su lugar.

—No sé qué pasó entre ustedes dos, pero ella sabe el poder que tiene sobre ti, sabía que podía lastimarte con un par de palabras y aun así las dijo. Escupió cosas horribles, que no son ciertas. Ella no te conoce. No quiero que nadie nunca te lastime. No mereces esa mierda alrededor de ti. Si ella no quiere tenerte en su vida, pues mejor para mí porque yo sí quiero tenerte en mi vida. Ya sabes que no me gusta compartir y quiero todas las partes de ti, incluyendo las que aún no conozco. —Rozó su pulgar sobre mi labio—. Múdate conmigo nena.

Me quedé observándolo con la boca abierta. Totalmente impactada con su petición. Sus palabras calaron hondo en mi pecho, descongelando la parte de mí que aún seguía cubierta de hielo. Entumecida.

Tragué saliva.

—No puedo mudarme contigo, Christopher.

La inseguridad se instaló en sus ojos, apagando poco a poco la chispa de esperanza.

—¿Por qué no?

—Porque... porque... porque... —Mis ideas se agolparon juntas en mi cerebro impidiéndome pensar con claridad. Exhalé un profundo suspiro—. Lo que dices sobre mamá es verdad, pero aun así ella es mi mamá. Ellas son mi familia y las quiero. También conociste a Anthea, no puedo dejarla sola en



medio de personas que quieren domesticarla a su antojo. Pero más allá de ellas, nosotros solo hemos estado saliendo por tres meses y las cosas entre nosotros están bien así. No quiero arruinarlo por hacer las cosas rápido.

Esa era toda la verdad. No quería arruinar nada que estuviera relacionado con Christopher. Mudarnos juntos probablemente lo haría, porque como él decía, no conocía todas las partes sobre mí. Yo probablemente no conocía todas las partes sobre él.

Me conocía, no era una persona fácil de tratar y... ¡aún tenía diecinueve!  
Su cara se arrugó en enojo.

—Las relaciones son de dos, así que tú no podrías arruinar nada, en todo caso, ambos lo arruinaríamos.

Olvidaba fácilmente que el noviazgo era algo de dos personas porque la última vez arrojaron toda la culpa en mi dirección, pero no podía deshacerme de ese sentimiento de porquería que me volvía insegura. De igual forma, el ofrecimiento de Christopher era demasiado. Esa llave era el mejor regalo que me habían hecho. Sentí un aleteo fugaz con el pensamiento de vivir con él.

—¿Me estas pidiendo que me mude contigo porque Rosé te dijo algo más?

Tenía que asegurarme que ella no hubiera dado más información de la necesaria, como decirle que estaba enamorada de él cuando yo no estaba lista para que decírselo. Si lo había hecho entonces Christopher quizá se sentía obligado a pedírmelo.

—Te estoy pidiendo que te mudes conmigo porque no me gusta que te lastimen a propósito. —La esquina de su boca se elevó en una media sonrisa—. Más que nada es porque duermo mejor mientras te abrazo y el sexo matutino es muy tentador para no considerarlo.

Aparté la mirada de él. Me sentía vulnerable y en carne viva. No era una declaración de amor, eso era lo que hacía la petición mucho mejor.

Las cosas con Christopher siempre eran románticas, pero sin promesas en medio.

Respiré profundo.

—Tienes razón, es una idea muy tentadora lo del sexo matutino. El problema está en que no me quiero ir de casa, pero sé que tengo que hacerlo —coloqué la tapa en la caja de nuevo—. Así que cuando esté lista, tú serás mi única opción.

No se veía feliz. Quería luchar más para arrancarme un sí. Era agradable saber que él pelearía para tenerme en su vida.

Asintió de mala gana.

—Bien, pero quédate la llave para que puedas venir cuando quieras y si se te ocurre alguna sorpresa que incluya lencería de encaje es bienvenida.

—Se supone que es un regalo para mí, no para ti. Pero se me ocurre algo con menos lencería de encaje y más como vine al mundo. El chocolate derretido podría estar incluido.

—Esa es mi chica —besó mi frente—. Cuando estés lista puedes mudarte. Yo voy a esperarte todo el tiempo que necesites, nena —prometió en un susurro.

    Mi estómago dio un vuelco, la primera promesa entre nosotros.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

---

—VAMOS, nena.

Christopher enredó sus dedos con los míos. Desde que me desperté esa mañana no podía sacar de mi cabeza que vería a los padres de mi novio después del espectáculo de la galería. Caminé más lento, quedándome rezagada, manteniendo la oportunidad de escapar. Como si me hubiera leído la mente, Christopher miró sobre su hombro con una sonrisa tranquilizadora. Me atrajo más hacia él, susurró “todo va a estar bien”.

Esperaba que eso fuera cierto.

Esa mañana me escurrí de casa para no despertar a nadie porque no pude volver a escapar de la invitación del padre de mi novio. Intenté hacerlo, pero Christopher terminó arrancándome una promesa y el plus de verlo era un incentivo para asistir. Las cosas en casa estaban cada vez peor. Yo estaba cada vez peor, la pérdida de peso ya se notaba en mi ropa, el vaquero que me puse esa mañana parecía que era dos tallas más grandes y las manchas oscuras bajo mis ojos eran más prominentes que hasta tuve que cubrirlas con corrector. Si mamá me veía se daría cuenta, después de todo, ella fue quien me enseñó a encubrir mis miserias. Así que ese desayuno me proporcionaba un escape de ella. Me tranquilizaba con la idea de que en cualquier momento podría refugiarme en el ático de Christopher o tal vez darle una sorpresa. De igual manera seguí buscando otros pisos. Si las cosas entre él y yo no funcionaban no quería quedarme en la calle. Quería tener mi propio espacio. Un respaldo.

En el jardín estaba puesta una larga mesa rectangular con bandejas de porcelana con comida, jarras de jugo y teteras. Demonios, ¿cuántas personas asistirían? Había mucha comida. Por lo general, yo solo desayunaba café. El poco apetito que había logrado acumular se perdió con la vista de Ethan

riendo junto a Cecilia. Christopher empezó a caminar hacia ellos, lo miré por el rabillo del ojo, al parecer no se había dado cuenta de quien estaba ahí. Cuando por fin lo hizo fue demasiado tarde. Su mamá ya nos tenía a la vista y estaba sonriendo.

¿Por qué tenía que estar Ethan ahí?

Al instante me quedó claro que ella ignoraba todo el drama entre nosotros tres porque me saludó con una enorme sonrisa y no percibió la tensión que se generó cuando Ethan besó mi mejilla y rozó mi brazo de forma íntima frente a Christopher. Mi novio solo apretó más el agarré en mi mano. Les tocó el turno a ellos y lo hicieron con un asentimiento educado de cabeza.

¿Fui la única que vio chispa saltar entre ellos?

¿A qué estábamos jugando?

Iba más allá de bizarro e incómodo, sobre todo porque estaba tratando muy duro de ocultar la sorpresa por la sensación de cosquilleo que dejaron los labios de Ethan en mi mejilla.

No mentí cuando le dije que una parte de mí aún lo amaba. No sé por qué. No sé cómo. Simplemente lo hacía. Cada vez que nos cruzábamos tomaba más fuerza.

Cecilia parecía estar feliz de tener la casa llena, tenía mucha energía para ser un día domingo. Me ofrecí a ayudarla, pero me rechazó alegando que yo era una invitada.

Todo mi cuerpo se erizó mientras giraba en busca del ladrido de un perro. Rápidamente me coloqué detrás de Christopher para usarlo como escudo humano, pero no era capaz de alejar mis ojos del movimiento frenético de las cuatro patas corriendo en nuestra dirección. En casa nunca habíamos tenido ningún tipo de mascota, a mamá no le gustaban porque la mayoría tenían pelo, aunque a mí sí me gustaban, vivía con cierto miedo a los perros desde que uno me mordió la mano cuando tenía ocho años. Recuerdo que parecía tan adorable y amigable que me entraron ganas de acariciarlo, el movimiento no fue bienvenido y el perro se tiró sobre mí, mordiéndome. Ahora tenía una linda cicatriz en mi mano izquierda que la ocultaba detrás de varios brazaletes. Sin embargo, esa experiencia hizo que fuera cautelosa con las mascotas. Nunca rogué por tener una.

Di un paso atrás cuando el perro se puso en dos patas y se arrojó a los brazos de Christopher. La sonrisa infantil de mi novio me apretó el pecho, era muy tierno verlo así. Parecían dos viejos amigos emocionados por su reencuentro, realmente no sabría decir quién estaba más feliz. El perro movía

enloquecido la cola a modo de saludo, buscando un poco de cariño y a Christopher no le alcanzaban los brazos para acariciarlo.

Eran tan hermosos juntos.

Zeus, si no recordaba mal, creo que así se llamaba el Golden Retriever. Christopher me había contado en una de nuestras noches de larga charla que lo rescató de la lluvia cuando todavía era un cachorro, lo mantuvo escondido en su habitación una semana entera en la que le comió todo lo que encontraba tirado a su paso, hasta que su mamá lo escuchó ladrar y lo encontró. De eso ya hace nueve años. Ahora era todo un Holland más.

—Son adorables juntos —comentó Cecilia—. Si vinieras más a casa no te extrañaría tanto —recriminó.

Christopher sonrió con picardía.

—¿Quién no me extrañaría? ¿Zeus o tú?

—¡Ambos!

—Las veces que he venido tú has estado de viaje.

Arrepentimiento deslumbró en el delicado rostro de Cecilia. Se acercó a su hijo, que estaba de cuclillas, acarició su cabeza de forma maternal.

—Oh, cariño. Lo siento tanto. Esta temporada es muy movida para nosotros, pero podemos disminuir nuestros viajes.

—¿Y olvidarme de lo que es la privacidad? No hay manera mamá.

—Eres imposible. Fue un accidente interrumpir cuando estabas por tener sexo con esa chica. Tienes que olvidarlo cariño.

Guao. No me esperaba escuchar algo como eso de su mamá. Imaginarme a mi novio con otra chica hacía que mi piel picara. No se sentía bien en lo absoluto.

Bufó.

—Mamá, es así como me haces pasar vergüenza —Christopher apartó los ojos de Zeus, su sonrisa disminuyó cuando se posó en mí—. ¿Quieres acariciarlo?

Mi estómago se retorció, por dos motivos.

—Creo que voy a pasar y admirarlo de lejos.

Zeus ladró. Brinqué.

—¿No te gustan los perros? —preguntó Cecilia.

—La asuntan. Cuando era pequeña un perro la mordió —explicó Ethan por mí, demostrando que él conocía las pequeñas cosas.

Entonces me di cuenta que estaba a su lado, sosteniéndome con un puño de su camisa. No había sido de forma deliberada, solo un acto reflejo de lo que

alguna vez fuimos. De mí refugiándome en él. Nos miramos por dos segundos, compartiendo un flujo de sentimientos que aun existían entre nosotros. Luego lo deje ir.

—No estoy asustada, guardo cierta distancia prudencial por mi supervivencia.

Cecilia río por mi actitud.

—Siento tu mala experiencia, pero Zeus es el ser más amoroso que existe —le dio una mirada a su hijo—. Llévalo a la parte de atrás —ordenó mientras entraba de vuelta a la casa, por suerte se llevó a Ethan con ella.

Christopher se quedó ahí, sin prestarle atención a su mamá y con la mandíbula apretada. Verme con Ethan lo perturba bastante, no lo entendía. No le daba motivos.

Joder, Christopher era todo lo que una chica quería. Lo que yo quería.

Después de unos segundos me dio una mirada persuasiva.

—Tienes que acariciarlo, así es como combates el miedo.

—¡No tengo miedo! —pateé el suelo—. Agradéceme que les estoy dando el espacio que claramente necesitan —bromeé.

Christopher me ofreció su mano como si fuera a sacarme a bailar. Demonios, era una peligrosa montaña rusa de emociones complicadas de descifrar. ¿Quién nos entendía? Respiré profundo, di un paso adelante, queriendo demostrarle que no tenía miedo. Cuando estaba por tomar la mano a Christopher, Zeus ladró y yo di otro respingo asustada. Me quedé clavada en el suelo, Zeus comenzó a dar vueltas a mi alrededor, sobándose y oliéndome mientras movía la cola.

No podía moverme.

¿Por qué me pasaban esas cosas a mí?

—¡Zeus! —llamó Christopher, Zeus corrió a él —Lo siento amigo. Solo yo tengo derecho a tocarla amigo, soy el único con el que disfruta.

El horror me invadió. Estábamos en su casa, su mamá estaba cerca.

—¡Christopher! —reclamé— ¡Alguien puede escucharte!

—No es para tanto, nena. ¿Cómo crees que concibieron tres hijos?

—¿No nos trajo la cigüeña? Estoy completamente seguro que así fue —dijo Marco con voz tensa.

Él apareció de la nada y traía unas pequeñas cajas de madera en sus manos, podía asegurar que era licor. Lo que era preocupante porque seguía siendo temprano por la mañana.

Christopher bufó.

—Nos tuvieron de forma interesante. Estoy seguro que el sudor y gemidos eran parte del sexo ardiente entre ellos, terminaban rogando por más y hacían planes para repetirlo... porque les encantó. Tus padres también te crearon de esa forma, nena. No serías tan salvaje si hubiera sido diferente.

Oh, maldición. Era un jodido pervertido.

—Es la segunda vez que voy a ver a tus padres, no quiero tener la imagen fresca de ellos juntos mientras uno está encima del otro y desnudos —dije—. Y no hables de mis padres porque a mí sí me trajo la cigüeña, idiota.

Me estaba esforzando por borrar de mi mente todo rastro de mis padres juntos. Por alguna razón no podía imaginarme a mamá sudorosa. Estaba segura que ella no sudaba. Ruidosa podía ser.

*Oh, no. Valentina, deja de pensar.*

—No. Apuesto a que fue malditamente escandaloso.

Temblé solo de pensarlo. ¡Definitivamente no!

Marco siguió su camino, con paso tranquilo. Sacudió la cabeza como si su hermano mayor fuera estúpido.

—No. Te equivocas. Nos trajo la puta cigüeña —palmeó el hombro de Christopher—. Aunque te moleste, no puedes cambiar lo que realmente pasó. Cabrón.

Asentí, apoyando a Marco.

Christopher soltó una enorme carcajada divertida, doblándose hacia adelante. Al parecer su humor había cambiado nuevamente. Zeus se mantuvo revoloteando alrededor de sus piernas, queriendo ser partícipe de lo que sucedía.

—Son dos inmaduros —dijo entre risas.

Me crucé de brazos.

—Es obvio que no te gusta perder.

Levantó la cabeza, sus ojos tenían un brillo hermoso. Amaba verlo así.

—Acompáñame a llevar a Zeus a la parte de atrás. Si quieres, puedes mantener tu distancia.

Fue su turno de burlarse de mí.

Sí, ese era el Christopher del que me enamoré, no del chico que se ponía celoso por su primo

Yo no podía cambiar mi pasado. Tampoco quería.

Christopher me llevó al lugar en el que hablamos por primera vez. La noche en que Rosé me arrastró a la fiesta de Marco. Había un columpio poco sofisticado. En realidad, solo era un pedazo de madera sostenido con una

gruesa cuerda de la rama del monumental Roble Persa. A eso era lo que yo llamaba un árbol. No cabíamos los dos, así que me senté sobre las piernas de Christopher, mi espalda recostada en su pecho. Dejé caer mi cabeza sobre su hombro.

—Así que aquí era dónde estabas sentado ese día que nos conocimos.

—¿Te refieres al día en el que caminabas descalza?

Sonreí nostálgica. Era la primera vez que veía ese lugar a la luz del día, pero se sentía especial. Como nuestro lugar.

—¿Fue muy raro?

—La mejor parte fue ver cómo te quitabas los zapatos.

Lo golpeé con el codo.

—Desde esa vez estás obsesionado con mi trasero. Eso es acoso.

Me abrazó muy fuerte y depositó un beso en mi mejilla.

—Esa noche estaba significativamente borracho y cuando te vi allí quitándote los zapatos pensé que te estaba imaginando, pero después me escuchaste reírme de mí. En vez de alejarte como cualquier chica normal hubiera hecho por su propia conservación, tú empezaste a buscar en la oscuridad. Negándote a huir. Como si te sintieras tan atraída a mí como yo me sentía a ti —contuve el aliento, esa noche fui capaz de sentir la conexión entre nosotros, no sabía que él también—. Cuando hablamos estabas parada frente a mí, sin mostrar ninguna emoción. De verdad no había ninguna expresión en tu cara que yo pudiera darme una idea de lo que pasaba en tu cabeza, lo que era una mierda porque si eras real yo quería follarte.

Calor descendió por mis hombros y pecho, instalándose en mis senos. Hinchándolos.

—Según tus palabras era la chica que estaba coqueteando con tu hermano, ¿recuerdas? ¿Aun así querías follarme?

—Fue la única razón por la que te dejé ir. Pero el impulso de querer besarte y arrancarte ese provocador vestido quedó latente, jugando con mi cabeza —sus dientes rozaron el lóbulo de mi oreja, provocando un escalofrío—. Esa fue la única noche que me corrí pensando en ti y en todo lo que te habría hecho si no estuvieras tomada por mi hermanito —susurró.

Lamí mis labios. Sintiendo como el calor se mezclaba con mi sangre y viajaba por mi cuerpo. Tomé sus manos que estaban descansando sobre mis piernas, las deslicé por mi abdomen, mis costillas y las posicioné en mis senos. Él tenía que hacer el resto.

No me defraudó.



Ágilmente masajé mis senos, apretando con suficiente fuerza para hacerme jadear.

No quería venirme, solo ser acariciada. Por él.

—No lo estaba. No estaba tomada por nadie esa noche —dije.

Su aliento hizo cosquilla en mi mejilla.

—¿Te habrías dejado tocar como lo estoy haciendo en este momento?

Recordé esa noche. Lo mal que me sentí por retroceder con Ethan, fue lo que más me abrumó y me llevó a esconderme en la oscuridad.

—No. Pero te hubiera dejado besarme.

Porque esa noche necesitaba sentirme deseada. Tener unos ojos puestos en mí, mirándome con indecencia. Amenazando con obtener más, porque estaba hambriento.

—Besarte implicaba convertir todo en un infierno. Necesitaba más que eso.

—Desde ahí tenías la oportunidad de persuadirme a más, corriendo el riesgo de no volver a verme. Lo más probable es que el misterio terminara tan pronto como empezó.

—Lo dudo. Me sentí atraído desde la primera vez que te vi —su tono grueso escondiendo algo.

Había empezado esa conversación con la intención de permitir que mis sentimientos hablaran, pero cada vez que Christopher me decía cosas que me hacían enloquecer de felicidad venían acompañadas de alguna confesión.

Dudaba que esa fuera la excepción.

—¿Quieres decirme algo?

Dejó caer sus manos.

—¿Sigues sintiendo algo por Ethan?

Ese sería el momento perfecto para decirle que estaba enamorada de él, sin embargo, esas palabras quedaron atoradas en mi garganta. Trabajando para no salir.

—Te dije que no quería venir a este desayuno por lo que tus padres podrían estar pensando de mí. Bueno, eso fue verdad, pero decidí venir por ti. Porque sé que ellos te importan y los quieres. Lo que trato decir es que... —*Te quiero*— por la única persona que estoy aquí es por ti. Estaría en cualquier lugar por ti. No lo dudes. —*Porque estoy enamorada de ti*—. No hay nadie más Christopher. Nadie. Solo tú.

—¿Te das cuenta que eso no es una respuesta? —preguntó.

Me encogí de hombros. Era la única respuesta que tenía.

Giré mi rostro a él. Rocé mis labios con los suyos, fue apenas un beso suave. Delicado. Prometedor.

Tenía la sensación de que probablemente podía haber sido un poco más clara respecto a mis sentimientos. Él podía ser mi novio, pero no era adivino y no podía leer mi mente, aunque eso sería perfecto.

Me encontré de frente con el señor Holland y miré alrededor, buscando algún hoyo en el que pudiera atrincherarme. No quería tener que enfrentarlo sola después que me viera metiéndole mano a su hijo. Tampoco quería enfrentarlo porque iba a babear por él. Esa noche no me había importado mucho, estaba achispada por el champagne, pero ahora estaba completamente sobria.

*Respira Valentina, es tu suegro.*

—Es un placer verte de nuevo, Valentina.

Mierda, el alcohol en mi sistema no me había engañado, el señor Holland era terriblemente caliente y seguía mirándose como un delicioso bombón. Me reconfortó que él se viera tan incómodo con la situación como yo me sentía.

—También es un placer verlo de nuevo, señor Holland.

Sacudió su mano restándole importancia a mi formalismo.

—Por favor, solo dime Felipe. ¿Dónde está Chris?

—Dijo que tenía algo de lo que encargarse.

—Te dejó aquí sola. Estos chicos y sus modales —extendió una mano señalando una butaca en la terraza—. Hay que sentarnos. ¿Quieres un té? ¿Café?

—Café, por favor.

Iba a matar a Christopher por dejarme sola a merced de su familia por “algo de lo que encargarse”.

Con una taza de café me sentí más reconfortada y la espera era menos tediosa. Su papá aprovechó para bombardearme de preguntas sobre mi infancia, mi familia, de lo fantástico que le parecía la gastronomía y que agradecería que le diera algunos trucos en la cocina. Él no era de los hombres que perdían el tiempo y propuso que hiciéramos algo pronto. Yo solo sonreí, sin comprometerme. Felipe era un hombre muy agradable y perceptivo. Hablaba muchísimo, lo que estaba bien porque llevaba el ritmo de la conversación. Hasta que llegó al tema principal.

—Por un momento estuve muy preocupado por Chris, tuvo una novia de varios años, pero antes de eso solo tenía relaciones pasajeras que no lo hacían feliz. —Se detuvo abruptamente y me estudió esperando que yo mostrara algún

tipo de reacción. No lo hice. Ahora sabía de donde Christopher había heredado ese molesto hábito de tratar de leer a las personas. Unos segundos después, Felipe colocó su mano sobre la mía paternalmente—. Para decirte que no había traído a ninguna chica desde un verano cuando aún estaba en la escuela.

Incómoda, me removí en el asiento. No quería hablar sobre las novias de Christopher.

—Fue usted quien me invitó.

Dejó en la mesita su taza de té negro. Me escrutó con la mirada con una seriedad propia de la sabiduría que daba la experiencia.

—Conozco a mi hijo mucho más de lo que él puede imaginar, estoy muy seguro que no te hubiera traído si no quisiera —mordí mi labio intuyendo que lo que fuera a decirme no me iba a gustar nada—. Chris siempre ha sido una persona madura para su edad, siempre muy correcto. Su círculo está reservado para pocas personas que se han ganado su confianza y lealtad. Sospecho que con su última novia fue diferente. Habló muy poco sobre ella, pero no venía a casa en vacaciones por quedarse a su lado. Estaba seguro que era más formal de lo que él quería aceptar, decidí esperar a que se decidiera a presentárnosla, quería conocer a la mujer que hacía feliz a mi hijo. Sin embargo, de un momento a otro, Christopher cambió. Ya no solo era serio y reservado, sino que estaba enojado con el mundo, todo lo veía gris. Sin darse cuenta, empezó a excluirnos a nosotros, su familia. No sé por qué, no sé qué salió mal, no lo comenté conmigo. Pero hace semanas él está de buen humor, feliz y viene a casa. Por el modo en que me ha hablado de ti, por como los he visto interactuar sé que gran parte de esa felicidad se debe a ti —bajó la voz a un susurro—. Él me comentó por qué sucedió el incidente en la galería.

Él no iba a recibir besos de mi parte por no poder cerrar la boca.

—Christopher me importa —aseguré.

Felipe me sonrió, amable.

—Lo sé, Valentina ¿He menciona que lo he vistos interactuar? —Sí lo había hecho, pero igual me sentía atrapada—. Las personas tendemos a subestimar el amor joven, pensamos que como son chicos es un amor pasajero, pero los adultos lo sabemos mejor. Cuando eres joven te entregas completamente, sin freno y sin prejuicios. Esos amores de algún modo se quedan adentro.

—Felipe... —Las palabras no llegaron a mi cerebro. No entendía lo que él quería decir, pero yo solo quería que las personas dejaran de meterse en mi

relación con Christopher.

—Como hombre de negocios tengo que ser bueno leyendo a las personas, entender los subtítulos, pero llevamos diecisiete minutos aquí sentados hablando y no he visto ninguna emoción en ti. No he logrado descifrarte. Lo único que mi lógica me dice es que tuviste una mala ruptura y ahora es difícil llegar a conocerte. Lo entiendo, cuando nos lastiman solemos poner muros para protegernos. El problema con esos muros es que la mayoría de veces algo o alguien queda atrapado adentro, impidiéndote soltar. No te voy a decir qué hacer, eres casi una adulta e inteligente. De otro modo no hubieras llamado la atención de mi hijo, ni de mi sobrino —sonrió cómplice, pero la cautela seguía en sus ojos—. Solo asegúrate de que nadie salga lastimado. Ni siquiera tú.

¿Es por eso que no le pude decir a Christopher que estaba enamorada?  
¿Por qué Ethan seguía atrapado dentro de mí?

—¡Papá! ¡Te pidió que no te involucraras en esto! —exclamó Marco, casi exasperado y con los ojos abiertos llenos de espanto—. Si Chris te escucha diciéndole eso va enojarse contigo y va a irse —advirtió.

¿Eso quería decir que mis relaciones sentimentales con los Holland fueron tema de conversación?

No estaba segura cómo me sentía al respecto.

—¿Por qué estás escuchando una conversación privada? —recriminó Felipe.

Marco se dejó caer sobre la mesa de café.

—Mamá me pidió que te buscara. Está en la cocina.

Felipe se puso de pie mientras me miraba avergonzado. Era gracioso como un hombre tan alto y poderoso se veía arrepentido, pero ya había plantado la duda.

—Lo siento si dije algo que no debía.

—Lo hiciste —se burló Marco.

Me obligué a sonreír.

—Está bien, está cuidando a Christopher. Lo entiendo.

Un peso cayó sobre mis hombros, todo en mi cabeza se volcó a un lado. Felipe creía que yo podía lastimar no solo a su hijo sino también a su sobrino, era lógico que estuviera preocupado. Yo era una amenaza para su familia. No quería lastimar a nadie, pero él era mayor, había vivido más y sabía de esas cosas. Tampoco era tan difícil de leer, nuestra química y conexión ayudaba a que Christopher lo hiciera con mucha facilidad. Pero Felipe no lo sabía.

—No le prestes atención a papá, él suele ser muy entrometido. Así con toda esa fachada imponente en el fondo es un papá oso.

Ethan se coló en mi línea de visión, movía los dedos sobre la pantalla del celular.

—¿Y si tiene razón? —me pregunté en voz alta.

Marco me miró.

—¿Todavía sientes algo por Ethan?

Era la segunda vez en menos de treinta minutos que me preguntaban eso y aún no tenía una respuesta definitiva.

Cuando mi respuesta tardo demasiado Marco elevó una ceja. Clavé mis ojos en él. Según Rosé, Marco siempre hablaba demás, pero en ese momento necesitaba hablar con alguien y él era el único que estaba cerca.

—No le pude decir a Christopher que estoy enamorada de él, creo que es porque no he cerrado la historia con Ethan.

Sin mencionar que si digo las palabras entonces sería real y estaría más que jodida.

—Así que enamorada. A penas te disté cuenta, ¿verdad? —pensé que iba a hacer un chiste sobre eso, pero no, él se puso serio. Asentí —. No me sorprende, después de todo esas palabras son importantes. Nadie debería decirlas a la ligera, pero supongo que en tu caso es más difícil. Chris no las ha dicho aún. Y aunque te niegues a verlo, Ethan sigue estando ahí y ya las dijo.

¿Más difícil?

—Ethan te contó.

—¿Qué se comportó como un hijo de puta? Sí.

—Fue más que eso —dije tan bajo que dudaba que me hubiera escuchado.

Sí, Ethan se comportó como un hijo de puta, pero yo lo había amado con locura. Él se había ganado ese amor. Me había hecho feliz, me había hecho reír, él limpio mis lágrimas cuando me peleaba con mamá, me hacía sentir especial y nos entendíamos. Pudimos haber sido perfectos.

Ese era el problema, yo sabía lo buen novio que podía llegar a ser, yo sabía que cuando él amaba a alguien se entregaba por completo. A pesar que me había engañado y me dejó sola. Sabía que no era del todo su culpa no haber estado ahí para mí cuando más lo necesité. Él nunca supo lo que pasaba. Si lo hubiera sabido, ¿él me habría acompañado?

Después de un momento de silencio Marco pregunto con toda seriedad:

—Soy guapo, ¿verdad?

Sin poder evitarlo, me reí.

No sé a qué venía eso, pero él parecía preocupado por la respuesta.

—Sí, lo eres.

—¿Qué sabes de Rosé?

Así que se trataba de ella.

—¿Quieres especificar?

Estaba enterada de que Rosé era una diosa, sin embargo, no creía que pudiera llegar a volver loco a un chico como Marco. Pero solo le bastó una noche para domarlo. Ahora él se había mantenido alrededor de ella sin obtener ningún resultado porque Rosé se había arrepentido al instante del sexo entre ellos. Eran amigos después de todo. Para mí era una completa excusa y quizá, solo quizá le había gustado más de lo que se atrevía a admitir.

—¿Ella está saliendo con alguien?

—Rosé no sale con nadie, lo sabes.

—¿Estás segura?

Estaba segura. Era una lástima porque los dos eran altos, guapos, confiados. Harían una pareja llamativa.

Me encogí de hombros.

—Sí, muy segura. Me lo hubiera contado.

No me miró cuando preguntó:

—¿Ella te ha dicho algo sobre mí?

Me derretí.

¿Cuán interesado debía estar alguien para atreverse a hacer esa pregunta corriendo el riesgo de que la respuesta fuera una que no querías escuchar?

—Ella dice que ustedes se parecen mucho. Pero si lo que quieres saber es si le gustas, la respuesta es sí. Le gustas. No va a decírtelo. En todo este tiempo te volviste su amigo. Eso lo más importante para ella. No está dispuesta a arruinar la mistad que hay entre ustedes por algo que podría no funcionar.

*No funcionar.*

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

---

ESTÁBAMOS SENTADOS EN LA MESA. No tenía idea de a dónde se había metido Christopher, desde que nos separamos no había aparecido por ningún lado. Le pregunté a su hermano Peter, que estaba sentado a mi lado con los ojos metidos en el celular y bostezando, él apenas atinó a sacudir la cabeza. Supuse que eso significaba que no. Peter era el menor de los hermanos, mantenía los ojos azules y el pelo castaño, pero donde sus hermanos eran de piel bronceada, él tenía la piel clara. No era tan guapo como se esperaba, pero en la actitud llevaba la misma arrogancia que los demás Holland. Quizá esa arrogancia era algo genético en ellos.

Cecilia estaba sentada en la cabecera, y su esposo, Felipe, decidió ser un rebelde y sentarse a su lado. Marco estaba sentado frente a mí, después de nuestro intercambio de confesiones se había quedado pensativo. Viendo a lo largo de la mesa era evidente que Christopher no era el único que faltaba, pero sí el único que me importaba.

¿Dónde demonio se había metido?

Todos estaban siendo amables conmigo, Cecilia me contó cosas de cuando Christopher era pequeño. A simple vista parecía que todos me estaban dando la bienvenida, pero me estaba sintiendo incómoda sin él allí. Además, estaba segura de que Felipe me observaba atentamente. Lo que era suficiente para hacerme sentir como una intrusa.

Contuve un suspiro. ¿No podía gustarme alguien que no fuera un Holland?

Como si lo hubiera conjurado, Christopher se dejó caer en el asiento entre su mamá y yo. Ella le acercó un vaso con jugo, seguido de una mirada de reproche.

—Zeus tenía mucha energía acumulada —se excusó. Se inclinó hacia a mí,

murmurándome en el oído—: Pero después de desayunar voy a volver a tener energía, ¿quieres hacer algo con ella?

El habló tan bajo que solo yo logré escucharlo. Pero su expresión dejaba transmitir mucha intensidad para que lo demás se hicieran una idea de lo que me estaba diciendo.

Reprimí una sonrisa nerviosa.

—Solo si te comportas.

—¿Estás bien? —preguntó.

Levanté la vista de la mesa y me encontré con Christopher, que tenía las cejas juntas en signo de preocupación. Ahí estaba, él sabía leerme. No importaba lo que su papá dijera. Christopher y yo nos entendíamos.

Mi corazón golpeó fuerte mi pecho, sonreí provocadora.

—Si no fuera porque verte sudado me seduce, estaría perfecta.

Eso pareció convencerlo.

Colocó una mano en mi pierna y el gesto llamó la atención de Peter quien hizo una mueca de asco. Todavía no le interesaba el sexo femenino, pero quería ver cuando lo hiciera. Planeaba burlarme de él. Me acerqué un poco más a Christopher buscando su calor.

Estaba tan metida repasando mentalmente lo que había hablado con Felipe que me exalté cuando alguien se sentó en la mesa con un fuerte suspiro.

Volví mi atención a los recién llegados.

—Tengo hambre —anunció Alexa.

Ella era la versión femenina de Ethan, a diferencia de sus ojos que en vez de turquesa eran cafés. Eso sí, era guapísima y con una actitud de “todo me importa una mierda”. Su aspecto agotado me daba una idea de cuan salvaje estuvo su fiesta. Christopher no me había contado nada todavía, pero el también parecía que le faltaba unas horas de sueño, así que “salvaje” parecía describirla bastante bien.

Quise fundirme con la silla cuando vi al señor Eric, el papá de Ethan y Alexa. Al parecer eso de los desayunos familiares era una especie de tradición que se tomaban muy en serio. El señor Eric saludó a todos y se excusó diciendo que le había costado alejar a Alexa de la cama. Después de los saludos la conversación giró en torno al cumpleaños número dieciocho de Alexa. Le hicieron un montón de preguntas y como lo recordaba, le seguía gustando ser el centro de atención. Se deshizo en agradecimientos a Christopher por la cámara que le obsequió, que le venía bien para el viaje que iba a hacer con sus amigas ahora que ya todas eran mayores de edad. Ella se



miraba feliz, pero nadie mencionó ni una sola vez a su mamá y todos parecían haber olvidado que ella terminó en el hospital por una sobredosis. Viéndola más de cerca ella se veía entera.

—¿Nos conocemos? —preguntó Eric de forma amable.

Alexa empujó a Peter contra el asiento para tener una mejor visión de mí.

—Sí, papá —Alexa contestó antes de que yo tuviera tiempo de abrir la boca—. Es Valentina, iba a la escuela con Ethan.

Ella lo dijo como si estuviera anunciando el tiempo, pero me miró dos veces y a diferencia de cuando salía con su hermano, esta vez no había reclamo en su mirada. Ella solía enojarse cuando Ethan decidía pasar el tiempo conmigo, pero era porque tenía miedo a perderlo por mí.

La mano que Christopher mantenía en mi pierna se apretó más posesivamente. Está bien, era difícil saber que había salido con su primo, pero a diferencia de mí, él lo sabía desde el principio, desde antes que empezáramos a estar juntos. No, no lo sabía, pero lo intuía.

Toda esa cosa de sus celos estaba empezando a molestarme o quizá fue la vista de Ethan entrando con una chica tomados de la mano. Era la morena voluptuosa de la galería y de la fiesta. Hace apenas una semana él me había dicho que me amaba y ahora se aparecía ahí con la chica que me engañó.

—No empezaron sin mí, ¿verdad? —Recorrió la mesa hasta que nuestros ojos se toparon—. Ella es Naomi, mi novia.

Para ese momento mi mente estaba revuelta, no podía aguantar ni una emoción más. Un sonido de dolor que se escapó de mí. Sólo Christopher fue capaz de oírlo y descifrarlo. Lentamente deslizó su mano fuera de mi pierna, perdiendo todo contacto conmigo. Me alejé un poco de él y sentí la mirada de Felipe puesta sobre mí.

Era culpa de Felipe de que yo no tuviera idea de por quién me dolía el corazón. Él había revuelto todo provocando que mis dudas florecieran. ¿Estaba dolida por qué la chica con quién me engañó era su novia? ¿O por qué Christopher había estado enamorado de una tal Naomi? Yo no había olvidado que él estuvo comprometido.

De repente solo quería irme de ahí, no creía poder aguantar ese desayuno.

De verdad, era una mala jugada del destino. Enamorarme de dos primos y que a los les gustaran las chicas de nombre Naomi. No iba a poder con más cosas que me conectaran con mi pasado.

Los adultos acapararon toda la atención hablando de temas serios, de nuevas adquisiciones, negocios y hasta de política. Marco hizo chistes tontos

todo el rato. Ninguno me hizo gracia. También se divertía a costa de Alexa y su insulso novio.

Me sentí enferma por toda la situación, ser ignorada por Christopher tampoco ayudaba. Tomó todo de mí no levantarme y salir corriendo de ese lugar. ¿Valía la pena quedarme si me hacía mal? No lo valía, pero me quedé.

Quizá decidí quedarme porque me sentía un poco insegura. La chica que ostentaba el nombre de Naomi se pasó lanzándole miradas sutiles a mi novio, aun cuando Ethan estaba a su lado y se sonreían como dos tortolitos. En cambio, Christopher mantuvo la mirada perdida pareciendo encontrarse en su propio mundo. Toda su postura decía que algo le molestaba. A través de la mesa, Ethan atrapó mi mirada. Algo como arrepentimiento se delineó en su rostro, pero no sabría decirlo con certeza. Fue demasiado rápido antes de volver su atención a su novia.

Un pinchazo agudo perforó mi cabeza, intenté desconectarme de la conversación que mantenían en la mesa, pero el sonido de sus voces me molestaba, la risa sensual de Naomi se clavaba como vidrios rotos en mis sienes y el tenue sol de principios de septiembre me mantenían sensible. Síntomas inequívocos de una migraña. Eso era todo lo que yo podía soportar. Necesitaba calmarme, obtener un respiro de todas esas personas alegres a mi alrededor, incluyendo al idiota de Christopher.

Me deslicé fuera de la silla interrumpiendo la conversación.

—Necesito ir al baño —me expliqué.

—Está bien, cariño, ¿sabes dónde está?

Mierda, no lo sabía. Había estado dos veces antes, pero nunca había usado el baño que no fuera de la habitación de Christopher.

Negué con la cabeza.

—Yo te acompaño —se ofreció Alexa.

Vagamente me pregunté porque Christopher no se ofreció a acompañarme, hubiera podido preguntarle por qué estaba tan serio y qué había hecho para que me ignorara. Quería saber qué era lo que había cambiado. Por qué si estábamos sentados a la par, se sentía que había kilómetros interponiéndose entre nosotros. Esto era algo que nos pasaba como pareja, un momento estábamos más que bien y al otro momento todo se enrarecía sin poder comunicarnos.

Cruzamos el salón principal hacia un pasillo con una sola puerta.

—Entra tu primero —dije.

Alexa sacudió su cabeza.

—No quiero entrar. Quería agradecerte por el regalo de cumpleaños. Christopher me dijo que lo ayudaste a escoger.

Mi cabeza palpitó con dolor.

—Lo creas o no, Ethan siempre hablaba de ti... y me gustaba escucharlo. —Giré el pomo de la puerta y entré, cuando estaba por cerrarla me detuve mirando fijo a Alexa—. Feliz cumpleaños, por cierto.

—Gracias —su tono me inmovilizó, evitando que cerrara del todo—. ¿Sucede algo entre Christopher y tú? ¿Se pelearon? Parecen distantes.

—No es fácil para él saber que tuve una relación con su primo, así que los celos le ganan.

—¿Tiene razones para estar celoso?

Su pregunta fue como una bala atravesándome, es por eso que escoció más de la cuenta. Alexa siempre lograba agarrarme con la guardia baja.

*Hasta esa mañana la respuesta era no, pero ya no estaba muy segura de eso.*

—Por supuesto que no —mentí.

—Entiendo. No puedes perdonarlo. Si un chico me traicionara como Ethan lo hizo contigo no sería capaz ni de verlo a la cara. Pero sí sabes que Naomi no es realmente su novia. Es una estrategia estúpida y desesperada para que le des una oportunidad más. Estuve ahí para ver cómo sufría por haberte perdido, por eso sé que no va a detenerse hasta recuperarte. No sé qué es lo que tienes, pero te ama.

Alexa era una perra, pero no una perra mentirosa. Le creí.

—Él sufrió por haberme perdido. Yo sufrí porque él me lastimó. Hay una enorme diferencia del dolor que sufrimos. Regresar con él está tan fuera de mis planes. Es ofensivo siquiera pensar algo diferente.

A continuación, cerré la puerta tan rápido como pude.

Me acerqué al lavamanos, sosteniéndome. Inmediatamente retrocedí cuando observé mi imagen reflejada en el espejo. Algo muy parecido al dolor se deslizó por mi cuerpo y se instaló en mis ojos. ¿Por qué tenía que aparecer? ¿Por qué quería recuperarme? ¿Por qué estaba dejándolo jugar conmigo? ¡¿Por qué?!

Sin importar el tiempo que pasó o que tan lejos traté de huir, algunos sentimientos se quedaron conmigo, encadenados en mi corazón.

Felipe tenía razón, no lo había dejado ir.

Por lo menos, la indiferencia era algo de lo que podía sostenerme.

Quince minutos después logré contener el muro en mi interior intacto. Me

sentía superficialmente segura y entera como para salir de mi refugio. Enfrentarme a lo que sea que viniera.

No era ni medio día, pero estaba tan cansada que mis ojos se sentían pesados, a punto de cerrarse. Hice el camino de vuelta al jardín con la intención de pedirle a Christopher que me llevara a casa. Las noches de insomnio continuo estaban pasándome factura, pero me negaba a tomar otra algún otro somnífero. Odiaba sentirme desorientada y extraña en mi propia piel. No caería en esa trampa de nuevo. Tampoco podía priorizar a otras personas antes que a mí. Todos los vellos de mi cuello se erizaron, mis pies se detuvieron antes de que me diera cuenta. Unas voces provenientes de la cocina viajaron a mis oídos, mi sangre vibró en mis venas cuando reconocí la voz de Naomi. La curiosidad pudo conmigo, giré sobre mis talones. Me acerqué con sigilo a la puerta, inmediatamente mis ojos encontraron a Christopher recargado sobre sus manos en el fregadero viendo hacia el jardín. Los músculos de su espalda estaban tensos y sin tener que ver su rostro, sabía que tenía el ceño fruncido.

Las dudas que me invadían eran por mis sentimientos a Ethan, pero no dudaba de lo que tenía con Christopher.

No culpaba a Naomi por nada, Ethan era quien tuvo una relación conmigo y fue él quien decidió traicionarme, pero en esos momentos ella no era mi persona favorita. ¿Mencione ya que ella es el sueño húmedo de cualquier chico? ¿Sí? Bueno, entonces eso y su prontuario me daba la pauta para no quererla cerca de mi novio. Ella parecía la clase de persona que era imposible de odiar, era hermosa, simpática y educada, pero por alguna desconocida razón no me agradaba del todo. Mi cuerpo se tensaba con su presencia.

Había llegado a dominar el arte de la frialdad, como si nada en el mundo pudiera llegar a afectarme. Cuando Naomi le sonrió de forma tímida pero arrebatadora, me deslicé dentro de la cocina, me acerqué a ellos y pasé mi mano por la espalda de Christopher, acariciándolo.

—Aquí estás. —Me pegué más a él—. Tengo que volver a casa.

Como sabía que a Christopher le molestaba la falta de educación le di a ella una sonrisa a modo de saludo, ella correspondió con otra.

La expresión ceñuda de Christopher no cambio, incluso lo sentí tensarse aún más y yo con él por su reacción. ¿Acaso le molestaba que lo tocara?

—Espérame un momento, voy a despedirme de mamá.

No logré descifrar la mirada en su rostro y algo me dijo que ni siquiera lo intentara. No me iba a gustar.

Me había costado acostumbrarme a que no pudiera apartar sus manos de mí, pero en ese momento era como si ni siquiera se diera cuenta que estaba sentada junto a él. Todo el camino lo hicimos en completo silencio, cada uno metido en su propia cabeza. No me gustaba, no quería esa distancia entre nosotros, sin embargo, yo no reaccionaba muy bien al rechazo y definitivamente me sentía resentida con él por haberme ignorado. Como buena cabeza dura que era, no iba a ser yo quien diera su brazo a torcer.

Escuché a Christopher decir algo y segundos después, estacionó el coche en la acera.

—Espérame aquí.

Fue lo único que dijo Christopher antes de desabrochar el cinturón de seguridad y bajar del coche. Ni siquiera sabía cómo habíamos llegado al punto de no poder mirarnos a los ojos. Yo no tenía ninguna duda sobre lo que sentía por Christopher, era solo que Ethan me había dicho lo que había deseado escuchar desde hace mucho tiempo, no sabía cómo lidiar con ello.

Christopher nunca lo había dicho, no podía evitar pensar que era porque quizás no lo sentía. Ser yo la que sentía más me ponía nerviosa.

El silencio se expandió, desconcertante y abrumador. Tenía una opresión asfixiante en el pecho. Bajé del coche sintiéndome mareada, miré alrededor tratando de saber adónde había ido Christopher, pero no lograba reconocer lo que me rodeaba. Mis ojos se toparon con una farmacia a un par de metros, saqué la cartera del coche y me acerqué para comprar una botella con agua. El líquido helado pasó por mi garganta hasta posarse en mi estómago. Se sentía bien, pero no logró enfriar lo que estaba sintiendo. Estaba enamorada de Christopher, pero si él no lo estaba de mí... sufriría. Estaba segura.

¿Era tan loco querer saber exactamente lo que sentía por mí?

—¿Val?

Me giré en redondo ante el sonido de la voz. Mi suerte solo estaba empeorando. Varios días después me di cuenta que ese instante fue el quid para que mi vida se fuera en declive. Otra vez. Ojalá hubiera actuado diferente.

—Georgina.

En su rostro se formó una mueca de desagrado. ¿Ahora que había hecho?

—¿No es demasiado temprano para ti?

—Fui a desayunar. ¿Qué haces aquí?

—¿Con quién?

Su tono de censura no me pasó desapercibido. Ella ya sabía con quién fui a

desayunar, solo quería que yo se lo confirmara. Como si decirlo de mi boca se convertiría automáticamente en algo malo.

Mi cabeza volvió a palpar fuerte.

—Ya sabes con quién.

Asintió viendo más allá de mí. Sus ojos tomaron un brillo malicioso y todo el mundo comenzaba a ponerse de cabeza, mareándome aún más de lo que ya estaba. Apreté con fuerza la botella, aplastándola, pero no mis ganas de golpearla. Georgina apenas podía disimular la sonrisa malvada.

Ella era mi hermana, no podía ser tan mala.

Fui consciente de unos pasos apresurados acercándose. Le supliqué con la mirada que se mantuviera en silencio. Pero ella me empujó al vacío con satisfacción.

Suspiró con fingido pesar.

—Mamá está pensando en que vuelvas a ver a una terapeuta, una que de verdad pueda ayudarte antes de que termines encerrada en tu habitación, consumiéndote por la depresión. O peor aún, antes de que quedes embarazada, otra vez.

Otra vez.

La botella se deslizó de mis manos chocando contra el pavimento, salpicándome con algunas gotas de agua. Mi garganta se hinchó impidiendo que el aire llegara a mis pulmones correctamente. Cerré los ojos y sentí las lágrimas quemar detrás de mis párpados.

*No, no, no.*

No era verdad. Ella no había dicho eso. Ella no pudo decirlo. Había un acuerdo no dicho. Nadie hablaba sobre eso. Entonces, ¿por qué lo había hecho? ¿Para lastimarme? ¿Tan mala podía llegar a ser? Mis rodillas se sintieron débiles y no tenía de donde sostenerme, a continuación, sentí el cuerpo caliente de Christopher y sus brazos rodearme por la cintura. Me sentí temblar con violencia. No estaba sufriendo un ataque de pánico, estaba enloqueciendo. Georgina había dicho eso a propósito. Esperó el momento justo para que Christopher pudiera escuchar todo.

¿Qué le había hecho para que fuera tan desagradable conmigo?

—¿Nena? ¿Estás bien?

La voz preocupada de Christopher hizo que un sabor amargo se instalara en mi boca y mi estómago quisiera devolver todo lo que había comido. Él había escuchado todo lo que mi hermana dijo, seguro tendría un montón de preguntas que yo no podía contestar y estaba haciendo un espectáculo delante

de él. La vergüenza que me invadió fue como una bofetada de aire, me tragué mis estúpidas lágrimas y clavé mis uñas en sus brazos aferrándome a él con todas mis fuerzas, luchando para no caer al abismo negro que era mi mente. No quería que me viera así. En vez de quejarse, Christopher me apretó más a él.

Él era mi lugar seguro.

Mierda. ¿Qué iba a decirle ahora? Estaba actuando como una desquiciada en plena calle. Cuando estuve segura que mis ojos estaban secos, los abrí lentamente. Lo primero que encontré fue el rostro de Christopher, preocupado. Sus ojos buscaban los míos con desesperación, lo evité. Él podía leerme. Estaba asustado y con razón.

—A esto es a lo que me refiero, Val.

La tranquila voz de Georgina me puso en alerta. Ella no había terminado de soltar su veneno. Christopher debió saberlo también porque su cuerpo se tensó.

—Maldita sea, no digas una palabra más —advirtió.

Christopher despedía oscuridad y estaba haciendo lo posible para no explotar. Era genial ver que alguien más notara que ella era una víbora con malas intenciones, pero él no existía para Georgina.

—Sé que para ti somos las malas de tu historia, cuando somos nosotras quienes tenemos que cargar con las consecuencias de tus equivocadas y atropelladas decisiones. Acepta de una vez que tienes un problema y pide ayuda. Vamos Valentina, abandonaste el país y te fuiste sin decir nada. Escucha, te quiero y te estoy diciendo todo esto porque no quiero que cometas otro error. No estoy segura que puedas soportarlo y esta vez mamá no va a arreglarlo para ti. Así que tienes que terminar con esto ahora.

Te quiero. Ella dijo: Te quiero.

No había sentimiento alguno en sus palabras. Estaban huecas. Negué con la cabeza dándome cuenta que ella no me quería, quizá ella ni siquiera me veía como su hermana. Solo quería que terminara con Christopher porque no le gustaba ver que a pesar de todo podía ser feliz. Estaba tan enojada conmigo y me culpaba por todo lo sucedido, sin embargo, ella tenía sus razones para no quererme. A veces yo tampoco me quería. Pero estaba harta de que me juzgara porque ella no tenía ese derecho.

Me solté del agarre de Christopher y me tambaleé hacia adelante. Apretando los puños para no golpearla.

—Vete.

—No digas estupideces, esto es la vía pública. Estoy diciéndote la verdad

para ayudarte, pero como prefieras. Veamos qué dice mamá de esto.

Él corazón me golpeó frenéticamente contra el pecho, pero eso no me impidió bufar con resentimiento. Ya me lo imaginaba.

—Sí, corre a contarle porque es lo que siempre haces. Tú pasatiempo favorito es dejarme como la oveja negra de la familia. Pero adivina qué, Georgina, ella te quiere tanto como tú me quieres a mí.

Vi a Georgina alejarse de nosotros con una actitud altiva, el silencio que le siguió era tenso, espesando el aire a mi alrededor hasta fue difícil hacer algo tan básico como respirar. Cerré mis ojos esperando el inevitable cuestionario de Christopher que ya estaba predispuesta a no contestar.

Christopher y yo teníamos vidas completamente diferentes. Él estaba tomándose unos meses sabáticos y yo trabajaba, mi horario en el restaurante me dejaba poco tiempo para socializar. A veces salíamos con nuestros amigos o por nuestra cuenta y los días que me quedaba en su ático lo gastábamos en besos y caricias. Prácticamente nos habíamos metido de cabeza y a ciegas en nuestra relación. Ninguno de los dos se atrevió a hacer las preguntas difíciles y si las hubiéramos hecho, ¿estaríamos juntos?

—¿Nena?

Tantas preguntas envueltas en una simple palabra.

Sacudí mi cabeza.

—¿Realmente importa?

El pasado de una persona no debía importar en su presente ni en su futuro, puede que de alguna manera influyera en la persona que eres, pero al contrario de lo que la mayoría creía, no te definía.

Y a veces realmente no importaba.

Esa era una de esas veces.

—Me importas tú —declaró.

Como si con eso yo fuera a volcar todo mi pasado sobre él.

—Entonces no me hagas preguntas. No cuando hace unos minutos ni siquiera me dirigías la palabra —reclamé con rencor.

No estaba segura de si era injusto o no hablarle de esa forma, pero necesitaba que él entendiera que quería olvidar que me había encontrado con mi hermana. Tampoco había mucho que explicar, solo prestar un poco de atención a lo que fuera que había escuchado bastaba. Georgina prácticamente había escupido todo.

—Tienes razón. No estaba ahí. Tenía muchas cosas en mi cabeza, pero no tenía nada que ver contigo.



¿Qué no tenía nada que ver conmigo? ¿Entonces con quién? ¿Quién era tan importante para llenar su mente de cosas y que ignorara a su novia en un desayuno con sus padres? ¿Quién? Él tenía una vida que no giraba en torno a mí, lo sabía, pero él había insistido en que conociera a su familia y todo estaba bien, pero después ya no.

Me giré para enfrentarlo con todas las dudas escritas en mi cara.

—¿Cómo qué no tenía nada que ver conmigo? —Retrocedí horrorizada. ¿Qué había hecho? No debía hacer preguntas sino quería que me las hicieran. Me recompuse en el momento —. No importa. Lo que dijo Georgina tampoco tiene que ver contigo.

En mi vida preguntar nunca había sido una buena idea porque generalmente las respuestas casi nunca me gustaban. Ante el semblante de culpable que tenía Christopher supe que esa no era la excepción.

—Me dijiste que tenía que confiar en ti porque si no lo nuestro no iba a funcionar, bueno resulta que tú también tienes que confiar en mí.

Me sentí débil físicamente. No podía hacer eso.

—No te metas en mi vida, Christopher.

Me arrepentí al instante. No había pretendido que sonara tan borde. Una vena surcó su frente, su mandíbula se puso tan tensa. Pareció crecer en toda su estatura, dio un paso enojado hacia a mí.

—¿Que no me meta en tu vida? —Parecía que estaba saboreando cada palabra. Dio otro paso—. ¿Cómo podría meterme en tu vida? Somos pareja, eres mi novia, eso significa que ya formó parte de ella.

Sus ojos me lanzaban dagas lastimeras.

—Sabes a lo que me refiero.

Él me miró como si estuviera loca. Me dolió.

—No, contigo nunca tengo ni puta idea a lo que te refieres. Contigo siempre estoy en arena movediza tratando de no hundirme. Nunca te hice ni una pregunta porque sabía que no ibas a responder y no quería incomodarte, no porque no me importara. Pensé que era porque yo no te daba la suficiente confianza para que hablaras conmigo, pero eres tú la que no confía en nadie ni siquiera creo que confíes en ti misma. Ahora me hago una idea de la razón del por qué eres así, tal vez deberías seguir el consejo de tu hermana y buscar ayuda. Está claro que Ethan te dejó tan jodida que ahora piensas que todos somos como él.

Un jadeo se escapó de mi boca, solo que esa vez no era de placer. No habían pasado ni diez minutos de haber escuchado a Georgina escupir odio,

sin embargo, él ya estaba tirando mierda sobre mí. Su arrepentimiento llegó al instante, pero las palabras ya estaban dichas. No podía retirarlas.

En ese momento lo odié.

Estiró el brazo para alcanzarme, pero le di un manotazo y me alejé.

No quería estar cerca de él.

—¿Es así como te sientes? ¿Qué conmigo estás tratando de no hundirte?

—La mayoría de veces sí.

Cuando estábamos juntos me sentía flotar en una esponjosa nube blanca, creí que él podría sentir algo parecido. ¿Por qué otra cosa se quedaría conmigo?

*Por el sexo* gritaron mis inseguridades dentro de mi cabeza. Pero lo rechacé al instante. No podía ser solo por eso, ¿cierto? Él no era así.

Me tragué el dolor y me aferré a mi orgullo.

—Nunca quise que te sintieras de esa forma, pero quizá no tenga nada que ver conmigo. Quizá también necesitas ayuda porque no soy a la única a la que dejaron jodida ¿Sabes qué es lo gracioso? Que estoy empezando a creer que nos jodió la misma persona porque tus celos no son normales.

Christopher retrocedió como si lo hubiera golpeado y por un segundo sus ojos reflejaron pánico y dolor antes de endurecer sus facciones.

Sin decir más, me di la vuelta y me alejé de él.

No quería lastimarlo, pero lo había hecho. Christopher no quería lastimarme, pero lo había hecho. A pesar de que solo quería abrazarlo y decirle que nada de lo que había dicho era en serio, no regresé. Me dolía que se sintiera así conmigo porque él me hacía sentir segura. Pero necesitaba no volver a cometer los mismos errores.

Esa vez no correría detrás de nadie buscando un poco de amor.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

---

HAY momentos en la vida en que todo pasa como un borrón y lo único que podías hacer era preguntarte ¿Cómo se jodió todo? Bueno, esa era la pregunta que rondaba en mi cabeza. Por primera vez, Christopher decidió presionar por una respuesta y yo terminé descargando mi frustración con él y alejándolo. Toda la discusión, si es que se podía llamar así, fue absolutamente ridícula. No tenía fundamento. Él tenía derecho a preguntar y yo debí reaccionar mejor.

Cerré los ojos, dejando que el agua fría golpeará y deslizará por mi piel hasta que los músculos estuvieron entumecidos. Lo que más quería entumecer era la opresión en mi pecho y el remolino de pensamientos que hacían mi dolor de cabeza más insoportable. De todo lo que había pasado en el día lo único que realmente me preocupaba era cómo iba a solucionar las cosas con Christopher. Estuve tentada a llamarle varias veces, pero mi orgullo me lo impidió recordándome que él se había pasado de la raya. Pasé mucho tiempo detrás de un chico que me lastimó hasta el punto en que dejé de creer en mí y que me hizo sentir hasta los huesos que su engaño fue porque yo no logré satisfacerlo como hombre. ¡Vaya estupidez!

Hubo un tiempo en que me importaba tanto la voz de Ethan que dejé de escuchar la mía y en vez de sacarlo de mí vida había permitido que sus palabras me guiaran. Como resultado ahora me sentía insegura y frágil como para que las palabras, que sabía que Christopher no había querido decir, me hirieran. Estaba muy asustada de lo que Christopher podía llegar a pensar de mí en por lo que escuchó y no me dejara acercarme.

Me armé de valor y bajé las escaleras.

No tenía otra opción, antes de hacer frente a mi novio tenía que hacer frente a mi familia y lo que sería una agradable cena.

Si la mirada que recibí de bienvenida en la mesa era un presagio de lo malo que iba hacer lo menos que podía era disfrutar el silencio mientras me servía pollo y papás al romero. Debía aceptar que por ser la menor fui la consentida de papá y en cierta medida tuve más libertad, no porque me la dieran, sino porque la reclamé. Así que sí, estaba acostumbrada a ser la oveja negra.

—¿Qué haces aquí?

Dejé el tenedor a medio camino hacia mi boca para contestarle a Emily.

—¿Dónde más estaría?

—Desde que empezaste esta nueva relación no pasas mucho tiempo en casa.

Cómo tenía ella esa información era un misterio, porque desde que se había casado solo venía a casa cuando su esposo estaba de viaje.

—Yo pensé que habías empezado a tomar mejores decisiones y habías dejado a ese chico, pero supongo que eres de las que necesita darse contra la pared una y otra vez —dijo Georgina.

No la miré mientras clavaba el tenedor en el pollo, clavando también mi frustración. Ella era demasiado valiente o estúpida para jugar con fuego en este momento. Nunca le iba a perdonar que hubiera abierto la boca para escupir su veneno, no sé qué pretendía sacar con eso, quizá pensaba que Christopher iba a dejarme o algo así.

—Deberías buscarte una vida para que dejes de vivir en las ajenas.

—Yo solo trato de ayudarte diciéndote las cosas de frente, por lo menos dinos que no vas a ir a revolcarte con ese hombre al que llamas novio. Tiene toda la apariencia de ser un chico malo como tu ex.

No, no. Christopher no lucía como un chico malo, sino del otro tipo. El más peligroso. De los que te miraban y bajaban las estrellas para después dejarte. Pero solo era la apariencia, porque la realidad era muy diferente. En cambio, Ethan sí era todo un chico malo. Chaquetas de cuero, lentes de sol, motocicleta y un cigarrillo colgando de su boca. Los tatuajes también habían pasado a formar parte de su colección de conquista, y él sí que te escupía después masticarte.

Así que compararlos era un insulto.

Georgina era la maldita mano derecha de Lucifer.

—Maldición, no es asunto tuyo —gruñí.

—Pero sí es mi asunto, por lo menos mientras vivas en mi casa —informó mamá. Su mirada era acusadora como si yo fuera una asesina en serie—.

¿Cuántos ataques de pánico has sufrido desde que empezaste a salir con ese hombre?

Inmediatamente Emily se llevó a Anthea a su habitación para que no escuchara. Ella sabía cuan acalorada se ponían esas pláticas familiares. Antes de irse me lanzó una mirada de advertencia que decía “prepárate”. Lo que me sorprendió, generalmente ella no era de las que se involucraba en nada.

Eso no iba a terminar bien.

—No he tenido ninguno en meses —mentí porque había tenido cuatro desde el hospital.

—Estabas haciéndolo bien, Valentina, hasta que conociste a ese hombre —. Mamá continuó como si yo no hubiera dicho nada—. Ahora no vienes a dormir, tienes insomnio, ataques de pánico y usas esta casa como si fueras una mujer de la calle. No lo entiendo, es como si te esforzaras por arruinarlo todo. Pero voy hacer lo que tú quieres y dejar este asunto en tus manos. Pero no estoy dispuesta a pasar por esto de nuevo. Si quieres volver a cometer errores, ahí está la puerta.

Sus palabras me derribaron, la conocía, ella me estaba dando un ultimátum.

—¿Estás diciendo que si no termino de Christopher me tengo que ir de casa? —pregunte absolutamente incrédula.

—¿Es que no lo entiendes todavía? —Afortunadamente no había comido nada porque la mirada de advertencia que le dio mamá a Georgina me revolvió el estómago—. El viernes vi a tu noviecito con otra chica, una que no parecía ser su amiga —me iluminó.

El silencio que le siguió a esa declaración fue interrumpido por mi carcajada resonando en el comedor, risa que se hizo más fuerte con el ceño fruncido de Georgina. ¿Era en serio? ¿No podía inventarse algo mejor? Conocía a Christopher y él no era esa clase de persona. Él no me engañaría. No me lastimaría de esa manera. En ese momento, por muy herida que estuviera, era Christopher de quien hablábamos.

Tratando de conseguir un poco de aire, murmuré:

—Eso ha sido el chiste de mi semana.

Mi hermana lucía como si se hubiera comido un limón agrio. Volví a reírme.

—Quiero ver que te sigas riendo cuando te des cuenta que es igual a Ethan. Tal vez es cosa de la sangre.

Mi risa murió. Podía aceptar que se metiera conmigo. pero no con

Christopher y menos compararlo con Ethan.

—Voy a seguirme riendo porque ellos no se parecen en nada.

—Esto no está a debate, Valentina. Tú decides.

Mamá se puso en pie y entró a la cocina. Horrorizada, la seguí.

—No me puedes pedir eso. No te has tomado el tiempo de conocerlo, no le has dado una oportunidad.

Ella abrió un cajón de la alacena, sacó una bolsa de té de lavanda y la puso en una taza.

—Yo no estoy pidiendo nada. Eres tú quien decide. —Ella se giró abruptamente encontrando mis ojos—. Tienes casi veinte años, una cuantiosa herencia y un trabajo. Puedes independizarte, tomar tus propias y erróneas decisiones sin arrastrarnos contigo. No voy a pasar por esta vergüenza de nuevo.

Me sostuve del marco de la puerta para estabilizarme, tratando que mi respiración superficial no se notara. La decepcioné con las consecuencias de mi relación con Ethan, la decepcioné cuando decidí no ir a la universidad y desde entonces es como si todo el tiempo estuviera permanentemente enojada conmigo. No, desde antes de eso estaba enojada conmigo. Pero, ¿sacarme de casa? ¿Qué iba a hacer?

—Mamá, no estoy cometiendo ningún error —tenía que encontrar la manera de hacerle ver que no iba a pasar otra vez. Que no me estaba equivocando—. ¿Te das cuenta que esto es ridículo? No puedes decirme con quién puedo tener una relación. Tú lo conociste, él es un caballero. No puedes juzgarlo solo por lo que te ha dicho Georgina. Escucha, Christopher no es como Ethan, lo más importante, yo no soy la misma. No estoy siendo irresponsable.

—Deja de culpar a los demás por tus decisiones, lo que sucedió con Ethan fue enteramente tu culpa por ser tan ingenua. Respecto a tu actual novio, te recuerdo que ya lo conocí, al principio no me pareció la peor decisión, pero cuando después los encontré teniendo relaciones en la sexuales frente a Anthea. Si él no puede respetar esta casa, dudo mucho que pueda respetarte. Así que no me digas que está vez va a hacer diferente. Sé de primera mano lo desastrosas que pueden ser tus decisiones —el sonido de la tetera irrumpió en la cocina—. Te duele la cabeza.

Ella dijo lo último como si esa fuera una explicación suficiente. De alguna manera, lo era.

—Mamá no puedes hacerme esto. Es injusto.

—Dime por qué no estás con él. ¿Discutieron? —adivinó— Lo más probable es que solo haya sido la excusa para deshacerse de ti después que ya consiguió lo que quería.

La postura de sus hombros y su mirada satisfecha anunciaban que con ese golpe la conversación se había terminado.

Ella no conocía a Christopher, no podía saber que no solo era atractivo por fuera, sino que su interior era hermoso.

Aun así, yo estaba advertida.

Mamá estaba enterada de que algunos días no dormía en casa, también sobre mis noches de insomnio, mis ataques de pánico y ahora de mi dolor de cabeza. No tenía la menor idea de cómo sabía todo eso, lo había estado escondiendo de todos. Pero es como había empezado la última vez antes de colapsar. Sin embargo, yo no era estúpida y no iba a dejarme pasar por toda esa horrible experiencia de nuevo.

Pensar en terminar con Christopher me dejaba un hueco horrible en el estómago. Sacudí mi cabeza, no iba a suceder. A pesar de que hubiéramos discutido tenía la certeza que su ofrecimiento de irme a vivir con él no eran palabras vacías, todavía tenía la llave. Si lo llamaba en ese momento, él vendría por mí.

Me recliné sobre la mesa para poder quedar frente a frente con Georgina.

—¿Qué mierda está mal contigo?

Ella puso sus ojos en blanco, fastidiada.

—Tú te lo buscaste. Solo hay que verte para saber que no eres material para ser su novia y no importa cuánto confíes en él. Yo sé lo que vi. Te va a tirar lejos. Justo como lo hizo Ethan. Justo como lo está haciendo mamá ahora. Al final todos se dan cuenta que eres el problema.

Una oleada de nostalgia me recorrió pensando que si papá estuviera vivo eso no sucedería, en días como ese lo odiaba por dejarme sola. Pero, si ellas querían que me fuera de casa, iba a hacerlo.

No iba a correr detrás de nadie y eso las incluía a ellas.

Estaba cansada que me culparan de todo.

Estaba sentada en un taxi golpeando ansiosamente mis dedos en la cartera que llevaba apoyada sobre mis piernas. Fue muy raro despertar un lunes sin Christopher abrazándome, por eso estaba corriendo a refugiarme en su ático y con un poco de suerte, también en sus fuertes brazos. No podía sacar de mi mente la mirada de sorpresa y dolor en su rostro con lo que le había dicho. Repasé la escena al derecho y al revés, y no encontré lo que fue tan grave. Lo

que sí tenía claro era que debía que reunir el valor para contarle lo que quería saber, aclararle algunas cosas que dijo Georgina. Así se daría cuenta que confiaba en él. Sin embargo, había pasado tanto tiempo tratando de dejar todo atrás y fingiendo que nada sucedió que recordarlo me producía ansiedad, haciéndome sentir inestable, sin mencionar que contárselo todo significaba perder el poco control que mantenía delante de Christopher.

Exponerme de esa manera aun sabiendo que estaba enamorada de él, me asustaba.

Mamá había dicho muchas veces que quería que me independizara, pero ese domingo realmente lo había dicho muy en serio. No tenía nada que ver con Christopher, él solo era una excusa. Yo fui la bebé de papá, su niña consentida, cuando él murió todo se volvió caótico. Me dejó responsable de mi propia herencia y en ese aspecto mamá no tenía poder sobre mí, aunque yo nunca había tocado ni un centavo. Por eso la noche anterior hice mis maletas, pero antes necesitaba aclarar las cosas con Christopher y ver si él todavía quería que me mudara y si no quería, bueno, si no quería ahí estaba Rosé. Tampoco se trataba de que estuviera escogiendo a Christopher sobre mi familia, me escogía a mí y mi propia salud mental. Mientras ellas me recriminaban todo, él me hacía feliz con solo mirarme.

Él quería todas las partes de mí, así que iba a dárselas.

Miré por la ventana, sonreí sintiendo una clase de alivio cuando el taxi dobló a la derecha y vi el edificio color crema en el que vivía Christopher. Aunque no se lo dijera, lo extrañaba. Le pagué al taxista mientras deslizaba mi mano por la manija de la puerta y bajaba casi corriendo por la necesidad de verlo.

Estaba nerviosa, él aun podía seguir enojado y no querer escucharme, ¿o era mejor que no me escuchara? Yo pensaba demasiado y les daba muchas vueltas a las cosas, lo que no me hacía una experta con las palabras. No es como si tuviera planeado que iba a decirle.

Debí haberlo planeado.

Gruñí para mis adentros.

Lo único que de verdad importaba y lo que estaba segura que iba a salir de mi boca era un “te amo” tan pronto lo viera.

Tanía que dejarme llevar, decir lo que sentía.

Con todo decidido subí por el ascensor, esperé a que llegara a su piso y me quedé obstruyendo la puerta. Una anticipación nerviosa me recorrió. Cada que llegaba él se tiraba sobre mi boca. Esa vez no iba a pasar, él no estaba por



ningún lado. Me detuve unos segundos, debatiéndome entre si era buena idea haber subido sin llamar o no, podía lograr que se enojará aún más invadiendo su espacio. Pero él había dicho que podía usar la tarjeta cuando quisiera.

Tenía que tomar el control de esa decisión.

Me apresuré a entrar.

No me gustaba mucho el ático de Christopher porque los ventanales eran del piso hasta el techo y el sol se filtraba por todos lados. De pie en la sala de estar miré alrededor, observando, todo estaba como siempre, sin embargo, el picor en mi piel me decía que algo era diferente. Las mariposas salvajes en mi estómago me produjeron náuseas mientras bajaba las escaleras, pasando el gimnasio que tenía hasta la habitación principal. El piso de madera oscura estaba mojado con pisadas desde el baño hasta la cama, con los ojos seguí el recorrido y... La habitación empezó a dar vueltas. Cerré mis ojos un momento deseando con todas mis fuerzas que la imagen que tenía frente mí fuera producto de mi imaginación y la falta de una buena noche de sueño. Le rogué en silencio al universo para que el responsable fuera mi subconsciente jugando conmigo otra vez. Queriendo divertirse a mi costa.

La vocecita en mi cabeza me decía que eso no podía ser verdad, Christopher no era esa clase de persona. Cuando abrí los ojos, la realidad me envolvió y la voz se silenció aceptando renuientemente que una vez más me había equivocado y que Georgina había tenido razón todo el tiempo. Yo no me estaba imaginando nada. La morena voluptuosa estaba sentada en la cama con una camiseta de Christopher, que se le pegaba en algunas partes por su cuerpo mojado, con las piernas desnudas y sin sostén. ¡Sin sostén! ¡La camiseta de Christopher! Ella estaba muy cómoda secándose el pelo con una toalla. Cuando me vio parada en el marco de la puerta se detuvo y me devolvió la mirada sorprendida, cómo si la hubiera atrapado robando. Se levantó de la cama de un salto y maldita sea, de las largas piernas que tenía la camiseta apenas y la cubría.

—Valentina —susurró, bajó los ojos al piso luciendo avergonzada.

Deslicé la mirada por la habitación. No había ningún rastro de Christopher. Mi primer pensamiento fue que no quería estar ahí cuando él apareciera. No quería verlo. La sangre se me agolpó en los oídos mientras me giraba haciendo el camino de regreso al ascensor.

Todo me parecía irreal, ayer mismo estaba defendiendo a Christopher frente a mi familia y resulta que todo era verdad, era como Ethan. Justo como él.

—Valentina. espera.

La sensual voz de Naomi hizo que me detuviera, me di la vuelta para encontrarme con ella, la repasé de pies a cabeza. Sí, no era de extrañar que lo chicos cayeran a sus pies. Ella era muy sexi y tenía una mirada inteligente.

Sexo y una buena platica. ¿Qué más podían pedir?

La odie al instante.

¡Él me había engañado con la novia de su primo! ¿Es que tenían los mismos gustos? ¿Es que justamente en eso se tenían que parecer?

Un momento.

Respiré profundo.

Desde que me enteré que ellos eran primos mi mantra siempre fue que no se parecían en nada, que Christopher nunca me lastimaría así porque él sabía lo que se sentía.

Una imagen de ellos dos duchándose mientras el agua les acariciaba la piel me perturbó al punto que di un paso atrás para alejarme de eso.

Me enojé.

—¿Dónde está Christopher? —pregunté.

Ella dudó antes de responder.

—Él salió un momento.

—Entonces tienes cinco minutos para salir de aquí.

Un brillo obstinado apareció en sus ojos antes de asentir y hacer lo que pedí. No sabía que pensar de todo esto, pero no la quería ahí ni vestida con la camiseta de Christopher. Me senté estoica en las escaleras hasta que escuché sus tacones resonando, me levanté y la acompañé al ascensor para asegurarme de que se fuera. Ella me miró una vez, pero no parecía preocupada porque la hubiera encontrado recién duchada en la habitación de Christopher. Ni de que tal vez corría el peligro de que yo pudiera delatarla con Ethan, su novio o lo que ellos dos fueran. En cambio, ella se cruzó de brazos.

—Esto no es lo que parece.

—Ahórratelo. No me interesa lo que creas que parezca. Tú no deberías estar aquí.

Ella me miró de pies a cabeza. Una sonrisa caliente se dibujó en su cara.

—Te voy a dar un consejo. No lo pongas a elegir. Puede que no te guste su elección.

Entonces sí, entró en el ascensor con tranquilidad y poniendo mis nervios a prueba.

*Christopher no es así.* Pero entre más repetía mi mantra, más sentía que

algo no encajaba del todo, que había algo frente a mis ojos que no alcanzaba a ver. Caminé por todo el lugar tratando de encontrar la pieza que me faltaba, pero en el único lugar en el que podía escharbar un poco era el único lugar al que no me atrevía a entrar. Solo de imaginarme que ellos pudieron haber estado juntos en la misma cama donde él y yo hicimos el amor me ponía enferma.

Cuando Christopher regresó al apartamento y me encontró sentada sobre una butaca del desayunador, perdió todo el color de su hermoso rostro. Sus ojos rápidamente volaron escaleras abajo como si estuviera buscando algo. No, a alguien. Creo que ya había perdido mechones de pelo tratando de encontrar una explicación del por qué ella estaba ahí. Con poca ropa. No encontré nada más que frustración. Pero mientras lo miraba de cerca esa expresión de haber visto un fantasma ya la había notado antes, en la galería. Entonces el nombre de Naomi resonó en mi mente.

*Naomi.*

*Naomi.*

Naomi era con quién Ethan me había engañado y ahora estaba de novio.

Naomi era con quien Christopher estuvo comprometido y enamorado.

¿Cómo no lo vi antes? ¿Cómo no me di cuenta que eran la misma persona? Eso explicaría los celos que Ethan despertaba en Christopher y como sospechaba, no se debían a mí, sino a ella. Porque ella había sido su prometida. Habían pasado dos semanas desde que se reencontraron, sino es que más y él no me había dicho nada. Mi estómago se hundió.

Dejó unas bolsas en la encimera de la cocina, se puso de pie al otro lado de la isla para quedar frente a mí. Una larga mirada pasó entre nosotros, midiéndonos y buscando en el otro la verdad.

—Qué bueno que estas aquí, quería llamarte para que nos encontráramos, pero no sabías si ibas a querer verme después de que ayer me comportaré como un idiota.

—Ya sé que eres un idiota.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro, era tan minúscula que probablemente era mi imaginación.

—¿Hace cuánto estás aquí?

Esa pregunta picó y me dio la sensación de que estaba preguntando si me encontré con Naomi.

—Hace un momento. ¿Te molesta que usara la llave que me diste?

—Claro que no. Pensé que cuando la usaras habría una sorpresa

esperándome.

—¿Encontrarme aquí no lo es?

Alzó su mano, acarició mi mejilla. Cerré mis ojos disfrutando el tacto.

—Es la mejor sorpresa. Tú eres lo mejor que me ha pasado.

La nostalgia en su voz era desgarradora.

—¿Qué es lo que pasa, Christopher?

No me miró mientras dijo:

—Nada.

Pensar que Naomi pudiera tener razón en no hacer a Christopher elegir ponía mi cuerpo en tensión.

—¿No tiene que ver conmigo?

—Te dije que ayer me comporté como un idiota. Estabas mal, tu hermana te hizo daño y estaba enojado, impotente por no poder protegerte de sus palabras. Parecía que no podía hacer nada que te hiciera sentir mejor. Odié verte así.

Eso era lindo, pero no era ni de cerca lo que quería saber.

—Estabas actuando extraño desde antes. Me ignoraste todo el desayuno, Christopher, y no lo entiendo. Estábamos bien. Después simplemente te desconectaste, hasta preferiste hablar con Naomi, que es una chica que apenas conoces en vez de hablar conmigo. Decirme que cambió entre nosotros. Yo necesito saberlo.

Era un golpe bajo hacerme la desentendida. Sin embargo, a la mención de Naomi todo su cuerpo se puso rígido. Justo como ayer. Me estudió atentamente. Mantuve mi expresión en blanco así no podría encontrar lo que sea que estaba buscando. Quería que fuera él quien me dijera la verdad. Yo no iba a enojarme. Podía entender que quizá fue una sorpresa encontrarla de nuevo y como novia de su primo, probablemente todos los recuerdos con ella se le vinieron encima. Los buenos y los malos. Quizás estaba confundido, después de todo tuvieron un vínculo muy fuerte, pero no quería tener que hacer la pregunta. Necesitaba que saliera de él contarme, tener la certeza de que confiar en él estaba bien y qué había una explicación razonable para que Naomi estuviera en la habitación medio desnuda.

—¿Por qué involucras a Nao en esto? ¿Estás celosa porque es novia de Ethan?

*Nao.*

Oh, maldición. Era ella.

—¿Así qué no tienes nada que decirme?

—Tú eres la única que se guarda las cosas. ¿No deberías ser tú quien me diga de qué estaba hablando tu hermana? —Me le quedé viendo atónita. Era un clásico poner las cosas en reversa cuando te sientes atrapado—. ¿Por qué no vamos a tomar algo pub de abajo y hablamos tranquilos?

Sacudí mi cabeza. Estaba tratando de sacarme del ático a propósito.

—No —*no podía ser verdad*.

—Creí que querías que habláramos —dijo mientras su mirada se desviaba a la escalera, otra vez.

Mierda, podía sentir como mi corazón se hacía girones. ¿No era más fácil decirme la verdad? A menos que... no lo fuera. Mordí mi labio. ¿De verdad me había engañado? Mi mamá y mi hermana tenían razón en todo y yo era una estúpida que tomaba malas decisiones.

—En realidad vine a preguntarte si tu propuesta de que viviéramos juntos seguía en pie.

Dudó.

—Sí.

Me dolía todo el cuerpo, me dolía el corazón y estaba a punto de quedarme sin aire. Pero si me iba a romper, lo iba a hacer en silencio. Es más, me negaba a romperme por Christopher que era capaz de ocultarme cosas en la cara.

Yo confiaba en él, mientras él no era capaz de darme una explicación porque su ex prometida estaba en su ático a tempranas horas de la mañana. ¿Y yo era la única que ocultaba las cosas? Sacudí sutilmente mi cabeza para detener el torrencial de pensamientos. Mantuve mi apariencia y mis ojos indiferentes a la situación. Me aferré desesperadamente a mi promesa de no llorar.

Me levanté de la butaca ignorando su dudosa respuesta y me acerqué hasta el sofá para tomar mi cartera. No podía quedarme más tiempo en el mismo lugar que él. Dejé la llave en la mesa de luz. En su momento había sido el mejor regalo del mundo, pero la realidad era que no valía ni significaba nada.

Había luchado contra las ganas de salir corriendo, porque creí en él. Pero no iba a quedarme a ver que se siguiera burlando de mí.

Me dirigí a la salida sin darle una última mirada.

—¿Nena? —preguntó, dudoso.

No entendía mi reacción. Bien, era un completo idiota.

—¿A dónde vas?

Un mentiroso.

—Valentina, detente.

Lo odiaba.

Quería verlo una vez más.

Tragué saliva y me armé de valor.

Lo miré sobre mi hombro.

—No me gusta hacer preguntas porque las personas suelen decir lo que les conviene en vez de la verdad. Pero no te las hice a ti porque pensé que no las necesitaba. Confiaba en que me mirarías a los ojos y me dirías si algo había cambiado. Puede que yo no compartiera muchas cosas sobre mí, pero es porque me duele hablar de ellas y aun así nunca te mentí. No lo hice, porque sé que lastima igual que una traición. Creí que tú te comportarías de la misma forma conmigo. Fue un error. —Por primera vez vi a Christopher ansiosamente desconcertado y sus ojos lo traicionaban—. Nadie va a subir por ahí, ella ya se fue.

El entendimiento lo golpeó, tiñendo su rostro de arrepentimiento. Pasó sus manos por la cabeza y de repente se había puesto más pálido que cuando me encontró a mí en su ático.

Se apresuró hacia adelante, intentando llegar a mí.

—Puedo explicarlo.

—No es necesario, está claro. Ethan y tú se parecen más de lo que creen. Hasta comparten los mismos gustos en chicas. Desde el fondo de mi corazón creí que eras diferente y me cuidarías —dije. Entré en el ascensor que me iba a sacar fuera de ese edificio y de su vida—. Me alegro de haber sido precavida y no contarte nada de mi vida.

—Iba a decírtelo —jadeó.

—Tarde. Encontrar a *Nao* vistiendo nada más que tu camiseta fue suficiente explicación —la frialdad en mi voz lo hizo retroceder.

—¿Qué? No, Valentina. Déjame explicarte. No es lo que parece.

Me reí sin emoción.

—Es lo mismo que ella dijo antes de aconsejarme que no te hiciera elegir —bufé burlona—. No lo voy hacer.

Las puertas del elevador se cerraron.

No había nada que explicar. Le había dado la oportunidad y él prefirió evadir las respuestas, incluso, intentó sacarme de su ático para que Naomi y yo no nos cruzáramos. Me mintió.

Mordí el interior de mi labio hasta que saboreé el sabor metálico de la sangre.

No dolía.

No dolía.

No dolía.

Ese era mi nuevo mantra.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

---

EL MUNDO se puede estar cayendo a pedazos a tu alrededor y sientes que nada vale la pena, sin embargo, en esos momentos siempre encuentras a alguien de quien sostenerte. Hay personas de las cuales tienes la certeza de que nunca van a traicionarte, esas con las que siempre puedes contar. Cualquiera pensaría que por eso escogí el piso de Rosé, porque necesitaba sostenerme de alguien. No necesitaba hacerlo. Me negaba a convertirme otra vez en la chica con el corazón roto por un Holland. Esa chica que pasaría llorando hasta olvidarse de sí misma, se recriminaría porque pudo haberlo hecho mejor y se odiaría por haber abierto su corazón, confiando de nuevo. Precisamente por eso empujé lejos el dolor de sentirme traicionada y estafada.

Bloqueé toda conexión real con mis emociones.

Estaba insensibilizada y más fría que nunca.

Era lunes y mi día de descanso, así que no tenía mucho por hacer. Había llegado al piso de Rosé hace veinte minutos, pero no estaba. Ella era muy exótica y extravagante, pero en algunos aspectos era muy básica y como era olvidadiza guardaba una copia de la llave en una planta que estaba como decoración en el pasillo. La anciana de al lado también hacía lo mismo.

El piso de Rosé era minimalista y muy femenino. Tenía dos habitaciones espaciales, una enorme y moderna cocina, la sala de estar tenía cómodos sofás en tonos grises y combinado con almohadones rojos. Cuando empecé a buscar un lugar al que mudarme, este edificio fue mi primera opción, pero nadie se estaba mudando. Lo que hacía a los inquilinos pocos solidarios.

Mi celular comenzó a vibrar otra vez. No había dejado de hacerlo desde que salí del edificio donde vivía Christopher, pero rechacé todas y cada uno de sus llamadas sin ningún tipo de culpa o curiosidad por lo que tuviera que



decirme. Estaba consciente que se debía a mi etapa de... ¿negación? Podría llamarla así. Cuando esa etapa pasara, la realidad me explotaría en la cara tirándome una vez más al hoyo oscuro del que ya había salido. No estaba muy segura de si iba a poder hacerlo una segunda vez. Pero mientras todo a mi alrededor careciera de importancia para mí, iba a tratar de aprovecharlo. Tal vez me aferraría a esa sensación hasta con los dientes, porque la alternativa no era agradable. Apagué el celular. Me acerqué a la cocina en busca de helado. Eso era por lo que de verdad había ido ahí. Rosé solía guardar enormes dotaciones de helado. Abrí la nevera tomando un bote de *minter wonderland*.

Fruncí el ceño extrañada con el sonido de unas llaves y la puerta abriéndose. No le había dicho a Rosé que estaba en su piso, no era exactamente un problema, no necesitaba permiso para entrar, pero esa vez no venía sola. Llevándome una cucharada de helado a la boca no pude evitar poner los ojos en blanco cuando reconocí la voz de su acompañante, Caroline. Era una excompañera de la escuela y una de las chicas que alguna vez llame amigas. Sabía que estaba en la ciudad porque Rosé me había dicho que saliéramos con ella y las demás chicas, pero no. Yo era de las personas que no olvidaba y aunque ya no les guardaba rencor por difundir rumores asquerosos sobre porqué Ethan terminó conmigo, no quería volver a relacionarme con ninguna de ellas. La única persona que siempre se quedó a mi lado fue Rosé, porque ella conocía toda la historia. Aunque si yo hubiera decidido no contarle nada de lo que realmente pasó conmigo, estaba segura que ella igual se hubiera mantenido a mi lado. Ella era a quien escogí como mi mejor amiga y tuve la suerte de que me escogiera también. Ahora a menos que me tirara por la ventana no tenía otra opción más que salir y saludar a Caroline.

—...quisieras hablar del tema no me llamarías —dijo Caroline con voz excitada. Ellas dos siempre se juntaban para hablar de chicos. Recordé que Marco me preguntó si Rosé estaba saliendo con alguien, pero ella no me había contado nada. Me quedé quieta, esforzándome por escuchar—. Es guapo, está soltero y después de las miradas que le lanzabas la semana pasada era tan claro que terminarías en su cama de nuevo. Sabes que siempre quise que algo pasara entre ustedes. Ahora tienes la oportunidad. Ethan y tú tienen una historia que podría funcionar.

Había una pared que dividía el área de cocina y la entrada, así que ellas no pudieron verme. Por eso se sintieron libres de hablar abiertamente. Tenía la excusa en la punta de la lengua para escaparme de Caroline cuando ellas llegaron a la sala donde había dejado mi cartera. Ví a Rosé palidecer y

deslizar sus ojos del sofá hasta la cocina, encontrándose conmigo. Sus exóticos ojos se abrieron asustados y su labio empezó a temblar. Estaba claro que no esperaba que yo escuchara esa declaración, probablemente nunca. Sacudió la cabeza como si yo fuera un espejismo que quería que me desvaneciera.

*Buena suerte con eso, lo había intentado antes y a mí tampoco me había funcionado.*

—Val —su susurro fue suave, casi fantasmal.

Caroline se dio la vuelta, pero mantuve mis ojos fijos en Rosé.

—¿De nuevo? —pregunté sin ningún sentimiento en mi voz. No respondió —. ¿Una historia? —volví a intentar.

Los ojos de Rosé estaban inundados de lágrimas y no creo que ella se enterara que empezaron a rodar fuera mojando sus delicadas mejillas. Fue una imagen extraña. Nunca la había visto llorar nunca. Ella se frustraba, enojaba, gritaba y rompía todo, ¿pero llorar? Jamás. Cuando estuve segura que no iba a responder dejé el bote de helado junto con la cuchara en la encimera, caminé más allá de ella tomando mi cartera y directo hacia la puerta sin darle una última mirada. Era la segunda vez en menos de dos horas que abandonaba el piso de sus residentes sin sentir nada.

Otro pedazo de hielo se adherido a mi corazón.

Escuché un sollozo desgarrador proveniente de Rosé.

—Ella siempre ha estado enamorada de Ethan mucho antes de que ustedes empezaran una relación —dijo Caroline, culpándome—. No puedes culparla por lo que siente, ni hacerte la víctima. Rosé se quedó contigo cuando ninguno de nosotros lo hizo, lo menos que puedes hacer es quedarte y dejar que ella te explique.

Lo único que quedó en mi cerebro fue la palabra *enamorada*.

Si había una explicación estaba dispuesta a escucharla, aunque mis oídos sangraran.

Me incliné en la pared, apoyando mi hombro.

—Está bien. Explícame.

—Perdón —pidió Rosé sonando desesperada.

¿Por qué siempre usaban el amor como excusa para engañar, traicionar y mentir?

—Viniendo de ti esperaba algo mucho más entretenido. Qué decepción, Rosé.

—Tú no sabes nada, Val. Vives en tu mundo creyendo que todo gira

alrededor tuyo.

—Es gracioso que me acuses de eso. Recuerdo que en la escuela querías ser la mejor amiga de todas, por eso terminabas divulgando los secretos que te contábamos, intentando dividir el grupo para que solo confiáramos en ti. Estoy sorprendida que no contaras este. Más cuando a ti también te gustaba Ethan. Bien, aceptar que no lo puedes tener todo creo que es el primer paso para crecer. Pero les tengo una noticia. Él no está soltero. Tiene una novia.

Miré a Rosé. Ella seguía de pie en el mismo lugar, sus hombros temblando. Juro que nunca vi a nadie tan triste como ella. Juro que nada me importó menos.

Me había quedado con el antojo de helado, pero no había ninguna heladería cerca, así que tomé un taxi. Pude haber ido a cualquier parte, evitar complicarme las cosas. Pero había esperado tanto tiempo para sentirme con el derecho de irrumpir en su vida nuevamente. Nunca imaginé que sería así. No sabía lo que estaba haciendo ni lo que quería probar. Él chico frente a mí parecía igual de desconcertado por mi presencia.

Al parecer, ese era el día en el que todos me recibían con miradas llenas de sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ethan.

—Esa es una excelente pregunta.

*Aún no lo sé.*

Él me dio una de esas sonrisas que le iluminaban todo el rostro y que solían encantarme.

—Yo siempre hago excelentes preguntas.

—¿Puedo pasar o estás ocupado?

Me tomó de la mano y tiró de mí, llevándome más profundo dentro de su piso.

—Para ti nunca estoy ocupado, Val —sonrió— ¿Quieres algo de beber?

—¿Tienes helado?

Me dio una mirada extraña.

—Que quieras helado es tan raro como que aparezcas sin avisar.

—Dijiste que no había problema.

—No lo hay, me gusta que estés aquí. Puedo tenerte solo para mí.

¿Tenerme solo para él? ¿Es lo que significaba que fuera a buscarlo? Las personas tenían significados perturbadores para las simples cosas. Estaba ahí porque en algún momento él había sido mi refugio. Era costumbre. Un hábito correr a él. Lo único que había detrás de mi aparición repentina era

curiosidad.

Negué con la cabeza.

—No me tienes. Ya no. Si tienes algo que este frío, eso sí lo acepto.

Me paseé dentro de su piso. No tenía grandes vistas a la ciudad y las cortinas beige estaban apenas corridas, eso significaba que no entraba la luz solar. En ese momento no me importaba. Me dejé caer en el sofá. Tenía un montón de papeles y cuadernos esparcidos por la mesita de café en un completo desorden.

Ethan me ofreció una cerveza.

Arrugué la nariz.

—¿Vas a decirme que haces aquí o prefieres que veamos una película?

—¿Me creerías si te dijera que andaba por los alrededores y me pareció de mala educación no pasar a saludar?

—Eso me llevaría a preguntarte cómo sabes donde vivo.

Tenía gracia, Rosé fue quien me dio esa información. Cuando le pregunté cómo lo sabía solo contestó que Marco vivía en ese mismo edificio.

—Voto por la película —dije.

Sus ojos se iluminaron. Solíamos hacer eso en su casa, nos sentábamos en los cómodos sofás de la sala de cine y él me abrazaba mientras acariciaba mi pelo. Muchas de esas veces Rosé estuvo ahí, observándonos. Cuando lo pensé mejor, su mirada perdía el brillo y se perdía en la lejanía, pero siempre tenía una sonrisa para mí. Definitivamente ella había sido mi mejor amiga. Me fijé en Ethan que estaba concentrado buscando una película de acción. Él solía tener algo que calentaba mi corazón. Llegaba a ser inexplicable todo lo que alguna vez me había hecho sentir.

—¿Qué tiene Naomi para me engañaras con ella? —pregunté.

Ethan se congeló por un segundo o dos antes de contestar.

—No hay punto de comparación entre ustedes, Val.

—No te pedí que nos compararas, quiero saber qué la hace especial.

Frunció el ceño.

—No puedo decírtelo porque no lo sé.

—¿No es tú novia?

—Sabes que no lo es.

Sí, Alexa me lo dijo el otro día.

—Fue desagradable que la llevaras como tu novia, pero no lo fue tanto. Supongo que ya estoy preparada para esperar lo peor de ti. Cuando las cosas no salgan como tú quieras, sé que no vas a dudar en lastimarme.

—Mi intención no fue lastimarte. Quería obtener alguna reacción de ti. Es una estupidez pensar que podríamos volver a ser los que éramos antes, muchas cosas pasaron en medio y ambos hemos cambiado. Extraño que me mires como antes. Es solo eso. Te necesito en mi vida.

—¿Por qué me engañaste con ella entonces?

—Ella estaba ahí y parecía muy experimentada.

Esa respuesta no era la que esperaba y no era lo que quería saber. Era superficial, pero ¿qué más podía esperar de Ethan?

Sacudí mi cabeza.

—Por lo menos dime que sentías algo por ella, que no sabías cómo decírmelo. Que me digas que ella estaba ahí te hace más patán de lo que llegué a pensar y más alejado del chico del que me enamoré.

Mantuve los ojos fijos en él, mientras se revolvía incómodo.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para pedirme una explicación?

—No busco una explicación.

*Quiero saber que tiene ella para ser elegida.*

Mis palabras provocaron que sus ojos brillaran con renovada esperanza, dándole la confianza necesaria para acercarse a mí. Es mucho más difícil no cometer antiguos errores cuando él me observaba de forma diferente, como si pudiera ver dentro de mí, queriendo juntar los pedazos que había roto.

—Dame una oportunidad para borrar un poco todo el dolor que te ocasioné. Déjame demostrarte lo mucho que te amo. Encontrémonos de nuevo y recorramos el camino juntos.

Al menos no había sido una disculpa, era algo que no quería escuchar. En ese momento era difícil reconocerme, sus intenciones no llegaban a mí. Me quedé inmóvil mientras su mano acarició mi mejilla con cariño. Supongo que era más sencillo dejarme llevar con él porque ya sabía lo mal iba a terminar todo.

No esperaba nada de él. Tampoco esperaba nada de mí.

Mi familia tenía razón, yo arruinaba todo. ¿Entonces por qué detenerlo?

Cuando no rechacé su caricia, se acercó más físicamente.

Tenía el corazón tan fragmentado y hastiado de dolor que tomé la decisión de congelarlo para que esa infección no se propagara por todo mi cuerpo, otra vez. Me sentía fría, entumecida y paralizada. No era capaz de llegar a sentir ni un atisbo de emoción.

Tal vez fue por eso que no sentí nada cuando Ethan me tomó por el cuello y pegó sus labios a los míos. Eran suaves y habilidosos. Familiares. Aun así,

seguía faltando algo. Abrí mi boca para corresponderle, su lengua acarició a mía. Él sabía a cerveza y cigarrillo. Su sabor característico. Antes lo amaba, en ese momento no sabía a nada. El beso evocó muchos recuerdos, grises y sin sensaciones. Vacíos. No me produjeron nada. Sus dedos viajaron por mi clavícula, haciendo círculos, acercándose cada vez más a mis senos. Nada.

No sentí nada cuando elevó mis brazos para quitarme la blusa y prosiguió con mi pantalón.

No sentía nada cuando me acarició la piel desnuda con sus cálidos dedos.

No sentí nada cuando me tumbó sobre el sofá y me penetró.

No sentí nada cuando sus fluidos se liberaron en mi interior.

No sentía nada, absolutamente nada. Era como si realmente estuviera vacía por dentro. Cerré los ojos y la imagen de Christopher sobre Naomi, haciéndola estremecerse de placer, vagó por mi mente. Pero tampoco sentí nada. No hubo celos. Ni la herida de traición. Ni dolor. No me sentí estúpida por haber confiado en alguien que no se lo merecía. Me separé de Ethan, quien parecía satisfecho.

¿Cómo es que no se daba cuenta que yo no lo disfrutaba?

No importaba. No había ido a tener sexo con él. Pero Ethan me deseaba. Lo hacía desde del principio, así fue como empezaron nuestros problemas. No estábamos en la misma página. Seguíamos sin estarlo. Para él yo era la única chica que existía, solo que no lo era.

Estaba ella.

Debía aceptar que su beso dejó una sensación familiar en mis labios. Un vago recordatorio de que alguna vez fuimos felices y que lo arruinamos de diferentes formas.

—Te extrañé, Val —dijo aliviado—. No tienes idea de cuánto te extrañé. No había día en que no pensara en ti —tomó ambos lados de mi cara, pegando su frente a la mía. Invadió mi espacio personal. Susurró —: Te amo, Val.

—Creo que yo no te amo más.

Se estremeció con mi gélida respuesta, sus manos se deslizaron por mi cara. Hubiera sido mejor darle una negativa rotunda, pero a mí no me gustaba que me mintieran así que trataba de no hacerlo. Tampoco sabía con certeza lo que pasaba en mi interior. No pude evitar preguntarme si hubiéramos estado juntos unos días antes habría sentido algo. Si lo hubiera dejado besarme en la galería habría cambiado algo. No lo sabía. Así que un “creo” era muy apropiado.

—¿Por qué hiciste el amor conmigo si no es así?

Típico de él no hacerse responsable de lo que hacía.

Sonreí irónica.

—Tú me besaste. Yo te correspondí. Aprovechaste el momento para que nos acostáramos, como antes. No vengas con tonterías cursis, nosotros nunca hemos hecho el amor. ¿Ha pasado todo este tiempo y no te diste cuenta? —arqueé una ceja—. Esto fue un simple beso que no significó nada. No importa lo que haya pasado entre nosotros antes, Ethan, yo nunca volvería contigo. Me traicionaste y me mentiste. Supongo que esos dones que vienen de familia.

Ethan se echó hacia el otro lado del sofá y me observó con atención y cuando sacó su conclusión todo el semblante le cambió a uno ensombrecido. Casi me reí por lo indignado que parecía.

—Discutiste con Christopher y viniste corriendo a mí. ¿Te das cuenta de que es mi primo?

—¿Tú sabes realmente con quién me engañaste? —contraataqué.

Por la mirada confusa que me dio, lo dudaba.

Ethan no sabía que Naomi fue la prometida de Christopher y no iba a ser yo quien lo sacara de su ignorancia.

Él recogió su pantalón y empezó a vestirse.

—Soy un pendejo creyendo que viniste porque querías darnos una oportunidad.

Comencé a vestirme también. Yo no me estaba vengando de Christopher. No estaba ahí por Christopher. Para hacer algo tan rastrero como eso se necesitaba estar enojado o dolida, pero en ese momento mis sentimientos estaban arrinconados en el fondo de mi ser.

—¿De verdad me amas Ethan?

—Sí.

La seguridad en su voz confirmaba que no estaba mintiendo. Fue rápido. Como si no tuviera que pensarlo, sino algo que estaba sintiendo.

—¿Por qué te acostaste con Rosé?

Todo el color se drenó de su rostro. Por lo menos tuvo la decencia de parecer arrepentido.

—Fue hace mucho tiempo, Val —trató de alcanzarme, no lo permití. No necesitaba su consuelo—. Estaba desesperado. Actuando como un estúpido. Estar con Rosé... tú nunca ibas a perdonármelo. Creí que ella te contaría y te darías cuenta que no era bueno para ti. Finalmente te alejarías.

Lindo.

La curiosidad pudo más conmigo y pregunté:

—¿Hace mucho tiempo? ¿Cuándo?

Pareció comprender que había cometido un error. Casi pude escuchar a su cerebro trabajar, buscando una idea para salir de la situación.

—¿Cuándo? —presioné.

—Ese día que te desmayaste en clases y te llevaron al hospital. Ella llegó a casa para hablar sobre ti —bajó la mirada—. Me pidió que fuera a verte porque tenías que hablar de algo importante conmigo, pero si lo hacía no me creía capaz de separarme de ti y eso no era bueno. Yo no era bueno para ti.

¿En la escuela?

*Ethan y tú tienen una historia.* Fue lo que había dicho Caroline. Ahora entendía a qué se refería.

—Ella estaba enamorada de ti —dije—. Rosé está enamorada de ti.

—Lo sé.

Creo que si no hubiera estado entumecida habría reaccionado con furia, tal vez lo habría abofeteado hasta sentirme satisfecha. Lo único que me movía en ese momento era la curiosidad por obtener respuestas.

—¿Lo sabías?

Asintió.

—Me lo dijo antes de que nosotros empezáramos nuestra relación.

—Vaya —dije.

Ethan cada vez se superaba más, era una estupidez tras otra.

—¿Por qué estás aquí Val?

Respiré profundo. Valoré lo que iba a decirle. No quería que pensara que tenía alguna oportunidad conmigo. No después de haber estado con Rosé.

—No quiero regresar a casa.



## CAPÍTULO VEINTICINCO

---

LOS PRIMEROS DÍAS de mi ruptura implícita con Christopher fueron los más complicados. Mi rutina cambió completamente. No porque me estaba quedando en un pequeño hotel mientras encontraba un piso, una búsqueda en la que no estaba poniendo mucho empeño que digamos, sino porque mi tropiezo no quedó en mi privacidad. Mi familia se enteró de lo que estaba sucediendo gracias a que Christopher fue a buscarme a casa cuando no pudo localizarme. Georgina puso cara de satisfacción mientras mamá me exigía que le pidiera al perdedor que tenía como novio no volver a poner un pie en su casa. Mierda, pegó directo en mi orgullo. Al final ellas tenían toda la razón. Yo tenía pésimo gusto en chicos.

Las cicatrices que había dejado mi pasado me habían vuelto un poco escéptica con las relaciones, todo cambió cuando Christopher apareció como luz en la oscuridad, sacudió con fuerza todos mis muros, devolviéndome una pizca de esperanza en el amor. No había nada como estar en una relación para perderse una misma. Es como cuando necesitas estrellarte contra el suelo antes de aprender a volar. Nunca quise confiar en él, pero lo hice. Me salió así. Porque hacía todo para que me sintiera cómoda incluso no me presionaba para hablar, ni desnudar mi alma ante él. Él me respetaba y respetó mis tiempos. Me ayudó a conectarme con una parte de mí donde creía que estaba fallada.

Pero todo lo bueno llegaba a su fin.

El universo me dio indicios y señales de que estaba cometiendo los mismos errores de antes, simplemente decidí ignorarlos porque necesitaba creer, demostrarme que ya había dejado todo atrás. Que mi pasado ya no tenía ningún tipo de poder sobre mí. Lo había superado. Estaba lista para seguir adelante.

No disfrutaba con los juegos de indecisión, pero eso es justo lo que estuve haciendo al ignorar mi intuición, advirtiéndome que deslizarme al espacio de Ethan era un error. Probablemente fue la peor decisión que había tomado y lo pagaría caro. Estaba segura. Conocía los sentimientos de Ethan hacia mí. Él me amaba de verdad. No de una forma en la que podíamos intentarlo de nuevo, sino como podía. Pero haber estado con él era como darle un poco de esperanza. Una mínima parte de mí había querido sentir que era elegida por alguien. Conocía lo suficiente a Christopher para saber que eso era algo que lo enojaría muchísimo y aunque nuestra relación estaba fracturada, enterarse de mi desliz rompería por completo lo quedaba de nosotros.

Curiosamente no me estaba vengando ni de Ethan, ni de Christopher, ni de Rosé. Ninguno de ellos llegaba a importarme. Aún.

Desde que encontré a Naomi semidesnuda en el ático de Christopher algo en mi cabeza hizo *click* haciendo que las piezas encajaran en su lugar. La realidad hizo que todo dentro de mí se congelara dejándome paralizada, lo que terminó resultando en algo bueno. Con la cabeza fría repasé todo lo que había sucedido en los últimos días, semanas y meses. Se sentía como si todas esas cosas le hubieran pasado a alguien más y yo estuviera fisgoneando en sus recuerdos. Lo que significaba que podía ser neutral.

Ethan me había roto el corazón de la forma más cruel que existía, sin saber, me había engañado con la prometida de su primo. En ese punto de mi vida yo no había sentido una atracción sexual por él, ni por nadie. No me había sentido lista para dar ese paso, pero tuve sexo con él porque lo amaba. Lo extraño era que nunca hicimos el amor. A mi terapeuta le costó muchas sesiones hacerme sentir segura para desahogarme con ella, le costó muchísimas más hacerme entender que no había nada malo en mí y que no tenía la responsabilidad de “satisfacer” a nadie. Ese argumento solo era una pobre excusa que las personas utilizan para no tener que responsabilizarse de sus acciones. Ella tenía razón, lo sabía.

Aunque yo nunca lo admitiría en voz alta las palabras que Ethan me dijo en ese entonces me marcaron y fueron una de las principales razones del por qué no pude tener otra relación emocional en más de un año. Había tenido tanto miedo de confirmar que Ethan tenía razón y yo era incapaz de satisfacer las necesidades de una pareja. Vamos, calaron demasiado hondo. Ahora se supone que solo lo dijo porque creía que yo merecía a alguien mejor. Pero a los dieciocho años, por pequeñas que sean, las cosas se convierten en intensas y todo parece tener importancia mundial.

Como si no hubiera sido suficiente el engañarme y hacerle daño a mi autoestima, de todas las chicas en el mundo tuvo que acostarse con mi mejor amiga. Él tenía mucha razón al afirmar que eso era algo que nunca le iba a perdonar.

Con Christopher fue diferente, solo le faltaba acostarse con Rosé para que la conclusión fuera la misma. Los recuerdos llegaron a mí de uno en uno. La forma absurda de conocernos y conectar desde el inicio, como empezamos rápidamente una relación formal. También recordé todos los malditos celos que Ethan le despertada, toda la posesividad cuando alguien mencionaba su nombre, lo pálido que se había puesto en la galería cuando se peleó con Ethan o en ese desayuno. Todo era por Naomi. No por mí. Ella. Yo solo era una sustituta o excusa para sacar fuera de su sistema el dolor, la rabia y el enojo que no pudo descargar en su momento porque su orgullo iba a quedar comprometido.

Los dos únicos chicos con los que había estado en una relación, los dos únicos chicos de los que me había enamorado eran primos y me engañaron con la misma chica.

Enamorada.

Había estado evitando pensar en eso. Christopher se había metido bajo mi piel de una manera tan intensa, con sus caricias, sus besos, su forma de mirarme como si yo fuera...única. Era inevitable que me enamorara de él.

¿Estar enamorada era alguna clase justificación para no ver lo que sucedía a mí alrededor?

Esperaba que sí, porque si no solo era estúpida.

No solo se trataba de la mujer que estuvo prometida con Christopher en la ciudad, también de mi mejor amiga enamorada de mi exnovio. Enamorada desde la escuela. Fue algo que realmente no vi venir. Nunca tuve ni la mínima sospecha de lo que ella sentía por él. Si lo pensaba mejor, que fue lo que hice, la actitud extraña y distante de Rosé empezó después de la fiesta de Marco, cuando nos enteramos que Ethan había regresado al país y yo como una estúpida dándole espacio para que ella se animara a contarme lo que le pasaba porque pensé que se trataba de su familia.

Pedí permiso para faltar al trabajo con la excusa de que me estaba mudando así que no había hablado con ella ni la había visto. No tenía la menor idea de si estuvo tratado de contactarme. Desde el día en que todo se fue en picada me mantuve totalmente fuera del radar. Mi celular apagado y pagando en efectivo. Había visto muchas series y películas policiacas para saber cómo

desaparecer.

Hasta el viernes que me tocaba volver al trabajo. Procuré llegar exactamente a mi hora de entrada para no tener que toparme con Rosé, lo que fue una precaución innecesaria porque ella ya no estaba yendo a trabajar. A pesar de que ella no estaba, el chef me preguntó por qué había decidido dejar de llegar tan repentinamente, mi respuesta fue encogerme de hombros. Lo que fue suficiente para dejar claro que algo estaba pasando entre nosotras. Algo grave. Al terminar el turno me quedé hablando un rato con James, matando el tiempo hasta que mi taxi llegara, pero la mala suerte me acompañaba. Cuando salí divisé a “mi mejor amiga” a unos metros con los brazos cruzados hablando con Christopher.

La sacudida que sentí no fue agradable.

Él fue el primero que me vio, sus ojos luciendo aliviados cuando me dirigí en su dirección. No iba exactamente hacia ellos sino hacia el taxi que estaba estacionado a la orilla de la calle, esperándome. Como si hubiera previsto mi reacción, se interpuso en mi camino. Todos esos días habían sido igual de monótonos. Me levantaba, me bañaba, fingía ocuparme de cosas que ni recordaba, me acostaba a ver el techo durante horas hasta que mis ojos se cerraban un par de minutos y al siguiente día lo mismo. Fue todo en línea recta. Y la primera pizca de emoción que experimentaba era de regodeo por la vista de él, tampoco fue una gran emoción que me inundara el cuerpo, mejor dicho, fue satisfacción conmigo misma, a pesar de todo, mi apariencia física se mantenía intacta. Christopher, en cambio, lucía demacrado. Con el pelo más despeinado de lo normal, manchas oscuras bajo sus ojos, su postura tensa y si lo miraba detenidamente, también tenía el descaro de tener el ceño fruncido, mirándome con enojo.

—Antes que te vayas con Chris podemos... ya sabes... ¿hablar? — preguntó Rosé con cautela.

No la miré mientras le respondía.

—No.

¿Tenía algún sentido hablar?

—En algún momento tenemos que hablar, Val —la escuché suspirar—. No puedes simplemente enojarte conmigo, tienes que dejar que te explique.

En la última palabra se le quebró la voz. Christopher, estaba confundido, aparentemente sin entender nuestra actitud.

Puse mis ojos en blanco e intenté pasar más allá de ellos. Pero Christopher me sostuvo del brazo en un fuerte agarre.

—¿Dónde demonios te has metido?

Su orgullo seguramente no quería saber la respuesta.

Arqueé mi ceja cínica, sin querer verlo a los ojos.

—No es asunto tuyo.

—Maldita sea, lo es. He estado preocupado por ti —susurró con voz ronca. Se inclinó para que nuestras frentes se tocaran, su aliento cálido acariciando mis labios. Sentir la cercanía de él casi hace que me olvidara de todo—. Tienes que escucharme, nena.

Él también quería darme una explicación.

Tiré de mi brazo y me alejé dando dos pasos hacia atrás. Odiaba que mi cuerpo reaccionara a su calor. La atracción sexual que sentía con él iba a tardar más tiempo en enfriarse.

—Tú quieres hablar. —Me giré hacia Rosé que tenía sus ojos brillando por las lágrimas—. Tú también quieres hablar. Ambos quieren explicarme. La cosa es que no quiero escucharlos.

Ella miró a Christopher, enojada.

—¡Infiernos! ¡¿Qué le hiciste?! —le reclamó.

Bufé. Claro, ella podía lastimarme, pero él no. Dispuesta a subirme en ese taxi y alejarme de los dos, seguí mi camino. Eso era demasiado bizarro para ser gracioso. Resulta que los dos estaban preocupados por mí cuando los dos me habían ocultado cosas importantes.

Mi piel se erizó mientras escuchaba los pasos de Christopher detrás de mí.

—No me sigas —advertí.

—No hagas esto, Valentina —su voz sonando sonaba peligrosa—. No voy a dejar que te vayas sin escucharme.

Endurecí mis facciones antes de girarme a enfrentarlo.

—Tú no tienes que dejarme hacer nada, no soy un inmueble de tu maldita propiedad.

Christopher estaba más cerca de lo que había pensado y aprovechó esa cercanía para tomarme otra vez del brazo. Me arrastró a un rincón lejos de un grupo de chicos que estaban en la calle. Uno de ellos notó el movimiento brusco de su parte e hizo el amago de acercarse para ver que estaba mal, una mirada de Christopher lo detuvo. Sin querer armar una escena frente al restaurante me dejé llevar. Cuando estuvimos ocultos bajo la sombra me pegó a su cuerpo, abrazándome fuerte. Apreté mis manos en un puño para evitar la tentación de fundirme en él.

—Ni siquiera pienses en irte, no voy a dejar que arruines lo nuestro.

Eso fue todo, me empujé lejos de él. Yo no lo había arruinado y él no me iba hacer creer lo contrario.

—No me trates como loca, Christopher, ni hagas parecer que estoy exagerando las cosas. Entraste a tu ático y lo primero que pensaste al encontrarme ahí fue que quizá me había cruzado con Naomi. Pero no tenías la intención de hablarme de ella. Decirme quién era. La encontré prácticamente desnuda en tu cama y me quedé. Apostando por ti. Te di la maldita oportunidad para que me explicaras y me dijeras la verdad. No lo hiciste. Maldición, yo confié en ti. Tú me traicionaste. No hay nada más que hablar.

No era del tipo de persona que lanzaba su corazón a cualquiera por mucha conexión y tensión sexual que existía. A mi manera, yo confié en él. Aposté por nosotros. En el fondo siempre supe que algo iba a salir mal, entonces iba a terminar sufriendo. Pero lo ignoré porque creía y quería que solo fuera un mensaje reticente en mi cabeza producto del miedo que se negaba abandonarme. La realidad era otra. Cuando Ethan apareció en mi casa le pedí que se fuera sin pensarlo, por él. Porque sabía que le molestaría. Pero ¿Christopher? ¿Qué hizo él? Él no me dijo que Naomi era en realidad su exnovia, su ex-prometida. No solo la dejó entrar en su ático, sino que lo más probable era que se hubieran revolcado.

Él era un mentiroso.

—¿Piensas que me acosté con ella?

—Ya no importa lo que yo piense.

Tuve que obligar a mis piernas a caminar lejos de él. Algo dentro de mí me dijo que no tenía sentido hablar. Ya todo estaba roto.

Eso estaba bien.

Era lo mejor.

De verdad.

—Entonces te diría que lo siento, que no quise hacerlo, que me dejé llevar pero que no significó nada para mí. —Cerré los ojos sintiendo un tirón en mi pecho. La voz de Christopher parecía viajar con el aire hasta mi alma—. Lo menos que quería era lastimarte. A pesar de que eso es lo que quieres escuchar, no voy a decirlo —su voz sonando furiosa, cansada—. Estoy harto de ponerte las cosas fáciles, Valentina. Es verdad, no te dije quién era Naomi, probablemente debí hacerlo, iba a hacerlo. Pero ahora estas usando este malentendido como excusa para alejarte de mí. No voy a aceptar algo que no hice y que en el fondo tú sabes que no hice solo porque estás demasiado asustada para admitir que estás enamorada de mí. Que me amas. Porque sé que

me amas. Estás corriendo lejos porque te asusta que todo lo que sentimos sea real. Lo entiendo, nena, porque yo también estoy asustado.

Me detuve.

—¿Qué?

—No tuve sexo con ella. Llegó a exigirme una explicación por haber terminado la relación sin decirle nada. Tenía una taza de té en la mano y cuando ella se acercó con ferocidad, terminé derramando en líquido en su vestido. Enseguida me di cuenta que no fue un accidente, lo había hecho a propósito. Su insinuación era evidente. Así que le dije que se fuera, pero supuestamente tenía una entrevista de trabajo y no podía ir con la ropa manchada, y seguía insistiendo en que antes teníamos que hablar. Dejé que se quedara para que pudiera limpiarse, pero le dejé claro que lo nuestro terminó hace mucho. No había nada de qué hablar. Ella insistió, la verdad yo no tenía cabeza para escucharla. No me interesaba. Estaba preocupado por ti. Cuando no se detuvo terminé saliendo del ático, esperando que entendiera que no había nada entre ella y yo. No tenía idea de que iba a ponerse cómoda, ni que tu llegarías.

Mi corazón estaba latiendo más rápido, si lo que decía era verdad yo...

—Mientes.

Giré sobre mis talones, odiándolo por hacerme dudar.

—No, nena. No lo hago. —Estiró su brazo, rozando sus dedos por mi barbilla. Me obligó a elevar la cabeza para encontrarme con sus ojos. Juro que no hice ningún movimiento ni siquiera respiré, aunque ningún gesto era necesario con Christopher. Después de todo, él siempre supo ver a través de mí y lograr leerme con demasiada facilidad. Antes de poder evitarlo, la culpa burbujeó en mi interior mientras recordaba lo que había hecho con Ethan. Recordando que había dejado que él me besara y acariciara. Christopher lo vio también y se congeló. Pude ver cómo el dolor se instaló en sus ojos azules, su mano cayó lentamente de mi barbilla y se alejó un paso. Su mirada atrapándome, sin querer soltarme mientras me estudiaba—. ¿Dónde has estado?

Su pregunta suave rompió mi corazón, sus ojos rogándome para que le dijera lo que quería escuchar. Mentirle a Christopher no era algo que quisiera hacer, pero lo haría si con eso borraba el dolor que se instaló en él. Cuando iba a hacerlo, ambos vimos como la motocicleta de Ethan se estacionaba al otro lado de la calle.

Pasé mis manos por mi rostro.

—Perdón.

Christopher cerró sus ojos con fuerza, su cabeza moviéndose en negación.

—No, por favor. Sé que estás enojada y probablemente no me crees, pero dime que no es verdad. Dime que no estuviste con Ethan. No dejaste que él te tocara. —Él se estremeció. Me estremecí por él—. ¿Por favor? —pidió.

Mi labio tembló.

Me plateé seriamente la idea de decirle que no había pasado nada entre su primo y yo, pero por mucho que amara a Christopher, no era capaz de mentirle. Se veía tan triste, tan desolado. Y yo no podía decir nada para calmar su dolor. El tiempo pasó y ninguna palabra salió de mi boca, sus ojos se abrieron y me quise morir.

Sus vivaces ojos azules estaban manchados con oscuridad como si estuviera sufriendo la peor de las torturas.

¿Qué había hecho?

Estuve tan enfocada en no volver a cometer los mismos errores que me lancé de cabeza a ellos, la necesidad de protegerme me llevó a lastimar a la persona que menos se lo merecía. Yo, que se supone era una persona fría, había actuado de forma emocional. Era extraño como el dolor me hizo hacer cosas tontas. Pero cuando supe que él no iba a decirme la verdad respecto a Naomi el dolor fue tan agudo que no quería ser inmune a los sentimientos. Casi tenía la certeza que use el malentendido como excusa para terminar cayendo en los brazos de Ethan, así tendría una justificación. Pero no la tenía. Ni siquiera pude darle una explicación a Christopher cuando fui a buscarlo a su ático. Lo único que pude decir y que sabía que era lo único que él no quería escuchar fue “perdón”. Terminó cerrándome la puerta de su habitación en la cara.

Lo busqué al día siguiente, y al siguiente de ese, pero ya no era bienvenida en el edificio. Cuando me vio desesperada, el portero me informó que desde la última vez que yo visité a Christopher, él salió y no había regresado. Intenté contactarlo muchas más veces por celular pero siempre me saltaba al buzón de voz. No quería que termináramos así. No quería terminar con él.

Como no pude encontrarlo por mis propios medios, terminé enviándole un mensaje a Marco, prácticamente lo obligué a que me dijera dónde estaba su hermano. Al principio no estuvo muy cooperador, pero le dije que le iba a deber un favor y accedió rápidamente. Christopher estaba en casa de sus padres. También me advirtió que no era el mejor momento para hablar con él, no estaba de muy buen humor. Eso no era novedad para mí, después de todo, yo era la causante de su mal humor.



Por eso estaba a mitad de la noche frente a la casa de los Holland esperando a que Marco se apresurara a abrirme la puerta.

Estaba segura que podría abrir un agujero en el suelo de la culpa tan pesada que cargaba sobre mis hombros, no había mucho por decir, pero la lógica me decía que tenía que verlo y dejar que las cosas fluyeran. Además, si dejaba pasar mucho tiempo las cosas empeorarían. No había nada peor que la angustia de no saber algo y que tu imaginación estuviera tratando de rellenar ese hueco. No quería que Christopher pasara por algo así. El sonido de un motor atrajo mi atención, me giré y aparte rápidamente la mirada cuando la luz me cegó. Segundos después, Marco bajó de su coche, con una mirada indescifrable se acercó hasta donde yo estaba.

—Me siento en la obligación de advertirte que mis padres están en casa — Puso la llave en la cerradura, antes de girarla dijo—: ¿Es un buen momento para decir que sé lo que pasó entre Ethan y tú?

No lo era.

—Es un buen momento para que me dejes entrar.

Marco se giró, mantuvo una mano en su espalda, apoyada en la puerta.

—Ethan siempre ha estado enamorado de ti, lo sabes, ¿verdad?

—Tú sabes que estoy enamorada de Christopher.

—Pero te refugiaste en Ethan.

Me crucé de brazos.

—Tú primo no me importa.

Lo descubrí demasiado tarde, pero en mi defensa, necesitaba confirmar que ya había cerrado mi etapa con él.

Escuché el sonido que hizo la puerta al abrirse, Marco se hizo a un lado para dejarme pasar.

—¿Y estás segura de que Chris sí te importa?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Chris es mi hermano. Es normal que me preocupe por él. Y es mejor que no le digas que fui tu cómplice en esto —pareció considerarlo mejor—. A menos que se arreglen, entonces él también va a deberme un favor.

Rodé los ojos.

Sin querer alargar más lo inevitable, subí ansiosamente las escaleras, recorrí el pasillo hasta la habitación de Christopher. Traté de hacer el menor ruido posible, pero juraría que mis pensamientos con dudas estallando en mi cabeza despertarían a todos en la casa.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

---

TAN PRONTO COMO estuve en el interior de la habitación, mis ojos se posaron en Christopher sentado al borde de la cama con un vaso entre las manos. Contemplaba con ojos furiosos el líquido de color ámbar. Había ido dispuesta a aclararle las cosas y rogar por un poco de misericordia, pero no esperaba encontrarme con esa escena tan melancólica. Lo único que iluminaba la habitación era la tenue luz de la lámpara que estaba en la mesa de noche. Cuando Christopher volvió su rostro hacia la puerta fue suficiente iluminación para ver lo demacrado que estaba. Tenía los ojos inyectados en sangre como si no hubiera dormido por días o hubiera estado... Sacudí mi cabeza. No quería pensar en la alternativa.

—Mi corazón se estrujó de dolor.

Fantaseé con correr y abrazarlo hasta que me perdonara, pero ni siquiera tenía una explicación para darle. Bebió de un trago el whiskey, sus ojos recorriéndome hastiados.

—¿Qué mierda haces aquí? —preguntó con brusquedad.

—No estaba acostumbrada a no ser bienvenida.

—Hice un puchero lastimero.

—Tienes que dejar que te explique.

—Este no es el mejor momento.

Su voz distante heló mi sangre, apenas logré mantener el dolor fuera de mis ojos.

—Me debes la oportunidad.

—He dicho que no es el mejor momento. Si eres inteligente, vas a irte.

—No lo hagas. Probablemente lo merezco, pero no te comportes como un idiota desagradable conmigo.

—No quiero hablar contigo.

Bueno, esto era lo mejor que iba a conseguir. Dudaba que existiera un momento perfecto. Entre más pasara el tiempo, más difícil iba hacer conectar de nuevo. Me removí nerviosa. Si quería aclararlo todo tendría que empezar desde el principio. Contarle sobre mí, tal vez así comprendería por qué refugiarme en Ethan era algo seguro para mí. La cartera se deslizó de mi mano, cayendo al suelo con un sonido sordo. Durante mucho tiempo fui capaz de esconderme tras un muro gigantesco, adormecer mis sentimientos y evitar que alguien me importara lo suficiente como para tener el poder de romper mi corazón. Otra vez. Pero ya no podía hacerlo más. Lo único que quería era hacer las cosas más fáciles para Christopher.

Mordí mi labio cuando empezó a temblar. Christopher gruñó y sirvió más whiskey en su vaso mientras yo me acerqué a la ventana. No iba poder decir nada si lo miraba a los ojos.

—No quieres hablar. Entiendo. No hablemos. Lo único que tienes que hacer es escucharme. —Tragué saliva, de repente tenía la garganta seca—. No te conté nada antes porque no quería volcar mis problemas en ti ni nada parecido. Tampoco voy a darte una explicación, no la tengo. Pero lo que sucedió con Ethan para mí fue algo bueno, pude confirmar lo que de algún modo ya sabía. No estoy enamorada él, ya no. Realmente confío en ti, Christopher, y eres importante para mí. Espero que tú también puedas perdonarme.

Al parecer él no tenía ganas de hacer eso fácil para mí porque espero pacientemente a que yo continuara.

—Era una persona bastante expresiva, ¿sabes? Me dejaba llevar por mis emociones más de lo que era conveniente y me gustaba hacer sentir bien a las personas que me rodeaban. Incluso con mi familia, más bien con mi papá. Soy la menor de las tres hijas, así que era su niña consentida y el poco tiempo que tenía libre le gustaba pasarlo conmigo, pero él murió cuando tenía quince años y todo cambio —Quitó el cerrojo, me aferré en el alfeizar. Respiré profundo, esperando que el aire estabilizara mis nervios—. Tuvimos un accidente de tráfico, el conductor de un camión que iba alcoholizado perdió el control, terminó saliéndose de su carril y se estrelló de frente contra nosotros. Pasó muy rápido. De repente una luz me deslumbró, sentí mi cabeza golpear contra la ventana cuando papá maniobraba con el volante. Eso fue todo.

» No supe nada más hasta que desperté en el hospital y me dijeron que papá no sobrevivió. Él murió mientras yo solo tuve una contusión —cerré los

ojos, mi voz tembló cuando confesé—: Fue mi culpa. Mamá y yo habíamos discutido porque me habían suspendido de la escuela, entonces corrí a la oficina de papá para que escuchara los detalles de mí. Mamá lo llamó pidiéndole que no me cubriera y me enviara de regreso a casa. Pero ella estaba muy enojada y él se dio cuenta, así que decidió que fuéramos juntos. Si yo no hubiera corrido a él, no se hubiera visto obligado a regresar a casa a esa hora. Nunca nos habríamos cruzado con ese camión. Nada hubiera pasado. Él seguiría aquí y mamá sería feliz.

—No es tu culpa. No podías saber lo que pasaría.

No, no podía saberlo, pero...

—Sí, lo es Christopher. Papá no esquivó el impacto, sino que lo recibió de lleno. De su lado. Poniéndome a salvo. Mientras yo estaba inconsciente él murió junto a mí. Entonces sí soy culpable. Mi familia lo sabe, por eso mi relación con mamá es tan mala. Yo le quité al hombre que ella amaba, quizá a la única persona que ha amado en el mundo. Mis hermanas también me culpan por ello. Les quité a su padre. Creo que hasta me odian —dije con amargura, porque yo era muy caprichosa, siempre que tenía problemas con mamá terminaba refugiándome en él para que los resolviera por mí—. Como sea, él era abogado y previsor, tenía todo listo por si algo malo sucedía para que no nos hiciera falta nada y cuando el accidente pasó yo aún era menor de edad, mi herencia la manejaría mi mamá. Eso hubiera sido lo más lógico, pero no fue así. Papá creó una cuenta a mi nombre donde no necesitaba ser supervisada por un adulto y podría manejarla como quisiera.

» Fue la gota que derramó el vaso y desencadenó los problemas con mi familia. Todas estaban encima de mí, culpándome por todo lo malo que nos sucedió y en un punto me asfixiaban. Un par de meses después conocí a Ethan. Fue como un soplo de aire fresco, nos hicimos amigos hasta que empezó a ser más atento y cariñoso conmigo. Un día me pidió ser su novia. Él me gustaba y acepté. Nos convertimos en la parejita de nuestro grupo de amigos, después lo supo toda la escuela. Mamá terminó enterándose y Ethan le agradaba, mucho más que yo, a veces insinuaba de que era mucho para mí y me terminaría dejando, pero por lo general se guardaba sus comentarios y me dejaba hacer mi vida.

Me removí incómoda, porque podía sentir la mirada azul de Christopher recorriéndome. Estaba empezando a preguntarme si escogí el mejor momento para contarle, pero ya había empezado. No podía detenerme.

—Nos gustaba hacer casi las mismas cosas, como ir a las ferias, al cine —

una vez pasamos un día enteró saliendo de una película antes que terminará y colándonos a otra sala del cine sin pagar. Nos terminaron atrapando, pero fue divertido—, y cosas así. Todo iba bien hasta que un día él sacó el tema del sexo. Yo no quería, más que eso, no estaba lista y... nunca me sentí atraída a Ethan de esa manera. Pero él insistió tanto que terminé aceptando, solo para que un par de semanas después escuchara rumores de que lo habían visto con una chica más grande. Yo estaba enamorada y confiaba en él, me parecía irreal que me engañara así que los deseché, pero, los rumores se hicieron más persistentes. Me hacían mucho ruido porque estaba distanciado de mí y entonces hice la pregunta. Él solo terminó conmigo sin responder.

» En ese momento yo ya estaba segura que me estaba engañando, pero igual le di espacio porque creí que solo necesitaba calmarse, pensar cómo disculparse y regresar a mí. Cada vez me ponía más nerviosa porque me evitaba todo el tiempo. —La garganta se me secó. No quería decirlo. Pero si quería reparar un poco lo nuestro, Christopher necesitaba conocerme completamente, por lo menos esa parte de mí historia—. Mi periodo no llegaba, días después me hice una prueba y me enteré que estaba... embarazada. Ya no era una opción esperar una explicación. Para ser sincera, pensé que eso arreglaría todo entre nosotros. —Oh, mierda. Decirlo en voz alta sonaba mucho más patético que en mi cabeza—. Cuando decidí contarle, Ethan no me quiso escuchar. De hecho, dijo que si me había engañado fue porque yo no pude complacerlo como hombre.

Mi estómago se tensó al recordarlo. Especialmente esas palabras estaban clavadas muy hondo en mí.

—¿Qué?! Eso es absurdo, eres muy... —se calló antes de terminar.

Me giré para ver que Christopher se levantaba de la cama. Sus ojos llameando de ira.

—¿Lo soy? —pregunté porque ya sabía cuál era la palabra él dejó en el aire.

—Sí, maldita sea lo eres. Nunca habría imaginado que no tenías mucha experiencia sino lo mencionabas.

—Porque tú sí me atraes de esa forma.

Christopher tensó el músculo de su mandíbula, asintió con la cabeza para que siguiera.

Mordí mi labio. No quería seguir.

—Ahí fue cuando tuve mi primer ataque de pánico —Christopher frunció su ceño, pero no preguntó—. Estaba deprimida, asustada, mis calificaciones

estaban bajando, no comía, apenas dormía porque no tenía la menor idea de qué iba a hacer con un embarazo. No podía decírselo a mi familia, estaba segura que me matarían. La única persona que lo supo fue Rosé. Pero cada vez descuidaba más de mí. Una mañana empecé a sentir unas punzadas en el vientre que se volvieron insoportables, y no pude más. Me desmayé en medio de una exposición en clases. Cuando desperté, estaba en el hospital.

Otra vez.

Hacía tiempo no hablaba tanto y no era liberador. Remover todo era como volver a ser esa adolescente enamorada que sufría por no ser suficiente. Podía sentir las lágrimas quemando tras mis ojos. Las contuve.

—Mierda, nena. No me digas que...

Asentí con la cabeza.

—Tuve un aborto espontáneo —el dolor en mi pecho se intensificó, aparté la mirada lejos de Christopher—. Era una adolescente que apenas y podía con mi vida, Ethan no quería regresar conmigo, así que cuando me lo dijeron me sentí aliviada. Ya no tenía esa responsabilidad. Ese alivio le dio paso a una nueva preocupación. Mamá. Ella se enteraría y me mataría, pero nunca habló del tema conmigo y en casa era como si no hubiera pasado. Aunque todas sabían. Lo creas o no, eso fue lo más amable que ella pudo hacer por mí. Sé que solo lo hizo para no tener que lidiar con la vergüenza de su hija frente a sus amistades, pero al menos no tenía que hablar de ello. No sucedió lo mismo en la escuela. Quienes eran mis amigos se alejaron de mí y esparcieron un montón de rumores, unos cerca de la verdad y otros sacados de sus propias fantasías ridículas. No me importaba mucho que se alejaran porque no quería tener que inventarme una historia para contarles. —No había manera que le dijera la verdad—. En ese momento no era la mejor compañía.

—Menos Rosé. Ella no se alejó.

—Sí, menos Rosé.

Todavía tenía la duda del por qué se quedó conmigo.

—¿Qué hizo Ethan?

—Inmediatamente después de salir del hospital empecé a ver a un terapeuta. Su primer diagnóstico fue que estaba apática, deprimida y que lo mejor que podía hacer era tomar pastillas. Lo odié. Odiaba estar drogada todo el día y la noche. Los días pasaban sin que me diera cuenta de nada. Luego dejé las pastillas y cambié de terapeuta, ahora con una mujer. Propuso que hiciera un cambio de rutina, algún nuevo pasatiempo que me sacará de casa. Cuando ella logró que me abriera y le contara mis cosas me aconsejó que

debía decirle a Ethan para tratar cerrar el capítulo.

—Pero no lo hiciste —adivinó.

Crucé de nuevo la mirada con Christopher, suplicándole para que me entendiera.

—Estaba enamorada y ese secreto era lo único que me quedaba de él y de lo que viví con él. Pero más que nada no se lo dije porque tenía miedo que me terminara culpando por eso también. —Sus ojos se vaciaron de cualquier expresión y supe que lo perdía de nuevo. —En la graduación él llevó a su nueva novia, no era Naomi si no otra chica. Pero fue cuando decidí tomar en serio el consejo de mi terapeuta y cambiar mi rutina. En vez de asistir a la universidad, Rosé y yo nos fuimos de viaje. Intenté comenzar de nuevo, asegurándome de mantenerme alejada de todos los chicos, de crear distancia con todos ellos —di un paso adelante, tratando de acortar la distancia entre Christopher y yo. Poniendo todo lo que sentía en palabras—. Hasta que te conocí. De todo eres lo mejor que me ha pasado y nunca, nunca quise herirte. Pero estaba enojada y tenía miedo de haberme equivocado otra vez.

—Valentina...

Negué con la cabeza.

—No, déjame hablar —Sintiéndome malditamente insegura y con mi estómago en la garganta, atraje su rostro más cerca del mío—. El punto de estarte diciendo todo esto es para que entiendas que no fue ningún tipo de venganza retorcida para lastimarte. Un día estaba defendiéndote frente a mi familia y al siguiente me encontré con Naomi semidesnuda en tu habitación, dándome cuenta que me mentiste. Tuve tanto miedo de haberme equivocado de nuevo que por un momento me volví loca, pero me tranquilicé diciéndome que eras diferente y que yo confiaba en ti. Decidí esperarte, pero cuando te di la oportunidad esquivaste todas mis preguntas e intentaste sacarme ahí para que no me la cruzara, fue como si me estuvieras mintiendo. No quería que nada me importara, no quería que tú me importaras. No quería que doliera porque no iba a soportarlo. —De repente estábamos tan cerca que cuando nuestros ojos se conectaron una burbuja de intimidad nos envolvió. Tuve que morderme la lengua para no decir las palabras que se atragantaban en mi garganta—. Christopher yo...

No podía decir las palabras.

Me puse de puntitas y me acerqué lentamente a él con miedo de que se alejara, pero no lo hizo. En vez de eso nos miramos fijamente, necesitándonos. Rogándonos por poder sentirnos una vez más. Luego presioné mis labios con

los suyos. Cuando él empezó a devolverme el beso, me estremecí y cerré mis ojos insegura. Temía que solo fuera un sueño producto de mis anhelos. El beso no era a los que me tenía acostumbrada, en cambio era suave, lento, como si estuviera tratando de memorizar mis labios.

Entonces acepté lo inevitable.

Un par de segundos atrás necesitaba saber y ahora ya sabía.

Sus manos viajaron delicadamente por mi cuerpo, activando el volcán de emociones en mi interior, haciendo el deseo burbujear en mi sangre. Suavemente, Christopher me instó a caminar hasta el escritorio, me elevó para que me sentara sobre este, enredé mis piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo hacia mí. Manteniéndolo cerca. Deslizó su lengua en mi boca y empezó a acariciarse con la mía, con mucha suavidad y lentitud. En una danza triste y necesitada. La química que existía entre nosotros era innegable, lográbamos fusionarnos en uno solo y explotábamos en deseo.

Nos separamos por un poco de aire. Christopher aprovechó de desabrochar el botón de mi jean, enganchó sus dedos en la cinturilla, levanté las caderas para que tuviera facilidad para deslizarlos fuera junto con mis bragas y mis zapatillas. Finalmente, subió despacio, tomándose su tiempo mientras dejaba besos sutiles como una caricia por mi pantorrilla, mi muslo y el interior de mi perna. Indefensa dejé que hiciera cuanto quisiera mientras disfrutaba de su atención. Quería que tomara todo lo que pudiera de mí, mientras yo tomaba todo de él. Gemí mientras su lengua caliente se deslizaba cerca de mi sexo, respirando frente a mi entrada, sin tocarme, como si me estuviera pidiendo permiso. Levanté mis caderas y al punto él levantó sus ojos azules dilatados por el deseo y ¡mierda! nunca había conocido a un hombre tan seductoramente atractivo y fuerte que me hiciera temblar con una sola mirada. Tenía el poder de hechizarme sin en el mayor esfuerzo. ¿Lo mejor de todo? Yo tenía el mismo poder sobre él.

Christopher sacudió su cabeza con el ceño fruncido, negándose a complacerme. Se puso sobre sus pies y sin querer perder más tiempo, se desvistió tan rápido que apenas y logré quitarme la blusa y mi sostén.

Estaba un poco decepcionada porque definitivamente quería su boca y su lengua en mis partes femeninas. Quería saber que se sentía, pero no había tiempo para reproches. Envueltos en una lujuria posesiva pasiva nos recorrimos con la mirada, dejando que en nuestros ojos se reflejara el aturdimiento que provocaban nuestros propios sentimientos antes de besarnos. Esa vez con mucha más necesidad y ferocidad, pero sin llegar al arrebatado. El



hormigueo entre mis piernas empezó a impacientarme, pero no quería apresurar las cosas. Enredé los dedos de mi mano en su pelo, acariciándolo, jugando con él.

Christopher gruñó, se alejó de mí y estiró su brazo en busca de su pantalón, me di cuenta enseguida de que estaba buscando un preservativo. No quería uno, necesitaba sentirlo sin ninguna barrera. Sin decir palabra enredé mi mano alrededor de su pene caliente, llevándolo a mi entrada. Se puso rígido y me lanzó una larga mirada sorprendida. Le di una pequeña sonrisa. Confiaba en él. Me besó con pasión, acelerando la sangre que recorría por mis venas. Reconocía los mensajes que mi cuerpo le enviaba y clavó sus dedos a los lados de mi cadera. No se hizo rogar. Empujó duro dentro de mí, manteniéndose en el interior el tiempo suficiente para romper el beso y enredar nuestras miradas.

Se sentía muy bien.

Me estremecí mientras comenzaba a moverse, penetrándome con lentitud, lograba sentir todo su miembro arrastrarse dentro y fuera de mí. Nuestras miradas manteniéndose conectadas. Sus ojos brillaban, amables, cariñosos y dulces. Era hermoso. Perfecto. La habitación estaba cargada de electrificante deseo que hacía todo más intenso, como si fuera producto de magia. Mi estómago se contrajo con esa familiar sensación de lujuria desesperada por explotar.

Fui muy consciente de cómo todo mi cuerpo se resquebrajaba cada vez más con cada suave embestida, como si estuviera picando el muro que mantenía mi alrededor antes de romperlo por completo, dejándome caer en una satisfacción indescriptible.

El orgasmo llegó inundándome por oleadas, una tras otras, sintiéndome casi ahogada por la satisfacción y el dolor. Apenas logré ver como los ojos de Christopher se volvían vidriosos y decía “maldición” mientras se corría dentro de mí.

Christopher apoyó sus manos a cada lado de mis caderas, bajó los ojos rompiendo nuestra conexión. Nos quedamos así, él dentro de mí. Disfrutando el momento.

Cuando sus ojos se elevaron de nuevo, había una angustia notable que me rompió en mil pedazos.

—Nena, yo no...

Lo besé sin dejarlo terminar. Desde el momento que puse un pie en su habitación y vi el dolor en sus ojos sabía que no me perdonaría. A pesar de

todo, me besaba como si estuviera luchando consigo mismo por encontrar la manera de hacerlo y aferrarse a mí.

Cortamos el beso y, con notoria reticencia, Christopher salió de mí.

No me miró mientras hacia el recorrido al baño.

Era la señal.

—Christopher —susurré.

Se detuvo en el marco de la puerta. No miró atrás. Donde estaba yo, en más de una manera. Supongo.

—Tienes que irte.

—Pero...

—Vete.

Y por segunda vez me cerró la puerta, dejándome fuera.

Me apresuré a vestirme, con el horrible sentimiento de que esta vez era mi culpa que mi relación con Christopher se desmoronara. Yo lo había arruinado.

Nunca nada había dolido de esa manera antes. Nunca antes había tenido un lugar en el que me sintiera en casa hasta que conocí a Christopher. No iba a perder mi tiempo tratando de convencerlo, él ya lo tenía decidido. No era necesario que me torturara al querer escuchar de su boca que esto se había terminado. Nos habíamos despedido haciendo el amor.

Tomé mis cosas del suelo, con una mirada a la puerta cerrada del baño salí de su habitación. Bajé corriendo las escaleras.

Era mejor así. No importaba que tan enamorada estuviera de Christopher, no soportaría decirle adiós. No era nueva en eso de las despedidas. Mientras más las prolongabas, más dolía.

Todo dentro de mí estaba envuelto en dolor y angustia. Con dificultad logré atravesar la puerta principal cuando devolví todo lo que había comido ese día.

—¡Val!

Me limpié la boca con el dorso de la mano y miré sobre mi hombro.

Rosé.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Infiernos, ¿Estás bien? —preguntó Marco, se quitó la chaqueta de cuero —. Podemos entrar hasta que te sientas mejor. No tiene que enterarse.

Me ofreció la chaqueta y lo rechacé con la mano.

—¿Qué haces aquí?

Le pregunté a Rosé, sin embargo, no fue ella quien me contestó.

—La llamé porque parecías una loca. Hice bien. No sabría lidiar con una enferma.

Los dos se mantenían a una distancia prudencial de mí, dándome miradas cautelosas como si fuera un animal herido que al menor movimiento pudiera atacarlos.

—Val, deberías aceptar la chaqueta. Estás temblando.

No, no quería nada de ningún Holland que no fuera Christopher.

Sacudí mi cabeza.

—No... yo solo quiero irme de aquí.

Sin decir nada más, puse un pie frente al otro. Rosé me tomó del brazo y me hizo subir a su coche. No renegué, entre más rápido me alejara de esa casa y de Christopher era mejor, si no tal vez correría de nuevo a su habitación, lo abrazaría y no querría soltarlo nunca.

Al final tendría que hacerlo.

En sus ojos azules había visto el dolor que le causaba no poder perdonarme y yo ya no quería volver a lastimarlo más.

Ni quería lastimarme más.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

---

EN ALGÚN MOMENTO le pedí que me llevara al hotel en que me estaba quedando, pero ella simplemente hacía lo que quería. Me llevó a su piso sin decirme nada. Estaba esforzándome para no romperme en millones de pedazos, no estaba de ánimos para contradecirla. Pero quería estar sola, entonces corrí directo a la habitación de invitados. Me dejé caer al suelo, atraje mis piernas y las rodeé con mis brazos, pegué mi frente en las rodillas. Podía sentir el agujero en mi pecho abriéndose cada vez más y más, succionándome. Luché para contener mis sentimientos adentro. Todo mi interior estaba ardiendo de dolor, consumiéndome lentamente. Insoportable.

Pero me contuve. No iba a desmoronarme.

Después de un tiempo una aprende la sutil diferencia entre amar y encadenarse a una persona. Por eso tenía que crecer, aceptar que no siempre iba a tener lo que quería y no siempre mis sentimientos serían correspondidos con la misma intensidad. Christopher había sido herido antes, pero a diferencia de mí, aprendió a amar mejor y a entregarse sin juegos. Así que podía entender porque él no podía perdonarme.

Quería que fuera feliz, de verdad lo hacía. Por eso decidí hacerlo fácil para él. No significaba que quisiera ver como seguía adelante sin mí, porque estaba segura que solo era cuestión de tiempo para que no tropezara con mi recuerdo, ni recordara el sabor de mis besos, ni el olor de mi cuerpo. Era cuestión de tiempo para que su dolor se apagara y estuviera listo para conocer a alguien más.

Odiaba pensar eso, pero sucedería.

Mientras yo, yo estaba segura que lo amaría siempre.

Lo amaba. Lo amaba y ni una vez se lo dije.

—Dale tiempo —aconsejó con cuidado Rosé.

Ella estaba de pie en la puerta, preguntándome con la mirada si era bienvenida. No quería hablar con nadie, pero esa era una conversación que debíamos tener. Mantenerme ocupada en algo más funcionaría para mí.

Respiré profundo.

—No. Él no va a perdonarme y lo entiendo. Resulta que la chica con quien me engañó Ethan fue la novia y prometida de Christopher. —Me acomodé para poder verla a la cara, por una vez ella no pudo sostenerme la mirada—. Y yo, me...

—No es necesario que lo digas. Marco no es alguien que sepa guardarse las cosas.

Y ahí iba la culpa de nuevo, esa vez de una manera diferente.

—No puedo perdonarte, Rosé. —se tensó visiblemente—. Me encantaría agarrarte del pelo mientras te insulto a gritos, pero no puedo.

—Tienes todo el derecho a gritarme —se encogió de hombros—. Yo te traicioné. Debí decírtelo, pero no importaba porque tú eres mi mejor amiga y no quería perderte.

Totalmente contradictorio. No decírmelo había provocado esa grieta entre nosotras.

—Estuviste con él mientras estábamos en la escuela.

—Él te lo dijo —No era una pregunta, así que no contesté—. Fue una estupidez, Val. Ni siquiera sé cómo sucedió, de un momento a otro estábamos juntos. Yo... no lo sé —su voz se quebró y estaba segura que iba a llorar—. Lo siento mucho Val. No sé qué más decir.

Yo no podía culparla. Al final del día nadie elegía de quien se enamoraba. Así que ese no era el problema.

—Yo también lo siento. —De verdad lo hacía—. Arriesgándome a parecer una mártir estereotipada de las que nos burlamos en las películas, siento que te fallé. Eres mi mejor amiga, pero yo también soy tu mejor amiga. Estaba tan enfocada en mis cosas que nunca me di cuenta de lo que sentías verdaderamente por él. —Sabía que debía estar enojada con ella y lo estaba. Nuestra amistad siempre se trató en no necesitar decir las palabras para saber que estaba pasando la otra porque nos conocíamos, que yo no tuviera idea de lo que ella sentía por mi exnovio no decía mucho de mí como mejor amiga—. Y me he estado preguntando si sufrías cuando nos veías juntos.

Rosé se estremeció.

Sí, sufría.

—No creo que tenga importancia, fue hace mucho tiempo.

Maldito Ethan que la había utilizado para alejarme de él.

—A mí sí me importa —Hice una mueca de disgusto—. Porque fui yo quien te hizo sufrir Rosé. Eres importante para mí. Estoy demasiado sensible ahora. Igual, no puedo perdonarte. No aún.

Quería estar enojada con ella un poco más de tiempo para poder engañarme que el dolor que sentía era producto de nuestra pelea.

—Entiendo que estás enojada y que no puedes perdonarme. Yo tampoco puedo perdonarme. Pero no voy a irme, eres mi familia.

¿Por qué nadie podía hacerlo fácil para mí?

—No eres mi familia, Rosé.

Ella exhaló un fuerte suspiro como si hubiese recibido un fuerte golpe en el estómago. Sus ojos se aguaron. Joder. No me gustaba esa Rosé. No cuando era por mí.

—Eres como mi hermana, Val. Lo decidí hace mucho. No puedes simplemente cambiarlo.

Una risa amarga brotó de mí.

—No tienes voto en esto. No formas parte de mi familia. Mi familia apesta. Mi familia es mala conmigo, disfrutaban lastimándome y me imponen cosas absurdas. Tú eres todo lo contrario. Eres mi mejor amiga. Te elegí para que ocuparas ese lugar y desde que te conocí ese jodido título ha estado por encima de mi familia. Eras todo lo que tenía. La única persona a la que no podía perder. Pero me traicionaste, no fuiste honesta conmigo respecto a tus sentimientos y dejaste que me enamorara de Ethan.

—Después del accidente que tuviste con tu papá estabas como apagada. Era trágico verte así. Entonces apareció Ethan y empezaste a sonreír otra vez. Poco a poco volvías a ser la de antes. ¡Perdóname por querer tener a mi amiga de nuevo!

Pasé un tiempo fuera después de perder a papá, es verdad, pero era algo con lo que estaba luchando para salir a flote otra vez. No necesitaba a un chico, solo que me esperara.

—No era para mí. Un chico al que le declaraste tu amor y te rechazó, pero al siguiente día me pide ser su novia sin importarle una mierda nuestra amistad, no era para mí —dije con rabia.

Tiró los brazos al aire.

—¡Quería lo mejor para ti! ¡No voy a disculparme por eso!

¿Lo mejor? A veces lo “mejor” no tenía un significado real.

La miré molesta.

—No pensaste lo mismo cuando decidiste tener relaciones con él cuando yo aún lo amaba. Tú mejor que nadie sabías cuánto lo necesitaba. Demonios Rosé, confiaba en ti porque siempre fuiste valiente diciendo las cosas de frente, sin importar que la verdad fuera cruel. Se supone que tenías que ser sincera y amable conmigo.

—No podía ser nada de eso.

¿Eso quería decir que existía la posibilidad de que me hubiera mentido en más cosas? ¿Ella ocultaba algo más de mí? ¿Para qué éramos mejor amigas sino nos contábamos todo?

Me enderecé.

—Entonces solo eres cruel, mentirosa y cobarde. No fuiste capaz de decirme en ningún momento lo que sentías. Confiaste en alguien más antes que en mí. Y decidiste volver a acostarte con él, pero tampoco tenías intención de contarme nada.

—No lo dije porque Ethan solo me buscó cuando tú lo rechazaste. Si te hablaba sobre eso... me conoces. Ibas a averiguar lo demás y estabas tan feliz que no quería arruinártelo.

¡No lo entendía!

—¿Por qué te preocupas por mí? Yo también te traicioné al correr a él sabiendo que estás o estabas enamorada.

Rosé se paró frente a mí, se agachó para que nuestras miradas pudieran cruzarse con facilidad.

Sonrió con tristeza.

—Oh, Val. Es diferente. ¿Crees que no sé qué lo hiciste por mí?

Las lágrimas se acumularon de nuevo. Quería llorar, pero si lo permitía no pararía nunca. No quería ser de nuevo esa chica.

—Tú no lloras, Rosé. No lo haces, menos por un chico —dije suavemente—. Aunque no estoy completamente segura que lo hiciera todo por ti. Sé que Ethan me ama y quería que sintiera un poco del dolor que te había causado, pero lo hice para que te doliera tanto como a mí. Por eso perdí a Christopher.

—Tengo las manos limpias con eso.

—Lo sé, lo sé. Maldición lo sé y te odio por ello. Soy tan estúpida que odio que sufras y me odio a mí por ser una mala mejor amiga y no darme cuenta de lo que sentías. Me odio por necesitar vengarme. Odio a Christopher por no querer perdonarme. Odio a mí familia por seguirme culpando por todo. Odio todo. Pero más odio no saber cómo vamos a ser mejores amigas después

de esto.

Mis ojos se llenaron de lágrimas sin derramar, ella era una buena persona y supongo que todos tenemos defectos. Me sentía estafada. Pero la quería, más que a nadie en el mundo. Por eso no estaba dispuesta a hacérselo fácil.

Rosé me atrajo a sus brazos, rodeándome con fuerza. Me dejé abrazar. Era la forma en qué reconfortaba tenerla conmigo. Me sentía totalmente cansada, tal vez había pasado tanto tiempo reprimiendo mis emociones. Sentía que en cualquier momento iba a romperme y desbordarme. Estremeciéndome por el dolor en mi corazón, con mis ojos hinchados por las lágrimas contenidas.

—Oh Val. No te preocupes. Christopher está loco por ti, cuando se le pase el enojo va a perdonarte.

Después de muchos años, me permití ser débil. Dejé que la esperanza me embargará.

¿Era ingenuo de mi parte desear que Christopher llegará a buscarme, me diera un beso apasionado y después todo fuera como antes o mejor?

Estar lejos de Christopher había sido más difícil de lo que llegué a imaginar. No había llamado, ni enviado un mensaje de texto ni llegó al restaurante a buscarme. Mi familia tampoco se puso en contacto conmigo, ni una sola vez, parecía que no les importaba que era de mí y si no fuera por Rosé estaría completamente sola. No faltaba mucho para que eso sucediera. En unas semanas ella regresaría a la universidad, entonces pasaría a ser una más en Londres. Mi estado de ánimo había coincidido con la lluvia de principios de otoño. Mis ataques de pánico no se hicieron esperar, atacando con más intensidad de lo que recordaba, me dejaban totalmente exhausta. Me tiraba sobre la cama sintiéndome débil y estresada. Me era difícil ocultar los episodios, pero lo hacía. Lidar con la sobreprotección no era atractivo.

La depresión llegó tumbando mis paredes, rompiendo mi suelo mientras me identificaba con canciones tristes. Despertar cada mañana, respirando el recuerdo que despedía la camiseta de Christopher hacía que la ausencia se sintiera como arañazos en mi piel. No podía sacudirme el fantasma de sus brazos rodeándome. Era perturbador. La voz burlona de mi cabeza me gritaba constantemente que lo había arruinado por completo. No había vuelta atrás. No existían palabras para solucionarlo, no podía deshacer lo que ya había hecho. Todo me decía que perdí y herí al único chico con quien me hacía sentía especial, alguien que logró ver a través de mi frialdad y eligió quedarse para llenar mi vida de calidez. A su lado nunca me sentí perdida, al contrario, logré encontrarme y ponerme en sintonía conmigo misma. Era algo difícil de tener,



no se encontraba a la vuelta de la esquina, no venían en bolsitas de sorpresa ni aparecían por arte de magia.

Y yo lo arruiné, como arruinaba todo.

A pesar que su recuerdo dolía profundamente era inevitable para mí cerrar los ojos e imaginar que me devolvía la mirada con sus penetrantes ojos azules, enamorándome aún más de una ilusión. Era masoquista de mi parte, pero me hacía sentir cerca de él.

Tal vez si dejaba que las lágrimas que se acumulaban constantemente detrás de mis ojos se derramaran por fin, las cosas serían mínimamente más fácil. Si lo hacía, estaría dándome por vencida, aceptando que realmente lo había perdido.

Rosé dijo que le diera tiempo. Ella tenía la mala costumbre de nunca equivocarse.

Apostaba por ella.

Ahí estaba, otra vez pensando en Christopher.

Respiré profundamente. Necesitaba poner mi cabeza en otro lugar. Cambiar de ánimos.

Simplemente cambiar.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Fiore en cuanto me vio.

Fue una reacción casi tan exagerada como la de Rosé. Bien pudo haber sido esa la razón por la que decidió arrastrarme a un club cuando prefería estar tirada en el suelo escuchando canciones tristes mientras veía la lluvia caer.

Con mis dedos tomé mi pelo, lo puse frente a mis ojos. Sí, mi pelo sufría sin clemencia alguna mis cambios de humor. Por eso decidí cambiar de un tono rojizo a un rubio veneciano.

—Quería un cambio —expliqué.

—Es uno muy radical, pero te queda bastante bien.

*Bastante* no era una palabra atractiva en esos momentos de incertidumbre. Rosé pareció entenderlo.

—A mí me pareces muy follable —la miré. Las cosas entre nosotras no estaban bien, había cierta cautela rondándonos, una tensión opresiva. Pude notar como nuestra distancia la afectó, ella no sabía disimularlo y no podíamos dejar de preocuparnos por la otra —Podemos seguir ignorándonos por la mañana. Pero hemos venido a divertirnos, intentar emborracharnos y bailar sobre las mesas. Esta noche podemos fingir que nada malo ha pasado entre nosotras. Por favor, Val. Disfrutemos. Este es el momento perfecto para

ser salvajes.

Quería eso, más que nada. Sobre todo, cuando se tomó el tiempo de convencer a Fiore a abandonar el costado de su nuevo novio y acompañarnos.

—Entonces promete que tu menú no va a incluir chicos.

Levantó la mano derecha, con la palma extendida.

—Prometido. Noche de chicas.

Si ella podía dejar a los chicos de lado, yo debía poder poner en pausa mi tristeza.

Rosé nos hizo señas para que la siguiéramos de cerca. Entrar a los clubes de moda donde el dueño era un pretencioso nuevo rico, con ínfulas de grandeza podía ser un problema si no ibas acompañado de las personas correctas. Palabras de Rosé, no mías. Yo no conocía al pobre hombre que se ganaba el desprecio de mi amiga. De cualquier modo, ella era nuestra llave para entrar.

Subimos por una gran escalera de espiral y llegamos a un lugar bellamente decorado. Desde lo alto del techo las luces iluminaban el lugar, las paredes estaban revestidas de negro con letreros en luces neón que decía *“If you don't know don't worry”*.

Nos instalamos en una mesa y las bebidas empezaron a llegar, una tras otra. Ni siquiera el calor dulce quemando mi garganta hacía más fácil escuchar todo sobre el nuevo novio de Fiore y de lo feliz que la hacía. La mayor parte de mí se alegraba por ella, la otra parte dolía muchísimo por haber perdido a la persona que amaba. Endurecí todo lo que pude mi corazón, me coloqué mi mejor cara de póker dispuesta a fingir que disfrutaba. Al menos eso decía el minivestido azul de tirantes en el que me había enfundado, tenía una abertura muy sugerente en mi muslo derecho. Me puse unas sandalias de tacón con varias correas que hacían lucir mis piernas de ensueño. Me hice una cola de caballo en lo alto de mi cabeza, dejé mi maquillaje natural, atrayendo toda la atención a mis labios en rojo pasión.

Un poco de pasión era lo que yo necesitaba.

Noté al Dj muy animado, a las personas en la pista bailando a su ritmo, sin ninguna pena oprimiéndoles el corazón. Todos rodeados por luces neones. Quería eso. Mientras las chicas seguían hablando, agarré mi bebida, sorbiéndola hasta el fondo y me levanté, deslizándome en medio de la multitud, queriendo ser absorbida por el aire decadente que se respiraba. Empecé a mover mis caderas, fluyendo con la música. Después Rosé se acercó junto con Fiore, quien no podía seguir hablando de su relación

amorosa, había mucho ruido que se lo impedía. Empezamos a bailar. Ahí no había pensamientos, preocupaciones o corazones rotos, nadie pensaba en llorar. Los sentimientos se drenaban en los gritos, risas, brazos alzados al aire, miradas provocadoras con desconocidos. Algún borracho con la mano demasiado larga tocando a las chicas del personal apenas vestidas en cuero, pero ellas solo sonreían y ofrecían más alcohol. Había de todo. No había mascararas mientras se divertían, a pesar de que sí las había. Muy extrañas, por cierto.

Todo iba bien hasta que brazos se envolvieron en la cintura de Rosé.

—¡Demonios! Deja de provocar fantasías eróticas moviéndote así. Me tienes jodido —gritó a medias una voz.

Edward.

Pudo haberlo dicho como una broma, pero cuando se trataba de sexo, había algo de verdad. No es que fueran hacer nada, ese tren ya había partido para ambos.

—Eso que no has visto la mejor parte —respondió Rosé con un tono infernalmente caliente. Luego se detuvo, escapando fuera de los brazos— ¡¿Qué haces aquí?! —chilló.

Me dio una mirada de horror, lo que llevó a que Edward también me mirara. Amplió sus ojos, sorprendido.

—Eras tú. Debí imaginarlo —dijo—. No te reconocí.

Tenía sentido. Era rubia ahora y con el pelo atado. Las dos cosas eran algo nuevo en mí. Lo que no explicaba su falta de alegría al verme, vamos, no era la forma efusiva y coqueta con la que me saluda habitualmente. Tenía que saber lo que había pasado con Christopher. Todos ellos eran muy unidos. Sobreprotectores.

—No es como si estuvieras mirándome —declaré.

Él estaba viendo a Rosé.

—Lo hice. Era difícil no hacerlo. Estabas de espaldas moviéndote de forma sexi —se encogió de hombros—. Me acerqué a saludar a Rosé esperando que me presentará a su caliente amiga. Imagina mi decepción al saber que eras tú.

Guao, otro que no se media al expresarse.

—Qué desagradable —espetó Fiore, tirando su pelo hacia atrás, se alejó de nosotros.

Los chicos babosos era una cosa que Fiore no soportaba.

—También te veía a ti —contrató Edward a su espalda con una sonrisa.

Lo ignoré. Si él estaba aquí, Christopher también. Lo sabía. Lo sentí desde el momento en que puso un pie en ese club, solo que no quería creerlo. Lo busqué entre la multitud acumulada en las mesas. Fue fácil encontrarlo, él resaltaba en cualquier lugar. Tenía los ojos en mi cuerpo, absorbiéndome con apreciación. Pero me quedé sorprendida, no estaba solo. Una chica estaba arrimándose a su costado con una mirada soñadora esperando por algo, por la promesa de algo. Mierda. Como es que él podía estar con alguien más y mirarse igual de atractivo que siempre, porque yo podía camuflar mi apariencia, pero no podría dejar que nadie más se me acercara. Y él estaba ahí, con una cita. Le había dado espacio y tiempo. ¿Había sido para nada? ¿Realmente se había acabado?

Nuestros ojos estuvieron a una milésima de encontrarse, pero desvié la mirada antes que él tuviera la oportunidad de ver mis lágrimas acumulándose. La sangre agolpó en mis oídos con violencia, amortiguando todos los sonidos, menos el de mi corazón rasgándose en girones. Estábamos a metros de distancia, pero compartir el mismo aire que Christopher y su acompañante volvió todo claustrofóbico para mí.

Tras recuperarme,forcé una sonrisa para los chicos que me veían como si estuviera a punto de romperme. Un golpe más a mi frágil defensa y lo haría.

—Voy por algo de beber —anuncié.

Esquivé algunas personas mientras me dirigía a la barra, me abstuve de rodar los ojos cuando un tipo me dijo un “cumplido” que no era bien recibido. Ni porque estaba dolida le haría caso, prefería refugiarme en alcohol. Algún efecto tenía que tener, ya que las personas siempre corrían a refugiarse con él. Yo siempre corría lejos de los tipos así. Quiero decir, era terrible lo acosadores que se volvían los hombres cuando veían un par de piernas. Como si una chica se vistiera para ellos. No tuve que esperar ni un segundo para hacer mi pedido, uno de los chicos acababa de entregar unas bebidas a un cliente a mi lado, después me sirvió a mí. Un daiquiri tras otro, parecía darse cuenta que tenía mal de amores porque en algún momento empezó a servirme chupitos de tequila.

Por el rabillo del ojo vi a Rosé acercándose a saludar a Rebecca. Intentó alejarse, pero por una vez alguien fue más rápida que ella. La hizo sentarse a su lado. Mi corazón tamborileó en mi pecho, acelerado. Mi peor pesadilla se volvía realidad frente a mis ojos. Christopher me estaba superando. Percibí claramente como la chica susurraba en su oído, entonces dejó de mirarme para mirarla a ella.

Dolía, dolía mucho.

El barman había atinado en darme algo fuerte, de otro modo no habría podido soportar los siguientes quince minutos. Aún en la distancia era consciente de todos y cada uno de los movimientos de Christopher, pero era más dolorosamente consciente de los movimientos sutiles de la chica acercándose cada vez más a él. No era propio de Christopher. Él no me lastimaría intencionalmente, lo sabía. Y yo ya no tenía ningún derecho sobre él, pero la piel me picaba mientras dejaba que la chica acariciara su brazo o pusiera una mano en su pecho cuando reía. Maldita sea, sólo habían pasado una semana desde que hablamos por última vez y decidió que no podía perdonarme. ¡Pero ya estaba con otra chica divirtiéndose! ¡Joder! ¡Era una puta broma!

Rosé se acercó a mí con una cara de comprensión.

—Cambia la cara, cariño —susurró tan bajo que bien pudo ser mi voz interna luchando para mantenerme entera. No obstante, yo no me digo “cariño”, así que tuvo que ser ella.

—No puedo.

—Confía en mí, él no está interesado. Pero puedes sacarle el dedo medio coqueteando con Edward.

Era una mala idea. No funcionaría. Sus amigos eran los únicos que podían jugar a coquetearme y abrazarme frente a él sin que le molestara. Los únicos.

—Tiene razón, no está interesado en ella. Es una amiga de Rebecca que está en la ciudad por unos días —informó Edward. Intentando y fracasando en tranquilizarme.

Ella se recostó en el hombro de Christopher. Tuve suficiente. Dejé que los raros celos me llenaran hasta que no puede contenerlos más, los derramé fuera de mi sistema. Había pasado día y noche agonizando por arruinar nuestra relación. Lo herí, es verdad. No podía volver de eso. Pero él me mintió primero, ¿y al final para qué? ¿Simplemente consiguió una chica con la que reemplazarme? Yo ni siquiera podía mirar a otro chico sin desear que fuera él. No podía caminar por la calle sin rogar cruzármelo de casualidad.

¿Tan rápido me superó?

¿Ya me había olvidado?

No, estaba segura de que no.

—Y eso lo hace peor —respondí.

Estaba ahí dejando que esa chica lo acariciara para castigarme.

Tristemente nadie pareció sorprendido cuando me acerqué a donde ellos

estaban y di un fuerte manotazo en la mesa. Era como si lo hubieran estado esperando, como si supieran que cualquiera de los dos explotaría en algún momento. Perdí. Ignoré el furioso retorcimiento de mis entrañas. Me encontré con la mirada de Christopher, taladrándome con sus hermosos ojos azules, fríos como el maldito hielo. Lo había extrañado mucho y que él se estuviera vengando de mí era doloroso e innecesario.

Tenía suficiente con la culpa que sentía. Me olvidé de querer hacer las cosas fáciles para él. Le disparé la mirada más sucia que tenía en mi arsenal y... no quería hacerlo, juro que no quería hacerlo, pero mi subconsciente hizo cortocircuito. No pensé cuando con el dorso de mi mano golpeé la botella de cerveza que la chica tenía frente a ella.

La botella rodó y volvió a rodar hasta que dejó que el líquido se derramara en el vestido de la acompañante de Christopher.

La chica soltó un grito muy agudo, se levantó de golpe, tratando que su vestido no se mojará por completo. Sus ojos encendidos de rabia.

—¿Qué te pasa?! ¿Enloqueciste?! —Me gritó en la cara.

No, aún no. Estaba celosa y al parecer también solo un poco incontrolablemente violenta. Un poco, nada más. Pero aún no había enloquecido.

—No. Pero no pongas tus manos sobre él de nuevo porque entonces sí sabrás lo loca que puedo ser —gruñí entre dientes.

El tono de mi voz y la expresión de mi cara le dejaron en claro que no estaba bromeando, así que retrocedió dejándose caer en el sofá con sus ojos abiertos del susto.

Eso me detuvo.

La vergüenza me invadió.

Yo no actuaba de esa manera, no peleaba con las chicas por un chico, no amenazaba a nadie.

No se trataba de cualquier chico, se trataba de Christopher. Me volvía loca, me descontrolaba con facilidad, nublaba mi cerebro y me obligaba a actuar de manera instintiva.

Me enfurecí.

¡Era su culpa! ¡Era su maldita culpa por hacer que me rebajara a eso!

Sin mirar a ninguno de los presentes, les di la espalda y salí del club. No era de las personas que contagiaban mi mal humor a los demás, aun así, los que estaban haciendo fila para entrar se alejaron de mí como si los quemara con mi presencia. Bien, porque me sentía capaz de empujarlos lejos de mí

camino. Después de la escenita de celos que armé no podía quedarme, estaba avergonzada, incrédula y furiosa. Fuego corría por mis venas. ¿Cómo había llegado a hacer algo así? ¿Dónde quedó todo eso de hacer fáciles las cosas para él? No tenía ningún derecho de reclamar algo, Christopher y yo ya no estábamos juntos. Tampoco habíamos terminado realmente, tal vez por eso era más doloroso para mí. No tenía las cosas claras.

¡No, maldita sea! No quería que saliera con nadie más. Era una egoísta por no querer que me olvidara.

Quería que me perdonara.

Mis pasos largos no parecían ser suficientes para alejarme del lugar, rogando para que un taxi libre pasara a esa hora. No vi ninguno cerca. Me mantuve caminando. Alejándome de todos.

—¿Qué mierda fue lo de adentro?

La voz colérica de Christopher atravesó mi pecho. Deteniéndome.

—Pensé que había quedado claro —dije, recuperándome de la violencia en su pregunta.

Yo también estaba violenta, era mejor que no me provocara.

—No tienes ningún derecho de tratarla así. No la conoces.

Lo sabía, no tenía que restregármelo en la cara.

Estaba cansada de fingir que no me dolía, que no estaba rota por dentro.

Me giré, encontrándome de frente con él.

Era demasiado guapo, cualquier chica se fijaría en él, su barba de tres días lo hacía lucir más atractivo y... era una persona genial, con alma hermosa. Idiota, mil veces idiota. Debía tener la consideración de ser un poco imperfecto para hacer las cosas fáciles para mí.

—Pues te jodes. Aún me siento con el derecho, sobre todo cuando no puedes disimular. ¿Creíste que no iba a notarlo? Pasaste todo el rato alternando entre mirarla a ella y mirarme a mí.

Hasta ese momento no estaba segura de que fuera verdad, por su expresión pude confirmarlo.

Di en el clavo.

Dando un paso agresivo hacia mí, se inclinó hasta que nuestros rostros quedaron a la misma altura. Su perfume me invadió y las mariposas en mi estómago se alegraron por su cercanía, pero su frustración estaba en crecimiento.

—Yo no soy Ethan para soportar tus escenitas de celos. No me gustan, no de ti.

Me reí sin gracia, parecía querer sostenerse a lo único que lo alejaba de mí. Lo único que lo hacía sentir tan furioso para obtener el valor de apartarme. Ethan lo seguía poniendo celoso y tan loco como sonaba, me dio la sensación de que, si presionaba lo suficiente, tal vez lograría tener una oportunidad.

—Eres tú el único que se empeña en compararse con él, yo nunca lo he hecho. Ni una sola vez. —El corazón me latió con fuerza con el hilo de un pensamiento—. Eso es, ¿no? No pudiste terminar de frente con Naomi ni reclamarle nada porque tuviste miedo de no ser escogido, entonces descargas todas tus inseguridades y frustraciones conmigo. —Me crucé de brazos, protegiéndome por lo que iba a preguntar—. ¿Acaso sigues enamorado de ella, Christopher?

Soltó un bufido de incredulidad.

—¿Ahora vas a culparme por *tus* acciones y *tus* inseguridades? Fuiste tú quien al mínimo tropiezo entre nosotros corriste y terminaste abriéndole las piernas a mi primo. Existían muchos hombres a los que podías escoger para vengarte de mí por ocultarte la verdad sobre Naomi, pero lo escogiste a él aun sabiendo que no iba a perdonarte. De verdad Valentina, no entiendo tu reclamo.

*Sabiendo que no iba a perdonarte.* Sonaba tan familiar.

La pequeña llama de esperanza que había concebido se incineró con sus palabras llenas de asco. Él no me veía como la chica que lo engañó, para él solamente era la chica que le había abierto las piernas a su primo cuando estaba enojada. En pocas palabras, como una completa zorra resentida.

Christopher desde el inicio tenía una mala percepción de mí.

Mordí mi labio cuando empezó a temblar, cerré mis ojos tratando de contener las crecientes lágrimas.

—No fue por ti —susurré en voz baja—. Dije que no tenía una explicación que darte a ti, pero no que no que no tuviera una —Abrí los ojos para encontrarme con los de Christopher, tenía el ceño fruncido en confusión—. Él me ama, ¿sabes? Y yo solo quería conocer la razón de por qué había lastimado a las personas que quiero. No tuvo nada que ver contigo, herirte era lo que menos quería. Ya no importa porque tú solo me ves como una zorra. Pero eres demasiado amable para decirlo, así que lo insinúas.

Un sollozo lastimero se escapó de mí.

—Mierda, nena —intentó atraparme con la mano—. No dije eso. No pienso eso.

—No me toques —dije enojada conmigo por no poder controlarme. Lo



único que me faltaba era terminar llorando en frente de él.

Maldijo en voz baja, me tomó de los brazos obligándome a que lo viera a los ojos

—No pongas palabras en mi boca —sacudió su cabeza con exasperación—. Yo nunca he pensado nada parecido, ¿de dónde mierda sacas eso?

Lo odié por hacerme sentir su tacto, el calor que había extrañado por días que se sintieron años. Me removí necesitando que me soltará. Fortaleció el agarre y me pegó más a él.

Lo odiaba aún más.

—Nunca en la vida quise herirte. Te convertiste en una persona importante para mí —dije, mi voz salió quebrada—. Pero ahora creo que te odio —Me soltó de golpe y sentí frío cuando perdí su calor. Necesitaba que él supiera como me sentía—. Estaba bien antes de ti, ¿sabes? No me importaba mucho el desprecio de mamá, no me importaba nada que mis hermanas no me quisieran. Podía lidiar con ello y siempre lograba mantenerme entera —una lágrima se escapó de mi ojo—. Pero, ¿ahora? Ahora soy una maldita herida abierta. ¡Me duele todo! —grité en su cara—. Me duele no importarle a mamá, me duele la indiferencia de mis hermanas, me duele ver cómo te dejas seducir por una chica que no te atrae solo para demostrarme que no te importo más. Me duele, juro que duele y odio sentirme así. Odio sentir que soy débil y te odio a ti por hacer que las cosas me importaran otra vez para después dejarme sola.

Christopher estaba arrepentido y conmocionado por mi explosión, le tomó un momento decir:

—Eso no es ser débil.

—¿No?

—No —confirmó.

—Entonces por qué a pesar de que está claro de que no estas feliz de verme y de que no vas a perdonarme. ¿Por qué aun quiero rogarte que me des una oportunidad? ¿Por qué aún te quiero cerca? ¿Por qué aún quiero hacer las cosas bien contigo?

A estas alturas las lágrimas se deslizaban a chorros por mi cara y no parecía poder hacer nada para detenerlas. No me gustaba que tuviera tanto poder sobre mí, no quería que viera con cuanta facilidad podía lastimarme.

Christopher retrocedió un paso, su mirada más cautelosa que nunca.

Hizo un puño con sus manos mientras luchaba duro, al final la culpa se dejó ver en sus ojos. Culpa que iba dirigida a mí. Él también me culpaba de algo en ese momento.

—No puedo perdonarte, Valentina.

Valentina, no nena.

Mi corazón se estrujó.

—¿Por qué? ¿Es tu orgullo de macho alfa más grande que querer estar conmigo?

¿Por qué no solo cerraba la boca y dejaba que se fuera para poder llorar sola? ¿Por qué tenía ganas de humillarme?

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

Sacudí mi cabeza sin entender que importaba eso ahora.

—Vine a pasar el rato con las chicas.

—¿Dónde has estado? ¿En el piso de Ethan? —disparó.

Abrí mis ojos. ¿Cómo lo supo? Me quedé con Ethan dos días, pero fue cuando seguía creyendo que él me había engañado y no pasó nada entre nosotros. Ni siquiera hablamos.

Estaba siendo consumida por el dolor frente a sus ojos y a él parecía no importarle.

—Con Rosé —escupí—. Me he estado quedando con Rosé. ¿Qué importa eso? ¿Acaso no puedes ver que estoy abriéndote mi corazón para que me des una oportunidad?

Me pasé la mano por la mejilla, limpiando las lágrimas que estaban estropeando mi maquillaje.

Su voz gélida rasgó el aire haciéndome jadear.

—No lo entiendes, ¿verdad? Ni siquiera logras ver el problema en todo esto.

Me estremecí, llorando más fuerte porque estaba siendo desgarrada y perdiendo el poco orgullo que me quedaba. Christopher estaba más frío de lo que alguna vez lo vi. No me dio una segunda mirada mientras volvía sus pasos hacia el club, donde la chica artificial esa lo seguía esperando y seguro iba a querer terminar la noche con él.

Me faltó el aire.

Se estaba alejando de nuevo, lo estaba perdiendo. Vi alrededor tratando de encontrar una idea para que se quedara, algo. Lo único que me quedaba era usar mi última carta. No tenía nada más que perder.

—Te amo —grité a su espalda, mi voz poco entendible por el nudo en mi garganta.

Lo vi perder el paso, el momento pareció eterno mientras decidía volver o no.

No lo hizo.

Se alejó de nuevo y todo se alejó con él. Fui consciente de cómo algo se quebró dentro de mí, derramando todo lo que había estado conteniendo por años. Todo el dolor, todas las lágrimas, todos los recuerdos, todas las personas alejándose. Mi corazón latió desbocado, mis piernas temblaron, perdiendo fuerza. Quería correr, quería ser yo la que se fuera, quería ser yo la que se alejaran para que esas personas sintieran lo horrible que se sentía perder a alguien y tal vez así no estuviera consumiéndome lentamente. Respiré profundamente, queriendo llenar mis pulmones de aire. No funcionó.

—Tranquila. Respira despacio —dijo una voz firme en mi oído—. Estoy aquí. No voy a soltarte así que no me sueltes.

No podía, no podía, no podía. Me estaba ahogando.

Sacudí la cabeza, cruzando los dedos para que entendiera que no podía respirar y qué necesitaba ayudara.

Siempre perdía a las personas que amaba.

Siempre lo arruinaba todo.

Unos dedos se cerraron en mi mentón, apretándome. Me encontré con unos ojos azules bañados en preocupación. Christopher. Movié sus labios, pero las palabras no llegaban a mí. Solía sentirme segura en sus brazos, pero en ese momento no me sentía cuidada. Todo estaba distorsionado, borroso y ruidoso. Mis oídos pitaban.

Él se iría. Al igual que lo hizo Ethan. Justo como lo hizo papá. No les importaba dejarme. A ninguno.

Terror puro se propagó por todo mi cuerpo, entumeciendo mis muslos cuando me di cuenta de la realidad. Todos se irían. Me quedaría sola.

El mundo a mi alrededor se presionó entorno a mí, aplastándome.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

---

CREÍ QUE MORIRÍA. En cambio, desperté sobre mi peor pesadilla, la cama de un hospital. Había sido el ataque de pánico más demoledor en toda mi historia. Llegué a pensar que mi corazón se saldría de mi pecho, aunque sabía que no lo haría. Me sentí tan fuera de control, tan débil e incapaz de hacer algo por mí misma. Christopher había visto como me perdía y se había asustado. De hecho, fue él quien me llevó a urgencias cuando se dio cuenta que no se me pasaría mágicamente. Cuando llegamos estaba sudando frío y por más que intenté pensar en cosas agradables mi cuerpo iba a lo suyo. Incluso me atreví a pedir ayuda de lo asustada que me sentía.

Diecinueve años era demasiado joven para morir. Me suministraron un ansiolítico, pero era como si estuviera flotando en medio de un lago mientras algo sumergía mi cuerpo al fondo oscuro, ahogándome, hasta que fui devuelta a la superficie. Fue la cosa más aterradora que alguna vez experimenté. Si pensaba mucho en ello, mi corazón aporreaba fuerte mi pecho. Tenía miedo de volver a quedar fuera, inconsciente. Lo odiaba más que nada. Me hacía cuestionarme a mí misma. ¿Qué tan débil debía ser para no poder contralar mi propio cerebro?

Cuando desperté la doctora me hizo preguntas y me dijo lo que ya sabía. Un ataque de pánico. Aun así, me hicieron un electrocardiograma para descartar un infarto, a pesar de que era una chica joven. Me aconsejó que debía evitar situaciones de estrés y tratar el problema apropiadamente sino quería sufrir otro episodio. Para ayudarme iba a recetarme un medicamento para sobrellevarlo, me negué rotundamente. No pasaría.

Una vez me dejó sola me arranqué la intravenosa por la que recibía suero, aparté las sabanas y giré mis piernas fuera de la camilla para ponerme de pie.

Miré con desagrado toda la habitación. Cada vez que me despertaba en un hospital algo malo sucedía, pero no era lo único por lo que me revolvía el estómago, sino porque no todas las personas tenían la oportunidad de llegar al hospital y luchar por su vida. Algunas simplemente se desvanecían sin poder hacer nada, así como papá. Mi respiración se hizo superficial. Oh no, no podía dejarme arrastrar por la tristeza o no me dejarían ir.

Me encaminé al baño y lavé mi rostro con agua fría. Una vez cambié la bata del hospital por mi vestido ya me sentía un poco mejor. Saldría corriendo de ese lugar cuando apenas acababa de poner mi cabeza encima del agua. Regresé dentro de la habitación buscando mis zapatos, pero me detuve. Había un hombre de espaldas enfundado en un traje a la medida color gris, con una mano metida en la bolsa de su pantalón y con la otra mantenía el celular pegado a su oreja. Mis ojos bebieron el largo y fibroso cuerpo antes de poder detenerme. Demonios, solo verlo me provocó vértigo.

Christopher.

No recordaba que él tuviera un traje puesto ayer, pero traerme no significaba que iba a quedarse conmigo todo el tiempo, nosotros ya no estábamos juntos. Lo había dejado claro cuando le dije que lo amaba y él se alejó.

Clavé mis uñas en la palma de mi mano y carraspeé para llamar su atención.

Dijo un par de cosas con quien sea que tuviera al otro lado de la línea y se giró con una disculpa, que quedó atrapada en su garganta en cuanto me vio. Me repasó de pies a cabeza, mi pelo rubio cayendo en ondas sueltas por mis hombros llamó especialmente su atención. Ciertamente, a Christopher le encantaba el tono rojizo salvaje de mi pelo, el rubio no parecía tener el mismo efecto. El músculo de su mandíbula se flexionó mientras me lanzaba una mirada aireada.

Fruncí mi ceño, no parecía feliz de verme.

—La doctora dijo que deberías quedarte para hacerte más estudios — parecía que me estaba dando una orden.

—No va a pasar.

—¿No te ayudaría con los ataques de pánico? ¿Recibir un tratamiento? ¿No te lo ofrecieron?

Bufé. ¿Cómo es que esa doctora le había dado información sobre mí sino era un familiar directo? Pero de nuevo, Christopher Holland hacía magia con una sonrisa. Lo que también explicaba porque tenía una habitación, en vez de estar compartiendo la sala de emergencias.

—No lo necesito, lo puedo controlar.

Los tratamientos incluían pastillas, estas ayudaban a envolver los síntomas en una bolsa plástica que se iba desintegrando hasta que no quedaba nada más que la sensación de estar fuera de mi propia piel. Era experta en fingir que nada pasaba sin necesidad de meter algo en mi cuerpo.

Christopher se acercó y se inclinó al frente. Tenía los ojos inyectados en sangre, la vena de su cuello resaltaba. Estaba debatiéndose entre estar preocupado y furioso.

—Has estado lidiando con esto por mucho tiempo, tú debes saber qué es lo mejor para ti. Pero ilumínate, ¿qué es lo que funciona para ti?

Mi corazón tartamudeó por su cercanía, hice un pequeño puchero. Quería besarlo. Sí, sí. Había tenido el episodio de pánico más fuerte de mi vida, terminé en el hospital, tenía más problemas que eso, pero lo único que me preocupaba es quería besarlo y no podía. Bueno sí, todo sobre Christopher me gustaba, pero cuando nos besábamos el jodido mundo dejaba de girar en la dirección incorrecta, deteniéndose para nosotros. Su mirada cambió y se alejó de mí. ¡Demonios! Era horrible con cuanta facilidad lo hacía.

Pero no iba a soportarlo, no iba a guardarme lo que sentía. Cuando Ethan me dejó en algún momento me juré que nunca más lucharía por un chico, que sí se quería ir, no pondría resistencia. Nunca tuve que pasar por algo así ya que nunca dejé entrar a nadie. Pero Christopher se merecía que yo luchara por nosotros.

Nunca había sido tan feliz en la vida como cuando estaba con él. No era solo porque me hacía reír, era porque él me hacía sentir algo tan desconocido y pacífico como la seguridad. Era mi turno de darle esa seguridad. Qué creyera en mí cuando decía que no cometería ese error de nuevo.

Respiré profundo, dándome ánimos internamente. No tenía nada más que perder. Abriría mi corazón una vez para él.

—No tenías que regresar —dije inocentemente—. Pero lo hiciste.

Me miró confundido.

—¿Qué?

—Al hospital. Me trajiste, pero no tenía que regresar.

—Yo no... —sacudió su cabeza—. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Significa que todavía te importo?

Pasó la mano por su pelo, tiró de él visiblemente enojado y adivinando hacía donde iba.

—No hagas esto, Valentina —rugió.

Abrí completamente los ojos.

—¿Hacer qué?

—Lo que sea que estés intentando hacer aparte de preocuparte de ti, no lo hagas.

—He tenido muchos ataques de pánico en mi vida como para saber que lo mejor que puedo hacer es ignorarlos. —Caminé hasta estar a un par de centímetros de distancia con él, todo su cuerpo se puso en tensión por mi cercanía. Me deseaba—. Lo que no puedo ignorar es que le dije a un completo idiota que lo amaba y se alejó, pero estoy cansada de hacer las cosas fáciles para él. Así que quiero hablar.

Lo miré desafiante, con una seguridad que no sentía.

—¿Fáciles para mí? ¿Crees que fue fácil enterarme que me engañaste? ¿Con mi primo?

Su enojo era repetitivo.

—No entiendo. ¿Estás enojado porque te engañé o por qué fue con Ethan?

—Estoy furioso porque fuiste tú. Estoy furioso porque no me diste la oportunidad de explicarte cómo fueron las cosas, no me permitiste hacerte cambiar de opinión. Estoy furioso porque jamás pensé que *tú* me traicionarías.

—Jamás pensé que *tú* intentarías superarme con otra chica así de rápido —contrataqué.

—Ella no significa nada.

—Pero igual saliste con ella y permitiste que te sedujera mientras yo lo veía.

Disparó una sonrisa burlona.

—¿Y esperabas que me quedara en mi piso mientras tú estabas con mi primo?

—Sé lo que hice. Te traicioné de la peor forma, sé lo horrible que se siente, pero cometí un error, no lo hice a propósito y me arrepiento tanto, de verdad lo hago. Quisiera poder cambiar las cosas, pero no puedo —bajé los ojos insegura por lo que iba a decir—. Dame una oportunidad para demostrarte que no voy a fallarte de nuevo. Yo te amo.

Retrocedió, su mirada suplicante.

—Detente. No digas eso, no vuelvas a decirlo.

Me encogí de hombros, derrotada.

—No soy el tipo de chica que se permite amar a otra persona, tampoco soy el tipo de chica que se lo grita al mundo y menos el tipo de chica que después

de ser rechazada lo sigue buscando. —Me acerqué de nuevo a él, esa vez encerrándolo contra la pared mientras lo miraba directo a los ojos—. Pero te amo Christopher, estoy jodidamente enamorada de ti y no pienso dejarte ir. No quiero hacerlo.

No estaba muy segura de quien de los dos llegó primero, pero el beso que le siguió a mi declaración fue duro y una tortura porque no era un beso que dijera “te perdono, nena” Era más un beso que estábamos deseando y no podíamos reprimirlo, aunque lo intentáramos.

Su barba de un par de días rozó las comisuras de mi boca, tiré de su corbata pegándolo más a mí. Giramos en redondo y entonces era yo quien estaba acorralada. Sus labios eran deliciosos, adictivos. Había extrañado eso, pasar las manos por su pelo, sentir su calor, saborear su lengua, respirar su aroma. Había extrañado todo de él. Todo. Quería amanecer de nuevo enredada en sus brazos. Necesitaba tenerlo dentro de mí y lo amaba tanto que dolía. Nos separamos, vi sus ojos azules todos dilatados y con la chispa de calidez que me encantaba. Estaba ahí, me estaba viendo de nuevo, como si yo fuera especial, como si también me hubiera extrañado.

Su aliento acarició mis labios.

—Te amo, nene —repetí, se lo repetiría hasta que me creyera.

Acercó su boca lento hasta mi oído, su barba rozando mi mejilla, mi corazón latiendo acelerado con anticipación mientras esperaba que él también dijera las palabras. Porque yo necesitaba escucharlas, asegurarme de que él sentía lo mismo.

No estaba segura de si escuché correctamente, pero como sea, lo siguiente que murmuró me dejó sin aliento.

—Casémonos.

—No. —respondí con sinceridad. Me tomó con la guardia baja, pero no era algo que tuviera que pensar. Vamos, estaba empezando a vivir, había cosas que quería hacer y el matrimonio no era una de ellas. Pero lo más probable es que malinterpreté sus palabras—. ¿Me lo puedes repetir? —pregunté nerviosa.

Christopher se echó hacia atrás rápido, me miró con sus ojos azules bien abiertos llenos de pánico, como si se estuviera preguntando qué mierda dijo. Tragué, él no pudo haberlo dicho, era de locos. No tenía sentido.

—Lo siento. No puedo hacer esto, es injusto.

Estaba más confundida.

—¿Qué es injusto?

—El beso. Yo no puedo hacerlo. —Eso significaba que había escuchado



mal. Nada de matrimonio. El alivio que me recorrió relajó mi cuerpo.

—¿Por qué no puedes perdonarme?

—¡Porque no confío en ti! Dedujiste la parte de la historia que no te conté, uniste las piezas y corríste a él cuando creíste que te había engañado. Te creo cuando dices que no querías vengarte de mí, pero joder, es como se siente. Que actuaras de forma cruel y fría me hace darme cuenta que no te conozco. Nunca me dejaste entrar.

Colocó sus manos en mis hombros, empujándome con delicadeza hacia atrás.

—Eso no es verdad. Te dejé entrar de todas las formas que importan. Conoces cosas de mí que ni siquiera yo conozco. Te abrí mi corazón.

—Yo te dejé entrar, tú solo me dejaste conocer lo que querías que conociera.

Guao, eso sí era injusto. Me sentía tan molesta y harta por su comportamiento inusual. Estaba jugando conmigo, estaba jugando con él mismo y no se daba cuenta.

¿Qué era lo que le impedía perdonarme?

Su mirada me decía que me quería, pero de su boca todo lo que salía era un rechazo tras otro. No podía rogarle por siempre así que él tenía que tomar una decisión y tenía que tomarla antes de que saliéramos de esa habitación. De otra manera terminaría perdiendo la cabeza por la duda.

Saudí mi cabeza, frustrada.

—¿Cómo quieres que te pida perdón? Dime que es lo que necesitas de mí para darme otra oportunidad y te lo doy, pero detente. Deja de alejarte, se siente como si me arrancarás el corazón cada vez que lo haces. Realmente tengo miedo de perderte.

—Valentina...

Pateé con el pie el suelo. Me crucé de brazos.

—No me digas así —rogué.

Antes me gustaba cuando decía mi nombre porque era como si estuviera acariciándolo, ahora lo estaba usando para poner distancia entre nosotros.

Christopher miró a todos lados menos a mí.

—Cometí un error, no debí besarte.

—¿Besarnos fue un error? —pregunté incrédula de que siquiera lo estuviera insinuando—. No te equivoques Christopher, nos besamos porque los dos lo queríamos, porque por más que intentes mentirme sabes que no podemos estar en una habitación sin acariciarnos. No podemos estar

separados. Es doloroso. Para ambos.

Una sombra de duda pasó por su rostro, pero se borró rápidamente.

—Déjame ser más claro. Si por un segundo hubiera sabido que todo esto podía pasar, que confundirías las cosas entre nosotros, no te hubiera reclamado por lo que sucedió en el club —dijo. Christopher se restregó la cara con ambas manos, hasta que clavó sus orbes azules en mí—. No quería confundirte y que pensaras que lo nuestro podía solucionarse. Escucha, no tienes que darme nada. No tienes que cambiar por mí, eres hermosa por quien eres y quiero que seas feliz. Odio ver la tristeza que reemplazó el fuego en tus ojos, nena. Odio saber que yo la puse ahí —Me había prometido no llorar, pero no pude tragarme las lágrimas con la derrota empañando su tono. Envolvió sus brazos a mí alrededor, apretándome fuerte contra su pecho. Lo sentí temblar—. Shhh, no llores. Me matas —Quería dejar de llorar, pero no podía. Él se estaba rindiendo con nosotros. Con ambas manos me aferré a él, no lo soltaría jamás—. Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida, me hiciste feliz, pero nosotros... eso no va a pasar.

—Christopher, perdóname por favor. No va a volver a pasar porque confío en ti.

Nos quedamos abrazados varios minutos mientras le daba el tiempo necesario para que pensara, para que decidiera. No podía simplemente dejarme. Estaba ahí diciéndole que quería estar con él para siempre, eso tenía contar.

Respiró profundo antes de continuar.

—No valgo la pena si te hago llorar —su voz contenida por la emoción hacía que las palabras le fueran más difíciles de pronunciar—. Te mereces a alguien que te haga reír, que te haga brillar y yo no soy esa persona —Me estrujó más fuerte, alcancé a escuchar los latidos acelerados de su corazón. Tragó duro—. No te preocupes, va a llegar alguien que se meta en tu corazón, aunque déjame decirte que creo que nadie realmente podría llegar a merecerte nunca, pero debes darles la oportunidad para que por lo menos lo intenten — se estremeció como si algo le doliera, o quizás fui yo la temblé por lo que estaba tratando de decir—. No te cierres a enamorarte de nuevo, prométeme que vas a ser feliz dónde quiera que vayas. Solo necesito saber que vas a ser feliz.

Sacudí mi cabeza, no entendía nada. Le dolía decirme todas esas cosas tan absurdas, pero aun así las decía. Me sentía caer sin Christopher para sostenerme. Sola. Rota. Triste.

¿Realmente se estaba rindiendo?

—No hagas esto, Christopher —pedí.

No iba a recuperarme nunca.

—Te mereces a alguien mejor —susurró con firmeza.

Mi cuerpo se paralizó.

*Te mereces a alguien mejor.*

Esas fueron las malditas palabras que Ethan me dijo, como si con eso pudiera curar todas las heridas que había dejado a su paso.

Negué con la cabeza.

No, no, no, no.

Me negaba a perderlo.

Yo no quería a alguien mejor. Quería a Christopher. Lo quería porque ambos nos hacíamos felices. ¿Por qué no podía entenderlo? ¿Por qué eso no contaba para él?

No era justo. No podía pedirme que dejara entrar a alguien más como si nunca le hubiera dicho que estaba enamorada de él. No podía simplemente desenamorarme.

No entendía nada, tampoco quería entender.

Sabía que cuando esa persona especial no sentía lo mismo por ti, lo mejor era soltarla, dejarla ir y seguir adelante, pero nadie te dice qué se supone que debías hacer cuando esos sentimientos eran correspondidos y aun así tenías que dejar que se alejara. Dejar de aferrarte a esa persona y permitir que se distancie.

Él quería que yo corriera lejos, pero ¿por qué?

Me alejé de la seguridad que me proporcionaba su pecho, miré su camisa, mojada por mis lágrimas.

Temblé con violencia.

—No quiero a alguien mejor —lo señalé con mi dedo—, te quiero a ti. Así que no me pidas que me enamore de alguien más como si mis sentimientos solo fueran un capricho que van a desvanecerse en cuanto nos separemos. No hay posibilidad de que eso pase. Tú dijiste que estaba asustada de lo que sentía por ti porque tú también estabas asustado. Entonces peleemos por nosotros, hagámoslo mejor esta vez, pero... no te rindas conmigo.

—Es muy tarde.

¡No!

—No entiendo. Tienes que decirme más que eso y ser claro porque todo lo que has dicho hasta ahora es contradictorio.

Su mirada llena de culpa me produjo miedo.

—Te mentí —tragó saliva. Su mirada volviéndose insegura—. Ese día que encontraste a Naomi en mi piso fue porque pasamos la noche juntos.

Contuve la respiración, hasta mis lágrimas dejaron de caer.

—Mientes.

Cerró los ojos por un momento y cuando los abrió de nuevo estaban completamente vacíos de emoción.

—No te miento cuando te digo que me hiciste feliz, fue por eso que me sentía culpable y sentía que era mi obligación quedarme contigo, por eso te busqué después. Cuando me enteré de que habías estado con Ethan me sentí aliviado. Era la excusa perfecta para terminar lo nuestro sin quedar como un hijo de puta. Lo que te estoy tratando de decir es que me di cuenta que todavía estoy enamorado de ella —dijo—. Hemos hablamos mucho y decidimos que queríamos retomar nuestra relación desde donde lo dejamos.

¿Desde dónde lo dejaron?

Mi labio tembló.

—¿El compromiso también?

—Sí.

La palma de mi mano ardió tan pronto se estrelló contra la mejilla de Christopher, el sonido ensordecedor de la bofetada fue nada con todos los sentimientos que fueron disparados a quemarropa en mi interior. Todo dentro de mí estaba herido y sangrando. Christopher se quedó con la mirada clavada en suelo, como si tuviera vergüenza de verme, como si temiera que pudiera ver la verdad en sus ojos. Pero no hacía falta, su voz de robot repitiendo algo que le habían insertado en su memoria me dijo que era mentira. Él me estaba mintiendo. Había algo más. No estaba siendo ingenua ni arrogante, eso pudo haber pasado, que quisieran retomar su relación, pero Christopher no era mala persona y no hubiera podido idear un plan tan macabro solo para estar con la persona que ama.

Lo sabía.

Mi corazón me lo decía.

—¿No puedes perdonarme, pero a ella sí? ¿Esperas que crea eso? Maldición Christopher, dame un poco de crédito. Yo también te conozco. Sé que me estás ocultando algo y no sé por qué. Y en el fondo sabes que ella nunca te va a amar tanto como yo.

—Entonces déjame ir. Es lo mejor para los dos.

Pateé el suelo con fuerza y me crucé de brazos.

—No y no importa si piensas que estoy siendo caprichosa. No dejas ir a la persona que amas. Te quedas y peleas, así es como funciona.

Levantó sus ojos, fríos.

—Funcionaría si los dos sintiéramos lo mismo.

Lo miré a través de mis lágrimas. Christopher estaba dispuesto a sacrificarnos a nosotros y alejarme.

Justo como su primo.

—¿Por qué estás tratando de lastimarme?

—Porque la amo. Es lo mejor que me ha pasado en la vida, me hace sentir diferente y quiero darle todo lo que tengo, recuperar el tiempo que no estuvimos juntos.

Mis hombros temblaron, dejando escapar los sollozos cuando sus palabras se clavaron en mi alma. Me tapé el rostro con ambas manos, haciendo un patético intento de ocultar que me estaba desmoronando por completo.

La puerta se abrió y Rosé entró como un huracán en tacones. La escuché detenerse al percibir la atmosfera.

—No —contradije rápidamente apartando mis manos.

No habíamos terminado.

Ella alzó una ceja, su rostro estaba tenso.

—Sí, él se va —Christopher no se movió lo miró con fuego en los ojos—. Vete.

Como si hubiera sido una orden Christopher caminó a la salida, antes de alejarse de nuevo, me lanzó una mirada que rompió mi corazón. No importaba cuanto rogara, no había vuelta atrás. Todo se había terminado. Habíamos terminado porque me di cuenta con estupefacción y horror que estaba dispuesta a creer la mentira que me había dicho. Estaba dispuesta a mentirme a mí misma. Estaba dispuesta a sacrificarme por él.

No quería hacerlo, pero lo dejaría ir porque era lo que él necesitaba y yo lo amaba.

—Maldito infierno, Val, tienes que cuidar de ti misma. Mira donde terminaste por no hacerlo —gritó Rosé, exasperada y señalando a nuestro alrededor—. ¿Crees que me gusta verte aquí porque no puedes lidiar con lo que sientes por un chico?

No era un chico, era *el* chico. Y no fue por Christopher, sino porque el muro que me mantenía a salvo se rompió, desbordando todos mis sentimientos y problemas.

Sorbí mi nariz.

—¿Por qué nadie me ama? ¿Por qué nadie se quiere quedar a mi lado?  
Rosé suspiró, dejando ir su ira.

—Porque a veces amar a alguien no significa que eres lo mejor para esa persona. Entonces tienes que dejarla ir para que pueda encontrar a alguien que vea lo especial que es. Duele, pero lo haces porque esa persona es importante.

Bufé, era fácil para ella decirlo porque era la amada.

—¿Eso es lo que crees que estás haciendo con Marco? ¿Dándole una oportunidad de encontrar a alguien que lo merezca? Porque no es así. Sólo estás rompiendo su corazón y dejando una *marca* con tu nombre para toda la vida.

Se encogió de hombros, con una mirada triste.

—Sé que duele, sé que odias que todo esté pasando otra vez, pero si él no puede perdonarte tienes que aceptarlo.

Era molesto cuando ella tenía razón, pero mi cuerpo entero dolía solo de pensar en alejarme de la persona a la que amaba.

—¿Y si no quiero hacerlo? No quiero perderlo, Rosé.

Rosé me abrazó, acarició mi pelo con cariño.

—Tendrás que hacerlo porque él tomó su decisión. Así que llora. Lloro todo lo que tengas que llorar. Yo voy a estar aquí, me quedaré contigo hasta que estés lista para seguir adelante. Esta vez no voy a dejar que te consumas mientras te aferras a lo que pudo haber sido —susurró.

Y le creí.

A veces uno volvía a intentar una relación con el pensamiento ingenuo de que lo que sienten va a ser lo suficientemente fuerte como para solucionar todo y superar todo. Pero la mayoría de veces solo lográbamos salir más dañados de lo que estábamos. A veces es mejor poner punto y final a la historia, y quedarse con los buenos recuerdos. En mi caso, ya era tarde. No quería ni buenos ni malos recuerdos.

Para seguir adelante no podía tener nada de él conmigo.

## EPÍLOGO

DIECISIETE SEMANAS DESPUÉS.

ST. MORITZ, SUIZA.

NO ESTABA segura de cómo terminé sola otra vez, cómo perdí a la persona que amaba y a mi familia en el proceso. Ellas no querían saber nada de mí, no se habían puesto en contacto conmigo a pesar de que les avisé que renuncié a mi trabajo en el restaurante y que haría un viaje a la casa que los padres de Rosé tenían en Suiza. Era una especie de masoquista al seguir insistiendo en arreglar una relación que nunca existió, no podía hacerlo más. Me sentía cansada de mendigar cariño. Había terminado con eso. Demonios. Tenía suficiente con mi mente que no dejaba de reproducir la última mirada que Christopher me dio antes de salir de la habitación del hospital, suplicando con ojos brillantes que lo dejará ir. Yo cometí el error de confiar en él porque creí que como compartíamos la experiencia de tener el corazón roto por una traición, nunca me haría sentir como si fuera desechable y no valiera nada, pero lo hizo. A propósito.

En mis días más oscuros pensaba que tal vez no estaba mintiendo al decir que seguía enamorado de Naomi y querían estar juntos para recuperar el tiempo perdido. Si era verdad, nunca tuve una oportunidad real con Christopher. Convenientemente nos conocimos para ser la sustituta del amor de su vida y me enamoré sola.

Pero no. Todo dentro de mí gritaba que lo nuestro fue importante para Christopher, una parte de él me quería y eso era aún peor. No le importó lo que hice o lo que dije, no era lo suficientemente buena para que se quedara a mi lado y me pusiera por encima del secreto que guardaba. No lo era y se

encargó de que lo supiera. Christopher prefirió herirme antes que confiar en mí.

Limpié las lágrimas de mi rostro. Desde que se precipitaron desbordándose fuera de mis ojos parecían no acabarse nunca.

Realmente no había dejado de llorar.

¿Cuántas veces más podía el amor romper mi corazón?

Con esfuerzo evidente despegué la sábana que se había fundido con mi piel los últimos días, arrastré mi cuerpo fuera de la cama, deambulé por la enorme habitación y me deslicé hasta el balcón. Grandes montañas blancas rodeándonos, pinos bañados de nieve. Había días en los que creí que el dolor me consumiría completamente, entonces me levantaba a ver el lago St Moritz congelado, donde las personas practicaban deportes sobre hielo y hasta *white turf*, una especie de carrera de caballos. Los había visto no más que un par de veces cuando me asomaba a la ventana, pero podía sentir como se divertían y los envidiaba. Oh, sí lo hacía. Ellos tenían con quien disfrutar todo el hermoso lugar y yo no.

Miré alrededor deseando con todas mis fuerzas que Christopher estuviera ahí conmigo, pero no lo estaba y las lágrimas calientes cayeron de nuevo. Mi cuerpo entero se sacudió por el frío alpino. No importaba cuanto tiempo había pasado, el dolor solo se hacía más fuerte y más insoportable. Christopher me había dejado con las manos atadas, el corazón pulverizado y apenas podía respirar. No era capaz de procesar por qué era yo quien salía perdiendo. La que nunca era elegida. ¿Por qué? ¿Por qué no lo era?

Christopher estaba igual de herido, pero al contrario de mí, él decidió que era mejor sacrificarnos a nosotros como pareja con la excusa de no poder perdonarme. Decidió ser infeliz y arrastrarme a esa infelicidad con él.

Recordar todas las cosas que pasamos juntos, todas las noches que nos sentamos en la terraza con una botella de whiskey mientras hablábamos de tonterías sin sentido y nos reíamos de chistes malos solo porque él sabía que necesitaba estar muy cansada para poder conciliar el sueño. Recordar esas madrugadas, con mi espalda contra su pecho y su brazo alrededor de mi cintura mientras respiraba en mi cuello y permanecíamos en un silencio cómodamente caliente. Recordar como a través de una habitación llena de gente sus ojos me miraban y tomaban un brillo especial.

Christopher puso mi vida de cabeza, me recordó que podía volver a amar. Puse mis ilusiones en nosotros y me armé de valor para vivir mi propio cuento de hadas, pero me equivoqué. Ese amor me destruyó y ya no tenía nada de lo



que sostenerme.

Sabía que no sería infeliz para siempre, pero siempre tendría la espinita clavada del *hubiera*.

¿Qué hubiera pasado si él confiaba en mí desde el principio?

¿Qué hubiera pasado si ignoraba la necesidad de saber si seguía sintiendo algo por Ethan?

¿Qué hubiera pasado si nos dábamos una segunda oportunidad?

Nunca lo sabría.

Habíamos sido tan buenos como novios y a pesar de que él nunca dijo las palabras, estaba segura de que me amaba. La conexión que existía entre nosotros era inmensa y abrumadora. No creía en el destino, sin embargo, diría que conocernos y enamorarnos fue producto de eso.

Al parecer el destino no garantizaba de que las personas permanecieran juntas.

La vida no era en línea recta, tenía muchas curvas y obstáculos para ser esquivados. Pero no lograba entender como alguien era capaz de poner sus piedras para tropezar.

—No deberías estar afuera sin abrigarte —regañó Rosé, como siempre hacía cada vez que me encontraba vestida nada más que con la camiseta de Christopher y descalza sobre la nieve.

Rosé había sido tan fiel a su palabra de quedarse conmigo como se lo había permitido. Después de sacarme del hospital y proponer traerme a la casa de sus padres para estar alejada de todo y todos, la envié de vuelta a la universidad. Ella no estaba feliz por eso, pero yo necesitaba estar sola y llorar como ella lo sugirió. Así lo hice. Cuando ella se fue refunfuñando lloré por todo. Luego Rosé regresó para las fiestas navideñas con un montón de regalos y felicidad que se terminó en cuanto vio que estaba incluso peor que antes. Fue entonces cuando empecé a dormir abrazada y a despertar con una taza de chocolate caliente. Ella intentó reconfortarme de todas las formas que pudo, pero no había forma de menguar mi tristeza.

Sacudí mi cabeza. Carraspeé.

—¿Sabes algo de él? —pregunté. Mi voz demasiado ronca y lúgubre por llorar.

Desde que Rosé apareció no había preguntado sobre Christopher y ella no había dicho ni una palabra, lo que era extraño porque era consciente que yo estaba esperando algún tipo de noticia. Aun cuando no lo había dicho en voz alta hasta ahora.

—No he regresado a Londres desde que lo dejamos —se ciñó más la manta de lana que tenía sobre los hombros—. No tengo información. No sé si es verdad todo lo que dijo, lo siento.

Asentí sin mucho ánimo. Nos quedamos ahí, viendo la nieve caer.

—No lo entiendo. Sigo repasando todo en mí cabeza y no entiendo por qué regresó si ya sabía que iba a dejarme —murmuré para mí misma.

Quería creer que había algo más que un sentimiento de obligación por presenciar mi debilidad.

—¿Qué? —preguntó Rosé tiritando.

Me moví incómoda, no quería aburrirla más con mis dudas.

—Christopher —expliqué—. Regresó al hospital cuando ya había decidido que lo nuestro se terminó.

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—Christopher... Él nunca se fue. No se apartó de tu lado ni un segundo hasta que llegó Marco y solo fueron cinco minutos. Supongo que fue cuando recobraste la consciencia.

¿Él no me dejó sola? Cerré los ojos, dejando que sus palabras se instalaran y gritaran en mi cerebro. Tenía sentido, Christopher me amaba. Tristemente él no podía ser quien yo esperaba y eso que no esperaba nada más que ser elegida. Pudo quedarse conmigo, pudimos haber solucionado todo lo que estaba mal.

Me acaba de dar cuenta que Christopher era capaz de lastimarme de diferentes formas, incluso en la distancia.

Me aislé a un espacio vacío donde nadie pudiera ver cómo me quebraba en millones de pedazos. Entre más tiempo pasaba, más lejos lo sentía y la soledad se apoderaba de mí. El dolor que me recorría por las venas me estaba matando.

Sin una promesa entre nosotros no podía decir que me falló, aun así, me dejó rota. Destruída. No era una persona especialmente sensible, no era de las que sobreactuaba, es solo que dolía. Dolía mucho.

—¿Alguna vez va a dejar de doler?

—No, pero con el tiempo el dolor se vuelve menos insoportable y empiezas a vivir.

Otra persona probablemente me hubiera dicho un discurso de superación diciendo como todo pasaba por algo y que el tiempo curaba las heridas o alguna mierda de esas que cuando tienes el corazón roto es lo más inservible del mundo, pero no Rosé. Ella decía lo malo con crudeza y me había dejado

estar mal todo ese tiempo, revolcándome en la autocompasión, manteniéndose cerca para cuando quisiera levantarme.

La nieve caía dejando a su paso un blanco resplandeciente, como si fuera un lienzo nuevo, listo para pintar una nueva historia. Era el momento de seguir adelante, había llorado por todo lo que tenía que llorar. Lloré por Ethan, por mi familia, por papá al que nunca había llorado porque no me sentía con derecho a hacerlo y lloré por Christopher. Tantas lágrimas por tan pocas personas. Era suficiente. El momento de avanzar había llegado.

Miré a Rosé a través de las lágrimas contenidas.

—Estoy lista.

Ella entendió a la perfección a lo que me refería, sonrió y corrió dentro de la habitación. Terminé de llorar por alguien que no estuvo dispuesto a pelear por mí. Estaba en un lugar hermoso, con vistas espectaculares y lo estaba desperdiciando mientras me mantenía encerrada. No más. Estaba exhausta de tanta tristeza.

—Bien —dijo Rosé, extendiendo un rollo de papel frente a mí. Era un mapa—. Estaba esperando por este momento. Hay que escoger un lugar al que podamos ir, he pensado que podríamos hacerlo al azar. Eso sería divertido.

Yo no había mencionado nada de que no iría a casa, ella simplemente lo supo. Me conocía. Si regresaba, volvería a pelear, rasguñar, arañar y golpear hasta que la estupidez abandonara la cabeza de Christopher. No podría quedarme con los brazos cruzados viendo como salía “divertirse” con alguna chica al azar y definitivamente no dejaría que se “casara” con Naomi. Si por alguna razón yo me equivocaba respecto a eso, claro. Pero ese no era el caso.

—¿Podríamos? ¿Tú y yo?

Sonrió con picardía.

—Siempre dijimos que viajaríamos juntas, esta es una buena oportunidad. Conocer nuevas personas, nuevos chicos... para mí —dijo rápidamente la aclaración.

—No puedes ir conmigo. ¿Qué pasa con la universidad?

Tiró la cadera a un lado.

—Sabes que los negocios no son los míos, pero la universidad seguirá ahí cuando regrese. Fastidiara a papá y eso va a hacerme feliz. Lo que no puedo permitir por nada del mundo es dejarte toda la diversión a ti. No pasara. Vamos a encontrar unos chicos con ojos mucho más impresionantes, pero más asombroso y que no sean cobardes ni se sientan intimidados por nosotras. Vamos a demostrarnos que podemos ser felices. Tú y yo. No necesitamos a

nadie más.

Nuestros ojos se encontraron, me di cuenta de que no era la única que tenía el corazón destrozado, no era la única que estaba corriendo lejos para tratar de sanar.

—¿Quién es el culpable de que tengas cara de cachorro atropellado?

Suspiró.

—Marco me odia —hice una mueca, podía imaginar la razón. Tener sexo con Ethan venía con consecuencias—. No quiere saber nada de mí, ni siquiera puede mirarme a los ojos y no puedo culparlo. Le fallé, como te fallé a ti.

La abracé fuerte. Ella no se quería dar cuenta de lo mucho que le gustaba Marco, que sus sentimientos por él eran más fuertes de lo que creía y que esa era la razón de no darle una oportunidad. La asustaba arruinar su relación y ahora que lo había perdido, estaba descolocada.

¿Estábamos destinadas a cometer el mismo error una y otra vez?

De lo que estaba segura era que no quería volver a sentir que no era suficiente para alguien. No quería que mi felicidad dependiera de alguien más que de mí.

Ambas estábamos tristes, adoloridas y cansadas.

—Gracias, Rosé.

Sus ojos brillaron con dolor disfrazados de malicia. Deslizó su celular en mi campo de visión mostrándome fotos de un coche con los vidrios rotos, las llantas pinchadas y la palabra “Fuck you” escrito en el capot adornado con unos cuernos de diablo. El LaFerrari de Christopher y estaba totalmente destrozado.

—Le dije que si te lastimaba podría encontrar su coche en un vertedero.

—Creí que no sabías nada de él.

—No lo hago. Esto —sacudió su celular— significa que fui persuasiva con las personas adecuadas.

Me sentí ligeramente satisfecha, al mismo tiempo me dolía. Christopher tenía una cosa menos para recordarme. Y él amaba su coche... y yo no quería que sufriera.

—Lo intestaste con Ethan, ¿cierto? —pregunté, intentando cambiar de tema.

No me gustaba la idea de ellos juntos, pero Ethan en su momento fue un buen novio y yo quería que por lo menos una de nosotras fuera feliz.

Bajó la mirada, avergonzada.

—Algo así. Él sigue enamorado de ti. —Tomé su mano, enredé nuestros

dedos. No era tan buena con las palabras, así que esperaba que ese fuera un gesto reconfortante para ella. Me guiñó un ojo con picardía—. No importa. Te dejaré escoger el primer destino.

Me tapé los ojos con la mano. Con mi dedo índice toque el mapa que Rosé seguía sosteniendo. Antes de ver dónde empezaríamos nuestro viaje, pregunté:

—¿Algún día vamos a volver?

La escuché suspirar, podía adivinar que estaba rodando los ojos.

—¡Ser dramática es mi papel! Por supuesto que vamos a volver a casa. Fiore y Anthea seguirán en Londres, también regresaremos para mostrarle a esos patéticos cobardes todo lo que no supieron aprovechar.

Me conformaba con no volver a cruzarme con Christopher nunca más.

Lo amaba tanto que recogería mis pedazos, cargaría con ellos y avanzaría sin él. En algún momento podría llegar a seguir su consejo, mientras tanto me elegiría a mí. Odiaba haberlo engañado y lastimado, pero ya estaba, no había vuelta atrás. Dejé caer la mano que me cubría los ojos y vi el exterior con el llanto atorado en mi garganta, mis ojos hinchados mientras mi cuerpo temblaba y respiré lentamente intentando calmarme.

Ethan me había roto el corazón dejándome completamente vacía, pero Christopher con un dolor tan agudo que me recorría todo el cuerpo.

Podía hacerlo.

—Aquí —seleccioné un lugar en el mapa.

Me iría con las *secuelas de un amor*, pero algún día volvería a estar bien. Recordaría todo lo que viví con Christopher y sonreiría porque su simple recuerdo ya no iba a dolerme. Cuando ese momento llegará... cuando nos encontráramos otra vez, esperaba ya no ser la mala de su historia.

El último “te amo” que le dije se desvaneció en el aire con su indiferencia. Nunca más se lo diría a nadie, no sería verdad. No podría llegar a amar a alguien como lo amaba a él.

A veces soltar sin hacer preguntas cuando la otra persona lo necesitaba, también era un acto de amor.

Una lágrima rodó por mi mejilla.

## ACERCA DEL AUTOR

Marcia Aqova descubrió su pasión por la lectura en una tarde lluviosa cuando tenía diecisiete años. Siempre tuvo una mente inquieta donde creaba historias y cambiaba los finales tristes por unos felices de las películas. Aunque no lo admitirá en voz alta, tiene una vena romántica que le da muchos problemas porque la lleva a enamorarse de personajes literarios que dejan el listón muy alto. Por todo eso y por el empujoncito de un amigo decidió plasmar en papel historias de amor, descubriendo así su amor por las letras.

Visita a Marcia Aqova en línea.

Instagram [@marciaaqova](https://www.instagram.com/marciaaqova)